LA CASA EN EL DESIERTO

MAYNE REID

Ediciones el**aleph**.com

Editado por
el**aleph**.com

© 1999 Copyright www.el**aleph**.com
Todos los Derechos Reservados

CAPITULO I
El Gran Desierto Americano.

En el interior de la América del Norte hay un gran desierto, tan grande como el famoso de Sahara en Africa. Tiene mil y quinientas millas de largo por mil de ancho. Si fuera de figura regular, es decir, un paralelogramo, tú podrías, desde luego, calcular su área multiplicando el largo por el ancho y sacarías un millón y medio de millas cuadradas. Pero sus linderos apenas son conocidos y aunque mide mil y quinientas millas de largo y en algunos lugares mil de ancho, su superficie no es más que de un millón de millas cuadradas o veinticinco veces el tamaño de Inglaterra. ¡Figúrate tú un desierto veinticinco veces tan grande como toda Inglaterra! ¿No te parece que se le ha dado un buen nombre al bautizarlo con el de *Gran Desierto Americano?*

Y ahora, amiguito, dime, ¿qué entiendes tú por desierto? Me lo imagino. Cuando lees u oyes hablar de un desierto, te viene al momento la idea de una vasta llanura, cubierta de

arena y sin árboles ni hierba, De ninguna especie de vegetación. También piensas en que la arena se levantan nubes espesas y que no se encuentra agua en ninguna parte. Tal te figuras tú el desierto, ¿no es verdad? Pues mira, tu idea no es completamente exacta. En todo desierto existen a la verdad esas llanuras arenosas, pero, además, se encuentran en su superficie proporciones de distinta naturaleza que también merecen el nombre de *desierto.* Aun cuando hasta ahora no se ha explorado todo el interior del gran Sahara, conócese de él lo bastante para saber que encierra grandes espacios de lugares montañosos y de colinas, con peñas y valles, lagos, ríos y manantiales. Hay asimismo, manchas de terreno fértil, muy distantes unas de otras, cubiertas de árboles, arbustos y hermosa vegetación. Algunos de estos puntos son pequeños, al paso que otros ocupan mucha extensión y están habitados por tribus independientes y aun por reinos enteros. Un espacio fértil de este género se llama oasis y si examinas tu mapa, encontrarás que en el desierto de Sahara, en Africa, hay muchos oasis.

Parecido a éste es el *Gran Desierto de América;* pero todavía tiene más variedad su vasta superficie, a causa de lo que se puede llamar «fisonomía geográfica» Tiene llanos -algunos con más de cien millas de ancho -en donde solamente se ve arena blanca, con frecuencia levantada por el viento que la lleva de una parte a otra formando médanos o montecillos como los de la nieve en un día de tempestad. Tiene otras llanuras tan grandes como las anteriores, en donde, no hay arena, sino tierra limpia, árida y desnuda de

vegetación. Otras, además, en las que nace el arbusto achaparrado con hojas de un color de plata desteñido abundando tanto en algunos puntos y entrelazando sus ramas de manera que apenas puede el hombre a caballo atravesarlo. Este arbusto es la *artemisia,* especie de salvia silvestre o ajenjo, y las llanuras en que vegeta se llaman entre los cazadores *praderas de salvia.* Otros llanos ofrecen una triste apariencia al viajero; hállanse cubiertos de la lava que en época lejana han vomitado las montañas volcánicas y ahora, yace congelada y despedazada, en fragmentos pequeños como las piedras en un camino nuevo. Todavía tiene otras llanuras *el Desierto Americano.* Algunas de ellas están blancas como si acabase de caer una nevada, ¡y, sin embargo, no hay nieve, sino sal! -¡Sí, señorito, sal blanca y pura que forma en el suelo una capa de seis pulgadas y lo cubre cincuenta millas a la redonda! Otras presentan la misma apariencia, pero en lugar de sal la sustancia que las cubre es sosa -¡una hermosa efervescencia de sosa!

También hay montañas -¿cómo? si la mitad del desierto se compone de verdaderas montañas, tanto, que los Montes Roqueños, de que sin duda has oído tú hablar, lo atraviesan de Norte a Sur dividiéndolo en dos partes casi iguales.

Hay otras montañas, montañas de toda clase de alturas, que a veces ofrecen aspectos singulares por su forma y color. Unas recorren millas y millas en serranías horizontales como techos de casas y, al parecer, de cumbre tan estrecha como si en ella pudiera uno montarse a caballo. Otras se alzan en forma cónica, alejadas de las demás, remedando varias

cafeteras vueltas boca abajo en medio de una mesa. De repente, se destaca un Pico agudo que se levanta derecho como una aguja, o bien semeja la cúpula de una gran catedral, como la de San Pablo en Londres. Y las montañas ostentan muchos colores -éstas obscuro o verdinegro, aquéllas azules cuando se las mira desde lejos, o cuando se hallan cubiertas de pinos o cedros, árboles que abundan en las montañas del desierto.

Hay montañas en donde no crecen árboles ni se observa señal alguna de vegetación en sus costados. Enormes peñascos de granito limpio y pelado se encaraman unos sobre otros o penden sobre precipicios obscuros y que infunden terror. Hay picos perfectamente blancos por hallarse cubiertos con un manto de nieve. Vense, siempre a muy largas distancias, porque la nieve en ellos dura todo el año sin derretirse gracias a su inmensa elevación sobre el nivel del mar. Otros picos son tan blancos como los anteriores, si bien no por causa de la nieve; por más que en ellos brille un color como la leche, interrumpido a trozos por pinos enanos que asoman la cabeza por entre las hendiduras y quiebras de las faldas. Son montañas de cal pura o de blanca roca de cuarzo. Hay además, montañas en las que jamás se ve mármol ni hoja; en su lugar reflejan colores vivísimos -rojo, verde, amarillo y blanco -dispuestos en franjas sobre los costados y como si el pincel acabase de formarlos. Estas franjas señalan los filones de las diversas rocas de color que componer la montaña. Y todavía hay otras en el *Gran Desierto* que dejan pasmado al viajero con su

apariencia extraña; son las que abundan en mica y selenite, montañas que parecen de plata y oro cuando desde lejos se las ve reverberar los rayos del sol.

Y los ríos: extraños ríos en verdad. Corren los unos en ancho y somero cauce de brillante arena. Grandes son con sus ciento y más varas de, ancho y sus aguas espumosas. Sígueles con la vista. ¿Qué ves? En lugar de ir aumentando sus aguas como los ríos de tu país, van disminuyendo más y más, hasta que al fin se hunde su corriente en la arena y no se ve sino el cauce enteramente seco por millas de millas. Sigue un poco más adelante: el agua reaparece y aumenta según avanza hasta que a millares de leguas antes de llegar a la mar, pueden navegar en ellos barcos de gran tamaño. Tales son el Arkansas y el Platte.

Hay otros ríos que llevan sus aguas por entre, barrancas peladas y roqueñas -barrancas de mil pies de altura -cuyos riscos desnudos y escuetos se amenazan a través del abismo en cuyo fondo braman sus aguas enturbiadas. A veces se prolongan y suceden las barrancas unas a otras por término de muchas leguas, tan altas y empinadas que no dan paso hasta la corriente que defienden, sucediendo a ocasiones que el viajero muere de sed oyendo el bullicio que, forman las aguas allá abajo en el precipicio. Así son el Colorado y el Snake (Culebra).

Otros recorren la extensa llanura despedazando con su poderosa corriente el barro que la cubre y cambiando de curso todos los años, a tal punto que se les encuentra muchas ocasiones corriendo a centenares de leguas de su antigua

madre. Ya se les observa aquí pasando leguas enteras por debajo de tierra -por debajo de las balsas colosales que han formado los árboles arrastrados por su corriente. Más allá se les sorprende formando codos y recodos, como las sinuosidades de una gran serpiente que se desliza sin ruido, con aguas rojas y turbias cual si fuesen ríos de sangre, Tales son el Brazos y el Red (Rojo).

Verdaderamente extraños son los ríos que se abren caminos por montañas, valles y altas mesetas en el *Gran Desierto Americano.* No menos extraños son sus lagos. Algunos yacen en la cuenca de altas colinas a tal profundidad que no se puede llegar a sus orillas, mientras que las montañas a su alrededor se hallan tan limpias y tan sin vida que ni los pájaros vuelan por encima de sus aguas silenciosas. Vense otros lagos en llanos tendidos y desiertos, donde pocos años más tarde no los encuentra el viajero -se han secado y desaparecido. -Algunos están claros y limpios, sus aguas parecen de cristal: otros las tienen turbias y cenagosas; muchos son tan salados como el mismo mar.

Hay en el desierto manantiales de sosa, de azufre y de aguas; saladas, y los hay tan calientes como el agua de un caldero y te quemarían los dedos si los metieses en ellos.

Y hay cuevas abiertas en -las montañas y anchas grietas que se forman en las llanuras -algunas tan hondas que no parece sino que de su centro se han descuajado montañas enteras. -Esto se llaman «barrancos» Hay riscos que se alzan en el centro de los llanos a millares de pies de elevación, tan a pico como una pared; y en las mismas montañas se ven

grandes callejones que han abierto los ríos, semejando caminos cubiertos cuya bóveda se ha derruido. Estos se dicen «cañones» Todas las citadas formaciones imprimen carácter a la región salvaje del *Gran Desierto Americano.*

El cual tiene igualmente sus habitantes, porque también tiene oasis, algunos de buen tamaño, donde han ido a poblar los hombres civilizados. Uno de ellos es Nuevo Méjico que cuenta varios pueblos y 30,000 vecinos. Pertenecen a la raza española y a sus mezclas con la india. Otro oasis se encuentra en los alrededores del Lago Salado y del lago de Utah, en donde se fundó una colonia de americanos o ingleses desde 1846. Son los mormones que, si bien apartados de las playas del mar centenares de leguas, con el tiempo llegarán a formar una nación poderosa de suyo.

Además de estos dos grandes oasis existen otros mil de distintos tamaños, desde cincuenta millas de ancho hasta el reducido espacio de pocos acres, los cuales deben su existencia a las aguas fertilizadoras de algún manantial murmurador. En muchos no habita nadie; en otros viven tribus de indios, algunas de ellas potentes y numerosas, dedicadas a la cría de caballos y ganado; y en otros se encuentran agrupadas tres o cuatro familias que se mantienen malamente con raíces, semillas, hierbas, reptiles e insectos. También se encuentran desparramados en aquella vasta región, hombres blancos que viven de la caza y de la «trampa» ésta para coger castores, la otra para diversos animales. Su vida se compone de tina no interrumpida serie de peligros, ya por las fieras con que se tropiezan en sus

excursiones solitarias, ya por los indios enemigos con quienes se encuentran cuando menos lo piensan. Estos cazadores andan en busca de la piel del castor, la nutria, el ratón de almizcle, la marta, el armiño, el lince, la zorra y otras varias alimañas. Tal es su ocupación y de ella viven; porque has de saber que existen fuertes o establecimientos para el tráfico sostenidos por mercaderes aventureros, a grandes distancias unos de otros y en donde acuden los tramperos para cambiar pieles por los instrumentos necesarios en su arriesgada profesión.

Otra clase de hombres atraviesa también el *Gran Desierto.* Por espacio de muchos años se ha hecho el comercio entre el oasis de Nuevo Méjico y los Estados Unidos, empleando en él gruesas sumas de dinero y un gran número de hombres, casi todos angloamericanos; para el acarreo de las mercancías usan grandes carros tirados por mulas o bueyes; una partida de estos carros se llama «caravana» Las hay españolas que atraviesan el ala occidental del desierto, yendo de Sonora a California y de allí a Nuevo Méjico.- Ya ves que el *Desierto Americano* tiene sus caravanas como el de Sahara.

Las caravanas viajan centenares de millas por comarcas donde no se encuentran más habitantes que algunas partidas de indios, dispersas y nómadas; pero en partes la esterilidad es tanta que ni aun los mismos indios vagabundos pueden vivir en ellas.

Las caravanas, sin embargo, siguen de ordinario una ruta pasajera que les es conocida y en la que en épocas fijas del año encuentran agua y hierba. Existen varias sendas o

«rastros» como ellos les dicen, desde los pueblos fronteros de los Estados Unidos a los de Nuevo Méjico. Median entre ambos, no obstante, vastas regiones desiertas, completamente desconocidas y sin explorar, y mucha tierra fértil que jamás han pisado plantas humanas.

Aquí tienes, mi joven amigo, delineados los principales rasgos del *Gran Desierto Americano.*

Déjame ahora llevarte a él para enseñarte más de cerca algunas de sus cosas más interesantes.

No te enseñaré los puntos más salvajes, para que no te me asustes. Nada temas, que no te llevaré al peligro. Sígueme, pues.

CAPITULO II
El pico blanco.

Bramo yo, algunos años hace, uno de los «comerciantes de las praderas» que, atravesábamos el desierto con una caravana de San Luis, en el Misisipí, a Santa Fe en Nuevo Méjico, por el conocido «rastro de Santa Fe» Como no pudimos colocar todas las mercancías en Nuevo Méjico, seguirnos viaje hacia la gran población de Chihuahua que está más lejos hacia la banda de Mediodía. Allí realizamos nuestro negocio y ya a punto de dar la vuelta a los Estados Unidos por la vía que habíamos llevado, alguien propuso que, pues no teníamos otra carga que los sacos de dinero, fuésemos a explorar el nuevo rastro a través de las praderas. Todos deseábamos encontrar una ruta mejor que la de Santa Fe y nos la prometíamos entre el pueblo de El Paso, sobre el Río del Norte, y algún punto de las fronteras de Arkansas.

Vendimos nuestros carros al llegar a El Paso y compramos mulas de carga, mejicanas, contratando al propio

tiempo varios arrieros para que se entendiesen con ellas. También compramos caballos de silla, de los chicos y fuertes de Nuevo Méjico, que son cuanto cabe para andar por el desierto. Igualmente nos pertrechamos de ropa, provisiones y demás necesario para vagar por nuestra incógnita ruta. Ya listos de un todo, dijimos adiós a El Paso y volvimos riendas hacia Levante.

Eramos por junto doce, entre comerciantes y cazadores que habían ofrecido acompañarnos a través de los llanos. Había otros y un minero de la mina de cobre que está en El Paso, y cuatro mejicanos -los arrieros que se habían encargado de nuestras mulas de carga. -Por de contado que íbamos armados hasta los dientes y montados en las mejores bestias que con dinero se pudieron conseguir.

Teníamos que atravesar primero los Montes Roqueños que dividen el país de Norte a Sur. La cadena que demora al Este de El Paso se llama Sierra de Organos, nombre que se le ha dado por la semejanza de sus estribos con los cañutos de aquel instrumento. Dichos estribos están formados con rocas de *trapa* que tú sabes presentan figuras raras y fantásticas, a causa de su estratificación especial. Pero aun tiene la tal Sierra de Organos otra cosa más curiosa y es que en una de sus cumbres existe un lago con sus mareas altas y bajas como las de un verdadero Océano. Nadie ha podido explicar tan singular fenómeno -logogrifo o adivinanza para nuestros geólogos más expertos. -Sirve el lago de punto de reunión a los animales silvestres y en sus orillas se encuentran muchos venados y alces. Contados son los cazadores que los

inquietan, porque los mejicanos parecen abrigar cierto temor supersticioso por los espíritus de la Sierra de Organos, y rara vez suben hasta las orillas del lago.

Nuestra partida encontró fácilmente un puerto por la montaña, el cual nos condujo a campo raso del otro lado de ella. Después de varios días de viaje por la base de los estribos de los Montes Roqueños, nos encontramos con un arroyo que seguimos aguas abajo y nos condujo a un gran río que corre de Norte a Sur. Era, bien lo conocimos, el celebrado Pecos o Puerco, según se le suele llamar también. Todos estos nombres son españoles, como lo habrás echado de ver, porque el territorio por donde viajábamos, aunque no habitado ni explorado por los mejicanos, todavía les pertenecía, y cuando tenían noticias de cualquier objeto por los cazadores u otros individuos que lo habían visto, lo bautizaban en su propio idioma.

Atravesamos el Pecos, y por algunos, días viajamos por su margen izquierda con la esperanza de encontrar otro río cuyo curso de Oriente a Poniente pudiera servirnos de guía. Nada de eso: y muchas veces hubimos de abandonar el mismo Pecos o internarnos algunas millas antes de volver en busca de sus aguas. Era porque el río, para formar su hondo cauce, tal vez en el espacio de muchos siglos, había destrozado las colinas a su paso y formado precipicios que le servían de márgenes.

Habiendo avanzado con rumbo Norte más de lo que nos prometíamos, nuestra partida trató de emprender el paso de la árida llanura que ante nosotros se dilataba hacia el

Oriente, hasta donde podía alcanzar la vista. Sus peligros tenía dejar el río sin saber si luego encontraríamos agua. En tales casos, cuidan los viajeros de seguir siempre la senda más cercana al agua, cuando ésta va en la dirección que a ellos les conviene; pero nosotros nos cansábamos de aguardar a ver si encontrábamos río que corriera del Este, y por fin, llenando bien las cantimploras y dejando beber los animales, hasta que se hartaron, dimos gentilmente rostro al Levante.

Después de varias horas de viaje nos encontramos rodeados por un gran desierto, sin colina, montaña, ni otra cosa que sirviera de blanco a la vista. Apenas había en nuestro rededor débiles señales de vegetación. Así, salteados aquí y allá se veían algunos manchones de salvia achaparrada, y montoncillos de espinosos cactus, pero ni una sola punta de -hierba que alegrase la vista a nuestros caballos. Ni una gota de agua, ni el menor indicio de que hubiese nunca llovido en aquel llano reseco. El suelo, como polvo, y la nube que de él levantaban nuestras cabalgaduras, nos rodeaba y seguía por todas partes. El calor era excesivo, lo cual, unido al polvo y al cansancio del viaje, nos produjo una sed insaciable que nos hizo beber toda el agua contenida en nuestras cantimploras. Mucho antes de anochecer estaban todas vacías y todos nosotros clamando por agua. Peor, con mucho, les iba a nuestros pobres animales, porque, al menos, teníamos nosotros que comer, mientras que ellos no habían pasado ni un bocado.

Volvernos atrás no era fácil, porque de seguro siguiendo adelante daríamos con el agua en mucho menos tiempo que

el necesario para regresar al río. Con tal esperanza, continuábamos andando. Muy entrada ya la tarde, divisamos algo que nos hizo saltar de alegría sobre la silla. Te figuras tú que fue agua; no, señorito. Era un gran objeto que se presentaba a mucha distancia como pegado al firmamento. Tenía forma triangular y parecía colgado en el aire como la mitad superior de una cometa. Al verlo, todos sabíamos lo que era ; era el gorro de una montaña de nieve.

Acaso te sorprenda vernos tan aleares con tal0aparición, porque a tu manera de ver, nada de hospitalario tiene el gorro blanco de una montaña. Dices eso porque tú no estás al corriente de las peculiaridades del desierto, que voy a explicarte. Sabíamos, con sólo verla, que aquella montaña pertenecía a las de nieve perpetua, que en Méjico se llaman nevadas. Sabíamos que donde quiera que están ellas se encuentran aguas corrientes que bajan por sus costados en casi todas las estaciones del año, pero principalmente en verano, cuando el calor produce el deshielo. Por tanto, nos alegrábamos, y aunque todavía muy lejos parecía la montaña, apuramos todos con más vigor y esperanza. También nuestros animales, como si estuviesen en autos, rebuznaban y relinchaban de lo lindo y redoblaban el paso con más elasticidad y bríos.

Crecía el blanco triángulo a medida que íbamos avanzando. Ya al entrar la noche pudimos distinguir el perfil obscuro de la parte baja de la montaña y los vívidos rayos del sol saltando sobre los cristales del gorro de nieve que parecía una corona de oro. La vista alegraba el alma.

El sol se puso y salió la luna a relevarlo en la guardia, del firmamento. A sus pálidos rayos todavía podíamos ver conforme andábamos, el pico de la montaña que brillaba y nos prometía refrigerio. Viajamos toda la noche. ¿Cómo no? No había por, qué hacer alto. Pararse era morir.

Amaneció, y nosotros continuamos la cansada jornada. Bien habríamos hecho cien millas desde que nos apartamos del río Pecos, y por nuestro mal, la montaña se encontraba todavía lejos. Según iba amaneciendo, podíamos trazar la configuración de su base, y observamos que en su flanco meridional había una quebrada honda que marcaba su huella casi hasta la cumbre. En su faz occidental -la más inmediata a nosotros, -no había nada de eso; de donde conjeturamos que el lugar en que con más probabilidad encontraríamos agua, sería la quebrada que miraba al Sur, y donde pudiera haberse formado un arroyo con la nieve derretida.

Enderezamos, pues, la marcha hacia el punto en que la montaña parecía entrar en el llano, y calculamos con acierto, pues al paso que nos acercábamos, dando vuelta al pie de la montaña, vimos una línea de color verde claro que avanzaba por entre la rojiza arena. Era como un prado bajo, con alguno que otro árbol saliente de la línea del fondo.

Adivinábamos lo que era un bosquete de sauces con algunos algodoneros en su centro. -Como son indudablemente señal de agua, saludamos con júbilo su aparición. Los hombres se enronquecían dando vivas, los caballos relinchaban, rebuznaban las mulas y un instante después, hombres, caballos y mulas se encontraban a la vera

del agua bebiendo sin tasa en la cristalina corriente del arroyo.

CAPITULO III
El oasis del valle.

Después de tan terrible jornada necesitábamos, por supuesto, descansar y comer. Resolvimos quedarnos en el arroyo toda la noche y acaso por un día o dos más. La mancha de sauces se extendía por sus dos orillas, y a distancia como de cincuenta varas, en el llano, y bajo la sombra de los sauces, crecía la frondosa hierba, conocida en Méjico con el nombre de *grama*, que es tan feraz como nutritiva y gusta a los caballos y al ganado igualmente que a los búfalos y otros animales bravíos. Mucho lo probaron nuestras minas y caballos, pues apenas bebieron lo bastante, cuando atacaron la hierba con sendas dentelladas y ojos llenos de alegría. Les quitamos las cargas y los aperos y atándolas a la estaca, dejamos que se dieran gusto.

Enseguida, a ver qué comíamos nosotros, no porque tuviésemos tanta hambre, pues de cuando en cuando mascujábamos en el llano un pedazo de carne salada; pero la

habíamos comido cruda, y el *tasajo* -que así se llama, -no es una gran comida, ni crudo ni cocido. Por más de una semana no habíamos tenido otra clase de alimento y sentíamos hambre de algo fresco. En todo el camino, desde El Paso, ni una pieza de caza habíamos encontrado, con excepción de media docena de antílopes flacos, de los que sólo uno logramos matar.

Mientras atábamos nuestros animales, y nos preparábamos a hacer la cena de tasajo y café, uno de la partida, hombre incansable, llamado Lincoln, se había metido por la cañada, cuando de repente oímos un tiro de rifle que resonaba en el desfiladero. Levantando los ojos vimos una manada de big horns «cornudos» -según se llaman los cameros de los Montes Roqueños -saltando de peña en peña y casi como volando sobre las orillas de los precipicios. Poco tardó Lincoln en presentarse en la desembocadura del desfiladero, cargando sobre los hombros un animal muerto, que por la forma de sus cuernos de media luna, conocimos pertenecía a la manada de los que huían. Estaba tan gordo como un cebón, y los cuchillos de los cazadores pronto lo desollaron o hicieron cuartos. Entretanto jugaban en el monte dos fuertes hachas en membrudas manos, desgajóse un algodonero a los fuertes golpes y cortado en trozos, luego empezó a chirriar entre las llamas. Al calor de éstas daban enseguida vueltas al costillar y el lomo del difunto, y la cafetera hirvió, espumó y derramó su obscuro y aromático licor. «Levantados los manteles» cada cual se enrolló en su

frazada y pronto se olvidaron los peligros que habíamos corrido.

A la mañana siguiente nos levantamos frescachones y después del almuerzo formamos junta de guerra para decidir el plan que debíamos adoptar. Habríamos seguido el arroyo, pero como quiera que parecía correr hacia el Sur, no nos convenía, cuando nuestro rumbo era a Levante, Hablando estábamos de estas cosas, cuando Lincoln nos llamó la atención dando un grito. Estaba parado en campo raso más allá de los sauces y con la mano apuntaba hacia el Sur. Todos miramos en aquella dirección y con gran sorpresa vimos una columna de humo azul que formando espiras en el aire, parecía elevarse de la llanura.

-¡Indios deben ser! -exclamó uno.

-Ya había yo echado de ver un hoyo en la sabana allá, muy lejos -dijo Lincoln, -anoche cuando salí a rastrear este chivato. El humo parte de allí, y como donde hay humo debe de haber fuego, según canta el refrán, allí también debe haber gente, blanca o india.

-Indios, por supuesto -contestaron varios, ¿qué otra gente pudiera encontrarse a cien millas de este sitio? Indios son, sin disputa.

Consultamos en abreviatura sobre lo que deberíamos hacer. Apagamos nuestro fuego sobre la marcha, y pusimos los caballos y las mulas al abrigo del bosque. Unos propusieron mandar un pequeño destacamento, aguas abajo, para explorar el terreno; otros aconsejaron subir a la montaña, desde cuya altura podría verse el lugar de donde

salía aquel extraño humo. Lo último parecía lo más acertado, porque en todo caso, siempre había lugar para hacer otra cosa. Media docena de la partida (los otros se quedaron cuidando el campamento) empezó a trepar por los riscos de la montaña.

Subíamos, deteniéndonos de vez en cuando, para echar una ojeada al llano, y subimos hasta llegar a bastante altura. Por fin divisamos una honda barranca hacia la cual corrían las aguas del arroyo; pero a tanta distancia, nada podía discernirse. Veíamos la llanura limpia y estéril que se extendía a lo lejos formando horizonte. Solamente de un lado, hacia el Oriente, lucía una faja de lozano verdor con uno que otro árbol solitario o a lo sumo dos o tres en grupo, achaparrados y enanos. Siguiendo la faja verde se divisaba una grieta en la llanura. Era un canal, sin duda, por el cual se escapaba de la barranca el arroyo. Puesto que nada más podíamos descubrir, bajarnos y nos reunirnos a nuestros compañeros en el campamento.

Convínose en mandar aguas abajo un pelotón escogido hasta las lindes de aquel extraño valle para reconocerlo con toda precaución. Salimos, pues, seis, dejando nuestros caballos en el campamento, y marchamos sin ruido siguiendo siempre la corriente del arroyo y tan pegados a los sauces cuanto nos era dable. Así anduvimos cosa de milla y media, cuando echamos de ver que estábamos cerca del remate de la barranca. Oíase un ruido semejante al que producen las aguas despeñadas, y pensamos que sería alguna pequeña catarata formada por el arroyo al caer en la extraña abertura que,

formaba el terreno delante de nosotros. Así era, efectivamente, pues un momento después pasamos por la orilla de un espantoso precipicio, por el cual se despeñaba el agua a la altura de muchos centenares de pies.

Hermosa perspectiva, por cierto, formaba el largo chorro cayendo enarcado, y hundiéndose entre la neblina en que se deshacía, para levantarse después en una especie de bruma brillante, sobre la que los rayos del sol formaban bellos arco-iris. Hermosa vista, repito; pero nuestros ojos no tuvieron mucho tiempo parla gozarla, porque otros objetos había que nos causaron mayor admiración, Allá a lo lejos -muy lejos de nosotros, -distinguíase un profundo valle cubierto con todo el lujo de la vegetación más galana. Tenía aproximadamente la forma de un óvalo y por todas partes le cercaba un espantoso precipicio que se levantaba casi perpendicularmente a manera de muro. No medía menos de diez millas de largo, a lo que parecía, y de ancho tendría como la mitad del largo. Estábamos en uno de sus extremos y lo velamos, por supuesto, en toda su longitud,. En la superficie del barranco crecían árboles horizontalmente y algunos había con la copa hacia abajo. Eran pinos y cedros y por entre las grietas de, las peñas salían también los cactus con sus tallos empatados. Crecía allí el mezcal silvestre, o planta de maguey, pegada contra el barranco, Y formaban sus hojas color de gualda bello contraste con el fondo obscuro del follaje de los cedros y de los cactus. Algunas de estas plantas saltaban en la misma orilla del precipicio y con sus hojas en forma de espadas curvas, daban a la escena un

aspecto singular. En aquella faz del obscuro barranco, todo era agreste, sombrío, pintoresco. Pero ¡cuán distinta la escena que le seguía en el fondo! Allí todo parecía, grato, risueño, bonito.

Grandes cejas de bosque en donde el espeso follaje de los árboles se unía y entrelazaba, como si tratase de ocultar la tierra bajo su sombra; pero ya sabíamos que eran sólo hojas, pues de trecho en trecho se podía ver sobre el terreno el césped que lo cubría, formando mullida alfombra. Las hojas de los árboles se teñían con los diversos colores que les presta el tibio calor del otoño: unas amarillas, otras cereza, otras rojas, otras violadas, y verdes de un verde subido, y otras como plata blanquecinas, con todos sus matices mezclados y confundidos como los de una rica alfombra de Bruselas.

Brillaba en el centro del valle un objeto bastante grande que se conocía era agua Un cristal límpida y tersa corno la luna de un espejo. -El sol en el cenit reverberaba sobre la tranquila superficie del agua y a sus amarillos rayos remedaba un de pósito de oro. No podíamos descubrir el remate de la laguna, ocultó a nuestros ojos por los árboles, pero veíamos sí que el humo, origen y principio de nuestra exploración, salía occidental del lago.

Regresamos al campamento, en donde se habían quedado nuestros compañeros, y convinimos en ir todos juntos a la barranca, a fin de buscar sitio por donde diésemos bajar a su fondo. Porque era evidente que tal sitio existía,

pues de no, ¿cómo hubieran bajado al lago los que encendieron el fuego?

Dejando en el campamento a los mejicanos para cuidar a las mulas, todos los demás montamos a caballo y partimos reunidos. Caminamos por la orilla oriental, bastante apartados de la barranca, con el objeto de no ser vistos hasta descubrir qué especie de gente había en el valle. Al llegar al punto opuesto al lugar de donde el humo salía, recogimos riendas, y dos de nosotros nos desmontamos, y andando a gatas nos fuimos acercando poco a poco al precipicio teniendo la precaución de quedar siempre cubiertos por los matorrales, que entre nosotros y el lago se encontraban. Por fin logramos un buen mirador para escudriñar todo lo que había en el fondo del valle el lago Era una vista aquella muy extraña, al menos por lo inesperada en tan apartado sitio.

Una gran laguna había, como va dicho, y en el lado opuesto, como a cien varas de su orilla, una hermosa casa hecha de troncos, con otros edificios de la, misma arquitectura en rededor de ella. Todos se hallaban rodeados por cercas de palo a pique y campos rozados y a trechos sembrados, mientras que en otros andaban sueltos diversos animales. El panorama representaba, en definitiva, una granja, con sus pesebres, jardines, hortaliza, caballos y ganado. Qué especie de ganado, no podíamos decirlo, porque la distancia a que estaba era muy grande; pero habla, al parecer, varias clases de animales, blancos, negros, obscuros y pintados. También se veían hombres y muchachos -cuatro por junto -que andaban de un lado a

otro del cercado; y en la puerta de la casa se divisaba una mujer. A tal distancia, mal pudiera decirse si eran blancos o no, pero desde luego echamos el cálculo de que de ninguna manera podían ser indios. Al indio jamás se le habría ocurrido construir aquella casa, ni tampoco habría sabido hacerla. Más nos parecía que estábamos soñando que despiertos al contemplar semejante escenario en semejante lugar, que nos encantaba los ojos cansados de la triste soledad del desierto. El lago tranquilo, el sol brillante, y en las aguas, metidos hasta la rodilla, allá a lo lejos, diferentes animales sin moverse.

Muchos otros objetos llamaban la atención; mas sin perder tiempo en examinarlos, regresamos de prisa a donde estaban los compañeros.

Concertamos seguir Viaje hasta encontrar bajada para llegar a aquel oasis más que raro. A la simple vista se observaba que al remate del valle formaba la Ranura una hondonada y hacia ella emprendimos camino. A pocas millas más encontrarnos el sitio por donde el arroyo Volvía a correr con rumbo a Oriente, y allí, según lo deseábamos, se encontraba el sendero en cuya busca andábamos anhelantes, formando zigzag por la orilla del arroyo sobre la misma cara del precipicio. No era más ancho que la medida de un carro, pero sí de un declive cómodo y suave. Sin titubear, empezamos a bajar hacia el lago.

CAPITULO IV
Finca rara.

Poco tardamos en llegar al fondo del Valle, en, donde tomamos por un sendero abierto en la margen del arroyo, el cual presumíamos que nos habría de conducir al lago, desde donde se vela la casa. Admiración causaba la gran variedad de árboles que en los bosques había; pero mayor era la diversidad de hermosos pájaros que cantaban y saltaban en las ramas, conforme continuábamos nuestra marcha.

Por fin llegamos al abra o boquete, desde donde claramente se podía ver la casa a lo largo, Era prudente practicar otro reconocimiento antes de avanzar más; dos nos apeamos, y por un matorral cubierto de hojas, nos fuimos acercando. La casa y sus pertenencias nos quedaban a la vista.

La fábrica era de troncos, igual en un todo a las que se estilan en los Estados del Oeste en la América del Norte, y verdaderamente estaba muy bien construida. A un extremo

tenla un jardín y por los cuatro costados campo limpio, y en muchas partes cultivado.

Una de las eras estaba sembrada de maíz y otra de trigo. Pero lo más raro eran los animales que había en el cercado. A primera vista se les hubiera tomado por los mismos que de ordinario se encuentran en las haciendas inglesas y angloamericanas, es decir, caballos, vacas, bueyes, carneros, chivos y aves. Imagínate, pues, nuestra sorpresa, amigo lector, cuando al examinarlos de cerca, ni uno solo encontramos que se pareciese a los nombrados, excepto los caballos, y ni aun éstos, ¡pues eran más chicos y tenían la piel manchada como el sabueso! Ya reconocimos al *mustang* o caballo salvaje del desierto[1].

Miramos los animales que habíamos tomado por bueyes. ¡Búfalos! búfalos atados en el campo y que no corneaban a las personas que pasaban junto a ellos. Además, vimos uncidos al yugo y puestos al arado: ¡un par de enormes búfalos arando! y eso con el mismo reposo y regularidad de los bueyes.

Otra clase de animales nos llamó la atención; eran más grandes que el búfalo y había varios tranquilamente parados dentro del agua del lago, en la que como en un espejo se retrataban sus grandes cuerpos y sus cuernos ramosos. Estos se llaman alces -la gran bestia americana. -Vimos venados de todas especies y antílopes de cuernos cortos y agudos, y animales parecidos a éstos en el tamaño, pero con grandes

[1] Los mejicanos le llaman mosteño. -T.

cuernos encorvados como el carnero, y otros que parecían chivos y ovejas. Vimos algunos sin rabo, con la apariencia de puercos y otros que parecían zorras y perros. Había aves de toda especie andando sueltas alrededor de la casa, y entre ellas descollaba el pavo silvestre con su cuerpo tan crecido y tan enhiesto. Aquel cuadro más parecía propio de un jardín zoológico o de una casa de fieras que de una granja o hacienda.

También se dejaron ver dos hombres, alto de cuerpo uno, blanco y con aspecto de lozana salud; el otro era un negro pequeño muy fornido. Este último conducía el arado. Había, además, dos jovencitos, o más bien dos niños crecidos. En la puerta estaba sentada una mujer haciendo labor, y a su lado dos niñas pequeñas, hijas suyas, sin duda.

Pero lo que más nos llamó la atención a mi compañero y a mí, fue la escena que se presentaba enfrente de la casa y alrededor del pequeño pórtico en donde estaba sentada la mujer. Era horrible. Ante todo, andaban por allí dos grandes osos negros, ¡sueltos de su cuenta, y jugando otro! Luego había muchos otros animales menores que nos parecieron perros, pero que mejor examinados, en sus rabos peludos, hocicos aguzados y orejas cortas y rectas, estaban publicando ser lobos. Eran de esos que a menudo se encuentran entre los indios y que más que perros-lobos, debían llamarse lobos-perros. Por lo menos había una media docena que andaban retozando de gusto. Pero lo más terrible de todo me parecieron dos animales de color pardo-rojo, tranquilamente acuclillados en el pórtico a los dos lados de la mujer.

Sus cabezas redondas y de gato, el hocico negro y corto, el cuello blanco y el pecho blanco y medio colorado estaban diciendo que eran panteras.

-¡Panteras! -exclamó mi compañero dejando escapar un resoplido y mirándome con aire más que atónito. Panteras son, como las llaman los cazadores, pero más propiamente pumas -el *felis concolor* de los naturalistas, el león de América.[2]

En medio de aquellos animales andaban las dos niñas como si tal cosa, y las fieras no parecían tampoco prestarles la más mínima atención. Aquella escena me recordaba el prometido cuadro de la Escritura cuando lleguen los tiempos en que «todo»será paz en la tierra y el león se echará al lado del cordero»

No nos paramos a ver más, que con lo visto sobraba, y volvimos a dar cuenta a nuestros compañeros. Cinco minutos después entrábamos todos juntos por el abra, en dirección a la casa. Nuestra súbita aparición consternó a todo el mundo: las personas se dieron gritos de alarma unas a otras, relincharon los caballos, los perros gruñeron y ladraron y las aves unieron sus chillidos al coro general. Sin duda nos tomaban por una partida de indios; pero muy luego explicamos quiénes y cómo éramos. Tan pronto como dimos nuestras explicaciones, el hombre blanco nos convidó a pasar adelante, a echar pie a tierra y, de la manera más fina, a aceptar su hospitalidad. Dió al mismo tiempo órdenes para que nos preparasen de comer, y rogándonos que llevásemos

[2] *En Colombia se llama caguar y en Venezuela león gateado o chivero. -T.*

los caballos a la pesebrera, empezó a echar maíz en la canoa que servía de astesa. En esto le ayudaron los dos jóvenes que parecían sus hijos, y el negro, que podía ser su criado.

Para nosotros no había cesado el pasmo, porque cuanto nos rodeaba era extraño e inexplicable.

Los animales, de ninguno de nosotros conocido, sino en su estado salvaje, parecían tan mansos y dóciles como ganado de granja, sobre que a cada momento encontrábamos una especie nueva. Las plantas, también raras, que crecían en el jardín y en los campos, las enredaderas en sus emparrados, la troje llena de grano amarillo; el palomar, la pajarera con golondrinas, todo formaba un cuadro curioso y placentero.

De aquí para allá andaríamos una hora o poco menos, cuando nos llamaron a comer.

-Síganme ustedes, señores -dijo el huésped, precediéndonos en dirección a la casa. Entramos, y nos sentamos en rededor de una mesa de buen tamaño, sobre la cual humeaban sabrosos platos que excitaban el apetito: algunos eran conocidos viejos, pero otros nos eran extraños. Encontramos lomo de venado con lenguas y costillas de búfalo, que son las partes más delicadas de este animal. Había aves recién horneadas, huevos de pavo cocidos y hechos tortilla; pan, mantequilla, leche y queso, todo listo y sirviendo de tentación al apetito que no la necesitaba, si va a decir verdad, para hacer cumplida justicia a aquellas señoras viandas, porque como desde por la mañana no habíamos comido nada, teníamos hambre de veras. Un gran caldero estaba hirviendo al fuego. ¿Qué contendría? pensábamos; de

seguro, ni café ni té. Poco tardamos en salir de la duda; porque también poco tardaron en presentarse las tazas, y en ellas se echó una buena porción del hirviente líquido que resultó ser una bebida muy saludable -el té de la raíz de sasafras, sazonado con azúcar de arce y con la cantidad de crema de leche que, cada uno quiso servirse. Casi todos nosotros lo habíamos probado antes y a todos nos gustaba tanto como el té de la China.

A la vez que comíamos, no pudimos dejar de extrañar la rareza de cuanto nos rodeaba. Todo el mueblaje era único en su especie y de construcción tosca, conociéndose que la mayor parte de él era de extracción doméstica. Las vasijas representaban varios estilos y sustancias; las tazas y los platos, las escudillas y los platones reconocían la ascendencia de la corteza de la calabaza, y las cucharas y los cucharones lo mismo. También había platos y bandejas de palo, labradas con esmero. Mas tazas y platos había, sin embargo, hechas de loza colorada y de diferentes tamaños y figuras, además de las vasijas grandes para cocinar, de los jarros para el agua y de otros envases de diversos tamaños.

Las sillas, de construcción primitiva, servían admirablemente para el objeto a que estaban destinadas. Las más tenían forro de cuero crudo que, cediendo a la presión, tanto en el espaldar como en el asiento, constituía un mueble firme y agradable. Unas cuantas más ligeras, que sin duda estaban destinadas para los cuartos interiores -la casa tenía dos -llevaban asiento de hojas de palma entretejidas.

Pocas aspiraciones al adorno se observaban en las paredes, si se exceptúan algunas curiosidades colgadas en ellas y que, evidentemente, provenían del valle mismo; pájaros de hermoso y brillante plumaje disecados, enormes cuernos y dos o tres conchas de tortuga, primorosamente, pulimentadas. No se veían ni espejos ni cuadros, ni libros, excepto uno: era un tomo de regular tamaño, colocaj1o en medio de una mesa y, a ojos vistas, conservando con mucho esmero, pues estaba encuadernado con habilidad y gracia en la piel de un antílope joven. Tuve la curiosidad de abrirlo al entrar, y leí en su portada las palabras «BIBLIA SAGRADA». Esta circunstancia aumentó el interés que el huésped y su familia me inspiraban, y me sentí lleno de confianza, porque me persuadí de que en aquella apartada región recibía la hospitalidad de un cristiano.

A la comida concurrieron el huésped y su familia, a quienes habíamos visto desde nuestra llegada, pues todos habían salido a recibirnos con demostraciones de júbilo; pero nos quedamos admirados al oír las conversaciones de los niños. Con sorpresa supimos que éramos los primeros hombres que habían visto en el espacio de diez años. Lindos muchachos, robustos, llenos de vida y animación. Dos eran varones -Leopoldo y Simón, según los llamaba su madre. De las dos niñas, la una tenía el color moreno de las criollas españolas con toda la expresión de esta raza en su fisonomía. La otra era tan rubia como su hermana morena; dulce muchachita, con su pelo color de oro, todo suelto, ojos de azul obscuro y pestañas largas y crespas. Llamábase María, y

su hermana, la morena, Luisa. Ambas muy bonitas, pero muy distintas entre sí; y lo que más me picaba la curiosidad, era que las dos parecían de un mismo tamaño y de la misma edad. Los muchachos también tenían uno y otro el mismo tamaño, pero mucha más edad que las niñas; representaban diecisiete años o más, si bien no se podía conjeturar cuál fuese el mayor. Leopoldo, por sus cabellos rubios y crespos y su rostro tostado y varonil, se asemejaba más a su padre; mientras que Simón, mucho más moreno, se parecía a su madre. Esta no pasaría de treinta y cinco años, y era todavía una hermosa mujer y de apariencia sumamente afable.

Nuestro huésped rayaba en los cuarenta; alto, bien formado, de tez blanca, si requemada por el sol, con cabellos rubios y crespos, pero ya algo canosos. No usaba ni barbas ni bigote; parecía afeitarse diariamente, y ser hombre que se esmeraba en cumplir con regularidad los deberes del tocador. Tenía aire y porte señoril y por sus modales y conversación, muy pronto nos persuadimos de que tratábamos con un caballero bien educado.

Raro era el traje de toda la familia. El hombre llevaba una camisa suelta de cazar y botas de cuero de venado, ya curtido, y no muy distintas de las que usan nuestros cazadores. Los muchachos vestían lo mismo, pero se podía ver que por debajo llevaban una especie de traje de lienzo. Las mujeres tenían ropa en parte de lienzo y en parte de piel muy fina -la de cervatillo aderezada como un guante. Algunos sombreros se veían por el cuarto, curiosamente fabricados con hojas de palma.

Durante la comida, el negro se acercó a la puerta y nos *aguaitó* con suma curiosidad. Erase un hombre rechoncho y fornido, tan negro como el azabache y como de cuarenta años de edad. Tenía el cabello espeso y pasudo, cortado al ras, de manera que la línea de la cabeza parecía tan completamente redonda como una bola. Sus dientes grandes y blancos nada tenían de feroces, pues solamente los enseñaba al reírse, lo cual hacía sin cesar. Algo muy agradable había en la expresión de sus ojos, profundamente negros, que andaban de continuo mirando a un lado y otro de su chata y extendida nariz.

-Congo, échate para fuera estos animales - dijo la mujer, o más bien, la señora, que bien merecía este título. La orden dada, a manera de ruego, fue en el acto obedecida con gusto. Congo dio un brinco dentro de la pieza en que estábamos, y después de algunas vueltas, consiguió echar de ella los lobos-perros, las panteras y demás bichos raros que hasta entonces se habían estado amenazando unos a otros por entre nuestras piernas, con gran desazón de la mayor parte de los presentes.

Todo aquello tenía tal sabor de originalidad, que nosotros lo examinábamos con interés y curiosidad mal disimulados. Terminada la comida y no pudiendo reprimir por más tiempo la impaciencia, rogamos al anfitrión que nos explicase tantos misterios.

-Aguardemos hasta la noche -nos dijo, -cuando alrededor de un buen fuego de leña les contará mi historia. Ahora necesitan ustedes más de refrescarse que de ninguna

otra cosa. Vámonos a la laguna, en donde se darán ustedes un buen baño. El sol está caliente, y después de un viaje, conviene quitarse el polvo del cuerpo.

Diciendo y haciendo, salióse de la casa y se encaminó al gracioso lago, hacia el cual le seguimos todos. Poco tiempo después, nos encontramos agradablemente sumergidos en las aguas recalentadas por el sol.

El resto del día lo pasamos en diversas ocupaciones. Algunos regresaron a la montaña en busca de los mejicanos; los demás recorrimos toda la casa y el campo, encontrando a cada paso algo que nos llamase la atención.

Llenos de impaciencia aguardamos a que Regase la noche, pues teníamos la curiosidad excitada en alto grado, por oír la explicación de lo que veíamos a nuestro rededor. Por fin llegó la noche, y después de una suculenta cena, nos sentamos en torno del fuego para oír la extraña historia de Roberto Rolfe, que así se llamaba nuestro huésped.

CAPITULO V
Primeros años de Rolfe.

Hermanos -dijo, -pertenezco a la misma raza de ustedes, aun cuando no soy angloamericano. Nací en la parte sur de Inglaterra, hará más de cuarenta años. -Mi padre, que gloria haya, era un *yeoman* independiente, o según se les llama a veces, un caballero agricultor. Por desgracia -su buena memoria me perdone, -tenía demasiadas aspiraciones para un hombre de su clase, y resolvió que yo, su único hijo, fuese un caballero en la significación ordinaria de la palabra; quiere decir, que se me educase en todos esos hábitos y con los adornos costosos que seguramente arruinan a un hombre de mediana fortuna. Si en esto procedió o no con juicio, no me está bien a mí calificarlo, tratándose de un padre que pecaría, es verdad, pero únicamente por el amor excesivo que Te profesaba. Sobre todo, creo que ésta es la única falta que, a él, tan bueno y excelente, pudiera echársele en cara, porque fuera de tal pretensión, ningún defecto tenía, en verdad.

Envióme a una escuela donde me codeaba con todos los descendientes de la nobleza, y me enseñaban a montar a caballo y la música, al mismo tiempo que me dejaba mi padre gastar cuanto dinero se me antojaba, y me permitía pedir champaña y trincar con todos mis compañeros. Al salir del colegio, me mandó a viajar y di una larga recorrida por el Rhin, Francia e Italia, volviendo a Inglaterra, después de algunos años empleados de es a manera. Llamóseme a casa para que presenciara la muerte de mi padre.

Encontréme, pues, dueño de una fortuna nada desatendible para un hombre de sus circunstancias; pero bien presto la reduje a menos, porque ya no sabía sino vivir en Londres, con mis antiguos camaradas y compañeros de colegio. Muchas fiestas me hicieron mientras me duró la bolsa llena, porque los más de ellos eran caballeros sin caballo y sin dinero, abogados sin clientela y empleados a quienes apenas les alcanzaba el sueldo. Semejante sociedad gusta del juego, porque, como en sus lances nada arriesga, todo para ella es ganancia; no se pasaron uno 6 dos años antes que los «amigos» me hubiesen comido lo mejor y más bien parado de mi patrimonio. Hallábame a las puertas de la bancarrota, cuando una cosa me salvó -¡ésta me salvó!

Dijo el huésped, señalando a su esposa que, rodeada de toda su familia, estaba sentada junto al fuego. La señora bajó la vista y se sonrió, mientras los niños, que habían estado oyendo atentamente, la miraron con ojos de ternura.

-Sí -continuó diciendo el huésped -María me salvó. Habíamos sido nosotros compañeros de juegos en la niñez, y

entonces nos volvimos a reunir. Encontramos que nos queríamos mucho y bien, y el asunto acabó en matrimonio.

Por fortuna, mi vida relajada no había destruido, como de ordinario acontece, todos mis principios de virtud. Muchos de los que en la niñez me enseñó mi buena madre, sobrevivieron a la catástrofe, y estaban tan firmes y arraigados como al principio.

Apenas me casé, cuando resolví cambiar de vida; pero cuesta eso más trabajo de lo que los hombres se piensan. Una vez que se encuentra uno rodeado como yo me encontraba, y metido en deudas y compromisos, harto valor y esfuerzo de virtud se necesitan para desprenderse de los camaradas y cumplir con los deberes propios; los primeros tienen, sobre todo, interés en que continúe la vida de desbarate en que ellos se están aprovechando. Pero yo estaba resuelto, y los consejos de María me ayudaron a llevar a cabo mi resolución.

Para pagar mis deudas tuve que vender la finca de mi padre; hecho lo cual, me encontré con un capital de sólo dos mil quinientos pesos.

Esta mujercita mía, me había aportado doce mil quinientos; con quince mil pesos, bien se podía empezar cualquier cosa en el mundo. En Inglaterra no es mucho dinero, para gente acostumbrada a vivir en la esfera en que yo lo estaba; viendo, además, que todos mis esfuerzos en algunos años, para aumentar nuestro capital producían el efecto contrario; de manera, que en tres años, los quince mil pesos se habían reducido a diez mil, y habiendo oído decir, que para esta suma, podría conseguir un buen empleo en los

Estados Unidos, resolví embarcarme y me embarqué con mi mujercita y nuestros hijos, para la gran ciudad de Nueva York.

Allí me encontré con el hombre que necesitaba precisamente, es decir, uno que me aconsejara cómo emprender nueva vida en el Nuevo Mundo. Mis inclinaciones me llamaban al campo y a la agricultura, en lo cual coincidía el buen señor con quien e aconsejaba; díjome que no sería prudente emplear mi dinero en tierras sin desmontar, pues a causa de mi ninguna experiencia del campo, el desmonte me costaría más de lo que valieran las tierras. Mejor será -observaba mi buen amigo, -que compre usted tierras labrantías y cercadas, con su buena casa, en donde forme usted su nido desde que llegue.

Diferí a la razón de conveniencia del plan; pero y ¿bastaría mi dinero para tanto? -¡Oh! Sí yo conozco -me contestó -una hacienda en el Estado de Virginia que le convendrá a usted como mandada hacer. No importa sino dos mil quinientos Pesos.

-¡Bravo! Con el resto de mi dinero -pensé yo, -tendré para montarla a las mil maravillas.

Continuando la conversación, descubrí que la hacienda era suya. -Tanto mejor -me dije; -Se la compré, y a poco salí con mi nueva morada de Virginia.

CAPITULO VI
La hacienda de Virginia

Era la hacienda tal como él me la había pintado**,** grande con su buena casa de habitación Y sus campos todos cercados. En el acto empecé a aperarla con el resto de mi capital. ¡Cuál me pondría yo desprendido cuando vi que tenía que emplear la mayor parte en *comprar hombres!* Ni me quedaba alternativa, pues en el lugar no había más trabajadores que los esclavos y éstos había de comprarlos, o alquilárselos a sus amos, lo que en punto a moral, equivalía absolutamente a lo mismo. Pensando que podría tratarlos con tanta humanidad, por lo menos, como los demás, opté por la compra, y con mi dotación de negros, hombres y mujeres, empecé mi vida de hacendado. Con tal principio no merecía medrar, y no medré, efectivamente.

Mi primera cosecha se perdió; apenas me dejó para la semilla. La segunda peor; y entonces, cuidado de mí, supe la causa de mi mal éxito. Había comprado una finca cansada. La

tierra parecía muy buena, a la vista, y cualquiera la habría tomado por famosa. Yo mismo me quedé encantado la primera vez con mi compra, que más bien parecía una ganga, según lo poco que me había costado. Pero las apariencias engañan, y jamás hubo en Virginia superchería de tamaño igual a la de mi hermosa finca. Por espacio de muchos años se habla estado sembrando en ella maíz, tabaco y algodón, que por supuesto habían ido llevándose la «flor» de la tierra sin que se le devolviese nunca el vigor que iba perdiendo. Naturalmente, como todos lo saben, la materia orgánica o vegetal, se agotó con el tiempo y sólo quedaron las substancias inorgánicas o minerales, que no sirven para nutrir la vegetación; por consiguiente, lograr allí una colcha ni mediana, era empresa negada. En semejante estado la tierra, se debe regar con abonos que constan de materias orgánicas, en las cuales van embebidos los elementos de la vegetación y la vida. Por supuesto, señores, todos ustedes saben de memoria estas cosas; pero excúsenme la presente y otras digresiones, en gracia de que mis hijos me están escuchando y yo nunca desaprovecho ocasión de enseñarles lo que con el tiempo les ha de servir eficazmente.

Pues, como iba diciendo, no había cosechas, o a lo menos, fueron malísimas las del primero y segundo año; la del tercero, mucho peor; el cuarto y quinto no digo nada. Inútil es añadir que para entonces ya me encontraba arruinado o poco menos. La necesidad de alimentar y vestir a mis pobres negros, me había hecho recargar de deudas y no habría podido continuar con la hacienda, aun cuando lo

hubiera deseado. Para pagar tuve que vender tierras, casas, esclavos, ganado y cuanto poseía. No todo, sin embargo. Había un buen hombre a quien María y yo teníamos cariño, y me faltó corazón para venderlo como esclavo. Nos había sido fiel, fue el primero que me reveló la manera como me habían vendido gato por liebre, y por amor a mi persona, había tratado, con su trabajo personal y alentando a sus compañeros de hacer producir al terreno el fruto que a su esterilidad le era negado. Sus esfuerzos habían sido infructuosos, pero yo resolví, a pesar de eso, remunerar su ruda pero honrada amistad. Lo hice libre, aun cuando él no quiso aceptar su carta, por seguir con nosotros. Ahí lo tienen ustedes.

Y enseñó a Congo, que estaba recostado a la puerta, y hecho una jalea de gusto con aquellas flores que su patrón le estaba echando, enseñaba unos dientes como marfil, riéndose de contento.

Rolfe continuó diciendo:

-Terminada la venta y pagado el precio, me encontré con sólo dos mil quinientos pesos y alguna práctica de campo. Resolví dirigirme al Oeste -al gran valle del Misisipí, donde sabía que con dos mil quinientos pesos bien podía comprar una finca tan grande, como me convenía, y con sus bosques sin talar.

Tropecé con algunos avisos retumbantes sobre cierta ciudad que «prosperaba» entonces en la confluencia del Ohío con el río Misisipí. Llámese *Cairo* y como está situada en la lengua de tierra que forman dos de los ríos más grandes y

más navegables del mundo, no podría dejar de ser una de las más prósperas ciudades del Universo. Así lo decía el anuncio. Dábanse planos de la ciudad con sus teatros, bancos, casa de justicia e iglesias de diversas sectas. Había de venta solares y con ellos pedazos de tierra inmediatos a la ciudad, de suerte que sus habitantes pudieran ser, al mismo tiempo, comerciantes y agricultores. Éstos solares son baratísimos -me dije a mí mismo, y anduve de ceca en meca hasta que compré uno, con su buena finca anexa a él.

Comprar y partir -para la nueva propiedad, todo fue uno. Por supuesto llevé a mi mujer y a mis hijos, que entonces tenía tres, los dos gemelos como el de nueve años de edad y la niña. No pensé jamás en volver a Virginia y, mi fiel Congo, nos siguió a la nueva habitación del Oeste.

Mal viaje tuvimos, pero peor desengaño nos estaba deparado al llegar al *Cairo*. Apenas vi el lugar, cuando, para usar de una frase expresiva, conocí habían «clavado» otra vez. Sólo una casa que me había, y eso en la única altura que se encontraba fuera del tremedal. Toda la ciudad, o más bien, el proyecto de ciudad, se hallaba debajo del agua y la parte no inundada completamente, era un tembladero cubierto de árboles y. arbustos crecidos. Ni teatros, ni iglesias, ni casa de justicia, ni bancos, ni nada que se le pareciera, excepto aquellos trabajos que del agua protegían la única casa que había en el sitio, una especie de hotel de brocha gorda, lleno de marineros, que juraban y perjuraban.

Desembarqué, llegué al hotel y salí en busca de «mi finca» Mi solar estaba debajo del agua en un lodazal que daba

al tobillo. En cuanto a la finca rural, tuve que visitarla en bote, y después de haberla recorrido toda al remo sin dar fondo, me volví al hotel triste y descorazonado.

Por el primer vapor que pasó me marché a San Luis, en donde vendí solar y finca por lo que me quisieron dar.

Inútil es decir que todo aquello me mortificaba infinitamente, y casi quería morirme cuando pensaba en tantos chascos y en mi pobre mujer y en mis hijos. De buena gana habría maldecido a los Estados Unidos y a los angloamericanos; pero sobre inútil, habría sido injusto e inmoral. Cierto que por dos ocasiones me habían birlado ignominiosamente; pero otro tanto me había sucedido en mi propio país, y allá se llamaban amigos míos los que me hicieron sufrir. Hombres malos hay en todas partes, deseosos de aprovecharse de la generosidad é inexperiencia de los demás; pero de eso no se infiere que todos sean lo mismo, y es de desear que ni la mitad lo sean, pues no debe olvidarse que las malas condiciones de un país, meten mucho más ruido que las buenas. Cada vez que pienso en las trampas y enredos tramados en Inglaterra, y con los que se han enriquecido algunos bribones, a costa de millares de hombres honrados, yo, como inglés, no puedo acusar a nuestros primos los angloamericanos de ser más diestros en materia de engaños que nosotros. Es verdad que ellos me engañaron; pero fue por causa de mi poco buen criterio, hijo de mi necedad y mala educación. De la misma manera me habrían engañado con la compra de un caballo en el Tattersall inglés, o con una libra de té en la plaza del Piccadilly, si no hubiese

entendido de tales compras. Nosotros, padres e hijos, hemos errado como nación. Ninguno puede arrojar al otro la piedra, y en cuanto a mí -dijo Rolfe sonriendo, -aquí tienen ustedes esta familia: dos de mis hijos son ingleses, y los dos más chicos angloamericanos. Casi todo inglés puede decir otro tanto. ¿A qué sembrar entonces la cizaña entre unos y otros?

CAPITULO VII
La caravana y su suerte.

Nuestro huésped prosiguió:

-Pues, señores, llegué a San Luis con quinientos pesos de los dos mil quinientos, y aun aquellos mismos quinientos se evaporarían, si me quedaba mano sobre mano. ¿Qué hacer?

Aconteció, por mi bien, que en el hotel había un joven escocés, forastero como yo en San Luis, y como los dos éramos de la «patria vieja» pronto hicimos relaciones, y gracias a las circunstancias, nos inspiramos mutuamente confianza, Contéle los percances que me habían ocurrido en Virginia y en el *Cairo*, y creo que de corazón se condolió de mí. En cambio me refirió él una parte de su historia pasada y de sus proyectos para lo futuro. Algunos años había sido empleado de una mina de cobre, allá por el centro del *Gran Desierto Americano,* en las montañas que dicen de Los Mimbres, hacia el Oeste del río del Norte.

Los escoceses son hombres admirables. Tan pequeña nación, hace, sin embargo, sentir su influjo por todo el mundo. Adonde quiera que uno vaya los encuentra en destinos de confianza e importancia, prosperando siempre, y siempre recordando en medio de su prosperidad con ardiente cariño, la tierra que les dio el ser. Manejan los mercados de Londres, el comercio de la India, el tráfico de pieles en América y las minas en Méjico. En toda la inculta extensión de los Estados Unidos, se les encuentra al lado del gastador de los bosques a quien muchas veces desalojan. Del Golfo de Méjico hasta el Mar Artico, han dado sus nombres célticos, al monte, al río, a la peña, y más de una tribu india tiene por cacique a un escocés. Digo que son un pueblo admirable.

Pues como contaba a ustedes, vino mi escocés de San Luis, desde la mina a los Estados Unidos para hacerles una visita y se trajo a su mujer, linda criolla mejicana, de quien tenía una niña.

Aguardaba a que cierta pequeña caravana española saliese para Nuevo Méjico, porque pensaba irse en su compañía a fin de llevar amparo contra los indios en el camino.

Tan luego como se impuso de mi situación, me aconsejó que le acompañase, prometiéndome empleo lucrativo en la mina, de la que era único gerente.

Harto de los Estados Unidos como estaba, acepté de mil amores la proposición, y siguiendo sus consejos, me puse a hacer los preparativos para la muy larga jornada que nos

estaba esperando. Con el dinero que me quedaba tuve suficiente para equiparme bien: un carro y dos pares de bueyes me conducirían la mujer y los hijos con los muebles y provisiones para el viaje. No necesitaba de gañán, porque nuestro fiel Congo nos acompañaría, y a él nadie le aventaja para andar con bueyes. Para mí compré un caballo, un rifle y todo el matalotaje que usan los que atraviesan las grandes llanuras. Mis hijos Leopoldo y Simón tenían cada cual su rifle, que habíamos traído de Virginia. Por cierto que Simón estaba muy ufano por lo bien que sabía manejarlo.

Cuando todo estuvo a punto, dijimos adiós a San Luis y emprendimos viaje para las solitarias llanuras.

Nuestra caravana era pequeña, pues la grande que va a Santa Fe todos los años había salido algunas semanas antes. Eramos treinta hombres con unos quince carros, aquéllos, mejicanos la mayor parte, que habían ido a los Estados Unidos para comprar unos cañones que el gobernador de Santa Fe quería. Llevaban dos *howitzers* o cañones de montaña con sus cureñas de rueda y sus furgones.

Inútil es, amigos, contar a ustedes los incidentes ocurridos en los grandes llanos y ríos que median entre San Luis y Santa Fe. En los llanos encontramos a los indios ponies[3] y en el paso del Arkansas a la pequeña tribu de los cheyenes; pero ni unos ni otros nos molestaron en lo más mínimo. Casi a los dos meses de viaje, la caravana abandonó

[3] Nos permitimos escribir en español los nombres de los indios *pawnees, cheyennes y arapahoes.-T.*

la ruta común de los viajeros y echó a andar en busca de uno de los principales tributarios del río Canadián, a fin de orillar las tierras de los arrapajos, enemigos jurados de los mejicanos. Seguimos las aguas de aquel río hasta su desembocadura en el Canadián, y volviendo entonces hacia Poniente, continuamos aguas arriba, por su orilla izquierda, pues al llegar a él lo esguazamos.

Muy luego echamos de ver que nos habíamos metido por tierra áspera y difícil de transitar. En la mañana del segundo día en que empezamos a seguir el Canadián, apenas avanzábamos, gracias a la frecuencia con que teníamos que atravesar los «caminos de búfalo» abiertos del Sur hacia el río, muchos de los cuales formaban zanjas hondas, y aunque estaban secas, nos obligaban con frecuencia a detener el convoy para abrir paso en las barrancas a fin de que pudieran seguir los carros.

En uno de aquellos malos pasos se le quebró el timón a mi carro y Congo y yo tuvimos que quitar los bueyes y ponernos a remendarlo lo mejor que pudimos. El resto de la caravana continuó andando y se nos adelantó. Mi amigo el escocés, notando que nos habíamos detenido, volvió al galope para ayudarnos y me ofreció quedarse con nosotros, pero yo rehusé su oferta asegurándole que pronto alcanzaríamos el convoy y que en todo caso nos reuniríamos en el punto en que ellos pernoctasen. No es raro esto de que un carro se quedase rezagado por causa de reparaciones y, cuando no llegaba al campamento por la noche, al día siguiente salía una partida en su busca para averiguar la causa

de la tardanza. En el espacio de muchos años antes de la época a que me refiero, los indios no habían molestado a nadie al cruzar los llanos y, por lo tanto, las caravanas, andaban más descuidadas que de costumbre. Nos hallábamos, además, en una comarca donde rara vez se habían visto indios, porque sobre ser muy árida, no tenía hierba ni caza de ningún género.

Con tal motivo y contando con la habilidad de Congo en asuntos de carpintería, no recelé jamás de que no pudiera incorporarme con los otros aquella misma noche. Convencido también de esto el joven escocés picó espuelas al caballo y salió al alcance de su carro.

Después de una hora de carpintear Congo y yo logramos arreglar el timón y unciendo los bueyes salimos a nuestro turno en seguimiento de los compañeros; pero no bien habríamos hecho una milla cuando en fuerza de la sequedad de la atmósfera se nos salió la llanta de una rueda y por poco también se nos saltan los radios; por fortuna pudimos parar pronto y meterle una palanca en el carro. Ya ven ustedes que aquella malaventura era mucho peor que la primera, tanto que al principio me ocurrió partir al escape a ver si algunos de los compañeros volvían atrás para ayudarnos. Pero ya por mi falta de experiencia, en la manera de viajar de los llanos, les había yo dado mucho que hacer, y algunos de ellos -los mejicanos, -empezaban a refunfuñar y antes se habían negado a ayudarme; es verdad que podía hacer venir a mi amigo el escocés: sin embargo...

-¡Vamos, Congo! -exclamé; -vamos, que esto no es tan malo como el Cairo y nosotros mismos nos remediaremos sin dar que hacer a nadie.

-¡Verdá, l amo Roff! -contestó Congo; -quien tiene siembra, l amo, ca la tienda o siembra no anda pa ningún parte.

Y uno y otro nos quitamos la chaqueta, y ¡ea! manos a la obra. Esta mi Mariquita que se ha criado en mantillas de batista, pero que sabe acomodarse con todo, nos dio cuanta ayuda pudo, animándonos con los recuerdos del *Cairo* y la hacienda debajo del agua. Siempre consuela al afligido el pensar que pudiera estar peor, y tal pensamiento suele levantar el espíritu para salir avante en las dificultades y contratiempos de la vida. «No darse por vencido» es el buen consejo de los viejos y Dios ayuda al que se apura.

Lo mismo nos pasó a nosotros que, a fuerza de martillar y de sudar, logramos, por fin, calzar la llanta y afirmarla tan bien como un herrero; mas era casi de noche cuando acabamos el remiendo. Luego que metimos la rueda en el eje y estuvimos listos para seguir viaje, observamos con tristeza que el sol se iba ya poniendo. Viajar de noche no podíamos sin saber el camino, y como nos hallábamos en punto en donde había agua, resolvimos pasar allí la noche hasta la mañana siguiente.

Antes de amanecer estábamos en pie y cociendo nuestro desayuno; nos lo comimos en santa paz, y echamos a andar por la huella que había dejado la caravana. No dejaba de extrañar que ninguno de los nuestros hubiese regresado en

nuestra busca, como se acostumbra en tales casos; pero contábamos con verlos llegar por momentos. Sin embargo, caminando, caminando era ya mediodía, y ni un alma. Veíamos a nuestro frente el paso abierto de una comarca abandonada, con alguna, que otra colina y contados árboles que se levantaban en medio del valle y hacia los cuales evidentemente nos guiaba la huella que seguíamos.

Conforme íbamos caminando, escuchamos en medio de las colinas un estallido fuerte y retumbante como el de una granada que revienta. ¿Qué podía ser? Los cañones llevaban granadas. ¿Acaso los indios habían atacado a nuestros compañeros? ¿Era aquella detonación un cañonazo disparado contra los salvajes? No; porque no hubo más que un estallido y al disparar una bomba se producen dos: el de la descarga del cañón y el e la bomba que revienta. ¿Estallaría por casualidad alguna de las granadas? Probablemente; nos paramos a escuchar. Media hora, y ni el más leve ruido. Continuamos, llenos de ansiedad por supuesto, no tanto a causa del disparo que habíamos oído, cuanto por no ver venir a ninguno de los nuestros. Ibamos siempre sobre la huella de los carros y al fin conjeturamos que habían andado mucho el día anterior, pues ya el sol iba de caída cuando penetramos en las colinas, sin que todavía hubiésemos llegado al campamento en donde ellos debían haber pernoctado.

Mas por último llegamos, y ¡qué horror! ¡Qué espectáculo! La sangre se me hiela al recordarlo. Los carros allí estaban, pero con los toldos volcados, y parte de lo que

contenían regado por el suelo. Allí estaban también los cañones al lado de fogatas apagadas; ¡pero ni una sola persona en todo el contorno! Sí, si las había, hombres muertos caídos en tierra, y junto a ellos los lobos que aullaban, gritaban y despedazaban la carne de los cadáveres. Algunos de los animales de la caravana se hallaban también allí: caballos, mulas y bueyes muertos. Los demás no se velan.

La vista aquella nos horrorizó a todos. Nuestros compañeros habían sido atacados y acuchillados por alguna partida de indios salvajes. Retirarse era imposible, porque nos encontramos en medio del campamento antes de pensar en ello y si todavía andaban por allí los salvajes, de nada nos valdría la retirada. Mas, por el estrago que habían hecho los lobos, fácilmente se colegía que los indios se habían ido hacia mucho tiempo.

Dejando a mi pobre mujercita en el carro con Leopoldo y Simón, rifle en mano para custodiarla, adelantéme en compañía de Congo con el objeto de examinar la sangrienta escena. Espantamos a los lobos que estaban Comiendo; habría como cincuenta de aquellos horribles animales que no hicieron sino apartarse a poca distancia. Acercándonos, reconocimos los cuerpos de nuestros compañeros; mas, tan mutilados se encontraban que no pudimos identificar a ninguno. Todos habían sido descabellados[4] por los indios, y

[4] *Descabellados* -El joven lector acaso sepa que los indios de la América del Norte, después que vencen a su enemigo, muerto o vivo le despellejan el cráneo, sacando con rara habilidad toda la tapa superior

daba horror mirarlos. Vi los fragmentos de una de las granadas que había estallado en medio del campamento y hecho pedazos dos o tres carros. No llevaban éstos muchas mercancías, corno que la caravana no era de traficantes; pero cuanto había que pudiera servir de alguna manera a los indios, todo se lo habían llevado. Lo demás, y principalmente los bultos grandes o pesados, estaba regado por el suelo y roto. No me quedaba duda de que los salvajes se habían marchado más que deprisa. Tal vez los espantó el estallido de la granada, por no saber lo que era y por sus terribles efectos, que seguramente presenciaron y creyeron obra del Gran Espíritu.

Por todas partes busqué a mi amigo el joven escocés; su cadáver no podía ser distinguido del de los demás. También procuró a su mujer, única que con Marla iba en la. caravana. Allí no estaba su cadáver. «Acaso se la han llevado viva»-dijo a Pongo-En aquel momento oímos el ladrido ronco de los perros, mezclado con el aullido de los lobos y como si los primeros estuviesen peleando con los segundos. El Rlboroto salía de un bosquete al costado del campamento. Sabíamos que el minero había llevado de San Luis dos grandes perros y aquéllos debían ser. Corrimos hacia el bosquete, nos metimos por entre el matorral, guiados por el ruido y pronto encontramos los objetos que nos habían llamado la atención. Dos grandes perros cubiertos de espuma y sangre y

---

con el cabello pegado a ella. -Esta cabellera la conservan en señal de su triunfo. -T.

destrozados en mil partes daban combate a varios lobos para impedirles acercarse a un objeto obscuro que había entre las hojas. Descubrimos que el objeto obscuro era una mujer, a cuyo cuello, medio muerta de espanto y dando gritos, se colgaba una niña. Al instante vimos que la mujer estaba muerta y...

En este momento fue repentinamente interrumpido nuestro huésped en su relación. Gordon, el minero, uno de los nuestros y que había aparecido muy agitado en todo el transcurso de la narración, se puso repentinamente en pie exclamando:

-¡Dios mío! ¡mi mujer! ¡mi pobre mujer! ¡Oh! ¡Rolfe, Rolfe! ¿Cómo no me ha conocido usted?

-¡Gordon! -exclamó Rolfe, levantándose como alelado.-¡ Gordon! ¡Él es, él es!

-¡Mi mujer! ¡mi pobre mujercita! -continuó gritando el minero con voz ahogada -¡Yo sabía que la habían muerto!» Yo vi sus restos. ¿Pero mi hija, Rolfe, dónde está mi hija?

¡Aquí está! -contestó el huésped señalando con el dedo a la morena de las dos niñas y en el acto se arrojó a ella el minero, la, levantó en sus brazos y la cubrió de besos -¡Era su padre!

CAPITULO VIII
Historia del minero.

Difícil sería pintarte, mi joven lector, la escena que produjo este reconocimiento. La familia entera se puso en pie y llorando y gritando rodeó a Luisita como si para siempre la fuese a perder. Un pensamiento vago de este género les ocurrió a todos cuando supieron que dejaba de ser su hermana, cosa que casi habían olvidado, porque la amaban como si efectivamente lo fuese. Hasta entonces ninguno había pensado sino que la niña morena era su hermana y Simón, de quien era predilecta, la llamaba «su negrita», mientras que María la más joven, se llamaba «la rubia»

En medio del grupo estaba la linda morenita, poseída de raras emociones, pero más tranquila y al parecer más dueña de sí misma que los demás.

Los traficantes y cazadores también estaban de pie congratulándose con Gordon por tan feliz acontecimiento, y dando apretones de mano al huésped y a su esposa, de quien

antes había oído hablar cuando la historia del asesinato en los llanos. El viejo Congo andaba por el suelo espantando a los animales que con la bulla de la gente se habían alborotado. El huésped entró en su dormitorio y volvió con un jarro de loza colorada en la mano. Vasos hechos de corteza ocuparon la mesa y en ellos se echó un líquido rojizo con que el amigo nos brindaba. ¡Cuál sería nuestra sorpresa cuando al probarlo vimos que era vino! ¡vino en medio del desierto! Vino era, y excelente, hecho en la casa, según nos informó el huésped, prensando la uva moscatel que crece silvestre en el desierto.

Luego que hubimos todos bebido y estuvimos sentados, suplicó Rolfe a Gordon que nos contase cómo había escapado a los indios en aquella noche espantosa del asesinato. Su historia en pocas palabras, fue a saber:

-Después que me despedí de usted -dijo a Rolfe -en el punto en que se partió el timón del carro, anduve hasta alcanzar la caravana. Recordará usted que el camino allí estaba bueno y sin cuestas y como no hubiese mejor paradero que el de las colinas, caminamos hasta llegar a él. Casi estaba ya obscuro, cuando paramos en el pequeño arroyo en donde vio usted los carros. Por supuesto que nos pusimos a asentar el campamento, sin esperanza de verlos a ustedes por una hora o dos, que calculaba yo echarían en componer el carro. Encendimos fogatas, hicimos la cena, la despachamos y nos pusimos a conversar mientras algunos de los mejicanos, en fuerza de su costumbre, se pusieron a jugar al monte. Nadie pensó montar guardia, pues no se nos

ocurrió que en todos aquellos contornos hubiese indios; varios de los compañeros dijeron que habían pasado por aquel sitio en muchas ocasiones y que nunca los hablan visto, ni a cincuenta millas a la redonda. Entrada la noche, empezó a inspirarme recelos la tardanza de ustedes, porque temía que en la obscuridad perdiesen el rastro. Dejando a mi mujer y a mí hija junto a las fogatas, subí a una colina que dominaba el rumbo por donde ustedes habrían de venir; pero en la obscuridad nada se veía. Por algún tiempo estuvo con el oído atento a ver si distinguía el ruido de las ruedas o el de la conversación, cuando de repente escucho un chillido que me hizo correr hacia el campamento con el alma consternada. Sabía lo que era -el grito de guerra de los indios arrapajos.

Vi las sombras de los salvajes dibujadas a la luz de la llama, oí disparos y alaridos y exclamaciones y voces ahogadas, y en medio del estruendo la voz de mi mujer que me estaba llamando.

Y corrí, sin titubear, ladera abajo y me metí en lo más recio de la pelea. No tenía en la mano sino el cuchillo de monte y con él di a derecha e izquierda haciendo caer a muchos salvajes. Peleaba un momento y otro corría en busca de mi mujer; repasé todos los carros gritando ¡Luisa! ¡Luisa! No recibía contestación, ni la veía en ninguna parte. Volvía a encontrarme cara a cara - con los pintados salvajes y me batía como desesperado. Casi todos, mis compañeros habían caído muertos y pronto uno de los indios me llevó con la lanza contra el monte y la obscuridad. Sentí la lanza en una pierna y caí impelido por el bote. El indio se me vino encima, pero

antes que pudiera darme otro golpe, le habla yo envasado con el cuchillo y allí le dejé muerto.

Logré entonces levantarme y como pude me saqué la lanza. El combate junto a las fogatas había cesado y creyendo que tanto mis compañeros como mi mujer y mi hija eran muertos, me metí por el matorral resuelto a irme tan lejos del campo cuanto pudiera. No habría andado trescientas yardas cuando di en tierra, exhausto con la sangre que derramaba y con el dolor de la herida. Caí junto a unas peñas en él fondo de un precipicio donde distinguí que había una grieta o agujero. Todavía tenía fuerzas bastantes para arrastrarme hasta él; pero apenas lo había hecho cuando perdí el sentido.

Así debí permanecer por muchas horas y cuando volví en mí, encontré el sol iluminando la cueva. Estaba tan débil que apenas podía moverme. Vela la herida abierta, pero la sangre se había restañado. Me quitó la camisa, la rompí y me hice una venda lo mejor que pude. Me arrastré hasta la boca de la cueva y sacando la cabeza me puse a escuchar. Podía oír la voz de las indios, pero muy indistintamente, en la dirección del campamento. Así estuve una hora, dos, hasta que las peñas retumbaron con terrible estruendo: había reventado una granada. Después oí gritos y luego el paso de muchos caballos. Después silencio. Pensé al principio que los indios se habían marchado; pero sin poder acertar con la causa de tan súbita retirada, que más tarde averigüé. Usted había calculado bien: arrojaron una granada al fuego, prendió la espoleta y la explosión mató a varios de ellos. Creyeron que era la mano del Gran Espíritu y recogiendo

apresuradamente en el campamento cuanto más les gustaba, partieron a galope. Muchas horas pasaron en silencio; mas al caer la tarde, volví a oír ruido en el campamento y me figuré que habían regresado.

Al cerrar la noche me propuse ir a rastras hasta el lugar en que había ocurrido la tragedia, pero no pude y tuve que pasar la noche en la cueva delirando con el dolor de la herida y escuchando los aullidos de los lobos. ¡Qué noche aquélla tan terrible!

Amaneció otra vez y nada oí. El hambre y la sed me agobiaban. Frente a la cueva divisé un árbol muy conocido mío, porque en las montañas de los Mimbres crece con profusión junto a la mina. Es una especie de pino que los mejicanos llaman piñón, cuyas rutas cónicas suministran alimento a los millares de salvajes hambrientos que vagan por el gran desierto occidental, desde los Montes Roqueños hasta California. Si pudiera llegar hasta el árbol, me dijo, encontraría en el suelo debajo de él algunas frutas maduras. Animado con la idea me arrastré trabajosamente fuera de la cueva: No había ni veinte pasos de ésta al árbol y, sin embargo, gracias a mi debilidad y al dolor de la herida, tardaría media hora en llegar a él. En cambio ¡cuánto me alegré al encontrar el suelo esterado de frutas! Poco tardé en mondar algunas y comerme cuantas bastaron para mitigarme el hambre.

Pero otra necesidad me aquejaba -la sed, una sed espantosa. ¿Podría arrastrarme hasta el campamento? Allí había agua y por la posición de la cueva presumía que podía

encontrarla todavía más cerca. Era preciso llegar a ella o morir. Con tal idea emprendí mi larga jornada de trescientas yardas, aun cuando no estaba seguro de llegar a su término con vida. No bien me había movido seis pasos bajo la enramada, cuando me llamó la atención un ramillete de flores blancas y pequeñas. Eran las del árbol de la acedera - la bella *lyonia* cuya sola vista me hizo temblar de gozo el corazón. Pronto me coloqué debajo del árbol y cogiendo una de las ramas bajas, la dejé sin una sola de sus hojas apiñadas y suaves que mascaba con delicia. Una y otra rama fui despojando de su espeso follaje hasta que el arbolito parecía haber servido de almuerzo a una manada de cabras. Más de una hora pasé masticando las blandas hojas y tragando su jugo ácido y delicioso, hasta que se me templó la sed y me quedé dormido bajo la fresca sombra del la *lyonia.*

Al despertar me sentí mucho más fuerte y con gran apetito. La fiebre que había empezado a amenazarme, estaba muy calmada y conocí que se lo debía a las hojas que había mascado, pues el jugo de la acedera es un poderoso febrífugo. Hice un atado de hojas y me encaminé al árbol de piñón llevándolas conmigo para no tener que volver al lugar aquella noche. Pocos minutos me bastaron para llegar al término de la jornada y ponerme a despachar piñones. Se ríen ustedes porque la llamo jornada, pero aseguro que lo era y muy dolorosa por cierto, aun cuando no distaban diez pasos los dos árboles. El menor movimiento me hacía ver las estrellas.

Dormí debajo del piñón y a la mañana siguiente me llené los bolsillos de frutas y me volví al arbolito de las hojas, en donde me pasé el día y con nueva provisión de ellas me trasladé por la noche al piñón, bajo del cual volví a dormir.

Así anduve cuatro días de un árbol a otro y viviendo ¡benditos árboles! de la sustancia que los dos me suministraban. Por fortuna se cortó la fiebre con las hojas de mi amiga la *lyonia*; empezó a sanar la herida y el dolor a desaparecer. De cuando en cuando se presentaban los lobos, pero al ver mi cuchillo y que todavía estaba yo vivo, se retiraban otra vez.

Aun cuando las hojas de la acedera me mitigaban la sed, no me la satisfacían y estaba medio loco por tomar un buen poco de agua; al cuarto día emprendí viaje para el arroyo, gateando sobre las manos y una rodilla y arrastrando la pierna herida. A mitad de camino iría del arroyo, cuando tropecé con un objeto que me heló la sangre en las venas; el esqueleto de una mujer. Yo sabía que no era el de un hombre; sabía que era...

Faltóle al minero la voz, ahogada por los sollozos, y no pudo acabar la frase. Casi todos los presentes y hasta los curtidos cazadores lloraron al ver su emoción. Tranquilizándose luego un tanto, pudo seguir diciendo:

-Vi que la habían enterrado y me lo supe explicar, porque los indios no eran capaces de aquella obra misericordiosa; hasta ahora no lo he sabido de cierto, aunque entonces me pasó por la imaginación que hubiese sido usted, pues luego que me repuse, anduve buen trecho por el rastro

que habíamos pasado y como no encontrase el rastro, imaginé que usted hubiese llegado al campamento y continuado el viaje. Por todas partes miré, por si descubría el camino que usted hubiese tomado; pero si usted se acuerda bien, pensará en la gran lluvia que cayó a poco y borró toda huella en la sabana. Esto que he dicho ocurrió después que pude ponerme en pie, que sería algo menos de un mes desde la noche de sangre.

Pero volvamos al punto en que encontré los restos de mi pobrecita mujer.

Los lobos habían desenterrado el cadáver. Busqué algún vestigio de mi hija; con las manos cavé la tierra y levantó la hojarasca; pero allí no había niña alguna. Me arrastré hasta el campamento y lo encontré conforme lo acaba usted de pintar, con la diferencia de que los lobos habían hecho esqueletos de los cadáveres y que las horribles alimañas no estaban por todo aquello. Busqué y rebusqué en todas partes a ver si descubría señales de mi Luisita; todo inútilmente. Los indios se la habrán llevado, pensé, o acaso se la comieron los lobos.

En uno de los carros tropecé con una caja de provisiones tapada entro los escombros, que había escapado a la precipitada fuga de los salvajes. Abríla y me encontré con algunas libras de café y bastante tasajo. Fortuna fue, porque con aquello estuve manteniéndome hasta que pude recoger una cantidad suficiente de piñones.

Así pasó un mes, durmiendo en uno de los carros y saliendo a recoger piñones por el día. Poco temía que los

indios regresasen, porque bien sabía que por allí no vivía tribu ninguna y nosotros acaso habíamos tropezado con una partida de arrapajos que vagaban fuera de sus sendas acostumbradas. Tan pronto como me sentí con fuerzas cavó una huesa en la que deposité los restos de mi infeliz mujercita y empecé a discurrir cómo saldría de aquel melancólico sitio.

Yo sabía que no podía estar más que a cien millas de los establecimientos orientales de Nuevo Méjico; pero cien millas de desierto, y a pie, formaban una barrera tan impenetrable como el mismo Océano. Resolví, sin embargo, arriesgarme, y al efecto empecé a coser un saco para poner mis piñones tostados -única comida que podría tener en todo el viaje.

Ocupado estaba en aquella operación, cuando oí pasos a mi espalda y muy cerca de mí. Volví la cabeza repentinamente y todo alarmado. ¡Cuál sería mi júbilo cuando vi que el objeto que me había alarmado, era nada menos que ¡una mula que venía paso entre paso hacia el campamento! Era una de las de nuestra caravana.

El animal no me había visto y acaso se espantaría al verme de repente; resolví, pues, usar de estratagema para apoderarme de ella. Saltó con mucho disimulo a un carro en que había una soga y formando un lazo, me puse en emboscada precisamente en el lugar por donde me figuré que habría de pasar. Apenas me había escondido cuando -¡ bendito sea Dios! -la mula se me vino acercando y de repente ¡zas! estaba enlazada y amarrada a uno de los carros.

Efectivamente, era una de nuestras mulas que se les había soltado a los indios y después de andar de aquí para allí por las sabanas, al fin había descubierto la huella y habría ido hasta San Luis si yo no la hubiese cogido tan inesperadamente; pues esto nada de particular tiene con los animales que se escapan de las caravanas. A poco se acostumbró a verme y a dejarse manosear otra vez; hice mi silla y mi freno como Dios me ayudó y, montando con mi saco de piñones a las ancas, tomé el rumbo de Santa Fe, adonde llegué una semana después, y luego seguí viaje para la mina.

Poco interesará a ustedes mi historia desde entonces, que no ha sido más sino la de un infeliz que perdió cuanto amaba en este mundo; hasta que ahora, Rolfe ¡Dios lo proteja!- me vuelve la vida con mi única hija, con mi Luisa.

¿No les parece a ustedes muy linda mi muchachita? Pero mire usted, Rolfe, todo lo que usted cuente de su historia que a ella también se referirá, ha de interesar a todos sobremanera, a mí por lo menos. Prosiga usted, pues. ¡Vamos!

Con esto concluyó el minero, y nuestro huésped rellenando las tazas de vino y las pipas de tabaco, reanudó su narración en el punto en que la había interrumpido, a consecuencia del feliz é inesperado episodio a que este capítulo se refiere.

CAPITULO IX
Perdidos en el desierto.

Terrible espectáculo fue aquél, amigos míos - continuó diciendo el huésped; -los feroces lobos hambrientos, los mastines echando espuma, la madre muerta, la niña espantada y dando gritos. Los lobos huyeron, por supuesto, al acercarnos Congo y yo; los perros nos recibieron con mil agasajos, y tenían razón los infelices, porque todo su valor no los habría salvado contra un número tan desigual de enemigos. Aun cuando el combate no había sido largo y acaso había empezado sólo cuando echamos del campo a los lobos, los mastines estaban heridos en varias partes y chorreando sangre. Inclinéme para tomar a la niña y ella se abrazó al cuello de su madre llamándola desesperadamente como para que se levantase. Bien vi que la pobre madre no volvería a hacerlo nunca, porque estaba muerta y ya helada. Tenía una flecha, en el pecho y era evidente que al sentirse herida, había corrido hacia el matorral, sin duda seguida por

los perros, y favorecida por la obscuridad, se había quedado oculta hasta que cayó muerta. La posición de las manos, indicaba que habla lanzado el postrer aliento abrazando a su hija contra su corazón.

Dejando a Congo para que cuidase el cadáver, llevó la niña a mi carro y aun cuando estaba horrorizada con el combate de los lobo y los perros, lloraba para que la volviese a su madre.

Aquí, la relación de Rolfe fue de nuevo interrumpida por los sollozos de Gordon, que por más hombre, que fuera, no podía contenerse al oír tan lastimeros detalles. Los hijos de Rolfe lloraban también a gritos. La «hermana morena» parecía menos conmovida, tal vez porque aquella tremenda escena en tan temprana época había acerado su alma para darle el temple que la distinguió durante su vida. A veces se inclinaba hacia «la rubia» y le echaba los brazos al cuello tratando de reprimir sus lágrimas.

Di la niña a mi mujer -dijo luego Rolfe, -y al estar en compañía de mi Mariquita que era de su misma edad, pronto se apaciguó y se quedó dormida en el regazo de mi esposa. Tomé la pala que llevaba en el carro y cavé la huesa en donde con ayuda de Congo, enterramos la muerta apresuradamente. Apresuradamente, digo, porque no sabíamos si en breve tendríamos necesidad de quien con nosotros hiciera la misma piadosa obra. Parece que nuestros esfuerzos resultaron fallidos; pero aun cuando entonces lo hubiésemos calculado así, tampoco habríamos hecho otra cosa, porque no era posible dejar de cumplir aquel deber cristiano con nuestra

amiga asesinada, y tanto Congo como yo sentíamos satisfacción al prestarlo el último servicio en este mundo.

De carrera nos volvimos al carro y guiando los bueyes entre los árboles los ocultamos a la vista.

Encomendando entonces mi mujer y mis hijos al Padre de las Misericordias, me echó el rifle al hombro y salí en descubierto a ver si podía averiguar dónde estaban los salvajes, o si se habían marchado y hacia dónde, a fin de tomar otro rumbo, si bien cuidando de que me llevase a la ruta de la tierra de Nuevo Méjico, puesto que estando ya muy adelantada la estación, estropeados los bueyes y quedándome San Luis a ochocientas millas de distancia no había ni que pensar en regresar a dicha ciudad.

Una o dos millas andaría subiendo por breñas y agazapado siempre entre los árboles, hasta que divisé bien marcado el rastro de los indios que tiraba a Poniente en derechura. Muchos debieron de ser y todos a caballo, porque, tal lo decía la huella que habían dejado por detrás. Resolví entonces caminar hacia el Sur dos o tres días y luego tomar el rumbo de Occidente, pues así los evitaría y, según calculaba, iría a parar a la falda oriental de los Montes Roqueños, por cuyos desfiladeros caería al valle de Nuevo Méjico. A mis compañeros había oído hablar de otros pasos más al Sur por las montañas, además del llamado de Santa Fe, y me lisonjeaba con la esperanza de encontrarlos, aun cuando estuviera, como presumía, a doscientas millas de distancia. Con tales ideas en la cabeza volvíme adonde había dejado mi tesoro.

Era de noche cuando llegué a mi carro y encontró a María y los niños desesperados con mi tardanza; pero les llevaba la buena nueva de que los indios se habían marchado.

Primero se me ocurrió pasar allí la noche, pero como no estaba muy convencido de que los indios se hubiesen ido lejos, cambié de parecer, y aprovechando la buena luna y al ver el llano que se extendía a nivel hacia el Sur resolví hacer una buena jornada aquella noche para poner veinte millas entre el campamento y nosotros. Todos convinimos en que era lo más prudente, para lo que influyó mucho el deseo de apartarnos de aquel sitio de horrores, donde nadie habría podido cerrar los ojos en toda la noche, atormentados como estábamos con la idea de que podían volver los salvajes, la vista de los muertos, los aullidos de los lobos, todo. Resueltos a partir, aguardamos a que saliera la luna, aprovechando el tiempo en llegar todas nuestras vasijas en el arroyo, porque a ustedes les consta, señores, que tanto el hombre como el animal, siente gran necesidad de agua en el desierto y no sabíamos en donde habríamos de encontrarla después. Pero ya verán ustedes que no tomamos la suficiente.

Asomó la luna cuya faz parecía sonreír por sobre el espantoso cuadro que a la vista teníamos; pero nosotros no nos paramos a contemplarla; sino que, sacando los bueyes de su escondrijo, emprendimos marcha por el llano con rumbo Sur hasta donde me era dado calcular. Vi hacia el Norte para descubrir la estrella que está en el rabo de la Osa Menor, la estrella polar, que pronto se encuentra siguiendo la Osa Mayor, y teniendo cuidado de llevarla siempre a la espalda,

continuamos viajando, con tal cuidado, que cada vez que por algún accidente del camino teníamos que hacer alto, volvía yo el rostro para consultar una guía tan infalible. Allí estaba lanzando destellos como el ojo de un amigo. Era el dedo de Dios que nos dirigía.

Y seguimos caminando, orillando a veces una barranca que se atravesaba al paso, remontando otras por un recuesto de arena y otras, por fin, un llano limpio sin señal alguna de vegetación; porque era un desierto reseco, árido, yermo.

Buena jornada hicimos, alentados por el aguijón de que no nos alcanzasen los salvajes y al rayar el día nos encontraríamos a veinte millas del campamento. Las peladas colinas que lo rodeaban habían desaparecido de nuestra vista, lo cual era señal de que nos habíamos apartado gran trecho de ellas, pues algunas había muy altas y, por lo tanto, habíamos recorrido buen espacio en el arco de la tierra para que se ocultasen a la vista debajo del horizonte. Por supuesto que los médanos de arena, que habíamos pasado, contribuirían a ocultarlas; pero de todas maneras sentíamos gusto al pensar que los salvajes, si hubiesen regresado al campo, no habrían podido vernos absolutamente. El único recelo que nos quedaba era que descubriesen nuestro rastro y nos siguieran; inspirados por tal cuidado no paramos al amanecer, sino que proseguimos viaje hasta cosa de mediodía. Dejamos de andar porque los bueyes iban muy despeados y el caballo lo mismo, no pudiendo continuar sin largo espacio de reposo.

Pobre descanso fue para ellos, porque no había ni hierba, ni agua, ni nada verde, excepto la *artemisa* o ajenjo, que no la comen los animales. De esta planta se veía mucha en grandes manchas. Sus ramas torcidas y entrelazadas, y sus hojas blancas como plata, lejos de alegrar la vista, sólo contribuían a aumentar tamaña desolación, porque sabíamos que la tal planta no se da sino en terrenos excesivamente estériles, y porque es señal de que por todas partes en su derredor no hay sino desierto.

Repito que aquél era un pobre descanso para nuestros animales; el sol les caía a plomo y les aumentaba la sed. Nosotros no podíamos darles ni una sola gota del precioso líquido, porque también estábamos sedientos y la provisión se iba agotando más que deprisa. Gracias si nos era dado ahorrar un poco de agua para los perros, Cástor y Pólux. Mucho antes de anochecer volvimos a uncir los bueyes y continuamos camino con la esperanza de ir a parar a orillas de algún arroyo. A puestas del sol habríamos hecho diez millas más, hacia el Sur, pero nada se veía en el horizonte que indicase la presencia del agua; nada sino la estéril llanura que lindaba en redondo con el firmamento; ni un matorral, ni una peña, ni siquiera la forma de algún animal salvaje interrumpía la extensa línea a que alcanzaba la vista. Encontrábamonos tan solitarios como en un bote en medio del Océano.

Empezamos a alarmarnos y a dudar. ¿Retrocederíamos? No imposible. Aun siendo más grato el fin de la jornada, mucho dudábamos de poder llegar al arroyo, del cual

habíamos salido. Seguramente encontraríamos agua, siguiendo adelante, y con tal pensamiento consolador viajamos toda aquella noche que nos pareció eterna.

Al amanecer volví a tender la vista, pero nada sobresalía del nivel del horizonte. Iba yo pensativo cavilando al lado de los cansados bueyes y observando el trabajo que les costaba adelantar cuando resonó en mis oídos una voz, la de Leopoldo, que, de pie en la parte delantera del carro, miraba por sobre el toldo.

-¡Padre! ¡Padre! - exclamó, -¡ mira qué nube tan blanca!

Volví los ojos hacia el muchacho para ver a qué se refería y él me señaló con el dedo en dirección Sudoeste. Miré y de mis labios salió como disparada una exclamación de gozo que hizo saltar a mis compañeros: lo que Leopoldo había creído nube, era el nevado ápice de una montaña. Tal vez lo habría visto yo antes si mis ojos hubiesen buscado en aquella dirección; pero, los tenía en otra parte.

Sin necesidad de mucha experiencia se sabe que donde hay nieve hay agua, y sin más pensarlo mandó a Congo dirigiese los bueyes hacia la montaña, que, aun cuando se hallaba fuera de camino para nosotros, poco importaba cuando ya no pensábamos sino en ver de salvar la vida.

La montaña nos quedaría aún a veinte millas y habríamos podido distinguirla mucho antes si no hubiera sido porque viajábamos de noche. Ahora lo principal consistía en saber si nos aguantarían los bueyes hasta llegar a ella. Iban ya materialmente arrastrando las patas, y si se rendían, ¿podríamos nosotros llegar allá? El agua se había

acabado y con el sol aumentaba nuestra sed. De la montaña debe bajar un arroyo formado por la nieve derretida -me decía, -y tal vez demos con el arroyo antes de llegar a la montaña. Pero no, porque la llanura bajaba de donde estábamos nosotros hacia la montaña y, si había arroyo, debía correr del otro lado. No conseguiríamos, pues, agua hasta llegar y ni entonces tampoco, porque... Torturados con tales dudas seguimos tristemente adelante.

A eso de las doce empezaron los bueyes a rendirse: uno cayó muerto y lo abandonamos; los otros tres no podían más. Cuanto no nos hacía falta por el momento, lo arrojamos del carro para aliviar la carga; pero apenas podían ya ni verse los pobres animales. lbamos a paso de tortuga.

Un corto descanso por la noche reanimaría e ganado, pero no podía exponerme a una parada Porque se me despedazaba el corazón con los gritos de las niñas que no podían con la sed. María se portó corno una heroína lo mismo los muchachos. Yo no podía decirles ni una palabra de consuelo, porque sabía que todavía nos faltaban diez millas para llegar a la montaña. Pensé en adelantarme y volver con agua; pero mi caballo no bastaba a tanto, cuando apenas podía conmigo y Yo había echado pie a tierra. Congo iba también a pie al lado de los bueyes. Otro de la unta se rindió y no nos quedaban más que dos para arrastrar el carro.

En aquel instante se presentaban a la vista en el desierto varios objetos que nos hacían llorar de alegría. Eran masas de color verde-obscuro; la mayor no sería más grande que mi cabeza; redondas, como media naranja y cubiertas de espinas

por todas partes. Al ver la primera solté el caballo y corrí hacia ella cuchillo en mano. Mi familia me creía loco, al verme sacar el cuchillo contra unos objetos tan inofensivos y sin saber lo que iba a hacer con ellos. Pero yo me sabía lo que eran -eran el *mamilaria*[5].

En un instante pelé varias, Y cuando la familia se acercó y vio los suculentos vegetales verde-obscuro que chorreaban agua por los poros, se convenció de que aun estaba yo en mi juicio.

Cortar la fruta en tajadas y dárselas a todos para chupar fue obra de un momento. Echamos algunas al caballo y los bueyes, que las devoraron con avidez-pulpa, fibras y todo, mientras que los perros lamían el jugo conforme les dábamos tajadas. ,Verdad es que aquello no mataba la sed corno lo habría hecho un poco de agua, pero nos aliviaba y acaso nos ayudaría a llegar hasta la montaña. Dispuse entonces parar los bueyes a fin de dejarlos descansar un poco; desgraciadamente a uno de ellos le llegó tarde el alivio y cuando tratamos de seguir viaje, se echó y de ningún modo pudimos lograr que se levantase. Tuvimos que abandonarlo, y atando como se pudo al caballo en su lugar, volvimos a emprender marcha. Ibamos con la esperanza de encontrar otra mancha de frutas; pero ninguna encontramos y tuvimos que ir adelante sufriendo como al principio.

[5] En los arenales de Coro (Venezuela) se llaman fruta de burro, porque estos animales la comen con gusto. -T

A unas cinco millas de la montaña cayó el último buey, muerto al parecer. No podíamos mover el carro, pero no era tiempo para titubear ni hacer alto: teníamos que probar fortuna a pie o morir en donde estábamos.

Solté el caballo y lo dejé de su cuenta, pues no podía con ninguno de nosotros. Tomé del carro un hacha, una cacerola de hojalata y un pedazo de tasajo que nos quedaba. Congo se echó al hombro el hacha y a Mariquita; yo cargué con el tasajo, la cacerola, Luisa y mi rifle; mi mujer, Leopoldo y Simón llevaban también algo en las manos y los dos niños sus rifles. Así cargados nos despedimos de nuestro querido carro y salimos a pie para la montaña. Los perros nos siguieron y el pobre caballo, que no quería quedarse solo, venía por detrás renqueando.

Poco me falta ya por contar de aquel viaje de cinco millas en que la pasamos Dios sabe cómo. Según nos íbamos acercando a la montaña, veíamos hondas quebradas que se formaban en sus flancos y en cuyo fondo se vislumbraba un hilo de plata que sabíamos era el agua saltando por sobre las rocas. La vista nos inspiró nuevos bríos y una hora más tarde habíamos llegado a la orilla de un cristalino arroyo, donde dábamos gracias a Dios por habernos libertado de la muerte.

CAPITULO X
El armadillo.

Sí, señores, habíamos llegado a la orilla de un arroyo y dimos gracias a Dios por habernos sacado hasta allí con felicidad. Bebimos como se lo pueden ustedes figurar y empezamos a examinar el sitio. El arroyo no es éste que corre aquí hacia el valle, sino otro del lado opuesto de la montaña. No pasaba de un simple hilo de agua, lo mismo que otros varios quebradas y avanzando varios que corrían por un tanto en la llanura, torcían hacia el Sudeste para reunirse con otro que en dicho rumbo corría, donde confundiéndose en un solo cauce formaban un río de buen tamaño, que baja de la altura del llano abriéndose camino rumbo a Oriente. Figuróseme que serían las cabeceras del gran Río Rojo de Virginia, o acaso las del Brazos o el Colorado de Tejas. Le he llamado río de buen tamaño y no he andado muy exacto, pues si al confluir los arroyos llevan grueso volumen de aguas, veinte millas más abajo, sin embargo, no hay ni señal

de ella en la madre del río durante las tres cuartas partes del año, observándose el fenómeno hasta no sé cuánta distancia. El agua que en todas las estaciones baja de la montaña, se evapora o se hunde bajo las arenas del cauce por espacio de veinte millas. Sólo cuando llueve mucho -lo cual rara vez ocurre, -o cuando los calores extraordinarios derriten una cantidad inmensa de nieve, el agua corre por sobre un lecho arenoso que se dirige al Oriente. Todo eso me lo encontró mucho después; mas como de estas cosas saben todos los hombres prácticos en el desierto, me excuso de discurrir con ustedes sobre el particular.

Comprendí desde luego que en donde estábamos no podíamos encontrar qué correr. Los flancos de la montaña, escuetos y pelados, apenas dejaban ver uno que, otro pino colgado a las peñas. La pequeña mancha de hierba que crecía en la orilla de los arroyuelos es verdad que alegraba la vista cuando se la comparaba con la aridez del desierto, pero en ella no había ni esperanza de conseguir alimento. Si el desierto se extendía hacia el Sur de la montaña como lo veíamos hacia el Norte, Este y Oeste, no habíamos hecho más que encontrar un lugar de descanso, y podíamos perecer si no de sed, por lo menos -y tanto valía -de hambre.

Este era nuestro principal pensamiento, pues no habíamos probado bocado en todo el día; así que echamos mano al tasajo.

-Vamos a hervirlo para hacer caldo -dijo María -y estará mejor para las niñas.

¡Pobrecita! se le conocía que los trabajos que había pasado, la tenían sin fuerza y, no obstante, se mostraba animada Y alegre -¡Sí, papá, hagamos caldo que es tan sabroso! -añadió Leopoldo, tratando de alentar a su madre con la prueba de que él no estaba rendido.

-¡Corriente! -les dije yo -Arriba, Congo, torna el hacha y vamos al monte por leña. Allá, al pie de la montaña, hay unos pinos que nos servirán como mandados hacer.

Congo y yo nos encaminamos al monte que a trecho como de trescientas varas se veía, al pie de las peñas, por donde corría el arroyo.

De más cerca observamos que no eran pinos, sino otros árboles muy diferentes. Tanto en el tronco como en las ramas echaban espinas como las del puercoespín y las hojas eran de color verde brillante, sobrecargadas con hojillas de forma ovalada. Pero lo más raro era las vainas que en profusión colgaban de las ramas. Medían como pulgada y media de ancho y algunas tenían hasta doce de largo; su color, rojo oscuro o más bien, color de vino. Sin esta circunstancia parecían vainas de habas en tiempo de cosecha.

No dejaba yo de saber qué especie de árbol tenía por delante: era la acacia dulce o espinosa que llaman «carab» en el Oriente y los españoles conocen con el nombre de algarrobo, tan famoso. Ni ignoraba sus usos, pues sabia que este árbol (según suponen muchos) había dado alimento a San Juan Bautista en el desierto, de donde viene que también se le llame «Pan de San Juan» Congo estaba al tanto, pues no

bien distinguió la obscura legumbre, cuando exclamó dando brincos de gozo:

-¡L amo! ¡L amo Roff! mirá sumercé palante. ¡Frijó y mucho mié pa cená, si iñó!

Pronto nos pusimos en el monte; mientras yo recogía las vainas más maduras, Congo se adelantó y empezó a recoger ramas de pino en un pinarcillo que había algo más lejos.

Poco tardé en llenar mi pañuelo y estaba aguardando a Congo, cuando le oí gritar:

-¡L'amooo! ¡amo Roooof vieni sumercé pacá pa mirá animá qué cosa ta jacé.

Salté por sobre las rocas y al acercarme a Congo me lo encontré acuclillado viendo un agujero hecho en el suelo y del cual salía algo como el rabo de un marrano.

-¿Qué es eso, Congo?

-Mi non sabe ná, naita. Mi nunca ta mirá cosa como eta cosa, señó, en la Viriginia ¡Hum! Ete está rabupelau.

-Agárrale el rabo y tira duro -le dije.

-Benito Dio, señó, yo cogé y jalá duro, con toita mi juerza, y ná y ná. Mirá no má, señó.

Efectivamente, mi compañero tiró del rabo como para reventarlo, sin que lograse moverlo.

-¿Tú viste el animal cuando estaba fuera?

-Sí jiñó y corió, corió hasta que cogió cueva y depué... -búcalo.

-¿A qué se parece?

-Cuchino, l amo, cuchino, lechoncito, pero con concha. ¡Hum! Sumercé, paece -¿quié que le iga? -tortugo e la Viriginia.

-¡Tate! -le dije, -es un armadillo.

-Amarillo no, l amo, negri, negrí. Mi nunca ta mirá ante.

Caí en la cuenta de que el animal que había atolondrado al compañero, era uno de esos seres a que la Naturaleza, en su variedad de formas, ha dado una rara y que en Méjico y en la América del Sur se llaman armadillos,[6] de la palabra «armado» porque llevan sobre el lomo una cubierta de concha, dividida en mallas como la cota de los guerreros en los pasados siglos. Tienen hasta su almete sobre la cabeza, unido por una juntura al resto de la armadura como para hacer más notable la semejanza. Hay muchas especies de ellos, algunos hasta el tamaño de una oveja, pero en general son más chicos. Varios llevan las mallas cortadas en cuadros, otros en exágonos y muchas veces en pentágonos; pero cualquiera que sea su forma, guarda tanta regularidad y precisión que le da belleza y un aspecto original. Parecen artificiales o sea cortados por la mano del hombre.

El armadillo es un animal inofensivo que casi siempre se alimenta de hierba; no corre mucho, pero sí más de lo que pudiera calcularse, atento el gran peso de la armadura que lleva á, cuestas; mas como no es enteriza, sino formada de partes unidas entre sí por un pellejo muy duro, aunque flexible, no le estorba los movimientos. Viaja con muchísima

[6] En Venezuela y en Colombia *cachicamo*; en la Rep. Oriental mulita. -T.

más rapidez que, la tortuga y el galápago. Cuando se ve perseguido se enrolla y forma una bola como el erizo, y si por ventura se encuentra a la orilla de un precipicio, se deja caen por él para escapar de su enemigo. Con más frecuencia se mete en su cueva o en el primer agujero que encuentra entre las peñas, según le había acontecido en este caso a Congo. Una vez que esconden la cabeza, se creen tan a salvo como el avestruz y así se lo prometería el de Congo hasta que sintió la mano de hierro que lo tiraba del rabo -cuya parte le quedaba al aire, sin duda porque el agujero no daba espacio para entrar más. Lo cierto era que con tirarle del apéndice no se conseguía sacarlo a luz, pues se veía que había levantado las mallas por todas partes, de manera que estaba perfectamente atorado en el agujero; además, se agarraba tenazmente con las uñas, que las tiene largas y fuertes. Congo decía con razón y haciendo un gesto, que se necesitaba de una yunta de bueyes para sacarlo a rastras.

Yo había oído hablar de cierto método que usan los indios -golosos por la carne del armadillo -para desencuevarlos, y como me proponía probar si era cierto, dije a mi compañero que le soltase el rabo y se pusiese a un lado.

De rodillas frente a la cueva, empecé a hacer cosquillas al animal, con una ramita de cedro, en los cuartos traseros, aplicándole las puntas agudas de la rama. En el momento observé que empezaba a aflojar los músculos y a separar las escamas de la peña, achatándolas contra el cuerpo. A los pocos minutos estaba reducido a su tamaño natural, y sin duda se había olvidado de las uñas. Entonces lo agarré con

fuerza, por el rabo y tirando con ligereza -¡paf! -el pobre diablo fue a dar a los pies de Congo. Este, que no perdía movimiento, le descargó el hacha a golpe tendido, y partiéndole la cabeza, lo dejó muerto en un segundo. Era del tamaño de un conejo y de los de escamas octógonas, que son los más sabrosos.

Volvímonos, pues, al campamento con nuestra leña, frutas de algarrobo y nuestro armadillo, cuya rara figura espantó a mi mujer cuando le dije que nos lo comeríamos asado. Los niños se divirtieron mucho pasándole los dedos por sobre el labrado carapacho. Pero todavía tenía yo algo más con que divertir mejor a mi Mariquita y a mi Luisa: la fruta de algarrobo que destila una miel deliciosa, que ellas supieron aprovechar. La fruta, además, debía ser tostada en el momento en que prendiéramos lumbre.

Pero oigan ustedes, señores, a propósito de algarrobo -dijo Rolfe, interrumpiendo su narración; -me parece que no desairarán ustedes un trago de la cerveza hecha con su fruta esta mañana misma, cuando andaban ustedes dando vueltas por el campo. Tal vez no sea como la de XX, o la Escocesa; pero me prometo que, atendidas las circunstancias, no la encontrarán ustedes ingrata al paladar.

Diciendo y haciendo, el huésped trajo un gran porrón y echó en las tazas que teníamos delante, un líquido de color obscuro, que bebimos con gusto, pues sabia a sidra nueva, y, era tan buena, que nos permitimos repetir, sin ceremonias.

Hechas las libaciones, Rolfe prosiguió su historia de la manera siguiente:

CAPITULO XI
Un búfalo flaquísimo.

Todos estábamos ocupados: María en aderezar el tasajo, para hervirlo con las habas en la cacerola de lata que, por fortuna, cargaba hasta un galón; Congo haciendo fuego, que ya empezaba a levantar columnas de humo azul; Leopoldo, Simón y las niñas, chupando el dulce de acacia, y yo preparando el armadillo para asarlo. El caballo por su parte, se llenaba también la panza con la hierba que junto al arroyo crecía; y los perros -¡pobrecitos! hasta allí les había tocado la peor parte estaban velando mis movimientos y saltaban sobre cada bocado que se me caía del cuchillo. En pocos minutos estaba ardiendo el fuego, el tasajo y las habas en la olla y el armadillo en un asador de palo chisporroteando sobre las brasas. Pocos minutos más, y las viandas se hallaban a punto de comer.

Entonces caímos en cuenta de que no teníamos ni platos, ni vasos, ni cuchillos, ni tenedores, ni cucharas. Sí,

ciertamente; Congo y yo teníamos nuestros cuchillos de montería, y como no era la ocasión para andarse con muchos cumplimientos a punta de cuchillo sacamos de la olla los trozos de carne y las habas, y las pusimos sobre una piedra limpia. Luego colocamos la olla en el agua corriente para que se enfriara el caldo, y María y los muchachos bebieron a boca de jarro.

Ni Congo ni yo probamos el caldo, porque estábamos por lo sustancioso.

Al principio me figuré que tendría que comerme yo solo el armadillo, pues hasta Congo le hacía ascos, no obstante que en la «vieja Virginia» se había dado buenas atracadas de «zoritos» «rabopelaos» y otros «nimales» pero al ver que yo me chupaba los dedos con aquel nuevo «nimal» alargóme la mano solicitando su ración. Como el comer y el rascar, todo es empezar, tras la primera ración se echó otra y otra, hasta hacerme temer que me dejaría sin cena.

Ni María ni los niños quisieron tocarlo, por más que les dije, y era cierto, que aquella carne podía habárselas con la del más delicado lechón, que es a lo que más se parece el armadillo.

Iba el sol ya muy cerca de su ocaso y empezamos a pensar cómo pasaríamos la noche. Todas nuestras frazadas se habían quedado en el carro y el aire empezaba a refrescar mucho, como siempre sucede en las inmediaciones de las montañas nevadas. Lo cual se explica muy fácilmente: el aire se pone denso en el pico donde está la nieve, pesa más, por lo tanto, y empieza a bajar por los costados de la montaña y a

desalojar el aire caliente, que es mucho más ligero. Sentíamos, pues, la, brisa frescachona que por esta ley natural se descolgaba por los flancos de la montaña, tanto más de sentir después del calor de la jornada que habíamos hecho a todo sol. Dormir en aquella atmósfera, aun cuando conserváramos el fuego toda la noche, nos habría hecho sufrir demasiado.

Ocurrióme entonces volver al carro que habíamos abandonado a distancia de cinco millas solamente y recoger las frazadas que nos hacían falta. ¿Iría solo? ¿mandaría a Congo, o iríamos los dos? Desde luego me vino la idea de que uno de los dos Podría ir a caballo y traerse una carga de efectos, además de las frazadas. El caballo, que hacía más de una hora se había estado hartando de hierba y agua, volvía a parecer tan entero como antes. Esta clase de animales se repone muy pronto cuando comen y beben bien. Vi que era muy capaz de hacer el viaje, y mandé a Congo que lo trajese. Tenía al cuello un pedazo de soga que sirvió de freno. Estuve titubeando buen rato sobre si dejaría a mi mujercita sola con los niños, hasta que me animó ella misma diciéndome que no tendría recelos si Leopoldo y Simón se quedaban con sus rifles y los dos perros, que parecían excelentes guardas, mientras María tenía en sus brazos a Luisita, de la que no apartaban los ojos.

Por fin tomé su consejo y la dejé sola con los niños, a quienes di órdenes para que disparasen un rifle en caso de alarma. Congo y yo salimos con el caballo.

Al mismo tiempo de echar a andar empezamos a ver el toldo del carro que blanqueaba a lo lejos y nos servía de norte.

Conforme caminaba iba pensando si los lobos no habrían hecho buena presa de nuestro pobre buey, abandonado junto al carro. Si no, llevaba intención de desollarlo y conservar la carne, por más flaco que estuviese y que lo estaba a punto de poder ser exhibido como esqueleto vivo en un museo. Pero no veía que otro almuerzo pudiésemos tener al día siguiente y, por lo mismo, me agitaba en ansia de encontrar aunque fuese una posta de carne. Interrumpióme en tan profunda meditación la voz de Congo que, deteniéndose de repente, me enseñaba con el dedo un objeto que frente por frente nos quedaba. Vi, miró y a la luz mortecina descubrí algo que se parecía mucho a un cuadrúpedo grande.

-Mirá sumercé, l amo -díjome Congo en voz baja, -nimal que está bófalo.

-Tal vez sea un búfalo, ¿pero qué hacer? Dejé mi rifle. Mira, sujétame el caballo, y trataré de acercármele bastante para matarlo con las pistolas.

Dando la soga del caballo a Congo y encargándole que se quedase muy quieto, saqué una pistola y me fui acercando, con muchas precauciones, a gatas, muy despacio, para que el animal no se espantase. Mientras más me le iba aproximando, más me parecía un búfalo, si, bien por falta de luz, pues la luna no había salido, no podía distinguir bien sus formas. Por fin creí que ya estaba a tiro, «porque si me le acerco más -

pensaba yo - se espantará y escapa» Hice, pues, alto, y poniéndome de rodillas, monté la pistola. Levantéla para apuntar, cuando de repente relinchó el caballo y en contestación el «búfalo flaquísimo» lanzó un mugido sonoro que era ni más ni menos que el mugido de nuestro buey, el cual abandonó el carro a su turno, y guiado por su instinto, se iba poco a poco encaminando hacia la montaña. Con el aire frío se había refrescado y acaso viendo nuestras huellas las seguía, con la seguridad de que estaríamos en un campamento.

No sé si me gustó o si me chasqueó volver a encontrar al viejo amigo. -Un búfalo gordo me habría cuadrado mucho más que un buey hecho huesos; pero al reflexionar que aún podía ayudarnos a salir del desierto, me di por dichoso de encontrarlo vivo todavía. El caballo y el buey juntaron los hocicos, evidentemente contentos de volver a verso, y al observar que el buey levantaba el rabo a todo su largo, no pude evitar el pensamiento de que tal vez el caballo le había dado cuenta de que muy cerca había agua y buen pasto para él. Llevaba el buey su lazo colgado y para que no se extraviase lo atamos a unas ramas de salvia a fin de poder recogerlo a la vuelta.

Ya íbamos a seguir viaje, cuando me sobrevino la idea de que con un poco de agua que le diésemos, el buey, en unión con el caballo, nos serviría para llevar el carro a la montaña. ¡Caramba! ¡Cómo se pondría María de contenta al vernos llegar con el buey, el carro y todo lo demás -no sólo las frazadas, sino las tazas, platos, ollas, enseres de cocina,

café y demás bocadillos y cosas buenas que teníamos en el arca sobre el carro! ¡Caramba! sería magnífico. En el acto comuniqué a Congo mi idea, y él la creyó muy posible y practicable. Habíamos traído con nosotros el cántaro lleno de agua del arroyo; pero tenía la boca muy estrecha para que el buey pudiese beber en él.

-L'amo -dijo Congo, -vamo a la carro e la damo l agua en saco pellejo. ¡Hi! ¡hi! ¡hi! L amo señorí va reyir, reyir; Congo, caballo e la bueye, ¡hi! ¡hi! ¡hi! E la piquinini, ¡hi! ¡hi! ¡hi!

Y mi buen compañero se reía de gozo al pensar en el que iba a dar a mi mujer y a mis hijos.

Sin más decir ni hacer, desatamos al buey y lo llevamos al carro, El caballo iba también del diestro, porque calculábamos que necesitaría de todas sus fuerzas para tirar del carro.

Todo se encontraba en éste conforme lo habíamos dejado. A su alrededor andaban varios lobos blancos, y la vista de éstos animales, había hecho, sin duda, poner en viaje al buey, dándole fortaleza para alejarse de aquel el sitio peligroso.

Fácilmente encontramos el bote de cuero, y echando el agua en él, la presentamos al buey que se la bebió hasta el fondo y luego se puso a lamer los costados del bote hasta que los dejó bien secos.

Enseguida uncimos los dos animales, y sin más tardanza, echamos a andar derecho a la montaña.

Servíanos de guía el fuego que veíamos ardiendo al pie de los obscuros flancos, cuya luz producía en nosotros el

mas plácido efecto, y hasta en el caballo y el buey que, como si calculasen que allí estaba el término del viaje, trabajaban con ganas por llegar a él.

A media milla de distancia nos encontraríamos, cuando los ecos repitieron la detonación de un rifle. ¡Dios mío! ¿Los indios habrían atacado a María y a los niños? ¿Acaso algún animal salvaje? ¿Acaso el oso de las montañas?

Sin perder momento, corrí, dejando a Congo con el carro. Saqué las pistolas y corrí, corrí, con el oído atento por si escuchaba algún ruido del lado de la fogata. Una o dos veces me detuve para tomar aliento y oír, ¡pero ni el más mínimo ruido!

¿Qué significaba aquel silencio? ¿Dónde estaban los perros? Si fuese el oso o cualquier otro animal, los perros habrían ladrado sin cesar. Pero ni un solo ruido. ¡Luego los indios los mataron a todos a flechazos, que no hacen ruido! ¡Dios mío, Dios mío! ¿Habrían sido víctimas mi mujer y mis hijos?

Muerto de zozobra volví a correr con más fuerza, resuelto a meterme por entre los enemigos y vender cara la vida, cualesquiera que ellos fuesen.

Por fin llegué a donde se veía de lleno la fogata. ¿Cuál fue mi admiración, mi gozo, al divisar a mi mujer con Luisita en las rodillas, mientras mi Mariquita jugaba a sus pies? ¿Pero Leopoldo y Simón? ¡Aquello era incomprensible, porque yo sabía que ellos no habrían hecho fuego sino en caso de alarma, y, sin embargo, allí estaba María muy tranquila con las dos niñas, como si tal disparo!

-¿Qué hay, María? ¿Qué hay? -le pregunté al llegar -¿Y los niños? ¿Dispararon un rifle? ¿no es así?

-Sí, Leopoldo disparó a una cosa.

-¿Qué cosa? ¿Qué cosa es?

-Un animal, pero no sé de qué especie. Lo hirieron, porque ellos y los perros echaron a correr sobre el tiro, y no han vuelto.

-¿Hacia dónde?

María me enseñó con el dedo, y sin más espera, me lancé en la obscuridad. A cosa de cien yardas me encontré los dos muchachos con los dos perros Junto a un animal que, conocí estaba muerto. Leopoldo parecía muy ufano con el buen tiro que había hecho, y esperaba mi enhorabuena que, por supuesto, le di con un abrazo. Cogí el animal por una pata, pues no tenía rabo, y lo arrastré hasta el fuego. Era del tamaño de un becerrito, aunque de formas mucho más elegantes, pues sus piernas delgadas y finas, formaban garganta corno del grueso de un bastón. Era de color rojo claro, blanquizco en pecho y la barriga; sus ojos lánguidos y grandes y sus cuernos delgados, me dieron desde luego a conocer qué especie de animal era el antílope de cuernos aguzados -única especie que se conoce en la América del Norte.

María me contó entonces lo que había pasado. Encontrándose alrededor del fuego y algo impaciente con mi tardanza -por cuanto el carro nos había demorado tanto, -vieron un par de ojos grandes y negros que brillaban en la obscuridad corno tizones, y eso a corta distancia de donde

estaban sentados. No se veía más nada que los ojos; pero sobró para que se alarmasen, pensando que pedía ser un lobo o algo peor -un oso o una pantera. Sin perder la presencia de ánimo, y calculando que por correr no escaparían, Leopoldo y Simón echaron mano a los rifles. Leopoldo, que estaba más adelante, apuntó lo mejor que pudo entre los dos ojos relumbrantes y tocó el gatillo. Por supuesto, que los cegó el humo de la pólvora, y no pudieron decir si el animal era muerto o vivo; pero los perros que hasta entonces habían permanecido echados junto al fuego, saltaron y partieron al escape. Se les oyó corre r por algún tiempo, y luego parar y latir como si riñeran con el animal; después silencio. Luego Leopoldo había acertado, y los perros estaban rematando la res. Efectivamente, así era, pues al llegar los muchachos, los perros tenían en tierra, acogotado al bicho, y con el hambre que tenían, lo hubieran destrozado, a no ser por Leopoldo y Simón que se lo impidieron. El antílope había recibido el tiro en la cruz y apenas corrió algunas varas antes de caer.

Aun cuando Leopoldo no se alababa por tal proeza, en la cara se conocía lo ufano que estaba, y tanto más, cuanto que aquella hermosa pieza de montería nos libertaría del hambre por tres días enteros -asunto muy de enorgullecer a cualquiera que, pensara en que un momento antes no sabíamos con qué nos habíamos de desayunar al día siguiente. Pensé entonces en la sorpresa que les tenía preparada para cuando viesen entrar no sólo el carro con el arca que contenía todos nuestros enseres y comodidades, sino también nuestro mejor y ahora único buey.

-¿Y Congo? -me preguntó mi mujer. -¿Viene por ahí con las frazadas?

-Sí; y con una buena carga, además.

En aquel momento se oyó el ruido de las ruedas, y a la luz del fuego se vio la blanca lona del toldo. Simón saltó de gozo, y palmoteando exclamaba:

-¡Mamá! ¡mamá! ¡el carro!

Enseguida la voz de Congo: «Güeye, güeye, por aquí caminá, no má, no má» Un instante después, el buey y el caballo llegaron a la fogata, tan listos como si no hubiesen trabajado nada y como si pudieran seguir viaje por cien millas más sin fatigarse. Todos nos apuramos en darles suelta para que se fuesen al agua y al frondoso pasto que les estaba esperando.

Era ya muy entrada la noche, y todos estábamos rendidos de cansancio, después de cuanto nos habla pasado, por lo cual pensamos en dormir. María hizo la cama en el carro, que era nuestra única tienda, y excelente por cierto. Entretanto, Congo y yo le sacamos el cuero al antílope, a fin de que estuviese listo para el almuerzo al día siguiente. Los perros velaban la operación con intenso afán, porque los infelices nada habían disfrutado hasta entonces; pero les tocó la cabeza, y luego las patas y luego el mondongo, de suerte que se dieron un buen hartazgo. Limpio ya el animal, con una cuerda lo colgamos de un árbol para que no lo alcanzasen los lobos, sí venían por la noche.

María había acabado sus preparativos para dormir, y solamente nos faltaba una cosa para poder retirarnos a la

cama. Era una obligación que jamás dejábamos de llenar, siempre que las circunstancias no lo impedían. María sacó del carro el único libro que poseíamos: la Sagrada Biblia. Congo atizó el fuego, y sentándonos todos en derredor de su lumbre, leí yo en el libro santo el pasaje que más adecuado me pareció a nuestra propia situación: sobre la manera cómo el Señor conservó ileso a Moisés y a los israelitas en el desierto.

Luego, juntando nuestras manos, y con los ojos arrasados de lágrimas, caímos de rodillas y dimos gracias a la Divina Providencia por habernos salvado de una manera tan milagrosa.

CAPITULO XII
El carnero de las montañas.

Al mismo amanecer del día siguiente estábamos todos en pie y presenciando el hermoso espectáculo de la salida del sol. Toda la comarca hacia Oriente, hasta donde alcanzaba la vista, era llana como la palma de la mano y el horizonte se parecía, por supuesto, al del mar cuando está sereno. Al presentarse el gran globo amarillo del sol encima de la llanura, pudiérase decir, que salía de ella, aun cuando de cualquiera de sus partes se hallaba distante más de noventa millones de millas. El cielo en que el astro iba remontando estaba hermoso con su color azul claro, sin nube alguna, porque en estas llanuras altas de América, se suele viajar muchos días sin encontrar una nube ni del tamaño de la mano. Habíamos descansado bien, y, por consiguiente, nos sentíamos de mejor talante; ni nos aquejaba el recelo de ser seguidos por los salvajes que asesinaron a nuestros compañeros, pues habrían sido unos imbéciles en emprender

tan espantosa jornada para quitarnos la miseria que llevábamos.

Además, la vista de nuestro antílope que reventaba de gordo y estaba tieso con el río, nada tenía de desalentadora. Como quiera que Congo era hábil carnicero, lo puse a descuartizarlo, y yo, con el hacha al hombro, me dirigí al pie de la montaña para buscar más leña. María estaba sumamente hacendosa en el arroyo lavando ollas, platos y todo el ajuar de cocina, pues el polvo del desierto, removido con la marcha, se les había, pegado y formaba costra.

Por fortuna había buen surtido de utensilios: una parrilla, un caldero grande, dos ollas, una cazuela de freír, una cafetera y su molino para café, media docena de platos, tazas y vasos de hojalata y un juego de tenedores, cuchillos y cucharas. Todo lo cual habíamos comprado en San Luis por consejo de nuestro amigo el joven escocés, que, como veterano en las campañas del desierto, sabía lo que se necesitaba.

No tardé mucho en procurar la leña y nuestra fogata ardía que daba gusto. María atendía el café que tostó en una olla y metió en el molino. Yo tomé la parrilla y asé un costillar, mientras que Congo recogió muchas liabas y las tostó para reemplazar el pan, pues no teníamos ya harina de trigo ni do maíz. La provisión que sacamos de San Luis, se había concluido desde muchos días antes y nos estábamos manteniendo con tasajo y café. Con este artículo, andábamos también muy económicos, pues no nos quedaba más de una libra y constituía nuestro mayor regalo. Lo tomábamos, por

supuesto, sin azúcar y sin leche, pero no echábamos de ver la falta, porque así lo toman los que viajan en el desierto y lo encuentran muy sabroso, tanto quizá como el mezclado con azúcar más blanco y la leche más pura les sabe, a los que tienen el paladar estragado de no salir de casa. Pero al fin y al cabo no tendríamos que tomar el café sin azúcar, pues mi Simón, conforme iba mondando las habas, iba formando una pulpa de su miel, que nos serviría para endulzar el café. Ya tenía como un plato de ella.

¡Buen muchacho!

El arca salió del carro y la tapa, cubierta con un paño muy limpio, hizo dé mesa con el mantel. Para sillas rodamos varias piedras junto a la gran caja y en ellas nos sentamos, tomando a sorbos el delicioso café y saboreando las costillas de cacería.

De tan placentera ocupación nos distrajo Congo, quien, levantando hacia arriba los blancos ojos, empezó a gritar:

-¡Güeno! ¡l amo! ¡l amo! ¡arriba! ¡parriba!

Volvímonos todos, que estábamos sentados con la cara hacia la montaña, y miramos a donde Congo señalaba. Frente a nosotros, había altos riscos, y por sobre ellos, cinco objetos amarillos se movían con tal rapidez, que más que otra cosa parecían pájaros volando. Pero después de observarlos más atentamente, vi que eran cuadrúpedos, que iban tan deprisa saltando de risco en risco, que, no se los veían las piernas.

Parecían animales de la familia del ciervo, algo mayores que los carneros y las cabras; pero bien se podía ver que en lugar de ramas o mogotes tenían un par de enormes cuernos

enroscados. Al arrojarse de un peñasco a otro más bajo daban vuelta en el aire, verdaderos «saltos mortales» y a veces parecían caer de cabeza.

Entre los riscos, había uno que no distaba cien varas del sitio en que nosotros estabamos, y que terminaba, en un barranco de sesenta, o setenta pies sobre la llanura. Los animales, luego que llegaron a este risco, siguieron por él hasta tocar la orilla del precipicio, donde se pararon de repente como para reconocerlo. Entonces los vimos a nuestras anchas, sobre el fondo del cielo, con las piernas ligeras y graciosas y los cuernos grandes, curvos y casi tan anchos como sus cuerpos. Pensamos, por supuesto, que no avanzarían más allá por el barranco, y estaba yo calculando si el rifle que tenía en la mano alcanzaría a aquella distancia cuando con sorpresa nuestra, el más cercano al precipicio saltó de la orilla y dando vueltas en el aire, cayó de cabeza en el llano. Tocó tierra sobre los cuernos y dando un rebote y otra vuelta, fue a pararse más lejos y se quedó quieto. Sin titubear, los demás se arrojaron uno tras otro como una compañía de acróbatas, y al concluir, paraban, como si aguardasen: un aplauso.

El lugar en que habían caído no distaba cincuenta pasos dé nuestro campo, pero el salto me dejó tan pasmado, que casi se me olvidó que tenía tal rifle en las manos. Los animales también parecían atónitos con nuestra vista, la primera que en su vida gozaban. Los ladridos de los perros que salían al escape me hicieron volver en mí, y a los animales también, que reconociendo el peligro, arrancaban

otra vez hacia, la montaña, perseguidos por los perros, cuando yo, tendiéndoles el rifle, disparé sin apuntar y sin acertar, según suponíamos todos. Los bichos no corrían, volaban cuesta arriba; pero observamos que uno se iba quedando rezagado y que subía con dificultad. En él fijamos los ojos imaginando que estaba herido. Y lo estaba, pues cuando los demás se perdían de vista, éste al tratar de brincar de un peñasco rodó cerro abajo y sobre él se fueron los perros.

Congo, Leopoldo y Simón corrieron a la quebrada y a poco volvieron con el animal, ya muerto, porque los perros lo habían despachado. Buena carga hacía para Congo, pues como luego vimos, era tan grande como un ciervo abarbechado. Por los cuernos enormes y en forma de roscas, y por otras señales conocí que era el *árgali o* carnero silvestre, que llaman los cazadores *big-horn* o cornudo, y en los libros pasa algunas veces por «carnero de los Montes Roqueños» aun cuando en su aspecto general es como una inmensa cabra amarilla, o como un venado, con un par de cuernos de carnero en la cabeza. Sabíamos que no es malo de comer, especialmente para personas que se hallan en nuestro caso; y por eso, poco después de almorzar, amolamos nuestros cuchillos y aderezamos el carnero hasta dejarlo colgado junto a los restos del antílope. En pago de su trabajo los perros tuvieron un almuerzo opíparo y nosotros empezamos a considerarnos seguros en el desierto al ver tanta carne fresca como pendía del árbol y el agua pura del arroyo que a nuestros pies corría.

Sentámonos, sin embargo, a discutir lo que debíamos hacer. Entre el árgali y el antílope teníamos carne como para una semana; pero al concluirse, ¿qué probabilidad había de encontrar más? No mucha, pues aun cuando hubiese otros antílopes y unos cuantos carneros de montaña, las apariencias del terreno estaban diciendo que allí no podía haber demasiado ganado cerril. Además, no nos sería fácil matar gran número de ellos; porque los que, habíamos conseguido, nos vinieron de pura casualidad, o más bien -según creíamos entonces y ahora mismo creemos -, guiados por la mano de una Providencia bienhechora. Pero ni sabio ni prudente era confiar a ciegas en ella, sin hacer al mismo tiempo por nuestra parte todo esfuerzo, bajo el divino amparo, a fin de procurar nuestra salvación. Terminado nuestro acopio del día, ¿adónde iríamos en busca de otro? No siempre podríamos vivir de armadillos, árgalis y antílopes, aun suponiendo que los encontrásemos como las piedras en la tierra. Las probabilidades eran diez contra una de que no los encontraríamos. Nuestro buey podía reponerse en una semana y nos daría, alimento por algunos días; después el caballo, después los perros y después... después... pereceríamos de hambre.

Pero cualquiera de estas necesidades era horrible; si matábamos el buey, no podíamos mover más el carro, ¿y cómo habría el caballo solo de llevarnos a todos por el desierto? Si más tarde matábamos el caballo, nos quedaríamos absolutamente a pie y en peor estado. Ningún hombre puede atravesar el desierto a piel ni aun los mismos

cazadores. ¿Cómo lo podríamos hacer nosotros? Quedarnos donde estábamos no era posible. Había algunos manchones de hierba en los distintos hilos de agua que se descolgaban de la montaña; algunos sauces; pero ni pasto para el ganado necesario a nuestra subsistencia, caso de que pudiésemos conseguirlo, ni leña para contar con ella mucho tiempo. Nuestra salvación consistía, por lo tanto, en salir de aquel sitio tan luego como pudiéramos.

El próximo asunto por resolver era si el desierto se extendía hacia el Sur, según lo veíamos extender hacia el Norte. Para ello resolví emprender viaje yo solo, dejando toda la familia en el campamento.

Nuestro caballo estaba ya descansado y bien comido. Monté en él y acompañado de mi rifle eché a andar cuidando de no alejarme de los estribos de la montaña por la banda de Levante, Varios arroyos atravesé como el de nuestro campamento, y observó que todos guiaban al Oriente para confundirse en un río principal. En la misma dirección encontré árboles, pocos y menguados, con algunas si raras señales de vegetación. De camino vi un antílope y otro animal parecido al gamo, pero distinto de cuantos gamos habla visto, porque tenía un rabo tan largo como el de una vaca. Entonces no sabía qué especie de animal era, porque en los libros de Historia Natural no se encuentra su descripción.

Después de cinco millas de viaje había descabezado el pie de la montaña en su banda oriental, y tenía a la vista el horizonte hacía el Sur. Nada distinguía hasta donde podía alcanzar con los ojos, sino un plano de arena sin fin, más

estéril, si cabía, que el que había dejado hacia el Norte. La única dirección en que se observaban signos de vida vegetal, era la de Oriente, y eso en manchas pequeñas y pobres.

Desconsolaba mirar. Teníamos que atravesar el desierto para llegar a tierras habitadas. Locura hubiera sido tirar de nuevo hacia Oriente en busca de la frontera americana, colocados como estábamos, sin provisiones, sin bestias de carga y con ochocientas millas de arena sin agua. Sobre que en el tránsito encontraríamos diversas tribus de indios salvajes que frecuentaban aquella ruta; de suerte que, ni aun siendo fértil, podríamos pasarla con felicidad. Ir hacia el Norte, hacia el Sur, el mismo imposible, como que no había gente civilizada a novecientas y más millas en ninguno de los dos rumbos. No nos quedaba, pues, más esperanza que atravesar el desierto guiando al Poniente en demanda de los establecimientos que tienen los mejicanos en el río del Norte, distantes cosa de doscientas millas. Para ello necesitamos dejar descansar algunos días nuestra mal emparejada yunta y hacer acopio de provisiones para el camino. ¿Dónde las habíamos de encontrar? Confiemos en la Divina Providencia -me volví a decir; -en El que hasta ahora nos ha tendido siempre una mano bienhechora.

Observé que la montaña bajaba hacia el Sur con un declive más peinado que para el Norte, donde se interrumpía empinada y riscosa. De donde inferí que por el Sur habría de derretirse mayor cantidad de nieve que convertida en agua correría por el llano. -Debía de haber, por consiguiente, mayor fertilidad en aquel lado. Seguí viaje hasta llegar al

arroyo en cuyas márgenes nacen los sauces y los algodoneros, encima de este, valle en que estamos. Llegado que hube, vi que el agua era abundante, mucha la hierba y la vegetación más frondosa que en el sitio donde, nos habíamos acampado. Até, el caballo a un árbol y subí por la montaña, a fin de echar un vistazo a la comarca por el Sur y por el Occidente. No había subido mucho cuando me paró la vista de una singular olla que me parecía abrirse en medio de la llanura. En el acto resolví examinarla, y volviendo adonde estaba mi caballo, seguí a ella en derechura. Pocos minutos tardé en llegar a la orilla del barranco y en ponerme a contemplar desde él este risueño valle.

Imposible pintar a ustedes las sensaciones de aquel momento. Solamente aquellos cuyos ojos hayan estado por días de días, sin cesar fijos en la inmensidad estéril del desierto, podrán juzgar del efecto que en mí produjo la escena de fertilidad que ante los ojos tenía. Era ya muy entrado el otoño y los bosques engalanados con la infinita variedad de colores propios de la estación, remedaban un cuadro de tintes vivísimos. La música de los pájaros subía de lo profundo del bosque, en alas de una brisa aromada con mil perfumes. La escena toda, más que realidad, parecía el Elíseo Campo de la fábula. Apenas podía creer que no estuviera soñando o alucinado con la engañosa aparición del espejismo o miraje.

Algunos minutos pasé en éxtasis contemplando el encantado valle. Ninguna señal había de habitación humana, ni por sobre las copas de los árboles se elevaba el humo, ni se

oía más ruido que el canto de los pájaros y el murmullo del agua que se precipitaba de lo alto. Parecía como si el hombre jamás hubiese contaminado aquel oculto paraíso con su presencia y sus pasiones.

Digo, que pasé algunos minutos mirando y oyendo. Horas, podría haber empleado así; pero el sol que iba de bajada me decía que era tiempo, de regresar, pues me hallaba a veinte millas del campamento, con el caballo no muy descansado ni fresco. Resuelto a regresar el día siguiente con mi familia, y todo el arreo del campamento, volví grupas y eché a andar. Era tarde -media noche tal vez -cuando llegué al campamento. Todo lo encontré como lo había dejado, menos a María que estaba muy alarmada porque me había tardado tanto. Pero con verme y saber lo que había descubierto, recobró su calma natural. Enseguida echamos nuestros planes para emprender viaje la mañana siguiente, a fin de establecer nuestro campamento en el valle.

CAPITULO XIII
El Alce o Gran Bestia.

Con el alba emprendimos el viaje el día siguiente, después de tomar un buen desayuno, dejando por detrás el campamento que bautizamos Campamento del Antílope. El arroyo desde entonces se llama Quebrada del Carnero. Llegamos al término superior del valle cuando empezaba a obscurecer y allí pernoctamos. El día siguiente salí yo solo a buscar la bajada para el valle. Anduve millas y millas y con suma sorpresa vi que por todas partes el barranco estaba cortado a pico y acaso el encantado valle era inaccesible paraíso de tentaciones, creado para castigo de un nuevo Tántalo. Por fin llegué al extremo inferior, que como habrán notado ustedes, es mucho más bajo a consecuencia del declive que lleva la llanura. Allí encontré una trocha que bajaba gradualmente y en la que se veían huellas de animales de varias clases. Precisamente lo que andaba buscando.

En aquel valle podíamos quedarnos hasta que nuestros dos animales se repusieran lo bastante para la marcha por el desierto, al mismo tiempo que emplearíamos los rifles en repostamos de provisiones para el viaje.

Retrocedí, pues, en busca de la familia, pero como la mayor parte del día la había gastado en aquella exploración, se hizo demasiado tarde y tuvimos que pasar la noche en donde estábamos, sitio que llamamos Campamento del Sauce.

La mañana siguiente salimos bien temprano y no paramos hasta llegar a la trocha. Allí se quedó María en el carro con los niños y bajamos Congo y yo para explorar el terreno. El bosque era espeso, los árboles se hallaban entrelazados con bejucos gruesos que pasaban de uno en otro como serpientes colosales. Debajo de los árboles crecía una cana brava muy tupida, a cuyo través se habían abierto camino los animales, según se juzgaba por el gran número de huellas que había en el suelo.

Entre éstas ninguna había de hombre, ni señal tampoco de ninguna clase que atestiguase su presencia por aquellos contornos.

Seguimos la trocha que nos llevó en derechura a las márgenes del arroyo, entonces muy somero y con gran parte de su cauce sin agua; de donde colegí al momento que podía servirnos de carretera para, el carro. Siguiendo siempre por ella llegamos, a distancia como de tres millas del extremo interior de valle, a un sitio aplacerado y con menos árboles y arbustos. Sobre la derecha del arroyo se levantaba el terreno

para formar una meseta donde había árboles muy salteados, mucha hierba, mucha flor y declive suave hacia el agua. Erase un lugar lindísimo y al acercarnos a él corrieron espantados a meterse en el bosque los animales que habían estado allí solazándose en la hierba. Paramos un instante para contemplar tanta belleza. Pájaros de vistoso plumaje saltaban entre las ramas cubiertas de hojas de mil colores cantando, chillando y persiguiéndose los unos a los otros. Había loros, cotorras, pericos, azulejos y loxias tanto escarlatas como azules. También había mariposas de pintadas alas, anchas y cubiertas de polvo esmaltado, tan grandes como muchos pájaros y aun más grandes que otros; y había nubes de colibríes zumbadores, no mayores que las abejas, que brillaban como esmeraldas y se mantenían en el aire sobre la corola de las flores.

Digo a ustedes que la escena era hermosa, y Congo y yo convinimos en que el punto venía corno pintado para establecer nuestra ranchería. Entonces no pensábamos sino en una *ranchería,* donde pasar lo suficiente para que nuestros animales recobrasen sus fuerzas y nosotros en los vecinos bosques cazásemos lo bastante para tener qué comer en el desierto. ¡Cosa muy transitoria por supuesto!

De esto hace diez años, señores, y aquí nos hallamos todavía en el mismo punto. Esta casa se encuentra en el centro de la explanada que he tratado de pintar, pero lo que más de nuevo les cogerá a ustedes es saber que aquí no había ni señal de lago -cosa que vino después, como más tarde lo veremos. - Lo que ahora es lago, formaba entonces parte de

la cañada y estaba cubierta, como todo lo demás, de hermosa vegetación y de algunos árboles desparramados por diversos lugares o formados en grupos pequeños, que daban al conjunto la apariencia de un parque. Efectivamente, era imposible imaginar que pertenecía a algún rico señor cuya casa estaría del otro lado, aun cuando por todas partes había un bosque espeso.

No tardamos más de lo necesario en examinar el terreno. Ya sabíamos que la señora estaría ansiosa con la tardanza y emprendimos luego marcha hacia el carro. En menos de tres horas después lucía el blanco toldo en medio del valle, y el caballo y el buey andaban por su cuenta comiendo el rico pasto. Las niñas jugaban sobre el césped a la sombra de una corpulenta magnolia, mientras que María, Congo y yo con los muchachos, estábamos entretenidos en algunas ocupaciones necesarias para el alojamiento. Los pájaros volaban a nuestro alrededor cantando y haciendo ruido con gran júbilo de los chicos. Venían hasta muy cerca de nuestro campamento y se posaban en los árboles más inmediatos, tal vez para examinar qué especie de extrañas criaturas éramos nosotros, que así nos habíamos colocado en sus dominios, hasta entonces sagrados. Gustábame su curiosidad con nosotros, porque significaba que jamás habían antes visto gente y por lo mismo no correríamos el peligro de encontrar en el valle a ningún ser de nuestra especie; pues por extraño que parezca, el animal que más temíamos era el hombre, porque con toda probabilidad en aquellos parajes no podía ser otro sino el indio, el más cruel de nuestros enemigos.

Era todavía temprano y resolvimos no hacer más sino descansar de las fatigas que nos había dado el carro en el arroyo, donde había sido preciso quitar del medio piedras grandes y, en ocasiones, abrir paso por entre el ramaje demasiado espeso. Pero vencidas las dificultades, nos parecía que habíamos llegado a casa y nos dimos a gozarla. Congo prendió fuego y montó sobre él nuestra grúa para colgar los calderos y las ollas. La grúa se hace con dos palitos rematados en horqueta y clavados a los lados del fuego; por encima se atraviesa en las horquetas una vara que queda horizontal y sirve de punto de apoyo para todo. Así montan la grúa los viajeros de los bosques y hacen la comida a todo viento. La trípode de los gitanos en Europa rara vez se encuentra en los desiertos de América.

En pocos minutos empezó a hervir el agua del caldero corno para recibir el aromático café, al paso que lo que todavía nos quedaba del antílope estaba sobre las brasas asándose y chisporroteando. María, que, había lavado el palio nos puso la mesa en el arca vestida de blanco, Y sobre ella los platos y las tazas de hojalata, refregados a tal punto que parecían de plata. Terminados todos estos preparativos, nos sentamos alrededor del fuego para mirar corno se iba dorando la hermosa pieza de montería que Congo había colgado a una cuerda para que diera vueltas sobre sí misma como en un asador mecánico.

Dándonos la enhorabuena estábamos por la famosa, colación que teníamos preparada, cuando de repente, nos llamó la atención un ruido que del bosque salía cerca de la

raya en que comenzaba, el terreno limpio. Era como si cayesen hojas y se rompiesen ramas secas al contacto de las pisadas de un animal grande. Todos volvimos inmediatamente la vista en aquella dirección y observamos que se movían las hojas, hasta que, por último, se presentaron en el raso tres animales con la intención aparente de atravesar por él.

Al principio nos parecieron venados, porque tenían la cornamenta ramosa; pero por su tamaño no pertenecían a ninguna de las clases de venados conocidas; pues no serían más chicos que un ea, hallo flamenco, sobre que los grandes cuernos levantados los hacían aparecer más altos. Por los cuernos los creímos venados, he dicho, y en realidad lo eran; pero muy distintos de los que vemos en los parques. Eran alces, alces grandes, la gran bestia de los Montes Roqueños.

Al salir del bosque anduvieron de frente, uno tras otro, con paso majestuoso que decía la confianza, que les inspiraban su tamaño y fuerzas, no menos que las agudas armas que sobre la cabeza llevaban y que saben usar con terrible efecto contra sus enemigos. Su aspecto era por demás gallardo y todos los admiramos en silencio conforme se iban aproximando al campamento.

Por fin le pusieron la vista al carro y al fuego, cosas hasta entonces no vistas por ellos. Pararon de repente, sacudieron la cabeza y continuaron viéndonos con una expresión de pasmo, fácil de comprender.

-Ahora se escapan -dije por lo bajo a mi mujer y a Congo. -Se nos van sin remedio, pues no están a tiro de rifle.

Había echado mano del mío desde que los vi salir y lo tenía preparado sobre las rodillas, mientras que Leopoldo y Simón estaban listos con los suyos.

-Mucha lástima, l amo, que rifla grande no alcanza -dijo Congo. -¡Cachimba! Venao gordo como carnero de la Vigirinia.

Pensando estaba si me les iría acercando a hurtadillas, cuando los animales, en lugar de irse al bosque, se nos allegaron algunos pasos más, pararon, y sacudieron la cabeza como lo habían hecho antes. Digo que aquello nos admiró, porque teníamos entendido que el alce es de suyo muy huraño. Huraño, sí cuando conoce el peligro, pero como todos los de su tribu, tiene más curiosidad que miedo y se acercará a un objeto nuevo para él y lo reconocerá con calma -antes de correr. Ya sabía yo que la curiosidad los atraía a nosotros, y como pudiera ser que se acercasen mucho más, pasé la voz de silencio y sin moverse.

El carro y su gran toldo parecían atraer más que riada, la atención de los forasteros. Miráronlo con ojos llenos de asombro y volvieron a avanzar algunos pasos; pararon, volvieron a mirar y avanzar por tercera vez.

Como quiera que el carro estaba algo lejos de nosotros, sus movimientos nos los presentaban de flanco. Por fin avanzaron un poco más y el primero se puso a tiro de mi rifle. Era el más grande de los tres y no pude reprimir la impaciencia: tendíle el arma y apunté donde me pareció que tendría el corazón. ¡Fuego!

-¡Lo erré! -dije al ver que los tres animales se volvían hacia atrás y partían como relámpagos. Lo que más extrañábamos era que no galopaban como el venado, sino que amblaban como caballo enseñado, pero tan ligeros como a escape.

Los perros -sujetos hasta entonces por Congo -arrancaron desesperados ladrando y en un segundo los perdimos de vista, lo mismo que a los alces; mas oíamos el ruido de las ramas que rompían los últimos y el ladrido de los perros que los perseguían.

Al principio creí que los mastines mal podrían alcanzarlos ni menos pararlos y resolví no moverme; pero luego notó que los perros cambiaban el ladrido por un grito continuado como si estuviesen empeñados en feroz combate a pie firme.

-¡Hombre! ¡Si habré herido al animal! ¡Vamos, Congo! ¡Vamos a ver muchachos, aquí, con la mamá, ea!

Tomé el rifle de Simón y seguido de Congo atravesó la cañada por la huella de los perros. Al mismo entrar en el bosque eché de ver sangre en las hojas.

-Herido va, Congo, y mal herido; todavía lo cogeremos.

-A que sí jiñó, l amo. ¡Corré! ¡Corré!

Y corrimos con ganas por entre el bosque. Yo iba delante, porque Congo es algo pesado. De cuando en cuando veía sangre en el rastro y en los arbustos y guiado por la ronca voz de los perros, muy luego me puse en ellos. Corno lo presumía, el alce herido allí estaba de rodillas y defendiéndose con los cuernos; uno de los perros echado en

el suelo, aullaba lastimosamente. El otro sostenía el combate tratando de hacer presa por detrás; pero el alce deba vueltas sobre las rodillas como si en ellas tuviese un eje, presentando siempre las agudas astas al enemigo.

Temeroso de que le diese un mal golpe a nuestro mastin, le disparé un tiro y sin pensar mucho en lo que hacía, corrí hacia el animal para rematarlo a culatazos. Dirigíle un golpe con todas mis fuerzas, pero en la prisa no le acerté, e impelido por la misma violencia fui a dar de bruces entre los dos cuernos. Dejó caer el rifle y me así de ellos con ambas manos para tratar de desenredarme; pero antes de nada el alce se puso en pie y con una sacudida de cabeza me lanzó por el aire. Caí sobre una red de ramas y bejucos y me agarré, á, ella con desesperación. Fortuna fue, porque el furioso animal estaba con la cabeza levantada aguardando a que de nuevo cayera y me buscaba por todas partes como si extrañase que no volviera al suelo. Si en lugar de dar sobre las ramas, caigo en tierra, de seguro que me mata el enfurecido bicho.

Por un momento me quedé inmóvil en donde había sido arrojado, viendo lo que por debajo pasaba. El mastín continuaba sus ataques, pero evidentemente acobardado con la suerte de su compañero, no embestía sino cuando la res le presentaba el flanco. El otro perro estaba entre el monte dando gritos lastimeros.

En aquel momento se presentó Congo a quien yo había dejado por detrás. Podía ver el blanco de sus ojos vuelto hacia arriba en señal do, espanto cuando divisó el rifle en el suelo y no me descubrió a mí. Apenas tuve tiempo para darle

un grito alertándolo cuando el alce le puso la vista y agachando la cabeza se le vino encima dando un furioso resoplido.

Mi pobre compañero y amigo iba a ser víctima. Traía en la mano una lanza india que cogió en el campamento del asesinato, pero aquella especie de chuzo no bastaba para ampararlo contra la violencia del ataque. Vi que ni siquiera ponía de punta la lanza para recibir al furioso animal, sino que quedaba como una estatua. El miedo lo ha embobado, pensé y aguardaba verlo atravesado en las astas del alce que lo haría trizas. Pero no sabía yo qué, hombre era mi Congo. Cuando los cuernos estaban como a dos pies de su cuerpo, se escurrió detrás de un árbol y el alce lo pasó en la carrera.

Tan ligero anduvo que al principio me pareció que había caído; pero en el acto y antes de que el animal se apartase una cuarta vi a mí Congo que esgrimía la lanza y se la metía por las costillas a la bestia. Ningún espada español lo habría hecho con más limpieza.

Di un grito de alegría al ver el cuerpazo del animal caer en tierra y descolgándome de mi cama aérea corrí hacia él. Al llegar encontré el alce pataleando con las agonías de la muerte y a Congo muy sentado encima de su lomo.

-¡Bravo, Congo! -lo dije -¡bravo! lo has despachado en regla.

-Sí jiñó -me contestó con calma, pero con síntomas de estar satisfecho. -Sí jiñó, l amo Rof, negrito metió punta a este caballé mitá y mitá por costilla cinco. Sí, jiñó, nunca má güelva a tropiá pobrecito Caso. ¡El pobre perito! Y

acariciaba, a «Cástor» que era el que más había probado la punta del cuerno del alce.

En aquel momento se nos reunió Simón que, oyendo la brega, no pudo quedarse por más tiempo en el campamento; por fortuna encontró su rifle sano y salvo. Congo sacó el cuchillo y degolló la bestia mejor que un carnicero. Corno pesaba mucho -unas mil libras, -no era asunto de llevarlo a la ranchería sino con ayuda del buey o del caballo, y, por tanto, dispusimos beneficiarlo allí mismo. Volvimos a la ranchería para anunciar nuestro buen éxito y procurar los instrumentos, con los cuales despachamos en un santiamén. Antes que el sol se pusiera, teníamos colgadas a los árboles en rededor de la ranchería cosa do mil libras de la carne del alce.

De propósito habíamos dejado la cena para después del trabajo, y mientras Congo y yo colgábamos carne, María andaba a vueltas con la parrilla y un costillar de alce, tan bueno como la mejor carne de vaca, que se agregó a la cena, para hacerla soberana.

CAPITULO XIV
La aventura del glotón.

Como de costumbre, nos levantamos temprano y despachando nuestro excelente almuerzo de alce y café, pensamos en lo que más nos convendría hacer. Teníamos ya carne sobrada para un largo viaje, aunque nos faltaba curarla para que se conservara por mucho tiempo. Pero y eso ¿cómo se haría, cuando no teníamos ni un polvo de sal? La dificultad se nos presentó por un momento, pero uno sólo, pues recordé que había un método de hacerlo sin sal, usado muy a menudo por los españoles, y en los países donde escasea aquél artículo. También recordé que los cazadores y tramperos lo usan para repostarse de carne de búfalo o de otros de los animales que matan. Dicho método consiste en «tasajear» la carne, de donde le viene el nombre de *tasajo*.

Había yo leído el procedimiento, y se lo expliqué a Congo para trabajar con más facilidad, poniendo seguidamente manos a la obra. Empezamos por encender un

gran fuego, sobre el cual echamos leña verde para que ardiese despacio y echara mucho humo. Luego encajamos en el suelo palos de horqueta cerca del fuego, y sobre ellos atravesamos varas largas. En éstas colgamos la carne del alce, cortada en tiras muy delgadas y de una vara de largo, de manera que les diese tanto el humo como el fuego, aunque no a punto de asarse. La operación quedaba terminada con esto, sin que nos faltara nada más que estar alerta para que los perros y los lobos, en un descuido no se robasen alguna pieza de las que colgaban de las varas como ensartas de chorizos. A los tres días, la carne del alce quedaría hecha tasajo, y podría llevarse a cualquiera parte sin peligro de descomposición.

Aquellos tres días los pasamos en las inmediaciones de la ranchería, pues aun cuando hubiéramos podido ir a cazar con seguridad de buenos lances, no lo hicimos por tres razones: primera, porque teníamos lo que necesitábamos; segunda, porque en nuestra situación no queríamos desperdiciar ni un grano de pólvora; y tercera, porque en el arroyo habíamos visto huella de osos y panteras. Noramala si queríamos encontrarnos con tan malos vecinos en la obscuridad y maraña de los bosques, como a todo evento nos hubiera acontecido si nos metíamos por ellos en seguimiento de alguna res. Habíamos resuelto conservar con esas alimañas estricta neutralidad en tanto que ellas observasen con nosotros las mismas leyes de cortesía; y aun por temor de alguna intrusión en nuestra ranchería durante la noche, por parte de los neutrales, conservábamos una buena fogata encendida de sol a sol.

En aquellos tres días no nos vimos tampoco privados de carne fresca, pues la, tuvimos, y de la más delicada del mundo en la forma de un pavo silvestre que maté en una manada de ellos que se metió por la cañada y se acercó a la ranchería sin vernos. Era un mozo de buche que pesaría sus veinte libras y que ya saben ustedes tiene una carne mucho más tierna y gustosa que la de sus parientes cebados en el gallinero.

A los tres días la carne se hallaba seca como bizcocho y la atamos en manojos que íbamos acomodando en el carro. Ya no nos faltaba más sino que los animales estuviesen bien repuestos y, como tanto el caballo como el buey, se encontraban a sus anchas en buen pasto y empezaban a redondearse que daba gusto, nos congratulábamos de que no tendríamos que aguardar mucho tiempo.

¡Pero cuán poco valen los cálculos humanos! Precisamente en los momentos en que estábamos más a5nados en echar la cuenta sobre lo que había de durar nuestra prisión en el desierto, sobrevino un acontecimiento que hizo del todo imposible salir de él -al menos por muchos años, si no para siempre. -Contará la cosa como pasó.

Fue en la tarde del cuarto día después de nuestra llegada al valle. Acabábamos de comer y estábamos junto al fuego muy divertidos viendo a Luisa y Mariquita que se revolcaban jugando en la hierba. Mi mujercita y yo hablábamos sobre Luisa, sobre la triste suerte de sus padres, ambos muertos a nuestro entender el día del asesinato. Hablábamos de como la habríamos de educar y si le ocultaríamos el melancólico fin

de su familia haciéndole creer que era hija nuestra, o si cuando estuviese más grande y capaz de entenderla la contaríamos la historia de su orfandad. Hablamos también por primera vez de nuestro obscuro porvenir, más anublado todavía con la pérdida de nuestro amigo el escocés. Ibamos a tierra extraña, en donde a nadie, absolutamente a nadie, conocíamos, cuyo idioma ignorábamos y cuyos habitantes, nada prósperos -Por sí mismos, poca voluntad tendrían en procurar la prosperidad de otros y mucho menos la de gente de nuestra raza. Ibamos, además, sin objeto señalado, pues el que hasta allí nos había guiado desapareció con la muerte de nuestro amigo. Sin bienes, sin dinero, ni aun para procurarnos posada por una sola noche -¿qué sería de nosotros? -Terribles pensamientos eran los que inspiraba la consideración de nuestro porvenir; pero nosotros procuramos no alimentarlos demasiado.

-No hay cuidado, Roberto -me dijo mi valerosa mujercita, poniéndome su mano diminuta entre las mías y mirándome con el rostro sonreído. El que de nosotros se ha ocupado hasta ahora con tanta solicitud, proveerá también a nuestro porvenir.

-Mi buena Mariquita -díjele lleno otra vez de fe y esperanzas con sus palabras; -tienes razón, tienes razón: en Él confío.

En aquel mismo instante resonó en nuestros oídos un extraño ruido que salía del bosque -al principio lejos, pero después, cada segundo, más cerca. -Era como el quejido de un animal que tenía mucho miedo y un gran dolor, Volví los

ojos en busca del buey. El caballo estaba, pero su compañero no se veía por todo aquello. Resonó otra vez el grito de agonía con más fuerza que antes y más espanto. Era indudablemente el buey, pero ¿qué tenía? Otra vez más resonó en los aires más claro y penetrante quejarse.

Brinqué sobre mi rifle, Leopoldo y Simón a los, como si el animal, corriera a los suyos, Congo embrazó la lanza y los perros anhelantes aguardaban en pie la primera señal.

Otra vez resonó el agonizante grito, acompañado del crujido de las hojas y de las ramas, como si un animal grande las quebrase en la carrera. Volaban espantados los pájaros, el caballo relinchó salvajemente, los perros aullaron con impaciencia y las dos niñas gritaron espantadas. Y volvió a resonar el mugido de desesperación atronando el valle con sus repetidos ecos. Sonaban los arbustos quebrantados bajo pisadas violentas. Vimos las hojas removidas a alguna distancia, después más y más cerca, después en la vera del raso y un instante después saltó a lo limpio un objeto colorado, apartando las ramas. Nuestro buey; ¿pero qué? ¿Lo perseguía una fiera, algún animal de presa? No, no lo perseguía, sino que lo acogotaba. ¡Mirad! ¡aquello! ¡lo que el buey lleva sobre el lomo! ¡Dios mío! ¡qué horror!

Quedámonos un instante como aterrados. Sobre el lomo del buey y abrazado a su pescuezo estaba un animal grande. A primera vista parecía un lío de lana oscura y enredada, parte del mismo buey. ¡Tanto y tanto lo ceñía! Pero conforme se acercaron, podíase distinguir las garras abiertas y los cortos y musculados miembros de la horrenda criatura.

Tenía la cabeza pegada al pescuezo del buey, que veíamos estaba despedazado y chorreando sangre. La boca del extraño animal iba pegada a la vena yugular del buey, cuya carne había destrozado por beberle la sangre, ¡al paso que el buey corría!

Al salir al escampado el pobre animal apenas trotaba y se movía con menos vigor que el natural. Vimos que flaqueaba y que se dirigía hacia nosotros. En pocos instantes llegó y dando un fuerte resoplido cayó en tierra con las ansias de la muerte. Al golpe soltó presa el extraño bicho y se encaramó sobre e1 buey mostrándose en toda su fealdad. *¡El glotón! ¡el carcajú* de las montañas! Por primera vez parecía darse cuenta de *nuestra* presencia y en el acto se puso en actitud de saltar. ¡Y saltó hacia donde estaba María con las dos niñas! Tres tiros partieron a la vez; sin embargo, la agitación no nos dejó tomar puntería y las balas se perdieron en el aire. Cuchillo en mano me abalancé sobre él; Congo se me había adelantado y la hoja de la lanza penetró a mi vista como un relámpago la larga lana del glotón. El demonio del animal se volvió como para embestirle. Con regocijo vi que el arma lo había pasado de banda a banda cerca del pescuezo; pero en lugar de huir el monstruo, se vino por sobre la lanza hacia Congo, que tuvo que soltarla para no ser víctima de sus agudas garras. Antes, sin embargo, que pudiera deshacerse de, la lanza en que estaba envasado, le despaché yo de un pistoletazo a boca de Jarro por el pecho. El tiro produjo su efecto; el animal cayó y pataleó un rato antes de morir. Nosotros escapamos de su

fiereza; pero nuestro buey, que debía sacarnos del desierto, yacía inerte en medio de la hierba, ¡muerto y sin sangre!

CAPITULO XV
Excursión inútil

Así se desvanecieron en un instante todas nuestras esperanzas de poder salir del desierto. El caballo solo no podía con el carro y ¿cómo haríamos sin éste? Aun suponiendo que pudiéramos caminar a pie, no podríamos llevar ni el agua que necesitábamos. Pero hacer nosotros una de las que los mejicanos llaman «jornadas» a pie, por el desierto, era caso negado. Hasta los más prácticos y fornidos tramperos han perecido en la demanda. ¡Qué habíamos de conseguirlo nosotros, nosotros que teníamos una mujer delicada y dos niñas que era indispensable cargar. No había medio, ¡imposible! y la idea me llenó de desesperación.

¿Conque no habríamos de salir nunca de aquel solitario lugar? ¿Qué esperanza nos quedaba de lograrlo? Ningún ser humano podía venir en nuestro auxilio, pues acaso planta de hombre había jamás hollado el suelo de aquel remoto valle, y para lo futuro, si alguna partida de indios o cazadores llegaba

alguna vez por casualidad a la montaña, no podría descubrir el valle cavado tan singularmente en la llanura.

Poquísima esperanza tenía de que ninguna caravana o partida de traficantes aportase por aquellos contornos, porque se lo impediría siempre el desierto que por todas partes los rodeaba; además, yo sabía que aquella montaña quedaba muy al Sur de la ruta que por lo común seguían las caravanas. Sólo una vislumbre de esperanza me quedaba con qué contar, acaso sin mucha sinrazón, y era que el desierto no se extendiera hacia el Poniente y el Mediodía, tanto como parecía a primera vista. En cuyo caso, rompiendo el carro y haciendo con él una carreta ligera, aún pudiera ser que lográsemos pasar. Resolví, pues, ir solo a explorar el camino en todas direcciones para poner en planta el proyecto en caso de que lo juzgara hacedero.

El día siguiente, cargué el caballo con cuanta carne y agua era posible, y despidiéndome tiernamente, de mi mujer y mis hijos y encomendándolos todos a la Misericordia Divina, di mis instrucciones a Congo y eché a andar con rumbo hacia Occidente.

Día y medio anduvo en la misma dirección y el mismo desierto, encontré que se extendía hasta el horizonte lejano. Poco anduve, porque la senda, si lo era, iba por médanos de arena movediza, en la que a cada paso se me hundía el caballo hasta las rodillas. En la tarde del segundo día, volví grupa, temeroso de que tal vez no podría regresar al valle. Al fin llegué muerto de sed, lo mismo que el caballo.

Encontré toda la familia bien, pero ninguna buena nueva le llevaba y me senté en su centro, agobiado por la desesperación.

Mi segundo reconocimiento debía ser rumbo al Sur; pero como el caballo se había estropeado mucho, era preciso dejarlo descansar.

Pasó otro día y estaba yo sentado Junto a un tronco reflexionando en la negra suerte que nos estaba deparada; mi alma, inferior a la desgracia, apenas se daba cuenta de lo que alrededor pasaba, cuando sentí una mano que se posaba blandamente sobre mi hombro y levantó los ojos: María le había sentado en el tronco junto a mí, sonriéndome con un rostro lleno de bondad y buen humor.

Conocí que tenía algo que proponerme y...

-¿Qué hay? -le pregunté.

-¿No es verdad que todo esto es muy hermoso? -me dijo enseñándome el magnífico panorama que nos rodeaba. Mis ojos y los suyos recorrieron juntos la encantadora perspectiva y no pude menos de contestarle que sí. Bellísimo lugar, ciertamente. El valle extenso, el sol que hacía brillar su verde ramaje y sus flores de vívidos tintes; las hojas engalanadas con los colores que el otoño les presta; las barrancas a lo lejos formando contraste con sus pinos y cedros verdinegros, y por encima de todo, el nevado pico de la montaña que horadaba el cielo azul con su cabeza, blanca de carámbanos que brillaban al sol y prestaban al aire un fresco agradable, todo eso junto formaba un escenario grato y sabroso a la vista y a la imaginación. Y en el aire había sonidos

melodiosos y en las aguas lejanas un murmullo apacible, y en las ramas el manso ruido de la brisa que pasaba por entre ellas cargada de aromas, y en los árboles el trino de las aves que luego volaban y batiendo las alas cruzaban el escampado valle.

-Sí, María -le contesté, -muy hermoso es el sitio.

-Pues entonces, Roberto -añadió mirándome con ojos llenos de expresión, -¿a qué te afanas por dejarlo?

-¿Cómo? -dije sin sabor lo que decía.

-Sí, Roberto, ¿por qué te afanas en dejarlo? Puesto que andamos en busca de un hogar, ¿no te parece éste el mejor? ¿Dónde iríamos por otro parecido? ¿Quién nos asegura que a la tierra donde lleguemos, no hayamos de encontrar otro más malo? Eso si encontramos alguno.

-Pero hija mía -le dije, -¿cómo podrás tú vivir fuera del mundo? ¿fuera de la sociedad y su cultura?

-Mira, Roberto, ¡el mundo! ¿Que nos importa a nosotros? ¿no tenemos aquí a nuestros hijos? Ellos formarán nuestro mundo y unos a otros nos serviremos de sociedad. Además, piensa en lo poco que en ese mundo tenemos nosotros y cómo nos ha tratado hasta ahora. ¿Hemos sido felices en él? No, más felicidad he gozado yo aquí, que en medio de la sociedad de que tú hablas. Piénsalo bien, Roberto, y mira lo que haces antes de abandonar este sitio, este *sweet home* (dulce hogar) al que tentaciones me dan de creer que Dios nos ha conducido.

-Pero tú no piensas, María, en las dificultades, en los trabajos que esta vida tendrá para ti.

-En todo he pensado mientras tú estuviste fuera y no veo por qué no podríamos conseguir aquí nuestra subsistencia, aquí donde Nuestro Señor ha puesto de cuanto se necesita con tanta abundancia. Todo lo necesario para la vida, aquí se halla y en cuanto a lujos, a mí no me importa. Podemos vivir sin ellos.

Extraño efecto me produjeron sus palabras. Hasta aquel momento, ni por la imaginación me había pasado la idea de *permanecer* en el oasis, y toda mi inteligencia, se había, por el contrario, puesto a contribución para ver cómo salíamos de él a toda costa. Entonces, sin embargo, se efectuó un gran cambio y me puse a pensar seriamente en si seguiría el consejo de mi heroica compañera. El duro trato que de manos de los hombres civilizados habíamos recibido, la mala suerte que nos había tocado en lote, los sinsabores, los engaños de cada momento que nos habían puesto cada vez más pobres, todo entraba en cuenta para amortiguar el deseo que en otro caso me habría atormentado de volver al mundo. La idea, lejos de contrariarme, me agradaba.

Callé por algún tiempo, examinando en mi interior la posibilidad de llevar a cabo semejante plan, es decir, los medios de subsistencia. Era claro que en el valle había mucha caza, pues habíamos visto gamos de todas clases y mucha huella en la tierra. También había faisanes y pavos en abundancia. Teníamos rifles y buena provisión de pólvora y balas yo tenía la polvorera llena y Leopoldo y Simón un cuerno bien colmado cada uno. Esto se gastaría con el tiempo, ¿y luego? ¡Dios mío! ¿y luego? ¡Oh! antes de eso yo

encontraría otro método de coger animales. Sobre que en el valle debería haber otras cosas para mantener la vida -raíces y frutas. -Ya habíamos encontrado algunas y María, que era una botánica consumada, nos podía enseñar sus usos. Encontraríamos agua y comida. ¿Qué otra cosa podíamos pedir a la Naturaleza?

Mientras más lo pensaba, más posible me parecía. Por último me puse tan partidario del plan como mi mujer. Llamamos a consejo y concurrieron Congo, Leopoldo y Simón; ellos también aprobaron y aplaudieron la idea. El fiel Congo decía que estaba contento con cualquiera cosa que no le separase de nosotros. En cuanto a los muchachos se volvieron locos con la idea de una vida libre y salvaje. Nada definitivo se resolvió aquel día, pues pensamos que no debíamos proceder de ligero, sino reflexionarlo maduramente y repetir la junta de acuerdos, en la siguiente mañana.

Por la noche, sin embargo, ocurrió algo que fijó decididamente mi resolución de quedarme en el valle, al menos ínterin alguna circunstancia imprevista no nos proporcionase los medios de salir de él con probabilidades de buen éxito.

CAPITULO XVI
La inundación misteriosa.

Pues, como iba diciendo, amigos míos, quiero contar a ustedes el extraño incidente que al fin me decidió a adoptar el consejo de mi esposa, de establecer de firme nuestra residencia en el valle, si bien con la reserva de que siempre haríamos la prueba sin perjuicio de lo que en lo futuro pudiera sobrevenir.

La principal razón que me asistía para titubear en el asunto era que no valía la pena de establecernos si no había modo de mejorar nuestro estado, pues por mucho que trabajásemos, no haríamos sino satisfacer nuestras necesidades con el producto de nuestra industria. Carecíamos de mercado para nuestros productos superfluos, aun cuando cultiváse mos el valle de punta a punta; de esta suerte no podríamos acumular un capital con que volver mejor preparados a la vida civilizada; pues a pesar de todo, tal

pensamiento predominaba en mi mente de hombre acostumbrado a la, vida civilizada.

María que tenía menos aspiraciones que yo, argüía con insistencia que no dependiendo nuestra felicidad de atesorar riquezas, jamás desearía salir del sitio encantador en donde no se necesitaban absolutamente.

Acaso su filosofía reconocía más sólida base y en todo caso se acomodaba mejor con la Naturaleza. Pero las necesidades ficticias de la sociedad encarnan en nuestro corazón el deseo de obtener propiedad individual y yo no podía hacerme superior a este deseo previsor del hombre. Si encontrásemos algo, me decía en qué ejercer nuestra industria y *no perder el tiempo*, a fin de irnos preparando para reingresar en la sociedad, en tal caso quizá podríamos vivir felices en este sitio.

-¿Quién sabe? -me contestaba María; -tal vez en este valle nos encontremos con qué formar esa provisión de que me hablas, con tanta o más facilidad que si seguimos a Nuevo Méjico. ¿Qué propicia ocasión se nos presentará allá más que acá? Hoy nada poseemos con que empezar la vida en ninguna parte. Aquí contamos con tierra y alimento que me atrevería a llamar nuestros; allá ni lo uno ni lo otro. Aquí tenemos hogar y ¿quién te ha dicho, Roberto, que no podremos también hacer fortuna en estas soledades?

Los dos nos reírnos con la salida, que por supuesto no pasaba de una chuscada de María para hacer menos desagradable nuestra posición.

Punto de media noche sería criando así departíamos para resolver lo que debiéramos hacer finalmente, y como he dicho a ustedes, resolvimos dejar abierta la discusión hasta el día siguiente. La luna asomaba por sobre la colina de Oriente y empezábamos a procurar nuestras camas, cuando vimos casi todos al mismo tiempo un objeto que nos arrancó gritos de asombro.

Dije a ustedes que a nuestra llegada al valle no había aquí ni laguna ni cosa por el estilo. En donde ven ustedes ésta, había una capa, de frondosa hierba con algunos árboles agrupados, la cual formaba parte del prado en que nos habíamos establecido. Corría por allí el arroyo lo mismo que corre ahora por la laguna, pero de este lado no formaba orilla, pues el agua seguía por un cauce ancho y tendido. En noches anteriores, desde este sitio se vela la corriente del agua serpenteando a la luz de la luna por entre el fondo verde-obscuro de la hierba. Pero aquella noche nos quedamos atónitos al ver que se había formado, en el lugar de la estrecha cinta de plata, una ancha sábana de agua que relumbraba con la luna y parecía ocupar mucho terreno, desde muy adentro de la cañada hasta cerca de nuestra ranchería. ¿Sería agua o simple espejismo y miraje -la *fata morgana* de la ciencia? No; no era lo último, que ya lo habíamos presenciado al atravesar los llanos, y como se repitió varias veces, lo conocíamos perfectamente. Descúbrese en el miraje algo de falso y de ilusorio que siempre se diferencia de lo verdadero, y en aquella ocasión no había nada de eso, sino agua, agua tal, que reflejaba los

rayos de la luna claramente sobre su límpida y serena superficie. ¡Oh! ¡no podía ser sirio una sábana de agua!

No confiando solamente en los ojos, corrimos hacia el lugar que brillaba, y encontramos un gran lago, de súbito formado como por obra de encantamiento. Al principio nos sorprendió solamente, pero del asombro pasamos al temor, observando que el agua continuaba subiendo, pues en el instante que pasamos allí, nos tocaba los pies y ganaba terreno sobre la tendida loma, como lo habría hecho la marea -¿Esto qué es? -nos preguntamos con acento de alarma, y mirándonos asustados. -¡Una inundación! ¡la avenida repentina del arroyo! Sí, eso; ¿pero por qué? ¿de dónde? Por muchos días no había llovido, ni tampoco había hecho tanto calor que la nieve derretida con exceso acrecentase tanto el volumen de la corriente. Pues entonces, ¿qué significaba aquella inundación?

Un momento nos quedamos en silencio, no oyéndose más ruido que el de los corazones, y aguardando cada cual a que los demás contestasen la pregunta, cuya solución nos parecía a todos tremenda, y a todos nos ocurrió simultáneamente. Algún sacudimiento, la caída del barranco en la parte baja había cegado el cañón, quitando al arroyo su única salida del valle. Luego entonces el valle se llenaría de agua bastante, no sólo para ocupar el terreno do nuestra ranchería, sino *para cubrir los árboles más altos.*

Imaginen ustedes el terror que se apoderaría de nosotros con tal pensamiento. Ninguna otra explicación cabía para tan rara inundación, ni nos pa1,amos tampoco mucho tiempo a

buscar otra, sino que echamos a correr hacia la ranchería, con la resolución de escapar del valle como quiera que fuese posible. Congo echó mano al caballo, María despertó a las niñas y las sacó del carro, y los muchachos y yo nos pusimos a recoger aquello más indispensable y que pudiéramos llevar a mano.

Hasta entonces no se nos había ocurrido, ni por asomos, la dificultad, muchísimo menos la *imposibilidad de escapar del valle*. Entonces fue -¡horror de los horrores! -que la vimos clara como el sol a mediodía; entonces caímos en que el único sendero para salir del valle, era la margen del mismo arroyo que estaría sumergida debajo del agua, porque ésta se levantaría mucho más arriba del cauce. Y no había otro camino; para abrir uno a través del bosque enmarañado y tupido, se necesitaban días; sobre que era preciso siempre pasar el arroyo, como lo habíamos hecho al venir, y el arroyo no daba ya más paso. No podía caber duda de que el valle en toda su parte baja se encontrarla sumergido debajo del agua; ni esperanza había de que nuestra retirada no estuviese cortada en aquella dirección. *¡Y no conocíamos ningún otro paso!*

Ocioso es pintar a ustedes en qué estado de ánimo nos encontrábamos cuando todos y cada uno de nosotros nos persuadimos de la verdad de los hechos. Ibamos a salir del lugar cada uno con su lío; pero era inútil intentarlo, y dejamos caer los utensilios, tristes y acongojados. El agua continuaba corriendo y el lago aumentaba más y más.

Los lobos salían de sus madrigueras forzados por el poderoso elemento y dando aullidos salvajes; los pájaros

abandonaban sus nidos y alborotados saltaban de rama en rama; nuestros perros ladraban y a la claridad de la luna podíamos distinguir los venados y otros animales silvestres corriendo aterrorizados hacia la cañada. ¡Dios mío! ¿sería nuestro destino perecer víctimas de aquella terrible inundación?

¿Qué hacer? ¿Subirnos a los árboles? Esto no nos salvaría, porque si el canal estaba obstruido, su boca se hallaba mucho más alta que la llanura y pronto los árboles más altos quedarían bajo el nivel del agua, o por lo menos, la fuerza de la corriente rompería las ramas donde nos montásemos y nos arrastraría con ellas. En fin, todo lo que podíamos esperar era prolongar nuestra agonía, sin que lográsemos salvarnos.

Pero, de repente, Dios me inspiró una idea y exclamé:

-¡Una balsa! ¡una balsa!¡ Podemos salvarnos todavía!

Todos mis compañeros me comprendieron. Congo tomó el hacha y María se dirigió al carro en busca de cuerdas. Corno éstas eran muy pocas para nuestro objeto, extendí el cuero del alce y empecé a cortar correas.

Había cerca de nosotros algunos trozos de madera, troncos de árboles muy derechos, tumbados hacía días y que estaban ya bastante secos. La mayor parte pertenecía a la hermosa familia del *liriodendrón* o tulipán, de que hacen los indios sus canoas, cuando logran encontrarlo de buen tamaño. Esta madera es muy liviana, pues sólo pesa veintiséis libras el pie cúbico. Ordené a Congo que cortase varios trozos iguales. Mi hombre, que manejaba el hacha como

nadie, pronto dio punto a la obra; luego los pusimos uno junto a otro y los atamos con las cuerdas y correas que teníamos preparadas. Hecha la balsa, colocamos sobre ella el arca llena con la carne ahumada, nuestras frazadas y todos los utensilios que pudieran sernos más necesarios; por supuesto que no pusimos agua, pues era claro que ahora la tendríamos de sobra.

Emplearnos casi dos horas en construir la balsa, y estábamos tan entregados a nuestra faena, que no nos ocupamos en observar los progresos de la inundación; pero luego que terminamos, mi primer paso fue hacia la orilla del agua, y con gran contento echó de ver que permanecía estacionaria. A gritos di la noticia á mis compañeros, quienes se apresuraron a reunírseme para cerciorarse por sí mismos de lo que pasaba. Allí permanecimos por más de media hora, hasta que nos convencimos de que el nivel de las aguas no continuaba subiendo y de que permanecían tranquilas. Habían llegado a un punto de donde no podían pasar.

-Pobre l amo Rof -dijo Congo de vuelta a la ranchería, -tantísimo trabajá pa náa; ¡tá bunita la basa!

-¡Ay! Congo -contestó mi mujer, -no debe pesarnos el haber adoptado una medida de precaución; antes debemos tener presente que tal vez -necesitemos más adelante de la balsa, que nos pagará el trabajo de construirla. Acuérdate del peligro que hemos corrido; siempre deben adoptarse medidas de precaución. Sólo los muy confiados o perezosos las desprecian o se arrepienten de haberlas tornado.

-Tá berdá, la niña, tá mucha berdá - replicó Congo, que sabía apreciar las lecciones de su señora.

Era ya muy tarde, o mejor dicho, muy temprano, y María y los niños se fueron al carro a descansar, mientras que Congo y yo nos quedábamos montando guardia para observar la inundación, hasta que apareció el sol de la mañana siguiente.

CAPITULO XVII
Los castores y la ulverina.

Vino la aurora y las aguas de la misteriosa inundación permanecían estacionarias a la misma altura. Digo misteriosa, porque hasta entonces nos era completamente desconocida su causa; por lo cual, resolví, al romper el día, hacer una excursión por el bosque, para cerciorarme del verdadero estado de las cosas, pues no las tenía todas conmigo, en presencia de tan extraño fenómeno.

Dejando a Congo con su lanza y a los muchachos con sus rifles, montando guardia, me eché el mío al hombro, junto con una hachuela, que me serviría para abrirme paso en el bosque. -Así armado, me interné en la selva, guiado por un rayo de sol que penetraba por entre el follaje de los árboles. Mi intención era caminar orillando el lago por alguna distancia, para observar mejor. A cosa de una milla llegué a la margen del arroyo, y figúrense ustedes mi sorpresa al observar que no sólo no había crecido, sino que sus aguas se

habían disminuido. Estas se hallaban, sin embargo, turbias y flotaban en ellas ramas y hojas verdes.

Por de contado dirigí la vista a las aguas superiores del arroyo, comprendiendo que allí deba existir la causa de lo acontecido; pero no acertaba con la del accidente que había detenido la corriente. Mal podían ser troncos de árboles caídos, y en las riberas del arroyo no existía ningún barranco que al derrumbarse hubiera obstruido el lecho. Empecé a sospechar que la mano del hombre andaba por allí mezclada en aquel misterio, y me puse a buscar la huella del pie humano. -Ninguna encontré; pero sí la de muchos animales de varias clases; las había a millares; muchas anchas que parecían ser de patos con uñas muy afiladas, estaban marcadas en el lodo y en la arena por toda la orilla del arroyo.

Avancé con precaución, porque aunque no había encontrado huellas, temía encontrar por allí indios enemigos. Al fin llegué a un punto en que el cauce se angostaba y corría por entre barrancos altísimos. Tengo todo esto muy presente, pues cuando llegamos por primera vez al valle, tuvimos que sacar el carro del cauce y conducirlo por la orilla. No había duda, allí debía existir la causa misteriosa que había detenido la corriente.

En el estrecho trepé por el barranco y miré por entre las hojas. A la vista se me presentó la escena más extraña que imaginarse puede.

Según me lo había sospechado, el agua se había represado en el punto más estrecho del cauce: pero no por accidente natural, sino por obra intencional que parecía de

mano de hombre. Un gran tronco de árbol estaba atravesado en aquel punto, de modo que aun tenía adheridas algunas raíces al terreno en que se hallaba sembrado; el otro extremo, es decir, las ramas, estaban tapadas con piedras y cieno, quedando así perfectamente asegurado. Había, además, una estacada que se apoyaba contra el tronco, y sobre ella, un refuerzo de piedras. A su espalda había otras estacas verticales con ramas atravesadas y firmes en paredones de lodo y piedras, formando el todo un muro compacto de seis pies de espesor, ancho arriba y angosto abajo. La parte de arriba se hallaba cubierta de tierra alisada en forma de hormigón, por donde se deslizaba suavemente el agua sin lavarlo.

He dicho que se conocía que era hecho intencionalmente y que parecía descubrirse en él la mano del hombre. Sin embargo, no era así. Los arquitectos estaban a la vista, y aparentemente descansando de su trabajo.

Llegarían a cien, poco más o menos, y estaban echados a lo largo del parapeto. Eran de color obscuro, o mejor dicho, castaño, y parecían ratas gigantescas, menos en el rabo que no era tan largo, ni como el de aquéllas. El lomo enarcado y el cuerpo redondo, parecido en todo al de los animales de aquella familia. Estaban armados de dientes incisivos como los que caracterizan a los roedores; lo cual podía distinguir muy bien porque los animales estaban comiendo y porque aun cuando tuviesen la boca cerrada se les proyectaban hacia fuera. Tenían un par en cada mandíbula, anchos, fuertes y amolados. Las orejas cortas y casi embutidas entre el pelo,

que aunque largo, lejos de ser áspero, parecía suave en todo el cuerpo; encima y a los lados de las narices tenían cerdas largas como los bigotes de un gato, los ojos pequeños y altos, los cuartos delanteros más cortos que los traseros; y armados todos ellos con cinco uñas; las patas de atrás más anchas y grandes estaban provistas de una tela como la del pato. Suya, pues, era la huella que observé al subir. Pero lo más curioso del animal, me pareció su rabo. Dicho apéndice carecía de pelo y tenía como una cubierta de lija. Podía medir un pie de largo, algunas pulgadas de grueso y remedaba el mango de un volante, con la diferencia de que en la punta llevaba la forma ovalada. El animal, en fin, era algo más grande que la nutria, aunque no tan largo, si más corpulento que ella.

No había yo visto antes aquella especie de animales; pero como me he dedicado mucho al estudio de las ciencias naturales, fácil me fue reconocer que aquellos extraños individuos eran *castores,* conocidos por los naturalistas bajo el nombre de *castor fiber*.

El misterio se había, desvanecido. Una colonia de castores había emigrado al valle y fabricado su represa, causa de la amedrentadora inundación.

Largo tiempo estuve observando todos sus movimientos. La represa parecía concluida de un todo. Estos animales sólo trabajan de noche y descansan de día, ocultándose siempre del hombre, que los persigue, por el mérito de su piel. En aquel memento, estaban descansando de su trabajo nocturno. No es de creer que toda la obra la hubieran hecho en una noche solamente; pero en la que

precedió al descubrimiento la concluyeron, produciendo la inundación. Como la cañada en que construyeron la represa estaba casi a nivel, no necesitaron fabricar un muro muy alto con que rebalsar el agua suficiente para inundar todo el terreno, según había sucedido.

Había algunos castores echados en el plan del muro, royendo las hojas y semillas que sacaban del lodo, otros se estaban lavando, y retozando en el agua, y otros revolcándose entre los palos y azotando el agua con el rabo, como si fueran otras tantas lavanderas apaleando ropa.

¡El espectáculo cómico y curioso! Por fin quise probar el efecto que produciría mi presencia, cuando noté que otro objeto había causado súbita conmoción en la colonia de los animales. Uno de ellos que estaba a alguna distancia de los demás, encaramado sobre un tronco y como de centinela avanzado, echó a correr y dio tres golpes seguidos con el rabo sobre el agua. Evidentemente era una señal, pues apenas lo hizo cuando zambulló de cabeza en el lago y desapareció. Los demás se levantaron asustados, corrieron a la orilla y zambullendo precipitadamente, quedaron ocultos bajo el agua.

Púseme entonces a averiguar la causa de tan extraña evolución, y descubrí que del lado en que estaba apostado centinela se acercaba un animal extraño. Andaba despacio y con cautela, escurriéndose por entre los árboles sin apartarse de la orilla del agua. Conocí que se dirigía a la represa y me puse en acecho. Al fin llegó al dique y empezó a deslizarse por detrás del parapeto para no ser visto desde el lago.

Podía yo verlo con toda claridad, y por cierto que era bien feo. No lucía más grande que un castor, y se le parecía en algo, aunque bajo otros respectos difería mucho de él. Su color era casi negro en el lomo y el vientre y llevaba fajas más claras en los costados, las cuales se le juntaban en el anca. La nariz y las patas enteramente negras, mientras que el pecho y el pescuezo eran blancos, lo mismo que un círculo que le rodeaba los ojos. Orejas pequeñas, cerdas en las narices y el rabo corto y peludo. Tenía todo el cuerpo cubierto de un pelo largo y espeso, las piernas gruesas, bien musculadas y tan cortas, que parecía que no andaba sino que se arrastraba por el suelo. Esta es cualidad distintiva de la familia de los plantígrados. Como he dicho, las patas eran negras, largas, y armadas de uñas largas y corvas. Todo su aspecto lo colocaba en el número de los animales carnívoros, pues era en resumen la ulverina,[7] el más terrible enemigo del castor.

Al llegar a la mitad del dique, se detuvo, y poniendo las patas delanteras sobre el parapeto, ojeó toda la superficie del lago.

Aunque el castor es anfibio y pasa la mitad de la vida dentro del agua, no puede permanecer mucho tiempo sin salir a tomar resuello; así que, ya se veía asomar la cabeza de muchos de ellos en varios puntos del lago. Otros se habían refugiado en las islitas, adonde estaban en salvamento,

[7] Ulverina. Adoptamos la palabra; su nombre es glotón; pero se confundiría con el otro. -T.

porque la ulverina no es animal nadador y, por consiguiente, no podía hacerles mal. Ninguno de ellos volvería al malecón.

La ulverina se había convencido de ello, y se dejó ver en varias partes del lago, dando señales de abandonar la caza o tal vez combinando un nuevo plan de ataque. Al fin pareció que había adoptado una resolución meditada: subió al parapeto y regresó por el camino que había traído. A cierta distancia se detuvo, dirigió la vista a todas partes, y echó a correr en dirección al bosque.

Movíame la curiosidad de saber si los castores volverían a la represa y me puse, a observar ser visto; al cabo de cinco minutos noté que los que estaban en las islitas se habían arrojado al agua y se dirigían nadando hacia donde yo estaba oculto. De repente oí un ruido cerca de la represa, y examinando su causa, divisé a la ulverina que se dirigía desalada al parapeto; pero en vez de ocultarse detrás del muro, empezó a trepar por un árbol que estaba a alguna distancia del lago y cuyas ramas caían horizontalmente sobre el muro. Luego que llegó a la primera horqueta, se deslizó por una rama y se puso a atizbar.

Los castores creyeron que el enemigo se había retirado, cobraron ánimo y unos seis saltaron sobre el malecón batiendo el agua con el rabo. Quedaban precisamente bajo la rama en que se había escondido la ulverina, la cual se puso instantáneamente en actitud de abalanzarse sobre la presa. No aguardé yo más Y armando mi rifle le puse el punto en todo el corazón. Al ruido del gatillo los castores, asustados, se arrojaron al agua, y la ulverina cayó del árbol más pronto

de lo que ella mismo se figuraba. No estaba sino herida. En el acto le caí a culatazos para rematarla, pero fueron tantas las dentelladas que le tiró a la culata que casi la destrozó. Viendo inutilizada mi arma le empecé a tirar piedras, hasta que la pelea terminó con un hachazo en la cabeza. Horrible monstruo era de ver cuando cayó a mis pies, parecido al glotón que nos mató al buey, si bien más pequeño. No trató de llevarme el cuerpo, que habría sido carga inútil para mí; sobre que despedía un olor tan fétido que me alegré de separarme de él, corno lo hice, dirigiéndome al campamento por el camino más corto.

CAPITULO XVIII
La casa del hombre y la del castor.

Inútil me parece pintar a ustedes la alegría de mi esposa y de mi familia cuando a mi regreso les referí lo que me había pagado, inclusa m¡ aventura con la ulverina. La noticia de que el nuevo lago no era sino una represa hecha por los castores, decidió de nuestra permanencia en el valle, donde ya tenía un manantial de riqueza muy superior a mi prometido empleo en las minas de Méjico y hasta mejor que una mina. Cada piel de castor en la represa aquella me valía guinea[8] y media. Había contado unos cien de ellos y no había acabado; pronto los contaría por millares, como que cada par produce cuatro o cinco al año. Podríamos cuidarlos, darles de comer y matar las ulverinas y demás animales enemigos suyos que hubiese en los alrededores, por manera que se procrearían

[8] Guinea. Moneda inglesa equivalente a veintiún chelines o pesos 5,25 poco más o menos. -T.

más fácilmente, y para que no aumentasen demasiado, cogeríamos en trampa los más viejos y conservaríamos las pieles acumulando de es la suerte y andando el tiempo una bonita fortuna para cuando volviésemos a la vida civilizada.

Con tal esperanza y la seguridad de que nada mejor podríamos hacer, tornóse en deliciosa la idea de nuestra permanencia en el sitio en que nos hallábamos, tanto, que aun cuando hubiéramos podido conseguir una yunta de bueyes de refresco, no nos habríamos movido una vara de aquel sitio. Lo que en broma había dicho María, parecía desde entonces convertirse en veras -*podíamos hacer fortuna en el desierto.*

Por supuesto que así estaba decidido y nos quedamos.

Lo primero que debíamos hacer era, naturalmente, la casa, que no podía ser sino de troncos, empresa nada difícil para nuestro Congo, quien durante nuestra permanencia en Virginia había construido dos o tres en mi famosa finca, sin que nadie le llevase en ello la palma, pues no había carpintero que mejor que él supiera preparar los troncos, ensamblarlos y asentarlos con firmeza en el terreno; nadie tampoco mejor que él sabía poner los cuchillos, armar los costados, cubrirlos con tabla, montarlos y asegurarlos sin necesidad de clavo alguno; nadie como él para rellenar los claros, formar la chimenea, embarrarla, poner la puerta y ajustarla. Sí, señores, lo digo sin temor de exagerar: Congo sabía hacer una casa de troncos también como el más afamado arquitecto del Universo.

A la mano teníamos con abundancia madera aparente, la del tulipán, árbol de tronco derecho y elevado, que alcanza a la altura de cincuenta pies sin echar ni tina sola rama. Por dos días se oyó el hacha del maderero, dale que dale, al paso que de cuando en cuando, resonaba el bosque con la caída de un árbol derribado. A la vez que Congo tumbaba los troncos y los dividía en trozos proporcionados, ninguno de nosotros permanecía ocioso. María tenía sobrada tarea en cocinar, acarrear el agua y cuidar de las niñas, al paso que Leopoldo, Simón y yo, con ayuda del caballo arrastrábamos los troncos al lugar en que debía armarse la casa.

El tercero día ensambló Congo la madera y el cuarto formó las paredes del cuadrado. El quinto montamos la armadura del techo con su caballete y cuchillos y las tapas o piñones que ya saben ustedes se van colocando por pares, de mayor a menor según se va subiendo, y luego se ensamblan por los costados con los tirantes y soleras, como se hizo abajo con los durmientes. Por fin se pone la cumbrera, que remata la armadura, lo cual hicimos el quinto día por la tarde.

El sexto se puso Congo a trabajar en un gran roble que había tumbado el primero y cortado en trozos como de cuatro pies, ya algo secos y fáciles de rajar, como efectivamente lo hizo con el hacha y un par de cuñas. Al obscurecer tenía una pila de tejamanil tan alta como para cargar un gran carro y suficiente para cubrir una casa. Yo me

pasé el día batiendo el barro para, aljorozar[9] la casa y revestir por dentro el cañón de la chimenea.

El séptimo día descansamos, porque era domingo y habíamos resuelto santificar siempre el día de descanso, pues si bien no nos veía ojo alguno de hombre -que temo es a menudo el móvil de la religiosidad de muchos -sabíamos que aun en este apartado valle nos miraba el ojo de Dios.

Levantámonos tan temprano como de costumbre y, después de almorzar, tomando nuestro único libro, la Biblia, le ofrecimos el solo sacrificio acepto a su Divina Majestad: el de nuestra humilde oración. María había trabajado toda la semana para vestir a los niños cómo de fiesta. Los llevamos con nosotros a la orilla del lago para ver los castores que ciertamente habían estado tan atareados como nosotros, pues ya habían levantado sobre la línea del agua el techo cónico de sus habitaciones, unos junto a la orilla y otros sobre los islotes. Solamente una casa se encontraba a nuestro alcance, y la examinamos llenos de curiosidad. Distaba muy poco de tierra, pero en sitio en que el agua estaba bastante profunda para protegerla de visitas extrañas. Tenía forma cónica, 6 mejor dicho, de colmena y estaba formada con piedras, palos y cieno mezclado con hierba; era de dos pisos, pues aun cuando se hallaba en parte bajo del agua, se podían ver las columnas que sostenían el segundo piso. La puerta de entrada miraba al centro del lago y estaba dentro del agua,

[9] Aljorozar. La Palabra no está en el Diccionario de la Academia; pero en nuestra América significa igualar o allanar con barro las paredes. Véase Aljor. -T.

por manera que para entrar y salir el castor tiene que nadar, cosa que lejos de incomodarle parece le causa placer. Del lado de tierra no tenía puerta, como dicen que la hace; habría sido mal cálculo en el precavido animalito franquear el paso a la ulverina que se aprovecharía de él para destruirlo. Las casas todas tenían un embarrado de cieno, hecho a golpes con la ancha cola y la presión de los palmeados pies, tan perfectamente como con una cuchara de albañil. Por de contado, que el interior se encuentra también embarrado, a fin de proporcionarse comodidad y calor para el invierno.

Algunas casas, más que conos parecían óvalos, y las había apareadas bajo un solo techo, con el objeto de ahorrar trabajo y conseguir fortaleza dentro del agua. Todas eran de buen tamaño y no faltaban algunas que sobresalían a la altura de un hombre con techos espaciosos en donde se echaban los castores a tomar el sol. Cada vecino construye su casa y la habita solo con su compañera -un verdadero matrimonio; -pero también suelen encontrarse «hoteles» con cuatro o cinco familias. Los que primero habían acabado sus fábricas se ocupaban en almacenar provisiones para el invierno -hojas y retoños tiernos de varios árboles como el sauce, el abedul y la morena, -de que tenían acopios flotantes enfrente de las casas.

La estación se hallaba demasiado avanzada para que los castores se pusieran a construir represas; pero se conocía que la colonia recién llegada había sido ahuyentada de otra parte por los tramperos o los indios o por alguna sequía y que los emigrados venían de muchas millas de distancia, remontando

acaso por la corriente del arroyo que corría en dirección a Oriente.

También debieron llegar al valle algunos días antes de que lo supiéramos nosotros, pues se necesitaba de tiempo para roer los árboles y acopiar los materiales con que construir la represa que tanto nos había sorprendido. Algunos árboles medían cerca de un pie de diámetro y muchas de las piedras (que ellos transportan cargadas entre las patas delanteras y el pescuezo) pesarían hasta diez libras.

Habían llegado, repito, muy tarde para sus trabajos y tuvieron que afanarse con empeño para estar listos antes del invierno. Congo y yo resolvimos ayudarlos en la recogida de sus provisones, tan luego como hubiéramos terminado nuestras propias fábricas.

CAPITULO XIX
Sagacidad de la ardilla.

Observando los movimientos de los castores y hablando estábamos de sus curiosos hábitos, cuando ocurrió un incidente que nos divirtió sobremanera y nos probó que no son ellos los únicos animalitos dotados por la Naturaleza de sagacidad extraordinaria.

A mitad del lago había un grupo de árboles grandes, cuyos troncos se hallaban sumergidos dos o tres pies bajo del agua. Dichos árboles crecieron a la margen del arroyo antes de que se formara la represa; mas entonces se hallaban rodeados por el agua y formaban una islita de bosque. Destinados estaban, evidentemente, a perecer, porque pertenecían a la especie del álamo, que no puede vivir con las raíces sumergidas.

En las ramas había diversas ardillas que saltaban de una en otra y de uno a otro árbol. Los animalitos parecían poseídos de alguna extraordinaria agitación como si se

hubiesen asustado con la presencia de otro animal, enemigo suyo, por más que en todo aquello no apareciera ninguno. Pasaban de árbol en árbol, bajando por la corteza hasta donde se lo permitía el agua; allí miraban hacia la tierra cual si quisieran echarse al lago y luego, arrepentidas, volvían a subirse hasta las ramas más elevadas. Serían como doce, pero saltaban y corrían con tal presteza que parecían doble número, moviendo sin cesar las ramas y las hojas, en las que también había muchos pájaros.

Desde antes habíamos visto las ardillas subiendo y bajando por los árboles; pero no encontrando nada de particular en eso, ningún caso les habíamos hecho, hasta que nos ocurrió el pensamiento de que las pobrecitas criaturas, que jamás se arrojan al agua sino cuando otro recurso no les queda, se encontraban de repente sitiadas por las aguas de la represa y en una especie de cautiverio; a tal punto que ya algunos árboles habían sido despojados de las hojas y tallos más tiernos, como si ¡as ardillas se los hubiesen comido por necesidad y anduviesen buscando modo de salir de cárcel tan amenazante.

Lo que indudablemente las mantenía tan agitadas en aquel momento era un pedazo de madera que se veía flotando a cierta distancia de la islita de árboles y que navegaba hacia ellas, muy lentamente, acaso porque la corriente del lago apenas se dejaba sentir. El madero flotante era lo que había producido tan grande agitación en las encarceladas, que sin duda trataban de convertirlo en balsa si por ventura llegaba a ponerse a su alcance.

Sentámonos a ver la maniobra. El madero seguía avanzando; mas no en la dirección de los árboles, sino en otra distante de ellos corno unos veinte pasos. Hacía aquel punto se habían congregado las ardillas, que en lugar de correr arriba y abajo como antes, desde las ramas altas velaban el movimiento del madero.

-¡Qué lástima me da! -dijo María -No alcanzarán el palo las infelices.

En aquel instante pasaba el madero a distancia que podía calcularse probablemente sería la más corta entre él y los árboles. Una rama se extendía en la misma dirección; pero sobre veinte varas apartada del madero flotante. En la rama se hallaban las ardillas una tras otra, formando hilera y la que ocupaba la punta se armó como para dar un salto.

-¡Qué han de saltar si está tan lejos! -dijo María, en tanto que nosotros no pestañeábamos para ver lo que harían.

-Sí Jiñó -dijo Congo, -l amo sumercé, ta saltá nimalito. Negro ta mirá salto ma grande en la Vigirinia. ¡Mirá, mirá no ma! ¡Ta-ca-ra-ta-cá! ¡Huiiii! Volá, volá.

Efectivamente, voló la primera ardilla y se plantó en el madero. Tras ella siguió otra, y otra, y otra, como pájaros que viajan en hilera, hasta que el madero quedó cargado de ardillas y siguió navegando con su tripulación improvisada.

Parecióme que todas habían saltado; pero no, una se había quedado rezagada; sin duda no saltó a tiempo y la rama, descargada del peso de las demás, se levantó, aumentando la distancia a tal grado, que el animalito no tuvo ánimo para dar el brinco. Corría desatentada de un punto a

otro, tanto porque no podía saltar, corno por verse sola. Algunos minutos pasó brincando de un árbol a otro, bajando por los troncos hasta tocar el agua, y mirando con desesperación a sus compañeras que iban navegando, hasta que por fin, se descolgó por un árbol, cuya corteza, era por demás áspera, o más bien, pandeada hacia afuera en trozos grandes y anchos que formaban escamas de un pie de largo, apenas prendidas o, más bien, amenazando desprenderse del tronco. Estos árboles entre los madereros se llaman por eso de «corteza escamosa» Bajó, pues, por el tronco hasta el ras del agua y allí se detuvo; luego la perdimos de vista, porque se metió detrás de una escama de la corteza, acaso para descansar, según se nos figuraba. Pero en el momento vimos que la corteza se movía adelante y atrás, y por lo que descubríamos del animalito, podíamos conjeturar que estaba haciendo los mayores esfuerzos para desprender la escama. En ocasiones salía de su escondrijo y con uñas y dientes trabajaba en el exterior y enseguida volvía a ocultarse.

La operación duró algunos minutos y nosotros la mirábamos con mucho interés desde la orilla, hasta que, por último, vimos que la corteza se desprendía del tronco y caía hacia adelante, quedando prendida sólo de algunas fibras. Estas cedieron pronto a los dientes, de la ardilla y la corteza flotó en el agua. No bien tocó la superficie cuando el animalito saltó sobre, ella. No había en aquel punto ninguna corriente y dudábamos que lograra salir de debajo de los árboles; pero no tardamos mucho en convencernos de que la ardilla sabía de memoria su librito, pues lo que le costó

estivarse en la corteza, fue lo que tardó en levantar el rabo peludo y ancho que, por supuesto, le sirvió de vela para navegar, como navegó a impulso de la brisa, despacio pero con método. En pocos segundos orilló los árboles y salió a la corriente que Arrastraba el pedazo de corteza, en persecución de las demás ardillas.

Estas habían llegado ya al malecón de la represa, y Simón se empeñó en cortarles la retirada conforme bajasen a tierra; pero su madre contrarió tan desordenado deseo, haciéndole ver que los pobres animalitos merecían bien el premio de su trabajo y astucia y de la diversión que nos habían dado.

En un instante saltaron en tierra y salieron corriendo y brincando hasta llegar a los árboles en busca de comida ¡bien la necesitaban después del largo ayuno que habían sufrido!

CAPITULO XX
Una casa sin clavos.

El día siguiente proseguimos Congo y yo con el trabajo de la casa, dedicando el día a techarla. Empezamos por echarle una capa de tejas que formaban alero para que el agua no le cayese encima. El alero se sujetó en una larga vara que atravesaba todo el techo, a lo largo, é iba atado a las vigas con correas frescas de cuero de alce que, al secarse y encogerse, asegurarían mejor las tejas.

Encima de la primera, echamos la segunda camada con los extremos inferiores ensolapados con las cabezas de las otras, y los superiores atados a una segunda vara horizontal que sostenía el remate de la tercera camada; y así sucesivamente, hasta el caballete.

El lado opuesto se cubrió de la misma manera y en el caballete se proveyó contra goteras, haciendo que la última teja de un costado sobresaliese y cubriera el extremo de la última del otro lado; con lo cual nuestra casa tenía cierto

aspecto de cresta de gallo en el caballete, que le hacía más pintoresca.

Habíamos, pues, terminado la casa con sus paredes y techo, sin siquiera haber tocado el interior, pues no tenía ni puertas ni ventanas. Como quiera que no habíamos rellenado las grietas entre los troncos, más parecía jaula que otra cosa.

El día siguiente hicimos las puertas y ventanas, es decir, abrimos los boquetes en que debíamos ponerlas. Resolvimos no tener sino una sola ventana en el fondo.

La manera de abrir los boquetes es muy sencilla: colocando primero con mucha solidez en el suelo los maderos que debían servir de bastidores, aserramos los troncos de las paredes con una sierra que por fortuna teníamos, y sin la cual habríamos pasado muchos trabajos. Por supuesto que no aserramos sino lo necesario para el ancho de la puerta y, en seguida, colocamos el umbral y el dintel, dejando una puerta hecha y derecha. De la misma manera abrimos el hueco para la ventana y le pusimos su marco. Luego sacamos del tronco blando de los tulipanes la tabla necesaria para hacer una puerta y una ventana, o sea, un postigo. Las tablas las unimos en travesaños clavados Pon tarugos de madera muy dura. Enseguida las colocamos y las aseguramos con goznes de cuero. Aquella noche llevamos a la casa todos los utensilios. y dormimos bajo de techo.

Mucho faltaba para concluirla: la chimenea, el fogón; pusimos manos a la obra. Debían estar las dos cosas en uno de los extremos y escogimos el del Norte, porque la casa daba frente a Levante. Colocamos los estantes como lo habíamos

hecho con la puerta, y aserramos a la distancia y altura de una chimenea común. Por detrás de ellos, y fuera de la línea de la casa, construimos el fogón con, piedras y greda, cubriendo toda la madera con una espesa capa de greda para impedir que se quemase. Sobre el fogón montamos la chimenea construida con pedazos de palos cortos y bien ensamblados unos con otros, como los de la casa. Los maderos iban de mayor a menor conforme subían, de suerte que los de arriba pesasen menos que los de abajo; cuando la armadura quedó concluida, calafateada y revestida de greda, nuestra chimenea remedaba completamente la de una fábrica pequeña. En este trabajo empleamos todo el día y por la noche, aunque no era muy iría, la probamos con leña, obteniendo el mejor resultado.

El día después calafateamos las paredes con guijarros, piedra y greda, tan esmeradamente que no había por donde colarse un ratoncito. Faltaba el suelo; pero como pensamos echar un entarimado, y no teníamos para hacerlo sino una sierra pequeña cuando, además, era preciso dejar secar las tablas, dispusimos atender a otros menesteres de mayor urgencia y fabricar el entarimado cuando hubiese tiempo. Echamos en el suelo, seco de suyo, una alfombra de hojas de palma, lo cual lo hizo bastante cómodo por el momento. Tomamos, pues, posesión de nuestra casa nueva, fabricada de arriba a abajo *sin un solo clavo*.

Nuestro primer cuidado fue hacerle también su casa al caballo, o lo que es lo mismo su caballeriza, no precisamente porque «Pombo» necesitase por causa del tiempo dormir

bajo techo, sino porque temíamos que alguna fiera se acercase de noche y nos lo matase como el carcajú a nuestro buey.

La caballeriza fue cosa de dos días, porque la hicimos con troncos de antemano cortados y la techamos con el tejamanil que nos había sobrado de la casa. Además, no necesitaba ventana ni chimenea, ni estopa entre los troncos, por no requerirlo el clima. El caballo estaría bien sin eso y Congo le hizo para comer su buena canoa con el tronco hueco de un tulipán.

Desde entonces venía el caballo todas las tardes y lo encerrábamos en su establo, porque no queríamos que el glotón se lo chupara, cuando además de que lo queríamos, tan necesario nos era para arrastrar madera y para otras faenas.

Después de concluir la casa empezamos a hacer una mesa y seis sillas fuertes. Aun cuando no teníamos clavos, había traído yo escoplo, barrena y varios otros instrumentos muy útiles, que de ordinario se hallaban en nuestra grande arca desde que compré la nunca bien ponderada finca del Cairo. Con ellos y mediante la habilidad de Congo, podíamos ensamblar, machihembrar y hacer todo lo que puede un buen ebanista. La cola la sacamos de los cuernos y cascos del alce y del buey. Faltábanos el cepillo para alisar las tablas de la mesa; pero bien podríamos pasar por lo pronto sin esa conveniencia, sobre que más tarde con piedra pómez y a fuerza de restregar, nuestra excelente ama de llaves la puso que ni a un espejo tenía que envidiar. EL hallazgo de la

piedra pómez me hizo inferir que nuestra nevada montaña había sido en otro tiempo un volcán, tal vez como el pico de Tenerife, elevado sobre la superficie del agua del mar que inundaba en redondo toda la gran llanura.

Ni Congo ni yo olvidamos la promesa que habíamos hecho a los castores. Todos los días los mirábamos trabajando en echar ramas al agua y llevarlas luego a sus casas, en donde las almacenaban para el invierno. Desde que se persuadieron de que ninguno de nosotros les hacía daño, nos veían sin recelo y hasta bajaban a tierra por el lado de nuestra casa. En pago de lo cual dispusimos hacerles un recalo, con el que en su vida habían soñado.

Habíame llamado la atención un grupo de árboles de la cañada, no lejos de la casa, cuyas hojas despedían deliciosa fragancia embalsamando el aire, mientras estábamos trabajando. Eran pequeños y torcidos, con hojas ovaladas, de seis pulgadas de largo y de un color azul verdoso. Las llores tendrían el tamaño de una rosa, aun cuando su apariencia era más bien la del lirio y su color el de la nieve. Su olor agradabilísimo hacía que María formase todos los días un ramillete con ellas, que conservaba en agua.

Ya he dicho a ustedes que mi esposa entendía mucho de botánica y todos los botánicos gustan en extremo de difundir sus conocimientos. Nada de extraño tiene, pues, que nos explicase las propiedades del árbol oloroso. Era una especie de magnolia, no la celebrada por sus grandes flores sino otra: la magnolia glauca, llamada comúnmente «sasafrás de los pantanos» aunque más se la conoce con el nombre de «árbol

del castor» a causa de que este animal gusta de sus raíces más que de ninguna otra comida ; en tanto grado, que muchas veces sirven de cebo para las trampas en que los cogen los cazadores.

Ignorábamos si nuestros vecinos y amigos habían descubierto su árbol predilecto en todo el valle: probablemente sí; pero como quiera, Congo y yo, con poquísimo trabajo de hacha y pala, les evitamos d ellos muchísimo, pues en pocas horas cortamos varias brazadas de las raíces largas y ramosas y las llevamos a la orilla del lago. Las arrojamos en un remanso donde con frecuencia los veíamos nadar y al instante los atrajo el olor y acudieron por compañías que se adueñaron de las raíces, llevándose cada animal todo lo que pudo en los dientes hasta su casa. Aquel fue día de gran fiesta para los castores.

CAPITULO XXI
Batida de los rabinegros.

Por supuesto que nada más podíamos hacer en bien de nuestros castores, pues habíamos dispuesto no coger ninguno hasta que no se multiplicasen bastante y entonces hacer buena cosecha de pieles todos los años. Los rabos se comen, y son sabrosos, un bocado de príncipes; pero no los habríamos de matar por sólo el rabo, cuando las otras partes nada de agradable tienen. Además, contábamos con encontrar mucha caza, pues en donde quiera que había tierra floja, observábamos numerosas huellas de ciervos y de otros animales.

Para cuando concluimos de hacer la casa, ya la carne del alce estaba agotada y, en consecuencia, resolvimos dar una gran batida en los bosques, la cual nos serviría al mismo tiempo para explorar el terreno, pues del valle no conocíamos sino los sitios más cercanos a la casa. Leopoldo, Simón y yo formaríamos la expedición, mientras Congo se

quedaría en «la finca» para cuidar con su lanzón a las mujeres.

Luego que todo estuvo listo y aparejado, salimos con el rifle al hombro por el valle arriba. Al pasar por debajo de los árboles grandes, veíamos muchísimas ardillas; las unas sentadas en los cuartos traseros como los monos; otras cascando nueces; éstas ladrando como perros; aquéllas saltando por las ramas. Corrían al acercarnos nosotros, encaramándose en los árboles, o por el terreno adelante, con tal velocidad que su carrera parecía el vuelo de un pájaro más que el movimiento de un cuadrúpedo. En los árboles corrían del lado opuesto a aquel en que estábamos nosotros para mantenerse en lugar seguro. A veces, sin embargo, la curiosidad se sobreponía en ellas al miedo y luego que habían llegado a la segunda o tercera horqueta, se paraban a mirarnos atentamente moviendo sin cesar el rabo peludo. Muchas veces las teníamos a tiro y Simón, menos reflexivo que su hermano, quería hacer gala de su habilidad; pero yo se lo impedía diciéndole que no podíamos gastar nuestra pólvora en tales piezas. Porque efectivamente, con frecuencia me había pasado por la mente y aun causado mucho recelo la idea de que, agotándosenos la pólvora, no sabríamos después qué hacer sin ella. Previne, pues, a mis muchachos que no gastasen ni un grano de pólvora en ningún animal más chico que el alce o el venado, y ellos me obedecieron, por supuesto.

A una milla del arroyo empezó a espesarse el bosque, dejando a trechos lugares limpios y sembrados de hierba y flores, de esos que llamamos «claros». Aquel era

indisputablemente el sitio para encontrar el gamo, mucho más que en el bosque denso, en donde este animal corre mayor peligro por causa del jaguar y del carcajú que se les descuelgan de los árboles. No nos habíamos internado mucho cuando descubrimos huellas frescas que más parecían de cabra que de venado, aun cuando eran más grandes, tan grandes como las de alce, si bien conocíamos que no eran de este animal.

Avanzamos con mucho cuidado, ocultándonos con la maleza cuanto era posible y, al fin, descubrimos un claro mucho mayor que cuantos habíamos encontrado antes. Nos agazapamos en silencio a la vera del monte y con gran regocijo vimos una manada de venados que pacía tranquilamente en lo escampado del terreno.

-Papá, mira, no son venados -dijo Simón al divisarlos. -¡Mira, mira qué orejas! Si no son de venado, te digo, sino de mula.

-Por supuesto, papá, y además tienen los rabos negros.

Confieso que al principio me encontré algo trabucado: aquellos animales ciervos eran, porque lo estaban diciendo sus piernas largas y delgadas y cuernos grandes y ramosos; pero diferían mucho de la especie común y del alce también; más grandes que el ciervo colorado, pero no muy desemejantes en forma y color. Lo más raro, sin embargo, era lo que mis chicos habían notado: las orejas y el rabo. Las primeras podían correr parejas con las de una mula y les llegaban hasta más de la mitad de los tarros; los rabos eran cortos, poblados, blanquizcos por debajo y por encima

negros como el ala del cuervo. También sobre el lomo lucían algunos pelos negros y sobre el pescuezo y las costillas corría una línea negra, al paso que el hocico era de un color pálido cenizoso, cuyas señales le hacían diferenciar con mucho del venado de Virginia y del inglés.

Digo que al principio me encontré desorientado; pero muy luego caí en cuenta, porque me acordé de haberlo oído mentar, si bien los naturalistas no lo mencionan. No podía ser otro aquel animal que el ciervo rabinegro de los Montes Roqueños, el *cervus macrotis* descrito por el naturalista Say. No había duda, el tamaño, las grandes orejas, pero sobre todo el color del rabo que le ha dado su nombre entre cazadores y tramperos.

No nos detuvimos mucho tiempo en examinarlos, pues nos retozaba el deseo de hacerles fuego; pero ¿cómo acercarnos a ellos? Había siete, pero todos quedaban muy al centro del escampado y distantes como trescientas varas. El más cercano no lo alcanzaría ni mi rifle. ¿Qué debíamos hacer en tal caso?

Después de examinar un instante la situación descubrí un paso que del lado opuesto formaba senda por entre los árboles -una calle ancha que se comunicaba con otro escampado, - y supuse que los venados, al salir corriendo, tomarían aquel rumbo. Resolví, de consiguiente, irme acurrucado hasta el lado opuesto para cortarles la retirada cuando tratasen de huir. Leopoldo se quedaría en donde estábamos, mientras que Simón iría a apostarse detrás de un árbol a medio camino. Formaríamos de esta manera un

triángulo y seguramente uno de los tres los tendría a tiro antes que pudieran escapar.

No bien había llegado yo al escampado, cuando noté que la manada se dirigía a donde estaba Leopoldo, arrancando con los dientes la flor del pasto conforme se acercaban paso a paso. Aguardé, el tiro con ansiedad, no obstante que sabía no podría hacerlo sino de muy cerca, por lo poco que alcanzaba el rifle de mi muchacho... ¡Primero el humo que sobresalía del monte, luego el estallido y por fin el latido de los perros! Pero más que todo el salto de un ciervo y su caída, muerto sobre los pies. Los demás remolinearon corriendo a un lado y otro, hasta que repuestos de la sorpresa emprendieron fuga hacia la calle donde estaba yo apostado. De paso y como se le acercasen mucho a Simón, sonó el riflecito de éste y cayó otro animal revolcándose en la hierba.

Mi turno había llegado y me preparó a dar buena cuenta de mi persona o a ceder la palma a mis dos queridos ayudantes. Efectivamente, apenas estuvieron a tiro los rabinegros, cuando les tendí el rifle -¡ pum! ¡y con gran mortificación mía los vi pasar unos tras otros, sin herir siquiera a ninguno! -Pero no, me equivoqué: Cástor y Pólux iban mordiéndoles los jarretes y antes de perderse de vista en la prolongada calle, vi que los perros acogotaban a uno que se iba quedando por detrás, y le hacían doblar la cerviz. Corrí a ayudarlos, y agarrando el animal por un cuerno, lo despaché en un santiamén con el cuchillo. La herida de bala fue de costado y había contribuido a que los mastines lo alcanzaran, cosa de otro modo imposible, pues sus

compañeros habían puesto mucha distancia entre ellos y el herido. Juntámonos entonces con mucho regocijo, porque tras un feliz ojeo habíamos hecho una batida soberbia. Contentísimos de no haber errado ni un tiro, contábamos sobre la carne de que podíamos disponer, pues no estábamos matando por placer aquellos lindos animales, sino por la necesidad de procurarnos sustento. Cada cual alababa la buena puntería de los demás sin hacer mención de la propia, por mucho que todos por dentro estuviésemos muy satisfechos de nuestras respectivas hazañas. En justicia, sin embargo, el de Simón era el mejor tiro, porque lo hizo al salto, difícil cosa con los rabinegros que no galopan como los demás ciervos, sino que corren a brincos levantando a un tiempo las cuatro patas, según suelen hacerlo las cabras. Esta carrera es peculiar a su especie y lo que tal vez más lo distingue del venado común.

Después de limpiar y volver a cargar con mucho cuidado nuestros rifles, los recostamos a un árbol y empezamos a desollar las reses.

En esta operación nos empeñábamos muy de veras, cuando Simón se quejó de tener sed. Todos la teníamos, porque el sol calentaba y habíamos andado buen trecho. No se veía el arroyo ni sabíamos en qué dirección nos quedaba, aun cuando no debía estar lejos. Simón tomó la taza de hojalata y salió en busca del agua ofreciendo traernos a nosotros un buen trago. Apenas se había apartado un momento, cuando le oímos dar gritos entre la arboleda. Creyendo que hubiera tropezado con algún animal que le

atacaba, Leopoldo y yo echamos mano a los rifles y corrimos en su busca. Al encontrarlo nos quedamos lelos viéndole de pie en la orilla de un arroyuelo cristalino, con la taza en la mano y sin ninguna novedad.

-Caramba, Simón, ¿qué te sucede? - preguntóle Leopoldo.

-Prueba eso y ya te darás clavo.

-¡Papá! -exclamó Leopoldo al llevar la taza a los labios, -si es como salmuera.

-Sal dirás -replicó su hermano, -que el mar no es más salado. Prueba tú, papá.

Hícelo, y con sumo gusto encontró que el agua del arroyuelo era salmuera, según decía Simón.

Descubrimiento mejor que el hecho no podía haberlo, aunque los muchachos no lo entendían así, en aquel momento, porque como tenían tanta sed, habrían dado por un trago de agua pura toda la salada del mundo. En el acto les hice ver la importancia de aquel hallazgo. Muy necesitados estábamos de sal desde el mismo instante en que llegamos al valle; solamente aquellos que no lo tienen pueden formarse una idea de lo terrible que es encontrarse sin un artículo tan de primera necesidad.

La carne de nuestro alce, que por tantos días nos dio la vida, nos había sabido muy sin gusto por la falta de sal -y ninguna sopa podíamos tomar que no fuera insípida. Ahora la tendríamos a pasto y expliqué a mis compañeros que con sólo hervir el agua conseguiríamos lo que tanto habíamos deseado antes. Esta sería también -dijeron ellos - una buena

nueva para mamá; -y la impaciencia de hacer feliz a la señora dándosela sin tardanza, nos hizo apresurar el regreso a casa. Poco tiempo pasamos a la orilla del arroyo que era muy pequeño y acaso provenía de algunas aguas perdidas del valle. No muy lejos se confundía en otro de agua dulce adonde nos dirigimos para apagar la sed y volver al trabajo.

Apretarnos la mano cuanto pudimos y en breve habíamos desollado nuestros tres rabinegros; los cuarteamos y colgamos las presas en los árbol,: para que los lobos no las alcanzasen en nuestra ausencia. Con lo cual y echando armas al hombro, volvimos felices a casa.

CAPITULO XXII
Ir por lana y salir trasquilado.

María se manifestó muy complacida con el descubrimiento que, habíamos hecho. Una de las cosas más indispensables en una casa es la sal y nos prometimos obtenerla para el día siguiente llevando la caldera al punto en que estaba el agua salada, para practicar la evaporación sin necesidad de traer el agua a la casa. Esta operación la dejamos para el día siguiente. Entretanto, como estaba todavía claro, empleamos a Pombo para conducir los rabinegros a casa, para lo cual necesitábamos hacer varios viajes, porque como no teníamos carro, no podíamos cargarlos todos de una vez, pues cada uno de ellos era del tamaño de un becerro de algunos meses; sin embargo, logramos trasladarlos todos antes de obscurecer, menos las pieles que dejamos colgadas en un árbol con intención de recogerlas más tarde. Durante la operación Congo no estaba ocioso. Resolvimos preparar la carne de venado, no como habíamos hecho con la del otro

animal, sino con la sal que debíamos sacar el día siguiente, para lo cual necesitábamos de una vasija en que cupiera la salmuera. Nada teníamos a propósito, ni hallábamos cómo vencer la dificultad. Desde temprano se nos presentó.

-¿Y no podríamos dejarla en el agua salada? -Preguntó Simón. -Está bien clara y como hay piedras en el fondo, bien podernos poner el tasajo sobre las piedras y pisarlo con otras para que no se lo lleve la corriente.

-¡Bah! ¡bah! -dijo Leopoldo riéndose, -los lobos darán buena cuenta de él y bien pronto dejarán vacío tu famoso saladero.

-Ecucha, l amo -dijo Congo, -negro sabe componé cosa.

-¿Cómo, Congo? -preguntó María.

-Mira, niña, como jacen en la Viriginia; gujero en palo.

Exactamente, una especie de canoa o *gujero*, como decía Congo, resolvía la dificultad, y cogiendo un pedazo de madera el negro se puso a trabajar; cuando dimos el último viaje había concluido una canoa capaz de contener los tres rabinegros Juntos. Esta idea nos surgió otra magnifica: acordámonos de los azafates y platos de madera que usan los negros en las haciendas, y aunque muy toscamente fabricados, hicimos algunos que nos sirvieron muy bien.

El día siguiente después de almorzar nos dirigimos a la fuente salada; íbamos todos juntos; María montaba el caballo, Congo y yo llevábamos las niñas en brazos, al paso que Leopoldo y Simón cargaban el caldero, y su rifle cada uno. Los perros nos seguían y la casa quedó al cuidado de

Dios. Dejamos la carne colgada muy alta para evitar que los lobos se la comiesen en nuestra ausencia.

María estaba encantada con el panorama que tenía a la vista, muy particularmente donde el bosque, menos espeso, permitía ver la parte más elevada del valle. Todo lo observaba, y una vez dejó escapar cierta exclamación de alegría como si hubiera visto algo que la hubiese sorprendido más de lo que hasta entonces habla observado. Preguntámosle qué era, y nos contestó que había hecho un descubrimiento mejor que nues1ro río salado. Manifestábamonos ansiosos de saber lo cierto, cuando mi mujercita nos quitó la curiosidad diciéndonos que éramos demasiado felices en aquel momento y que nos enseñaría su descubrimiento al volver a casa, por la noche cuando ya cansados y desanimados, la noticia nos volvería el contento.

No puedo dejar de admirar el buen sentido y la paciencia de mi mujer, al tratar de reservarnos buenas noticias para el momento en que nos produjeran mejor efecto.

Conversando y riendo alegremente, atravesábamos una pequeña cañada cuando saltó del cercano matorralillo un anima y echó a correr atravesándola a lo largo. Era precioso, del tamaño de un gato poco más o menos, de color obscuro y pelo suave y brillante, con manchas en la cabeza y cuello y listas claras sobre el lomo.

No había corrido mucho cuando alzando su graciosa cola se paró y volvió la vista hacia nosotros con el aire inocente de una gatita. Yo lo conocía perfectamente; no así el

impetuoso Simón, que creyendo haber encontrado la prenda que buscaba, soltó el caldero, el bastón y cuanto llevaba en las manos y se puso en persecución del animalillo.

Le grité que lo dejara; pero él, bien porque no oyera mi voz por sobre los ladridos de los perros, o bien porque no quisiera abandonar la presa, siguió corriendo desaforadamente detrás del animal. La caza no duró mucho. Sin manifestar el menor temor el bicho se paró de repente en el borde de la cañada y esperó impasible a sus perseguidores. Los perros seguían a Simón, ladrando y gruñendo. Quería él coger la presa viva y temía que los mastines la matasen antes que tuviera tiempo de impedirlo; así, que se puso en observación; los perros estaban furiosos y ladraban enseñando hasta las fauces. En aquel momento el animal alzando los cuartos traseros y tendiendo el rabo sobre el lomo, hizo un movimiento con el cuerpo como insultando a sus perseguidores. Era más que un insulto, un castigo a su audacia. El efecto de aquel sacudimiento se hizo sentir en el acto. Los perros, como impulsados por un resorte, dieron vuelta y cambiaron sus saltos y ladridos de gozo en aullidos lastimeros, y ambos corrieron hacia atrás restregándose las narices en la hierba y revolcándose en el suelo como si repentinamente les hubieran dado convulsiones.

Simón se detuvo como admirado; pero de repente lo vimos, taparse la cara con las manos y dando un grito de terror correr hacia nosotros con la misma velocidad con que nos había dejado.

El *mapurite* (mephitis chinga), pues no era otra cesa, después de haber exhalado su almizcle, se quedó muy tranquilo, mirando por encima de los hombros con cierto airecillo burlón y moviendo el rabo de uno a otro lado dio un brinco y desapareció.

Por supuesto que el lance nos hizo reír mucho, especialmente a Leopoldo, que se vela vengado de que su hermano lo hubiese dejado solo cargando con el caldero, y de que al soltarlo le hubiese dado un golpe en la espinilla; pero no teníamos tiempo que perder: apresurámonos a salir de la cañada, donde se hacía sentir el mal olor de una manera insoportable.

Simón cargó de nuevo con el caldero y abandonamos el lugar tan deprisa como pudimos; sin embargo, los perros llevaban pegada la pestilencia y era preciso espantarlos con piedras para mantenerlos a distancia respetuosa. Simón salió mejor de lo que yo me prometía, porque el mapurite dirigió sus baterías contra los perros, recibiendo él solamente una pequeña descarga oblicua en castigo de su precipitación e inobediencia.

Durante la marcha tuve oportunidad de instruir a los niños sobre la naturaleza y costumbres de este singular cuadrúpedo.

-Han visto ustedes -dije dirigiéndome a Leopoldo y Simón, -que es del tamaño de un gato, y aunque más abultado de cuerpo, tiene más cortas las piernas y el hocico más largo y delgado; es manchado y rayado como el gato, estas manchas y rayas tienen formas y colores distintos entre

individuos de la misma especie; así es que no se encuentran dos mapurites exactamente iguales. También han visto ustedes los medios de defensa que contra sus enemigos le ha dado la Naturaleza. Ahora les explicaré todo lo que se sabe con respecto a este animalito.

Es carnívoro por naturaleza, y se alimenta de seres dotados de vida como él, está armado de uñas afiladas y tiene tres clases de dientes, una de las cuales es canina, o colmillos, como los de todos los animales que se alimentan con carne. La forma del diente caracteriza siempre la naturaleza de los cuadrúpedos. Los que se alimentan con vegetales, como el caballo, el camero, la liebre y el venado no tienen colmillos. El mapurite posee cuatro, dos de cada lado, muy afilados, con los cuales mata y come, cuando los encuentra a la mano, liebres, pollos, pájaros, ratones, sapos: y lagartijas. Gusta mucho de los huevos y con frecuencia se introduce en las casas de campo para robar los de los pavos y otras aves domésticas, matando al animal cuando lo encuentra en el nido. Por su parte, él se halla también expuesto a ser muerto y devorado por el lobo y otros animales que lo atacan donde quiera que lo encuentran. Corre poco, de suerte que su salvación no la debe a la ligereza de sus pies sino a la exhalación fétida que despide por medio de contracciones musculares, dirigiéndola contra sus perseguidores. Este fluido lo conserva en dos pequeños sacos que tiene debajo de la cola y lo arroja por un tubo como el cañón de una pluma de ganso. Dicho fluido es muy tenue y no puede verse a la luz del día; pero en la noche brilla como vapor luminoso

fosforescente. Su acción alcanza a cinco varas de distancia, y por eso el mapurite espera a su perseguidor hasta que lo ve bien cerca, como acaba de hacerlo con Cástor y Pólux. Pocas veces deja de vencer con el olor al lobo, al perro y aun al hombre, produciéndoles frecuentemente vómitos y otras enfermedades; y aun se asegura que algunos indios han quedado ciegos a consecuencia de la inflamación que en los ojos produce el pestilente fluido, los perros se hinchan y sufren terribles inflamaciones. El vestido de una persona que ha recibido una descarga, conserva por mucho tiempo el mal olor, aun cuando se le lave o entierre, por algunos meses; y en el punto en que se mata vino de estos animales, queda la fetidez por mucho tiempo, por más que caiga una nevada que lo cubra completamente.

El mapurite no hace uso de su arma sino en defensa propia, y si se le mata antes de que tenga tiempo de descargar, no exhalará olor alguno.

Este cuadrúpedo habita en cuevas subterráneas, y en los países fríos se mete en ellas y pasa medio dormido todo el invierno. En los climas cálidos vive al aire libre, muy particularmente por la noche, que es la hora en que salen a merodear los de su especie.

En cada cueva, que tiene muchas varas de extensión, viven diez o doce, en compañía. La hembra forma una cama de hierbas a un lado de la cueva donde deposita los hijuelos y tiene de cinco a diez en cada parto.

Los indios y aun algunos blancos cazadores comen la carne de este animal y dicen que es tan sabrosa como el mejor puerco asado. Buen provecho les haga.

Ahora, a hacer la sal.

CAPITULO XXIII
La fuente salada.

Llegamos a la orilla del arroyo salado; pero viendo la roca cerrada, comprendimos que el surtidero no debía quedar lejos y resolvimos remontar hasta la fuente originaria. A pocos centenares de varas se encontraba el manantial y bien merecía la pena de andarlas para estudiarlo.

Cerca del extremo de la roca se veían algunos objetos que parecían medios globos asentados sobre, el corte, de color blanquizco como, el cuarzo blanco, de diferentes tamaños, desde un bizcocho hasta una bandeja de palo perforados en su parte superior, como el cráter de un volcán, donde hervía el agua azulada, cual si tuviera algo por debajo. Eran veinte, más o menos; pero muchos estaban sin perforar y, por consiguiente, no arrojaban agua -aparatos viejos que habían dejado de funcionar.

Es evidente que tales cosas: han sido formadas por el agua misma, que poco a poco ha ido depositando el

sedimento creado en muchos años. Alrededor de algunos de ellos han nacido plantas y arbustos, cuyas hojas y flores cuelgan sobre el agua o las arrastra la corriente; toda la peña está cubierta de viñas que la adornan con sus graciosos pámpanos. Multitud de plantas silvestres nacen y crecen entre las grietas y embalsaman el aire con la fragancia de sus flores. Aquel paisaje magnífico nos hizo gozar extraordinariamente con su vista.

Satisfecha la curiosidad de verlo y examinarlo todo, nos dispusimos a trabajar en la fabricación de la sal. Leopoldo y Simón trajeron brazadas de leña seca para hacer fuego, ínterin Congo hacía a su modo el fogón, sobre el cual se colocó el caldero lleno de agua tomada de la fuente; pronto el fuego empezó a arder y nosotros no teníamos más que hacer sino aguardar a que se efectuase la evaporación por medio del hervor. Con tal objeto buscamos un lugar limpio donde la hierba nos ofrecía asiento cómodo, y nos pusimos a esperar el resultado.

No necesito decir que nuestro interés rayaba en ansiedad. ¿Si sacaríamos sal? El agua era salada, ciertamente; pero también podía ser agua impregnada de muriato de magnesia o de, sulfato do, sosa, y al evaporarse podíamos encontrar una de estas sustancias.

-¿Qué es muriato de magnesia, papá? -preguntó Leopoldo.

-Tal vez lo conoces mejor bajo el nombre de sal de Epsom -replicó su madre sonriéndose.

-¡Bah! -contestó algo avergonzado; -espero que no me vuelva a suceder; pero ¿qué es sulfato de, sosa?

-Es el nombre técnico de la sal de Glaubert.

-Tanto peor, no creo que necesitamos ninguno de los dos; ¿no es verdad, Leopoldo?

-Ni por pienso -dijo éste haciendo gestos al solo recuerdo de tan desagradables remedios. Más quisiera que se volviera salitre o azufre, pues entonces -podríamos hacer pólvora.

Leopoldo era un gran tirador y temía que se nos agotase el parque.

-No es preciso, hijo mío; podemos hacer pólvora sin necesidad de eso -dijo María; -limitémonos a desear lo que más necesitamos por ahora.

En estas pláticas nos entreteníamos observando el caldero con grandes muestras de ansiedad.

Acordábame yo de un hecho que había observado algunos años antes, por cierto bien singular. Es el siguiente: Dios ha dispuesto, que una cosa tan necesaria para la vida como la sal, se encuentre en todas partes, en las rocas, ríos, lagos, incrustaciones y aun en el mismo Océano. No hay pedazo de tierra donde no exista. En el interior del territorio americano a una distancia del mar, a que los animales no podrían ir a proveerse de aquel artículo, he visto que la Naturaleza ha formado numerosas fuentes saladas, o *lamederos*, como se llaman en el país. Estas fuentes han sido siempre el punto de reunión de alimañas salvajes que van allí a beber agua o a lamer el terreno salino que ellas bañan; de

donde les viene el nombre vulgar que dejo dicho. Aquí hay, pues, un valle, habitado por cuadrúpedos que no traspasan nunca sus linderos, y, por consiguiente, la Naturaleza los ha provisto de todos los medios de satisfacer sus necesidades; una de ellas es la sal que con tanto ahinco solicitábamos. La fuente que por delante teníamos, debía contener sal, porque si hubiese otra, no hubiéramos encontrado aquellos animales en aquel sitio. Aproveché esta observación citando el hecho a mis hijos y haciéndoles ver tan claro como pude la providencia infinita del Criador, para que confiasen todos en que al efectuarse la evaporación del agua, encontraríamos sal en el fondo del caldero.

-Papá -dijo Simón, que era un gran naturalista, - quiero saber la causa que hace fluir agua salada de este manantial.

-Indudablemente contesté - esta agua ha pasado por entre rocas salinas que la han impregnado de aquella sustancia.

-¡Rocas salinas! entonces la sal que usamos comúnmente, se encuentra en las rocas.

-No siempre, aunque muchas las tienen en gran cantidad.- En algunos países hay lechos de sal; en Inglaterra, en la India, en Rusia, en Hungría y España, y aun en este mismo desierto se han encontrado. Cuando se trabaja en dichos lechos, para extraer su producto, se les llama minas de sal 6 simplemente salinas. Las más célebres son las de Polonia, cerca de la ciudad de Cracovia. Se ha trabajado en ellas por más de setecientos años y tienen todavía con que abastecer al mundo por muchos siglos. Se dice que son muy

bonitas, y están constantemente iluminadas por lámparas. Las excavaciones hechas han dejado varias figuras curiosas, tales como casas, iglesias, columnas, obeliscos, etc., y cuando están encendidas todas las lámparas, parecen los palacios encantados de Aladino.

-¡Cuánto me gustaría ver eso! -dijo Leopoldo entusiasmado.

-Pero papá -interrumpió Simón que de todo se informaba, -yo nunca he visto esas rocas salinas; ¿cómo sacan la sal que sale algunas veces en pedazos menudos y otras en, grandes? ¿La preparan así al sacarla de las minas?

-En algunas de ellas no se necesita más que romper la roca y recoger los pedazos; pero en otras, la sal no está pura, sino mezclada con diversas sustancias, como óxido de hierro y arcilla; en cuyo caso se disuelve en agua para purificarla por medio de la evaporación, como lo estamos haciendo nosotros ahora.

-¿De qué color son las rocas salinas? -Cuando la sal es pura, son blancas: pero varían de color según la sustancia con que están mezcladas; unas veces son amarillas, otras color de carne y otras azules.

-¡Qué lindas deben de ser! -exclamó Simón. -Parecerán piedras preciosas.

-Cierto -contestó su hermano, -son piedras preciosas, mejores que todos los diamantes del mundo. ¿No es así, papa?.

-Tienes razón -le contestó, -una salina es más útil a la Humanidad que los diamantes, aunque éstos tienen un valor

absoluto independientemente del que se les da corno adorno; y pueden aplicarse a ciertos usos muy importantes en las artes y en las manufacturas.

-Pero, papá - replicó Leopoldo, resuelto a averiguar todo lo relativo a la sal, -yo he oído decir que la sal se saca también del agua del mar. ¿Es cierto?

-En gran cantidad.

-¿Cómo se hace?

-Hay tres modos de obtenerla. Primero, en los climas cálidos, donde el sol es muy fuerte, se deposita el agua de mar, en vasijas que se dejan expuestas al sol hasta que se evapore. Estas vasijas no deben ser de tierra blanda ni porosas, porque entonces saldría la sal mezclada con tierra o arena. Los que hacen tales aparatos escogen muy bien el material de que los forman, y tienen unos coladores por donde sale el agua que no se evapora. Así se trabaja en España, Portugal, Francia y otros países del Mediterráneo; también en la India, China, Siam y la isla de Ceilán.

El segundo método sólo difiere del anterior, en que en vez de vasijas artificiales, la evaporación se efectúa en grietas o pozos que el mar llena y donde después que se retira la marea, el sol hace evaporar el agua, quedando depositada la sal que contenía. Esta se saca de allí en pedazos. Cuando la marea sube de nuevo, vuelve a llenar los receptáculos y se produce una nueva cantidad de sal. La de esta clase es mejor que la fabricada en vasijas artificiales, aunque ninguna de ellas iguala a la de minas, y se les conoce en el mercado con el nombre de sal de bahía para distinguirla de la de minas. Se

han encontrado grandes lechos de la segunda clase en las islas de Cabo Verde, en las Turcas y de San Martín, en las Antillas y en la isla de angarú, cerca de la costa de Australia.

Hay todavía otro método de extraer sal del agua de mar, y consiste en hervirla como estamos haciéndolo aquí; pero es la peor que se puede obtener, y cuesta más sacarla que comprar la importada en otros países. Semejante sistema no debe adoptarse en aquellas naciones en que el Gobierno no recarga la importación de sal con crecidos derechos, porque siempre será la extranjera más barata que la fabricada de esta manera.

-¿Cómo se forma la sal, papá?

-Hijo, es un fenómeno sobre el cual se halla muy dividida la opinión de los naturalistas. Algunos creen que el fondo del mar es un lecho salino que mantiene el agua impregnada de dicha sustancia. La idea es pueril lo mismo que todos los argumentos aducidos para comprobarla. Otros piensan que el gusto salobre del agua del Océano, se debe a la presencia de un fluido primitivo y que el agua es salada porque es salada. Esta teoría es también irracional. Otros afirman que la sal entra en el mar por los ríos salados que desembocan en él. Lo último es lo más racional; sin embargo, deja mucho que desear y hasta ahora no se ha contestado satisfactoriamente a las objeciones en contrario. Tu padre ha estudiado con detención el asunto y puede entrar en explicaciones más detalladas, como lo hará cuando se presente mejor oportunidad, porque eso requiere tiempo aparte.

-¿Es el mar igualmente salado en todas partes? -preguntó el filósofo Leopoldo, después de reflexionar un momento sobre lo que se había dicho.

-No, lo es más en el Ecuador que en los polos. Hay menos sal en los golfos, lagos y mares cerrados que en los abiertos, y esto se explica por la teoría de los ríos salados de que hablamos antes; la diferencia es, sin embargo, insignificante.

-¿Cuánta sal contiene el agua del mar?

-Tres y medio por ciento, más o menos; es decir, que si tú pones a hervir cien libras de agua, concluida la operación, obtendrás tres libras y media de sal.

-Pero, ¿no hay algunos lagos y arroyos que producen mayor cantidad?

Muchos. Existe un gran lago al Noroeste de este mismo desierto, llamado el Gran Lago Salado, cuyas aguas rinden más de una tercera parte de sal pura, y hay otra porción de lagos y ríos que dan mayor cantidad al Océano, lo cual sería de desear que sucediese con el que tenemos a la vista. Pero veamos cómo va el caldero; lo hemos olvidado enteramente.

Nos acercamos, quitamos la tapa, y con gran regocijo vimos unos cristales que parecían pedazos de hielo flotando entre la nieve que se derrite. Tomó uno y lo probé; era sal, puro muriato de sosa tan bueno como el que producen las islas Turcas.

CAPITULO XXIV
Combate de culebras.

No necesito decir cuánta fue la alegría que todos experimentamos al ver cumplidos nuestros deseos, y todos se apresuraron a probar por sí mismos el artículo fabricado. La cristalización de había efectuado como con la sal común, en cubos, y tan Pura, que era blanca como la nieve. Habíamos puesto en el caldero unos cuatro galones de agua dio por resultado, no menos de diez pintadas de sal, lo que prueba que nuestra agua era más salada que la del mar.

Enseguida sacarnos el producido y llenamos de nuevo el caldero, poniéndolo al fuego otra vez1 junto con otra olla que tenía honores de sartén y en la que echarnos a freír algunas lonjas de venado, ya saladas, que destinábamos para nuestra comida. No olvidamos dar gracias a Dios que nos había proporcionado bondadosamente un artículo de absoluta necesidad; mi esposa se encargó de esto luego que acabamos de comer, y lo hizo con la gracia y sencillez características de la mujer, sobretodo cuando es madre.

Nuestra conversación fue interrumpida varias veces por multitud de incidentes; pero el que más nos llamó Ta atención fueron los gritos de un animal, cerca de nosotros y que reconocimos ser el azulejo. Nada de particular tiene oír constantemente los gritos de este pájaro, porque es de suyo asustadizo; pero sus chillidos son peculiares cuando pasa algo notable cerca de él, y a proporción que aumenta el peligro, son más penetrantes y desagradables. Así sucedía en aquel momento y por eso nos llamaron más la atención a mí y los compañeros.

Dirigiendo la vista hacia el lugar de donde salían los gritos, vimos moverse las ramas de un árbol pequeño y el pájaro batiendo sus alas azules. Nada más podíamos ver en el árbol, es decir, ningún enemigo del ave, ni en ninguno de los árboles vecinos; pero bajando los ojos descubrimos en el suelo lo que le tenía tan asustado. Era una culebra que se arrastraba lentamente por la hierba y removía las hojas secas de que estaba cubierto el suelo. Tenía un color amarillento con manchas negras que brillaban con los rayos del sol proyectados sobre el cuerpo de aquel repugnante animal. Sus movimientos eran lentos y haciendo ondulaciones, en línea recta, ron la cabeza que mantenía un poco levantada. De cuando en cuando se detenía y alzaba el cuello como un cisne, movía la cabeza de uno a otro, lamiendo las hojas secas como si buscase alguna huella. Enseguida continuaba su marcha. Cuando se paraba, parecía de forma cilíndrica, de más de dos varas de largo y del grueso del brazo de un hombre; el rabo terminaba en una punta córnea como de un

pie de largo, que remedaba una sarta de cuentas amarillas o una porción de la columna vertebral no cubierta de carne. Esto nos hizo conocer la especie a que pertenecía: una cascabel (*crotalus horridus* .

Mis compañeros trataron de atacar al monstruo, pero yo los contuve. Todo el mundo ha oído hablar del poder fascinador que tiene este reptil; yo no sabía qué creer y aquí se me presentaba una oportunidad de probarlo. ¿Habría fascinado al pájaro? Lo veremos. Todos nos quedamos quietos y en silencio. La culebra avanzó. El pájaro saltaba de rama en rama y de árbol en árbol, gritando cada vez con más fuerza: ni uno ni otro podía vernos en el punto en que estábamos agazapados.

La cascabel llegó al tronco de un árbol de magnolia y se enroscó en él; parecía uno de esos rollos de cuerda que se ven sobre la cubierta de los buques; el rabo con su apéndice lo tenía hacia abajo y la cabeza sobre la última rosca o sortija que formaba con su cuerpo. La membrana que le cubría los ojos le hacía aparecer come, dormida, Ello me sorprendió, porque siempre había oído decir que el poder fascinador de este monstruo estaba en la mirada. Pronto me convencí de que no se dirigía contra el pájaro, que cuando vio echada la culebra, voló, y desapareció en el bosque.

Todo el interés de la escena se había desvanecido y tomé el rifle para matar la culebra; pero ésta hizo un movimiento que probaba no dormía, sino que acechaba. Pero ¿qué acechaba? Tal vez alguna ardilla, su comida favorita. Observé el árbol; tenía toda la apariencia de ser una madriguera de

aquellos animales, según la multitud de agujeros y cuevas que en él había. Exactamente; en la parte superior del tronco veíase un gran agujero cuya boca estaba descolorida con el trajín de las ardillas. Viendo hacia abajo noté un rastro como el que deja un ratón, y al pie del árbol una pequeña protuberancia que debía ser un nudo, el cual estaba también descolorido, conociéndose que las ardillas acostumbraban subir y bajar por aquel punto. La culebra estaba colorada de modo que ningún animal podía pasar sin que lo atrapase; entonces me convencí de que se había puesto a esperar que bajase una ardilla y deseoso de ver el resultado, encargué el silencio a mis compañeros y observó.

Teníamos la vista fija en el agujero esperando que saliese el animal. Al cabo de poco tiempo sacó su cabecita de ratón atisbando con cautela; así permaneció largo tiempo sin atreverse a salir de su escondite. Indudablemente nos observaba, lo que podía hacer fácilmente estando en alto, y por esto, seguramente, no bajaba.

Ya habíamos perdido toda esperanza de presenciar una escena nueva, cuando un ruido entre las hojas secas nos llamó la atención: volvimos los ojos sobre aquel punto. Una ardilla se dirigía a todo correr hacia el árbol, ya saltando por sobre los palos caídos o andando sobre la hojarasca y la hierba, como si otro animal la viniese persiguiendo. Efectivamente, la seguía un animal dos veces más grande que ella, delgado y de color amarillo: una comadreja. La distancia de sólo veinte pies los separaba, y corrían lo más ligero que podían, la ardilla para escapar y la comadreja para alcanzarla.

Busqué con la vista la cascabel, y la encontré preparada, tenía la boca abierta enseñando los ponzoñosos colmillos y movía la lengua de uno a otro lado con increíble ligereza; los ojos le brillaban como diamantes, y todo el cuerpo se le ensanchaba y reducía como si respirase con precipitación, parecía del doble de su tamaño natural.

La ardilla sólo miraba hacia atrás y avanzó sobre el árbol con la velocidad del rayo, tratando de subir por el nudo. La culebra estiró la cabeza hacia la ardilla; pero con tal presteza que no creímos que la hubiese trocado. Grande fue nuestra satisfacción al ver subir el animalito por el tronco del árbol. ¡Estaba en salvo! Antes de, que hubiese llegado a la primera horqueta reparamos que sus movimientos eran más lentos; en seguida tambaleó y se quedó estacionaria, resbaló de las patas traseras y estuvo por un momento colgada de las delanteras hasta que cayó entre las quijadas de la culebra.

Cuando la comadreja vio la culebra, se paró de repente a pocos pasos de ella, después empezó a dar vueltas levantando el espinazo como un gato irritado. Estaba furiosa de verse arrebatar su presa y un momento creímos que presenciáramos un combate entre los dos. La cascabel abrió la boca para esperar el ataque, teniendo asegurado el cuerpo muerto de la ardilla con el suyo propio, de tal modo que era imposible acercársele sin caer entre sus horribles colmillos.

La comadreja cobró miedo, dejó sus demostraciones hostiles y volviendo grupa se metió por el bosque.

Libre de aquel competidor, la culebra se preparó a devorar su presa, la puso en el suelo y deshaciendo una de las

vueltas que tenía sobre el palo, puso la cabeza sobre su víctima, lamiéndola como para lubricarla con la saliva que se desprendía de su lengua puntiaguda.

Muy entretenidos estábamos presenciando esta operación cuando vimos moverse las hojas de los árboles inmediatos.

Directamente sobre la culebra habla una liana trepadora de trompeta enredada entre los árboles; el tallo era del grueso de un brazo y cubierto de hojas verdes y flores curviformes, como todas las de esta familia: también había otras parásitas entrelazadas con una magnífica viña-ciprés, engalanada con sus graciosos pámpanos y flores, y entre todas ellas se movía una gran culebra tan gruesa como el tallo de la enredadera.

¡Otra cascabel! No, la cascabel no trepa a los árboles. El color no es el mismo. El lomo enteramente negro, liso y lustroso. Era sin duda la culebra negra, el boa «contrictor» del Norte.

Cuando la vimos por primera vez estaba enrollada en el tallo de la liana y parecía el gusano de un tornillo gigantesco. Enseguida comenzó a desenrollarse y a deslizarse por los tallos de la vid que estaban acomodados diagonalmente sobre los árboles, a una altura de veinte pies sobre el suelo.

Al llegar a este punto la serpiente estrechó sus anillos hasta tocar uno con otro, cubriendo enteramente el bejuco, después comenzó a desenroscarse dejando sólo dos o tres vueltas, extendiendo el cuerpo a todo el largo de la liana; y ejecutando esta maniobra despacio y con cautela se puso a observar lo que pasaba debajo.

Entretanto la cascabel estaba enteramente entregada a la ardilla, sin pensar en más nada; después de haberla lamido bastante, abrió desmesuradamente la boca y se la engulló con rabo y todo.

Saboreándose estaba todavía, cuando la otra culebra se desprendió de las ramas y quedó colgando asida solamente por la punta del rabo.

No creímos cine tratara de atacar la cascabel, el más temible de todos los reptiles; pero el «constrictor» sabía más que nosotros: arrojóse con presteza al suelo y entrelazó su cuerpo con el de su rival.

Era un espectáculo singular ver aquellos dos monstruos revolcarse en la hierba, sin poder nosotros adivinar cuál sería el vencedor y cuál el vencido. Tenían casi el mismo tamaño y aunque la negra mediría un pie más de largo, era, sin embargo, más delgada que su antagonista. Llevábale la ventaja de tener diez veces más agilidad que ella; de tal modo que con gran facilidad podía enroscársele en el cuerpo, comprimiéndolo con la fuerza muscular, de donde le viene el nombre de «constrictor» A cada nuevo embate el cuerpo de la cascabel se contraía bajo la presión de su adversario.

Su única arma defensiva eran los colmillos, pero los tenía embotados en el cuerpo de la ardilla y no los podía poner en juego. Algo habría dado por deshacerse de aquel obstáculo, aunque se hubiera quedado sin comer. Conocimos que tenía todavía la ardilla entro los dientes, porque veíamos el rabo moviéndose entre los cuerpos de los dos contendores.

Poco a poco fue desapareciendo la movilidad de los combatientes y pudimos estudiar el modo de pelear de aquellos animales. Vimos con sorpresa que en vez de atacarse frente a frente, el «constrictor» tenía mordida por el cascabel a su contraría, y batiendo el nabo con furor la azotaba terriblemente.

Pronto terminó la lucha: la cascabel estaba tendida de largo a largo, y muerta, mientras que el «constrictor» continuaba abrazándola, corno por cariño; en seguida se paseó con aire de triunfo y se apoderó del botín. Todos nos empinamos para presenciar el final de la escena.

Yo no hubiera muerto al «constrictor» después del servicio que había hecho matando un bicho tan malo como la cascabel; pero Congo, que detesta todo lo malo, se me adelantó y sin darme tiempo, nos enseñó al vencedor ensartado en la punta de su lanza.

CAPITULO XXV
El rbol de a úcar.

Por la noche volvimos a casa cargando a Pombo con un buen saco de sal. Hablamos extraído la suficiente para salar el tasajo y ara el uso de la casa por algunas semanas. Concluida que fuese, volveríamos a hacerla, porque seguramente la fuente no se secaría. Antes de descubrirla, habíamos observado que el agua del lago era salobre; pero no nos detuvimos a averiguar la causa; sin embargo, esto nos animó; que de otro modo, hubiéramos carecido de un, artículo tan necesario y que tuviéramos más tarde en tanta abundancia. Después de cenar, Leopoldo que estaba ansioso de saber el descubrimiento hecho por su madre en el bosque, le recordó su promesa, diciéndole:

-Vamos a ver mamá, ¿qué fue lo que encontró usted comparable a ese saco de sal cuyo descubrimiento se me debe?

--Sí; pero yo no ofrecí decirlo esta noche, sino cuando estuviésemos afligidos y creo que ahora somos muy felices.

-No, señora, usted dijo que esta noche. Además, yo estoy muy triste y lo he estado todo el día -dijo el picaruelo, fingiendo seriedad.

-Sí -dijo Simón, -y por esta razón me pegaste con el caldero en la espinilla y te fuiste a perseguir el mapurite; pero me alegro, que la pagaste - añadió riéndose a tiempo que Congo soltaba la carcajada.

Esta alusión a la aventura de la mañana, que tanto nos divirtió, hizo poner a Leopoldo serio de veras. Como era el favorito de su madre, ella, por sacarlo del mal paso y evitar desagrados entre los hermanos, cambió la conversación y ofreció referir su descubrimiento.

-Pues, señor, el secreto es el siguiente. Cuando nos dirigíamos al valle esta mañana, vi a alguna distancia en el bosque las hojas de un árbol tan valioso como lindo.

-¿Un árbol? -dijo Leopoldo, -¿de cacao?

-No.

-¿Fruta de pan?

-No.

-Naranjo, ¿eh?

-No, hijo -replicó María. Tú debes saber que en esta latitud no existe ninguno de esos árboles; estamos muy al norte de la zona donde nacen el cacao, el naranjo y el árbol de pan.

-¡Ah! entonces no me importa ni un higo verde; esas tres son las frutas que me gustan.

-¿Y si fuera una, higuera, ahora que dices higos?

-si, pero no es.

-Pero, en fin, ¿qué es, mamá?

-El árbol de que hablo, pertenece a la zona templada y se produce muy bien en la parte más fría de ella. ¿Has visto alguna vez algún árbol muy derecho de espeso follaje y de color rojo brillante?

-Sí, mamá -contestó Simón, -yo lo he visto y un hay un lugar en el valle donde se encuentra en gran número algunos enteramente rojos y otros anaranjados.

-Exactamente, ese es el árbol; tiene tal color ahora, porque estamos en otoño; hace poco tenía las hojas verdes y cubiertas de una pelusa blanquizca.

-¡Oh! dijo Leopoldo, contrariado, -yo también los he visto, son muy bonitos, es verdad; pero...

-¿Pero qué? -¿Para qué necesitamos esos árboles tan grandes? Yo he visto que no tienen frutas, y en cuanto a madera, ¿qué vamos a hacer con ella? Aquí tenemos bastante con la de esos tulipanes.

-Alto ahí, hijo mío, que los árboles tienen muchas cosas, útiles, además de las frutas y la madera.

-Serán las hojas, ¿para qué sirven las hojas?

-Mire, amigo -dijo Simón con mucha gravedad; -las hojas sirven de mucho. ¿Qué te parece el té?

Leopoldo se dio por vencido y calló.

-Las hojas del árbol de que hablamos -dijo mi mujer, -no tienen ninguna aplicación, que yo sepa, al menos.

-¿Entonces será la corteza?

-Tampoco.

-¿La raíz?

-No conozco más raíces útiles que las del roble, el fresno u otro árbol grande de esta clase.

¿Entonces qué es? Porque no tienen flores, un pedazo de caña hueca, que forme un tubo por donde fluya el líquido y caiga en la batea; así se deja hasta que reunida una buena cantidad, se echa en el caldero y se pone a hervir, como lo hemos hecho con la sal. Ahora bien, ten paciencia, Leopoldo, hasta que haya una helada y verás todas estas cosas prácticamente.

No tuvo Leopoldo que esperar mucho tiempo; porque a la tercera noche, una ligera capa de hielo cubrió el suelo, y el día siguiente se presentó claro Y templado. Era el momento preciso para hacer la operación.

Congo había fabricado ya más de veinte bateas según su sistema, cortó algunos trozos de tulipán, como de doce pulgadas de diámetro, y tres pies de largo, los cuales dividía en dos, haciéndoles una cavidad en medio con un escoplo y un mazo hasta darles la forma de una canoa; por supuesto que eran muy toscas, pero llenaban el objeto perfectamente; también había preparado los tubos. Armados de todos los utensilios, nos dirigimos adonde estaban los árboles, perforamos con el taladro algunos de ellos, les ajustamos los tubos y pusimos debajo de cada uno una batea. En poco tiempo, un líquido cristalino empezó a gotear en la batea; poco a poco fue aumentando, hasta que al fin se convirtió en un chorro constante que pronto llenó la batea. A, prevención habíamos llevado algunas tazas y llenando cada uno la suya, nos pusimos a saborear el delicioso néctar. Los muchachos,

particularmente Luisa y María, no se saciaban y el mismo Leopoldo declaró que el arce es el mejor árbol de las selvas, ante el cual no valen riada los naranjos, la fruta de pan y el cacao. Trajimos el caldero y lo llenamos con el contenido de las bateas, se hizo el fogón como cuando preparamos la sal, y, se comenzó la evaporación.

Cada cual atendía a una cosa diferente. Congo andaba recogiendo el líquido de árbol en árbol. María y yo atendíamos al fuego. Luego que el caldero hirvió lo bastante, trasegamos la meladura a vasijas pequeñas para que allí se efectuara la cristalización; en esto teníamos empleados todos los platos, bandejas y tazas. Tan luego como se enfriaba, se ponía duro como un ladrillo y tomaba un color muy obscuro; lo quitábamos de allí en seguida y llenábamos de nuevo las vasijas. La parte no cristalizada se llama purga o melaza, y es muy superior a la de la caña de azúcar; así en sabor como en color y pureza.

Leopoldo y Simón, rifle en mano,, cuidaban de que los lobos y otros animales salvajes no vinieran a beberse el líquido en las bateas, pues les gusta tanto, que no los detiene nada desde, que ven que se ha extraído alguno a su alcance. Como los, árboles estaban muy distantes uno de otro, los centinelas se relevaban por turnos, de, un puesto a otro.

La savia estuvo manando por muchos días, y de consiguiente estuvimos ocupados todo este tiempo. Si hubiera sido en la primavera, de seguro que habría durado muchas semanas, porque ésta es la época más favorable. Tuvimos en nuestro favor la circunstancia de que helara algo

todas las noches ' y como el líquido no fluye cuando hay frío, los animales no venían a beber en las bateas. Mientras duró esta especie de zafra,[10] dormimos en el bosque al lado del fuego, como se acostumbra en las selvas americanas, y sólo íbamos a la casa cuando necesitábamos de algún artículo que no teníamos a la mano. Habíamos hecho una tienda, con el toldo del carro, para guarecernos y llamábamos al lugar, como lo llaman los labradores de los Estados Unidos, *campamento* de azúcar. Pareciónos muy agradable esta vida vagabunda, acampados en las selvas, bajo árboles gigantescos, oyen do el murmullo de la brisa que retozaba en el follaje y el canto dulce de mil pájaros que se contaban sus amores. Por la noche, la música no era tan agradable: oíamos el ladrido de los lobos, el lúgubre chillido de las lechuzas y lo peor de todo, el rugido del jaguar; pero manteníamos la hoguera encendida, y de este modo impedíamos que se nos acercaran las fieras.

Por fin terminó nuestra tarea, la corriente de savia empezó a disminuir, hasta que desapareció completamente; abandonamos la tienda y nos fuimos a la casa, llevándonos nuestra azúcar en pilones de tantas formas diferentes como eran las hormas en que los habíamos depositado. Todos juntos pesaban casi cien libras, que era lo suficiente para nuestras necesidades mientras llegaba la primavera en cuya época nos proponíamos extraer lo suficiente para llenar nuestra despensa.

---

[10] afra, nombre que en Cuba tiene la cosecha de azúcar.

CAPITULO XXVI
El pan de pino y el caf de entuc y.

Al sentarnos a la mesa aquella misma noche, mi mujer nos anunció que nuestra provisión de café se había agotado. Era lo último que nos quedaba de los víveres que sacamos de San Luis, Y muchas veces una taza de la aromática bebida nos había confortado en nuestra peregrinación por el desierto, y aun después de nuestra instalación en el valle, nos había servido de sobremesa.

-Bien -contesté yo al oír este anuncio, -aprenderemos a estar sin él. Si tenernos con qué hacer sopa, ¿qué nos importa el café? ¡Cuántos pobres desearían estar tan bien provistos como nosotros! Tenemos tasajo de todas clases, rabos de osos, pescados que podemos sacar del lago y del arroyo, ardillas, y además nos podemos regalar el apetito con gallinetas y pavos asados. ¿Quién no estaría contento con todo esto?

-Pero, papá, yo me acuerdo que en Virginia los negros hacen café de maíz y te digo que no es malo, yo lo he bebido y me gusta mucho; ¿y a ti, Congo?

-Ese ta mejó café que Congo beba, mi niño Simón.

-¿Ya lo ves, papá?

-¿Y qué hay con eso?

-¿Por qué no hemos de hacer nosotros café de maíz?

-Tú no sabes lo que dices. ¿No ves que en vez de café, que es bebida de lujo, lo que necesitamos es maíz para hacer pan? Si yo pudiera conseguir un poco, de seguro que no lo liaría café, ni otro brebaje; pero, desgraciadamente, no hay ni un solo grano en muchas millas a la redonda.

-Eso no, porque a menos de cien varas he visto yo un poco.

-Te has equivocado, hijo mío, eso que has visto será otro grano; estoy seguro de que en este valle no se produce el maíz.

-Pues si no es de aquí, habrá venido con nosotros desde San Luis, y está en el carro.

-¿Cómo es eso? ¿Maíz en el carro? -exclamé con tal vehemencia que asusté a los niños. -¿Estás seguro, Simón?

-Sí, señor. Esta misma mañana lo he visto, en uno de los sacos viejos.

-¡Vamos -grité, -coge, Congo, una antorcha y al carro! ¡al carro!

Pronto llegamos donde estaba, y con el corazón palpitando saltó sobre él. Junto con los aperos de los bueyes había una piel de búfalo que aparté a un lado, y debajo

encontró uno de esos sacos de cáñamo en que se pone el maíz en los Estados del Oeste; me acordó que lo habíamos traído de San Luis para el caballo y los bueyes; pero yo creía que se había acabado desde hacía tiempo. Tomé el saco, y con gran satisfacción me convencí de que todavía quedaba un poco del precioso cereal. Había, además, otra porción en el fondo del carro, del que se había ido derramando cada vez que se sacaba, o del que se salía por los agujeros del saco. Este lo hice recoger cuidadosamente y lo mezclé con el otro, sin dejar ni un solo grano en los rincones y junturas del carro, y cargando con el saco hasta la casa, vacié en la mesa su contenido. No había duda, teníamos, como había dicho Simón, más de un cuartillo del grano de oro.

-¡Ahora - dije, -tendremos pan!

Era aquella una vista deliciosa para mi mujer. Antes habíamos hablado de la falta de dicho artículo que es de primera necesidad. En vano había esperado encontrar en el valle algún otro cereal que le sustituyera. Habíamos tostado las bellotas de un árbol costanero, frutas de algarrobo y otros árboles. Todo ello no pasaba de simples imitaciones de pan. Este último fue, pues, un descubrimiento más importante que la sal y el azúcar.

En la latitud en que estábamos, el invierno es corto; por consiguiente, muy pronto podríamos sembrar el maíz, que era suficiente para un acre; en seis u ocho semanas llegaría a su completa madurez, y en un clima como el nuestro, se pueden coger dos cosechas al año; así es que, antes que

llegara el siguiente invierno, habríamos almacenado todo el que necesitábamos.

Entretenidos estábamos en esta conversación, cuando uno de los muchachos, creo que Leopoldo, gritó: -¡Trigo, trigo! Volví la cabeza, y vi mezclados con el maíz algunos granos de trigo. Sin duda el saco estuvo lleno de trigo antes de echarle el maíz, confirmándome en esta opinión el haber encontrado muchos granos de aquel cereal entre las costuras del saco separados esmeradamente, que no queríamos perder ni un solo grano, contamos cien justos de trigo. Era muy poco, a la verdad, para una sementera, pero recordando el antiguo refrán de que de una semillita nace un roble, apreciamos debidamente la importancia del hallazgo. En dos años podríamos tener abundantes cosechas de trigo.

-Ya ustedes -ven cuán buena ha, sido la Providencia con nosotros -dije a mi familia. -En medio de un desierto nos ha proporcionado todo lo necesario para la vida y con un poco de paciencia de nuestra parte río, tendremos comodidades y aun cosas superfluas. ¡Qué no hará María con harina y azúcar!

-Ya lo creo -dijo Le la idea de cultivar la tierra, que era su profesión favorita; -podremos hacer pasteles de carne.

-Y también de frutas -añadió Simón, -tenemos bastante; yo he encontrado ciruelas silvestres y cerezas, moras y grosellas, tan grandes como mi dedo; haremos magníficos pudines

-Sí -dije yo, -ya ven ustedes que no necesitamos café.

-Por supuesto que no -exclamaron a un tiempo los dos muchachos.

-Pues bien, tendremos café -dijo mi mujer con una sonrisa.

-¿Cómo, mamá? ¿Otro árbol?

-Sí, señor, otro árbol

-¿De café?

-Sí, señor, de café.

-Pero si yo he oído decir que el café no se produce sino en los climas más cálidos de los trópicos.

-Es verdad, pero eso se entiende con el arbusto que produce el grano sabeo; pero muy cerca de aquí hay un árbol grande que lo sustituye, aquí está la muestra.

Y diciendo esto, puso sobre la mesa una vaina obscura, como de doce pulgadas de largo y dos de grueso, en forma de media luna, parecida a la del algarrobo, aunque más pulida y que, como aquélla está llena de una pulpa glutinosa en la que se encontraban embebidas unas grandes semillas bayas las que, según nos dijo María, se tostaban molía y hervían, dando por resultado una bebida casi tan buena como la arábiga.

-El árbol que produce estas vainas -añadió, crece por todas partes en América -y ustedes lo deben haber visto aquí.

-Yo lo he visto -dijo Simón, - porque desde que mamá descubrió el arce, yo me lo paso observando todos los árboles a ver si encuentro alguno que nos sea útil.

-Ya -lo he observado -dijo Leopoldo, que era un poco botánico, como su madre. -La corteza es áspera y llena de

grietas, las ramas feas y nudosas, lo cual le da un aspecto muy poco bonito. ¿No es verdad, mamá?

Precisamente, y de ahí le viene el nombre de *chicot,* que le dan los franceses del Canadá y *stump tree,* con que se le conoce en los Estados Unidos. Su nombre botánico es *gimnocladus,* que quiere decir *ramas desnudas.* También se le conoce bajo el nombre de café de entucky, porque los primeros pobladores de aquellas regiones lo usaron, como lo estamos haciendo nosotros, en vez del café legítimo, de que carecían.

-¡Oh! -exclamó Simón; - todo, café, azúcar, sal, carne, pavo, todo menos pan. ¿Cómo hiciéramos? ¿No nacerá ahora el maíz, papá?

-No, el hielo impide la germinación, tenemos que esperar la primavera.

-Eso es mucho -dijo Simón, con aire de disgusto, -y después esperará que crezca, es demasiado.

-Amiguito -le contestó su madre, -me parece que tú eres de esos que nunca están satisfechos, por grandes que sean los bienes que posean. Acuérdate de cuántos estarán peor que nosotros, de los que no tienen ni un pedazo de pan donde lo hay con abundancia. ¡Cuántos pobres estarán en este momento, por las calles de Londres, muertos de hambre y viendo en las vidrieras de las panaderías hermosas hogazas de pan, y que tienen tantas probabilidades de comerlas corno las que tú tienes ahora! Eso sí es peor que todo. Tú tienes muchas otras cosas que comer que ellos no tienen, y su apetito debe ser mucho mayor, porque está excitado con la

vista del objeto tentador que sólo un vidrio separa de su mano. ¡Pobres muchachos¡ aquel vidrio es tan impenetrable como un muro de cal y canto. Piensa en esto, hijo mío, y te consolarás.

-Es verdad, mamá -replicó. Simón, con aire contrito. -Yo no me quejo, sólo digo que seria muy bueno tener pan, ahora que tenemos azúcar y café.

-Bien, mi buen Simón; ahora que has recibido la lección, voy a hablarte de otro árbol que tal vez no has oído mencionar nunca.

-La fruta de pan, estoy seguro; pero no puede ser, porque de ella he oído hablar.

Propiamente, debiera llamársele fruta de pan, porque durante los largos meses del invierno, da a muchas tribus de indios, no sólo pan, sino la subsistencia, pues has de saber, que los indios, son tan descuidados, que esto es, por lo general, su único alimento.

-Nunca he oído hablar de ese árbol.

-Hace poco tiempo que fue descubierto y descrito por los botánicos, y aún hoy es poco conocido de ellos. Es un pino.

-¡Cómo! ¿pino con frutas?

-¿Y cuándo has visto tú alguno sin ellas, quiero decir, en su tiempo?

-¿Y usted llama frutas a esas semillas?

-Cierto; ¿qué son?

-Yo creí que eran semillas.

-Lo uno y lo otro. En botánica no se conoce el nombre de fruta; lo que el vulgo llama fruta, es la semilla en muchas plantas. En las nueces, por ejemplo, la semilla y la fruta son lo mismo, es decir, que la almendra es, al mismo tiempo, la fruta y la semilla; lo mismo sucede con las legumbres, tales como las habichuelas, los guisantes, etc. En otros, por el contrario, la fruta es la substancia que cubre la semilla, como en las manzanas, peras, naranjas, etc. Ahora bien, los pinos pertenecen a la primera clase, quiere decir que la fruta y la semilla son una sola y misma cosa.

-Pero mamá, no nos venga usted a hacer creer que esas cosas tan ásperas que produce el pino, sirven para comer.

-Eso de que he hablado, no es sino la cáscara que protege la semilla; cuando se les abre, se encuentra dentro una almendral que es la fruta verdadera.

-Pero yo la he probado, y es muy amarga.

-Sí, la del pino común; pero hay muchas especies de pino, cuya fruta no es sólo comible, sino agradable al paladar y muy alimenticia.

-¿Y cuáles son esos pinos, mamá?

-Hay de ellos varias especies; muchas han sido descubiertas recientemente en este mismo desierto. Tal vez no haya en el mundo entero tan gran variedad de árboles de esta especie como la que se encuentra en las montañas que rodean y que encierra el *Gran Desierto Americano*. En California, existe una especie que los españoles llaman «colorado» porque la madera, aserrada, toma un color rojo. Son los árboles más grandes que se conocen, pues algunos

miden más de trescientos pies de elevación. Esto es mucho para nosotros, que sólo liemos visto los que se dan en el valle del Misisipí y que apenas miden la mitad. Hay también en la Sierra Nevada bosques enteros de estos árboles. Existe otra especie llamada por los botánicos *Pinos ambertiana,* que es notable por el tamaño de sus frutas, de las cuales algunas tienen hasta dieciocho pulgadas de largo. ¡Figúrate qué hermoso de ver será uno de esos gigantescos árboles de cuyas ramas cuelgan frutas del tamaño de un pan de azúcar!

-¡Lindísimo! -exclamaron a una los muchachos.

-¿Y esas son las que comen los indios? -preguntó Leopoldo.

Sí cuando la necesidad les obliga; pero no te he hablado de esa clase, sino de otra muy distinta que crece en las mismas regiones. Es pequeño, raras veces mide más de treinta o cuarenta pies de altura y sus hojas son de un verde más claro que las clases comunes. Las semillas no son grandes, pero la almendra es aceitosa, como la nuez americana, de sabor agradable, y tan nutritiva, que, como he dicho antes, constituye el alimento exclusivo de algunas gentes. Pueden comerse crudas, pero los indios las tuestan, y moliéndolas, hacen harina que, a su vez, se convierte en pan. Los mejicanos lo llaman piñón y otros pino nogal. Un botánico lo ha calificado bajo el nombre de *pinus monophillus.* El mejor nombre y el más propio es pino de pan.

-¿Y se produce en este valle, mamá? Yo no lo he visto.

-No creo que en el valle, pero si en la montaña. El día que estuvimos en ella, me parece que vi una especie de pino

particular, que debe ser el mismo de que hablamos; más me confirmo en ello, porque siempre he oído decir que se produce en la latitud de Nuevo Méjico y en las sierras que median entre este punto y el Pacífico, y no veo por qué no se le pueda encontrar en esta montaña, que es un ramal de los Montes Roqueños.

-Entonces -dijo Simón, -vamos a buscarlo. Una excursión por la montaña, debe ser muy agradable. ¿No lo cree usted, papá?

-Ciertamente, e iremos, tan luego como hagamos un carro en que Pombo conduzca a mamá y las niñas.

Esta proposición fue acogida con entusiasmo, porque todos deseaban visitar la montaña que tan majestuosamente se destacaba a nuestro frente. Resolvimos ir, cuando hubiéramos concluido el carro, a hacer un paseo de campo por la montaña.

CAPITULO XXVII
La línea de nieve

Tres días después el carro estaba concluido; lo más difícil eran las ruedas; pero teníamos las cuatro del viejo, y aprovechamos las dos más grandes, que estaban en buen estado de servicio. Congo arregló la caja y el eje y remendó los aperos de Pombo.

No tuvimos que esperar mucho, porque los días eran claros, y así fue que, concluido el carro, pudimos disponer nuestra marcha, y en una fresca mañana salirnos de casa, a cuál más alegre, María, los niños, Congo, Yo, los perros y Pombo, dejando otra vez la casa al cuidado de Dios.

María y las chiquitas iban en el carro sobre un blando colchón, hecho de palmas y espigas, y Pombo, que parecía participar del contento general, lo arrastraba como si fuera vacío y como si fuese una diversión para él; Congo chasqueaba su látigo, y, de cuando en cuando, gritaba *¡aupa!*

mientras que Cástor y Pólux corrían de uno a otro lado, husmeando y olfateando por donde pasaban.

Pronto hablarnos atravesado el valle y empezábamos a subir la cuesta que conduce a la montaña; volvimos la vista hacía el desierto, que tanto nos había espantado, y lo contemplamos otra vez sin terror, si bien con curiosidad.

El sol brillaba sobre la planicie arenosa: velase aquí y allá unas como torres de color obscuro que parecían moverse en el llano; eran montones de arena menuda y de tierra suelta que el viento transportaba de un lugar a otro, y que se conocen con el nombre de médanos; algunos remolinos llevaban tan lejos el polvo, que se perdía de vista en el horizonte; otros se movían en una misma dirección y corno regateando. Ora se mezclaban entre sí formando un solo montón que se desbarataba repentinamente y cubría la llanura con nubes de polvo, hasta que poco a poco se disipaban y volvían a caer. Era un espectáculo magnífico el de aquellas columnas que se elevaban hasta el cielo para descender de nuevo, como impulsadas por la mano de un gigante. Por algunos minutos nos quedamos contemplándolas en silencio. Enseguida emprendimos de nuevo nuestra marcha hacia la montaña.

El sol reflejaba sobre el pico de la cima y nos lo presentaba en partes de color de rojo y oro, y otras como una lluvia de rosas sobre un plano de nieve; notamos que había en la montaña más nieve que cuando la vimos la última vez y que la cubría por todas partes. Esto llamó la atención a los muchachos, y en especial a Leopoldo, quien pidió le

explicasen el fenómeno. Su madre, que sabía perfectamente la causa, dijo:

-En primer lugar, has de saber que a proporción que se asciende en la atmósfera, ésta es más ligera y fría, y a cierta distancia es tan grande el frío y enrarecimiento del aire, que ni el hombre ni ningún animal pueden vivir. Esto se prueba de varios modos, y la experiencia de los que han subido montañas de sólo tres millas de altura, lo confirma. Algunos de ellos, casi han muerto helados. Así sucede en todas las partes del globo, pero cerca del Ecuador se puede subir a mayor altura que en las regiones más cercanas a los polos, y en éstas, en verano no puede subirse más alto que en invierno; tén esto presente. Bien; pues si a cierta altura el frío es tal que al hombre no le permite vivir, es claro que allí no se derretirá la nieve; de donde se deduce que las altas montañas deben estar siempre cubiertas de ella, y que allí cae constantemente, aun cuando en la llanura llueva, siendo probable que una gran parte de las lluvias hayan sido antes copos de nieve que, calentados en la parte baja de la atmósfera, toman la forma de glóbulos acuosos y descienden como aguacero. Estos glóbulos son muy pequeños al principio; pero al atravesar las nubes de vapor, atraen la humedad, y de camino aumentan por la adhesión del agua que contiene la atmósfera, hasta que al llegar a la tierra forman gotas tan grandes como las que vemos caer cuando llueve. Siempre que está lloviendo debe suponerse que en la parte superior de la atmósfera está nevando, y yo he hecho la observación de que cuando acaba de llover en el valle, la

cima de la montaña aparece cubierta de nieve. Sin la montaña, la nieve habría descendido más y convertídose en lluvia al atravesar la región inferior del aire.

-Entonces, mamá -dijo Leopoldo, -esta montaña debe ser muy alta, puesto que hay constantemente nieve en ella.

-¿Lo crees así?

-Sí, puesto que usted dice que la nieve, no se derrite en los montes que son muy altos.

-Pero supón que estuvieras en uno de los países cercanos a los polos, donde hay nieves perpetua en la costa del mar. ¿Probaría eso que existía allí una montaña muy alta?

-¡Ah! ya caigo, la nieve en las montañas prueba que son muy altas en las latitudes cálidas.

-Precisamente. En los climas tropicales, cuando se ve una montaña con un gorro de nieve, se infiere que tiene por lo menos dos millas de altura, y que a proporción que es mayor, se ve que la nieve Cubre mayor parte de la cima, llegando algunas a más de tres millas sobre el nivel del mar.

-Entonces ésta debe ser muy alta, puesto que siempre tiene nieve, a pesar de estar en una latitud cálida.

-Relativamente, es alta; pero debes acordarte de que cuando la vimos por primera vez, sólo tenía cubierta un pedacito de la cúspide, y es probable que en un verano riguroso ni aun eso exista, así es que no es tan alta como otras muchas de este mismo continente. Atendidas la latitud Y la cantidad de nieve, calculo que tiene catorce mil pies de altura.

-¿Tanto así? Pues sí parece que no es ni la mitad. Yo he visto otras montañas que lucen tan altas como ésta y, sin embargo, se dice que no tienen siete mil pies de altura.

-Eso depende de que no la ves desde un punto al nivel del mar. El plano en que estamos está sobre dicho nivel a siete mil pies, y recuerda que estamos en una de las mesetas más elevadas del nuevo continente.

La conversación cesó por algunos minutos y continuamos nuestra marcha en silencio, teniendo constantemente los ojos fijos en el pico nevado que parecía atravesar el cielo.

Leopoldo interrumpió nuestro silencio, diciendo: -Es bien curioso que la nieve caiga con tal regularidad hacia todos lados, y a la misma altura, de modo que parece el cuello de una levita o el ribete de un gorro de dormir, formando una línea alrededor de la montaña.

-Ese es un fenómeno curioso, como tú dices -contestóle su madre, -debido a las leyes del calórico de que acabamos de hablar. Se llama la línea de nieve, y ha dado origen a estudios profundos de los cosmógrafos, sobre la elevación de esta línea; por supuesto que en los climas intertropicales esta línea queda a una gran altura sobre el nivel del mar y, a proporción que se avanza hacia los polos, va bajando más y más, hasta que en la zona frígida desaparece enteramente, porque como he dicho antes, allí toda la tierra está cubierta de nieve.

De aquí se deduciría que la línea de nieve va en escala ascendente, según la latitud; pero no es así, porque se ha observado que, no sólo en diferentes montañas en la misma;

latitud, sino en una sola, la línea de nieve no es igual en todas sus fases, particularmente en las de gran extensión, como el Himalaya en la India. Esto se comprende fácilmente. La posición de las montañas entre sí y su mayor o menor distancia del mar, las hará más frías o más cálidas, respectivamente, sin que influya la latitud. Por tanto, en una misma se pueden encontrar diferentes temperaturas en cada uno de sus lados, y, por consecuencia, la línea de nieve será más alta en los lados más calientes. La misma variación, y por las mismas razones, existe en verano que en invierno, como podemos observarlo aquí, donde baja la línea a proporción que la estación va siendo más iría. Esto prueba que la Naturaleza no es tan caprichosa como parece, y que observa en todos sus actos leyes sabias é inmutables.

-Y bien, mamá -preguntó Simón -¿No podemos subir hasta la cima de la montaña? yo quiero coger un poco de nieve para hacer pelotas y tirárselas a Leopoldo.

-Dificilillo es, amiguito, y creo que por ahora, Leopoldo estará libre de pelotazos.

-Pero hay personas que han subido al pico del Himalaya, que estoy seguro, es más alto que éste.

-Nunca -interrumpió Leopoldo; -nadie ha subido al Himalaya. ¿Verdad, mamá?

-Ningún mortal ha llegado a la cumbre de esa alta montaña, que está a más de cinco millas sobre el nivel del mar, y aunque alguno subiera no podría vivir, porque es inhabitable para todo animal. Estas cosas inaccesibles, parece que las ha hecho Dios como objetos de pura contemplación,

y para hacer ver al hombre su pequeñez comparado con las obras de su autor.

Habíamos llegado al pie de la montaña 6 hicimos alto en la orilla de la barranca. Desenganchamos el carro y nos pusimos a descansar en las márgenes de un arroyuelo. Al cabo de pocos minutos, emprendimos la subida en busca de los piñones; María nos enseñaba los árboles de que nos había hablado; eran de color verde claro, en lo que se diferenciaban de todos los demás que crecían a sus alrededores. Nos dirigimos al que creímos más accesible, con la esperanza de que nos suministraría lo que con tanto ahinco buscábamos.

Pronto estuvimos debajo de sus ramas, y sin otros datos que la fragancia que despedía, podíamos asegurar que era el tan deseado piñón; el suelo estaba cubierto de bellotas de a pulgada y media cada una; pero al recogerlas, las encontramos abiertas y sin la almendra. Seguramente algún animal había estado allí antes y se las había comido, lo que probaba que eran buenas. Muchas colgaban todavía de las ramas, y en pocos momentos supimos a qué sabían.

-Este es el pino nuez -dijo mi esposa, batiendo las palmas con alegría, -que nos servirá de pan mientras' cosechamos el maíz y el trigo; vamos a recoger cuantas nueces podamos.

Poco después teníamos las que apetecíamos, y volvimos por la noche a casa, con el carro lleno hasta la mitad de bellotas de pino. Al llegar, se prepararon, y por primera vez, después de mucho tiempo, tuvimos postres en la cena.

CAPITULO XXVIII
La casa de fieras, la Pa arera Y el ardín bot nico.

Como teníamos mucho que hacer, estábamos constantemente ocupados. Primero fabricamos un petate para nuestro cuarto, arreglarnos dos cercados, uno para la era y otro para Pombo que, vagando por el bosque, podía encontrarse con algún animal que lo devorase. Logramos matar algunos venados y un par de cisnes salvajes que preparamos y pusimos en la despensa. La carne de los rabinegros no tenía buen gusto, y la mayor parte la echamos a Cástor y Pólux.

El más ocupado de todos era Congo, hizo varios utensilios domésticos que nos sirvieron muchísimo fabricó un arado de madera que se podía aplicará varios usos, y como había pedazos de tierra sin hierbas, podía ararse en ellos con facilidad. En estos mismos pedazos crecían girasoles, acacias, y otras plantas, que daba lástima destruir.

Temiendo que se agotasen nuestras municiones, estudiarnos el modo de proporcionarnos otra arma con que cazar y guardar los rifles para las ocasiones más solemnes, y encontrarnos una caña muy flexible, llamada Osage Orange, y con ella hicimos arcos tan buenos como los que usan los indios, sacando las cuerdas, como lo hacen ellos, de tiras de cuero de venado. Las flechas las arregló Congo con pedazos de caña muy derechos y les puso puntas de hierro de las lañas del carro viejo. Con la práctica diaria adquirimos gran destreza en el manejo de esta arma salvaje, y, a los pocos días, Simón era capaz de matar una ardilla que saltase en la copa de los árboles más elevados. Simón era mejor cazador que Leopoldo, tanto con el rifle como con el arco, y éste, lejos de tenerle envidia, se manifestaba orgulloso de la habilidad de su hermano. Todo el invierno tuvimos para comer ardillas de varias clases, perdices, gallinetas y pavas salvajes que Simón cazaba.

Mi mujer preparaba estos platos con condimentos deliciosos. Durante los últimos días del otoño, hicimos algunas excursiones botánicas y en cada una de ellas descubrimos algo útil. Encontramos varias especies de frutas silvestres, cerezas, moras, y una fresita muy pequeña que abunda extraordinariamente en aquellos lugares; de todas ellas recogimos bastante cantidad y las conservamos en su -propio jugo. También encontramos muchas raíces leguminosas como el nabo indio, y sobre todo la papa silvestre, que sólo se produce en aquellas regiones. A no ser por los conocimientos botánicos de mi mujer, no la

habríamos conocido, porque hasta entonces no la habíamos visto. Cada raíz era del tamaño de un huevo de pájaro, y fueron tan pocas las que hallamos, que no las creímos buenas para comer; sin embargo, María nos hizo recoger algunas para semillas, con la esperanza de que el cultivo las mejoraría.

Con la miel fermentada de las frutas del algarrobo hacíamos cerveza o *guarapo;* pero al fin encontramos el modo de hacer una bebida más agradable con el jugo de uvas silvestres, que abundan en el valle.

En mis viajes por Francia aprendí a hacer vino, y me propuse establecer una fábrica de este licor, lo cual logré con el mejor éxito, después de algunos días de trabajo. Así ya teníamos una bebida confortable para las noches de invierno.

Una idea me ocurrió entonces y se la comuniqué a todos. Consistía en coger cuantos animales salvajes pudiéramos, domesticarlos y emplearlos en nuestro servicio. Asistíanme para ello varias razones. Primera: aunque existían varias especies de venados, había pocos de cada una, y era probable que no se aumentaran en muchos años. La Naturaleza ha arreglado esto de tal manera, que hace que todos los años perezcan multitud de estos animales devorados por otros salvajes que pueblan el valle, y ahora nos habíamos agregado nosotros al número de los victimarios; así, si no se tomaban algunas precauciones, en poco tiempo se agotarían y quedaríamos privados de su carne, que era nuestro principal alimento. Si pudiéramos matar aquellos animales feroces tales como panteras, lobos, etc., que los persiguen, bien pronto el valle se convertiría en

un prado de venados que aumentarían en número cada día; pero esto era tan imposible, como que ni nosotros mismos estábamos seguros, no atreviéndonos a ir solos al bosque, y cuando los muchachos salían a hacer alguna excursión, su madre quedaba en la mayor ansiedad hasta que volvían.

Cada cacería era un peligro a que nos exponíamos, y nunca dejábamos de encontrar la huella de algún lobo, pantera u oso, y muchas veces vimos a estos animales vagar por la selva. Sabíamos que concluida la pólvora, de nada nos servirían los rifles, y los arcos y flechas eran armas muy débiles para defendernos contra semejantes enemigos; así, nuestra única esperanza era que luego que conociésemos mejor las costumbres de estos carnívoros los podríamos coger en trampa, destruyéndolos sin gastar nuestras municiones. Esto nos daría ocupación al mismo tiempo que entretenimiento, tanto más agradable, cuanto que era arriesgado. Si pudiéramos atrapar alguno de los animales más útiles y encerrarlos en un prado cercado, pronto procrearían, y cesaría el peligro a que nos exponíamos cazándolos, estando seguros de que podríamos mantenerlos con el producto de la doble cosecha de maíz que obtendríamos en cada año.

Otra razón había, y es que yo he sido siempre muy aficionado al estudio de la historia natural, muy particularmente al ramo de cuadrúpedos; así, yo encontraba placer en observar los hábitos y costumbres de aquéllos.

Por supuesto que no era nuestra intención hacer favoritos sólo de aquellos animales que nos servían para

comer. En nuestra colección debían entrar todos los que pudiéramos someter, bien fueran mansos o feroces. En fin, nuestro objeto era establecer una *menagerie* o casa de animales en el desierto.

Nada tendría esto que hacer con nuestros proyectos industriales y especulativos de pieles de oso, que nos darían poco trabajo, pues sólo ocuparíamos algunos días en salar y secar las pieles de los osos que lográsemos matar en todo el año.

Simón acogió mi proyecto con más entusiasmo que los demás; porque también, como a mí, le gustaban los cuadrúpedos. Leopoldo era más partidario de los pájaros, y propuso que se le destinase un lugar en la casa, en lo que convinimos. María se proponía coleccionar plantas y examinar las mejoras que se podían obtener con el cultivo, es decir, quería formar un jardín botánico.

A cada uno se le asignó un departamento: Simón y yo cuidaríamos de los cuadrúpedos, Leopoldo de los pájaros y María de las plantas. La parte de Congo era muy importante; debía hacer el cercado para los animales y para el jardín, construir las trampas y jaulas, todo lo cual sabía a la perfección; pero por supuesto que todos teníamos que ayudarnos mutuamente.

Estábamos resueltos a llevar a cabo nuestros planes que, además de la utilidad real que prometían, nos servirían de entretenimiento. No teníamos libros para divertirnos o instruirnos; pero estábamos resueltos a estudiar en el gran libro de la Naturaleza.

CAPITULO XXIX
Trampas.

Simón fue el primero que logró atrapar dos ardillas en una trampa que puso en la copa del árbol en que tenían sus nidos: luego les hicimos una gran jaula, domesticándose tan pronto, que al poco tiempo comían nueces en nuestras manos. Para nada nos servían, pero nos distraían con su movilidad, saltando de barra en barra, sentándose como monos y descascarando las nueces que les dábamos.

Poco tiempo después, el héroe fue Leopoldo, quien consiguió una cosa de gran importancia. Constantemente tenía la vista fija en los pavos salvajes y, para lograr coger uno vivo, hizo lejos de la casa una trampa de las que llaman en América *trampa de suelo,* que son muy fáciles de hacer, acomodando pedazos de caña uno sobre otro en forma de una caja cuadrada, y a cierta altura se cierra la parte superior con trozos de madera pegada a fin de que el animal no pueda levantarla y escaparse; para armarla se observa, el mismo

sistema que en las comunes de ratón, fijando una cuerda en dos de los ángulos de la caja, que después se ata por el medio en un palito, sobre el cual se coloca el lado opuesto de la caja: se ponen granos y semillas cerca de la cuerda y cuando el animal entra a comer, la mueve, hace caer el palito, y queda cerrado en la jaula. Esto hizo Leopoldo, y se puso en acecho; pero sin lograr nada en muchos días.

La experiencia lo fue enseñando poco a poco; aprendió a imitar el graznido del macho con tal perfección, que al oírlo a cierta distancia, todo el mundo creía que era verdaderamente un pavo. Con esta treta logró atraer los pavos al lugar donde tenía la trampa; pero había puesto pocas semillas y los animales no se resolvían a entrar con tan poco aliciente.

Al fin recurrió a un medio que le dio muy buen resultado, y fue meter dentro de la trampa, bien acomodado y como si estuviera vivo y comiendo, uno de aquellos animales que había matado con la flecha. Retirado a cierta distancia, empezó a graznar. Inmediatamente se presentaron tres, a cuál más grande, acercándose con cautela a la trampa con el modo especial de andar que tienen dichos animales. Llegaron, por fin, al punto deseado, y viendo que dentro había uno de su misma especie, comiendo tranquilamente, se arrimaron sin temor y empezaron a buscar la entrada. Todo esto lo observaba Leopoldo con ansiedad; pero la situación no duró mucho: pronto encontraron la entrada los tres pavos y, sin recelo, se metieron dentro de la trampa que, al momento, los dejó encerrados. Enseguida Leopoldo, metiendo la mano por

los huecos que dejaban los palos, les ató las patas con correas de cuero de venado; luego que los tuvo seguros, levantó la trampa, los sacó, la armó de nuevo, y cargando con su presa, marchó hacia la casa con aire de triunfo; por supuesto, que fue recibido con exclamaciones de alegría y todos nos pusimos construir una jaula para encerrarlos, bajo el mismo principio usado en la manufactura de la trampa; pero por supuesto, cerrándoles la entrada. Lo que había de sensible, es que todos eran machos.

Esto se remedió bien pronto, pues al siguiente día, muy por la mañana, al ir Leopoldo a ver la trampa, encontró encerrados una hembra hermosísima, rodeada de una porción de pichones que parecían perdices, tales los creyó al principio; pero cuando los vio de cerca, conoció que era una bandada de pichones de pavo y que el grande era madre. Los pavitos corrían aquí y allá entrando y saliendo, porque podían pasar por los huecos de la trampa, mientras que la madre sólo podía sacar la cabeza y saltar, tratando de salirse por arriba. Los polluelos conocieron evidentemente que su madre estaba atrapada, y trataban de ayudarla a salir.

Temiendo Leopoldo que huyesen los pichones acercarse, corrió en busca de auxilio, y Simón, Congo y yo mismo, salimos de la casa con este objeto. Para asegurarlos bien, tomamos la cubierta de lona del carro y dos frazadas Y las empatamos, s que requería la adoptando todas las precaucione importancia de aquella adquisición, puesto que, domesticando a aquellos animalitos, tendríamos después cuantos quisiésemos. Nos acercamos con previsión y nos

separamos, tomando cada uno por un lado, avanzamos todos al mismo tiempo rodeando la trampa, y, cuando los pichones, asustados, trataron de escaparse les echarnos encima las frazadas y lona, quedando todos envueltos: al momento los asegurarnos, así como a la madre, y contamos hasta dieciocho polluelos. Era una buena cacería. Inmediatamente fuimos a la casa con toda la partida, incluso el señuelo, que muerto sólo del día anterior, nos serviría para preparar una comida suculenta. Hicimos otra jaula para la pava y sus pichones, que colocarnos junto a la en que estaban los machos; por supuesto que era mejor que aquélla, y los palos más juntos, a fin de que los polluelos río se salieran por los huecos.

Leopoldo armó de nuevo la trampa y puso de señuelo a uno de los grandes atado a uno de los travesaños de la trampa. De este modo cogimos un gran número, hasta que los pícaros se pusieron mañosos y no se acercaban; sin embargo, teníamos más de los que podíamos mantener mientras cosechábamos el maíz.

Nuestra pajarera crecía cada día. Con el jugo de la *ile opaca* había preparado Leopoldo una substancia pegajosa que servía para atrapar pájaros de todas clases. Hicimos una gran jaula con varas flexibles, y cañas labradas, con tantas divisiones corno especies de pájaros teníamos. En pocos días habíamos reunido, azulejos, ruiseñores de Virginia, orioles de varias clases y palomas de dos especies; también teníamos loros de la Carolina y un pájaro muy raro y bonito conocido bajo el nombre de ave del paraíso, muy parecido al del

mismo nombre que existe en el mundo Oriental; la cola de este pájaro tiene plumas hermosísimas que contribuyen a darle el aspecto gracioso que posee. Igualmente contenía la jaula pinsones de varias especies, con plumaje brillante, cardenales, azulejillos y turpiales, que habían emigrado al valle.

Para los pequeños hicimos jaulitas y trampas, en las que cogía Leopoldo colibrís que alimentábamos con la miel de las flores.

En jaula separada teníamos a un pajarraco que el lector preguntará el derecho que tenía a una habitación aparte. Era de color amarillento, con largas piernas negras y patas horribles, en fin, tan feo como un gorrión. Si sólo se le ve una vez sin examinarlo, de seguro que ni se vuelve la cara cuando se le vuelve a encontrar; pero si abre el pico y deja escapar de su negra garganta su dulcísimo canto, se olvida uno de su fealdad, y no se acuerda más de los loros, azulejos, cardenales y ave del paraíso, encantado con la armonía de sus trinos y gorjeos. Cantando, presta atención a todo lo que pasa, y si algún otro pájaro empieza a cantar a su vez, él coge la melodía y sigue en un tono más alto, que hace callar avergonzado al que se atreve a dejar oír su voz delante del maestro. Era, pues, el famoso sinsonte, el ruiseñor de América.

No se crea que, mientras Leopoldo hacía su colección de pájaros, Simón estaba ocioso con los cuadrúpedos. Tenía enjauladas más de cinco especies de ardillas, amarillas, negras y coloradas, de las que habitan en, los árboles; dos de las que

viven en cuevas subterráneas, y entre otras, una enteramente nueva para nosotros, que habíamos cogido en una cueva hecha en el tronco de un artemisia. Era preciosa, del tarna1o de una rata y rayada como cebra. No sé que haya sido descrita por los naturalistas, y por esta razón, corno por su tamaño, llegó a ser nuestra favorita, particularmente para Luisa y Mariquita, que la enseñaron a dormir en sus piernas, como un ratón domesticado.

Además de las ardillas, Simón, tenía en su colección una liebre, dos coatis, que los había cogido Congo en una cacería nocturna, ayudado por los perros, y aunque esos animales no sirven para nada, aumentaban nuestra colección y nos servían de entretenimiento.

CAPITULO XXX
El puercoespín.

Como dije antes, Congo había descubierto pescados en el arroyo y había cogido algunos; así, nuestra siguiente excursión fue a pescar. Los que había allí eran parecidos a la trucha, aunque eran de diferente color; sin embargo, los encontramos muy sabrosos.

Muy de mañana salimos de casa, dejando a Pombo y el carro, que no necesitábamos, porque el viaje era muy corto. El pozo donde Congo habla encontrado las truchas estaba a poca distancia. Nos proveímos de cuerdas hechas con las fibras de cáñamo silvestre, que según María se producen en las faldas de los Montes Roqueños, cañas de diferentes tamaños, anzuelos hechos con alfileres y varias clases de gusanos y lombrices de tierra para carnada. Simón y Leopoldo llevaban los avíos, Congo y yo a las niñas y María en libertad para recoger plantas por el camino. Cástor y Pólux nos seguían, y Pombo trató de saltar la barrera, cuando vio

que lo dejábamos. Congo guiaba la marcha, como práctico del lugar en que estaba el pescadero.

Habíamos andado coso, de un cuarto de milla, cuando una exclamación de mí mujer nos hizo parar de repente, enseñándonos unos árboles situados a un lado del camino.

-¿Qué es, mamá? -preguntó Simón -¿Otro árbol útil? ¿Habremos encontrado el verdadero fruta de pan o el cacao, a pesar de la latitud?

-Mucho siento, hijo mío, no haber hecho el descubrimiento de otro árbol. Es otra cosa, y por cierto nada útil, aunque curiosa, sobre la cual puede darnos tu padre una lección de historia natural.

-Es un cuadrúpedo.

-¡Cómo yo no veo ningún animal! -exclamó Simón.

-Yo tampoco -replicó la madre, -pero veo signos de su presencia, y es muy malo. Mira -dijo enseñando una cepa de algodoneros, cuya corteza y hojas estaban como roídas por cabra, o rasguñadas con una navaja -Algunos de ellos estaban muertos, y otros, aunque vivos todavía, poco les faltaba para secarse.

-¡Ah! ya comprendo -dijo Simón, -algún animal ha hecho eso; ¿pero qué animal ha sido? Los castores no pueden trepar, y estoy seguro de que ni las ardillas ni ninguno de esta especie puede poner de ese modo el tronco de un árbol.

-No, no es ninguno de esos. Tu padre, mejor que yo, puede decirte qué animal es capaz de poner en ese estado los

árboles que ves que son algodoneros de los llamados por los botánicos *populus angulatus.*

-Ven, Simón -dije yo, -busquemos primero el animal, a ver si lo encontramos.

Todos nos dirigimos al bosquecillo. Apenas habíamos dado algunos pasos, cuando se nos presentó lo que solicitábamos. Era un animal como de tres pies de largo, grueso, de lomo ancho, y formando arco, de color amarillento sucio y cubierta la piel del pelo más áspero que puede imaginarse. La cabeza muy pequeña para el tamaño del cuerpo, y las piernas gruesas y cortas, rematadas en largas uñas que desaparecían bajo el pelo que le cubrían todo el cuerpo; lo mismo sucedía con las orejas. Más parecía una masa informe que un animal. Estaba echado en tierra, y al sentirnos se levantó y se puso en fuga, saltando sobre la hierba, aunque no con más precipitación que lo pudiera hacer un sapo; porque han de saber ustedes, que este animal no es muy ligero en sus movimientos.

Tan luego como vi que estaba en el suelo y no sobre los árboles, donde yo pensaba encontrarlo, me volví a asegurar los perros. Era demasiado tarde, porque estos animales en cuanto lo vieron, se olvidaron de la lección que les dio el mapurite y se lanzaron sobre él, dando gritos. Los llamé, pero en vano, parecían sordos. Al ver el animal que se le acercaban, se paró de repente, metió la cabeza entre el pecho; parecía que había crecido el doble, el pelo se le erizaba y se volvía de un lado a otro de un modo horrible.

Entonces pudimos ver que lo que creíamos pelo eran espinas, y Simón exclamó:

-¡Un puercoespín! ¡un puercoespín! Desgraciadamente los perros no sabían lo que era, y lejos de pararse a averiguar, se lanzaron sobre él con la boca abierta, como tenían de costumbre con todo animal extraño que encontraban. No lo hicieron por mucho tiempo, porque apenas se acercaron, volvieron caras con las bocas más abiertas que nunca, y dando aullidos lastimeros, y les vimos las bocas, narices y cachetes cubiertos de espinas. Entretanto, el puercoespín se contrajo de nuevo, y dirigiéndose a un árbol cercano, empezó a trepar por el tronco; pero Congo, incómodo con el tratamiento dado a sus amigos, se abalanzó lanza en mano sobre el animal, y en un momento lo despachó.

Simón, a quien la aventura con el mapurite había hecho más prudente, tenía miedo de acercarse al puercoespín, sobre todo porque había oído decir que este animal tiene la propiedad de arrojar las espinas a alguna distancia, disparándolas como flechas sobre sus enemigos, y me preguntó si era cierto.

-No -le contesté: - eso es una de esas fábulas que refieren los naturalistas franceses y que Buffon se complace en repetir. Las espinas del puercoespín salen con facilidad si se tocan con fuerza con una cosa suave, corno la boca de un perro, debido a que su raíz es muy pequeña y su punta muy aguda, penetra con facilidad. Esta es la única arma defensiva que tiene este animal, cuyos movimientos son tan lentos, que cualquiera lo alcanza fácilmente; pero a pesar de su lentitud,

la mayor parte de las fieras lo dejan quieto, entregado a su inocente ocupación de roer los árboles. Generalmente los vence a todos, y ni un lobo, ni la pantera o el gato salvaje pueden matarlo, porque no tienen un punto en su cuerpo que puedan tocar, cuando se prepara a resistir el ataque; muchas veces mata a aquellos animales en defensa propia, porque él nunca ataca, viviendo sólo de la corteza de los árboles. Muchas veces se encuentran jaguares muertos en el bosque, a causa de las espinas que les ha clavado el puercoespín en la boca y lengua. También se han encontrado linces, perros -y lobos.

Algún tiempo después de esta aventura, presenciamos Simón y yo un incidente que nos hizo comprender que, a pesar de sus espinas, el animal tiene un enemigo que lo vence, y aunque el hecho pasó algunos meses después, lo referiré ahora que se trata del puercoespín.

CAPITULO XXXI
La marta y el puercoespín.

Estábamos a mediados del invierno, Una ligera capa de nieve cubría la tierra, de modo que no era imposible seguir las huellas de cualquier animal. La nieve nos hizo pensar en cazar, y Simón y yo salimos, siguiendo el rastro de un alce que había pasado por allí en la noche, conociéndose en lo reciente de la huella que había sido al amaneceré poco antes de que nos hubiéramos levantado; por consiguiente, no debía estar lejos, y pronto lo encontraríamos.

La huella nos condujo, por la orilla del lago y sobre la margen izquierda del arroyo. Cástor y Pólux nos seguían, pues les habíamos enseñado a ir siempre detrás cuando íbamos a cazar, a fin de que no espantasen los animales antes de tiempo.

A cosa de media milla de la casa, notamos que el alce había pasado al lado derecho del arroyo. Nos disponíamos a seguirlo, cuando de repente vimos en la tierra marcada una

huella, la más extraña que puede encontrarse en los bosques. Era una *huella humana, el pie de un ni o.*

Esto creímos al principio, y es fácil comprender cuál sería nuestra sorpresa con semejante descubrimiento. Medía cinco pulgadas de largo y las mismas que hubiera marcado un muchacho descalzo de seis años de edad. Eran, además, dos juegos; como si fueran dos niños, seguidos el uno por el otro. ¿Qué sería? ¿Por ventura había en el valle otros seres humanos además de nosotros? ¿ Serían dos indiecitos? Al momento me acordé de los Cavadores Tamparicos, comedores de raíces, que se encuentran donde quiera en el *Gran Desierto Americano.* ¿Sería posible que existiera en el valle una familia de aquella criatura? Sin duda, me contesté al reflexionar sobre sus costumbres, alimentándose de raíces, insectos y reptiles, habitando en cuevas como los otros animales salvajes, bien podía haber vivido ignorada en algún rincón del valle una familia, sin que nosotros la hubiésemos encontrado. ¿Era ésta la verdad? ¿y eran aquéllas realmente algunas huellas de algunos cavadores que habían atravesado por allí?

Por supuesto que abandonamos el alce para descubrir el misterio, dejando las huellas de éste por seguir las del niño.

Al llegar a un punto abierto, donde la capa de nieve era más delgada, y en donde se marcaba mejor la pisada, me incliné para hacer un examen cuidadoso a fin de persuadirme de que era el rastro de un pie humano. Indudablemente, el talón, la planta del pie cerca de los dedos, y estos mismos aparecían bien dibujados sobre la nieve; presentábase, sin

embargo, otro misterio, y era que en algunas partes se marcaban cinco dedos, y en otras sólo cuatro. Esto me hizo examinar con mayor atención, y noté que cada dedo tenía tina garra que, por estar cubierta de pelo, apenas dejaba una huella indefinida sobre la nieve. No eran, pues, las de un pie de niño, sino de alg1n animal con garras.

A pesar de este descubrimiento, seguimos el rastro. Teníamos curiosidad de saber qué animal era; tal vez no lo conocían los naturalistas, alguna nueva especie, y tal vez nos estaba destinada la gloria de describirlo. No habíamos andado mucho, cuando como a cien varas de distancia, divisamos un bosquecillo de algodoneros roídos de puercoespín. El misterio se aclaró, el rastro pertenecía a dicho animal.

Recordé que el puercoespín pertenece a la familia de los plantígrados, con cinco dedos en las patas traseras y cuatro en las delanteras. Era su huella indudablemente.

Mucho sentimos mi compañero y yo habernos distraído de nuestra batida por una cosa tan insignificante, y resolvimos vengarnos tan luego como cayese el puercoespín en nuestras manos. No tuvimos mucho que esperar, pues al volvernos, vimos a unas cincuenta varas de distancia un animal peludo moverse entre las ramas de un árbol. No podía ser otro. Al momento, se presentó otro animal, tan distinto del puercoespín como un toro de un moscardón.

Con rabo y todo mediría vara y cuarta de largo; el cuerpo, del grueso de la parte superior del brazo de un hombre, la cabeza ancha, orejas pequeñas y paradas y nariz

puntiaguda. Tenía barbas como los gatos, aunque la cara parecía de perro, las piernas cortas y fuertes, manifestando con ellas y la figura del cuerpo gran agilidad y fuerza; el color rojo sucio y una mancha blanca en el pecho, y el lomo, piernas, rabo y nariz, más -obscuros que el resto del cuerpo: parecía una comadreja gigante, y lo era, en efecto, siendo la gran marta de América, impropiamente llamada «pescador» Cuando la vimos por primera vez, estaba tendida en un palo debajo del árbol en que se hallaba el puercoespín, sobre cual tenía fijos los ojos, meditando, sin duda, algún ataque. Nosotros nos pusimos en observación.

El puercoespín no había echado de ver la presencia de su enemigo, entregado, como lo esta6a, a roer la corteza del algodonero. Después que la marta le hizo bien el tiro, se dirigió corriendo hacia el árbol. El otro lo notó y dio un grito lastimero muy asustado. Con gran sorpresa vimos que, lejos de quedarse donde estaba, se tiró al suelo casi en las narices de su adversario. Yo no podía comprender esta táctica del puercoespín, pero reflexionando un poco, conocí su habilidad.

La marta podía trepar sobre los árboles con la misma agilidad que él y si se hubiera quedado entre las ramas, su pescuezo y vientre, que son blandos y sin espinas, quedaban expuestos a los dientes de su adversario; por esta razón se tiró tan de improviso al suelo y observamos que al caer se volvió una pelota cubierta por todos lados de espinas.

La marta empezó a darle vueltas, doblando su cuerpo *vermiforme,* enseñando los dientes, arqueando el espinazo y

erizando el pelo como gato. A cada momento esperábamos verla lanzarse sobre su víctima, pero se abstuvo de hacerlo; sin duda comprendía el peligro a que se exponía, y parecía que estudiaba el modo de proceder. Mientras tanto, el puercoespín se mantenía quieto menos el rabo, lo único visible que tenía, porque la cabeza la tenía metida debajo del cuerpo, y lo movía de un lado a otro, levantándolo de cuando en cuando hacia arriba.

¿Qué haría la marta? En el cuerpo de su contrario no había una sola pulgada que no estuviera defendida por espinas Puntiagudas, y no presentaba un claro donde meter las narices. ¿Abandonaría el campo? Al principio lo creímos, pero bien pronto nos convencimos de lo contrario.

Después de darle varias vueltas, como dije antes, se paró a alguna distancia del puercoespín y puso las narices cerca de la cola. Permaneció por un instante en esta posición, como observando el rabo que el animal mantenía siempre en movimiento. Así se estuvo en silencio y sin moverse.

Como el puercoespín no podía verla, creyó sin duda que se había marchado' y dejó de mover el rabo poco a poco, hasta que se quedó enteramente quieto.

Esto era precisamente lo que el otro esperaba y al momento le agarró el rabo con los dientes J teniendo cuidado de cogerlo por la punta donde no tiene espinas.

¿Qué haría enseguida? ¿Se conformaría con morderle la punta del rabo? Absolutamente, pronto vimos cuál era su intención.

Al morderle el rabo, el puercoespín empezó a gritar; pero la marta no le hizo caso y lo arrastró consigo. ¿Adónde lo llevaba? Al momento lo vimos. Se dirigió a un árbol que tenía las ramas tan bajas, que casi tocaban al suelo. Aquí llegó a su colmo nuestra admiración. El puercoespín no hacía resistencia, aflojó las patas y se dejó resbalar sobre la nieve; siendo la marta, indudablemente, el más fuerte.

Pocos momentos después estaban al pie del árbol. Sin soltar su presa, la marta empezó a trepar, teniendo cuidado de no dejarse acercar las espinas. Creímos que le sería imposible cargar con un cuerpo tan pesado casi como el suyo, pero su intención era sólo llegar a la primera horqueta y en este punto agarrarse con las uñas, conservando en esta posición al puercoespín colgando con la cabeza hacia abajo, tocando el suelo sólo con sus patas delanteras; por supuesto, que los gritos que daba eran cada vez más lastimeros.

Por vida mía, que no sabíamos lo que se proponía la marta con esta maniobra, ella sí que lo sabía, como lo probó luego. Después de balancearse un poco, se tiró de repente al suelo, de modo que el contrario cayese boca arriba y antes que tuviese tiempo de voltearse, el feroz animal le clavó las unas en la parte blanda de la barriga y los dientes en el pescuezo.

En vano se batía el puercoespín, su contrario se manejaba con tal habilidad, que no lo dejaba voltearse, y en pocos momentos, la batalla habría concluido perdiendo la cabeza el puercoespín: pero era tiempo de que nosotros

interviniéramos, y soltando a Cástor y Pólux, corrieron al lugar del combate.

Estos, al momento hicieron que la marta soltara1 su presa; pero lejos de huir, les hizo cara, enseñándoles los dientes y gruñendo encolerizada; sino hubiéramos estado nosotros allí, no hubiera sido muy mansa; pero al ver que nos acercábamos, la fiera se dirigió a un árbol y comenzó a subir como si fuera una ardilla. Una bala de rifle le hizo descender más presto de lo que subió, cayendo al suelo largo a largo, exhalando un olor desagradable.

Volviendo al puercoespín, que los perros tuvieron buen cuidado de respetar, lo encontramos medio muerto, arrojando sangre del pescuezo, por las heridas que le había hecho la marta; al momento lo sacamos de penas, acabándolo de matar; cargamos con la marta, para quitarle la piel, y nos fuimos a casa, dejando la batida de alces para otro día.

Volvamos a la pesca.

Tan luego como despachamos el puercoespín, nos pusimos a extraerle las espinas a los perros, que aunque habían cesado de aullar, se conocía que les molestaban; pero a pesar de sacárselas con gran cuidado, se les empezó a hinchar la cabeza, hasta el punto de ponérseles deforme, sufriendo horriblemente. Bien castigados quedaron de su falta de precaución, y de seguro que no se volverían a arrimar tanto a otro puercoespín.

CAPITULO XXXII
El Coatí

Congo dejó colgado de un árbol el puercoespín para llevarlo a casa a la vuelta, y seguimos nuestra marcha hacia el pozo de los pescados. El negro tenía la intención de desollar el animal y comerse una parte de la carne, que según él, era tan sabrosa como la del lechón. Ninguno de nosotros quiso participar de su comida; pero convinimos en que sería buena para los perros, que de este modo se desquitarían de lo que habían sufrido, tanto más cuanto que nuestras escasas provisiones no nos permitían regalarlos mucho.

Poco después llegamos a la orilla del barranco nos encontramos en el pozo. Era éste un receptáculo largo y hondo, lleno de agua turbia, encerrado entre barrancas, y sombreado por árboles de espeso follaje. El barranco del lado opuesto era un poco bajo y cortado

[11] Especie de gorra, *Procion lotor*.

perpendicularmente; algunos trozos de madera medio cubiertos por el agua estaban colocados sobre él.

Nos acomodamos en el barranco más elevado, porque estaba cubierto de hierba fresca, y sombreado de palmeras, bajo las cuales, podían reposar las niñas. María se sentó junto a ellas y nosotros nos pusimos a pescar; todo lo que podíamos hacer era soltar los anzuelos y esperar que los peces mordieran la carnada. Conversábamos en voz baja para que no se asustaran, aunque esto es pura imaginación. No habían pasado cinco minutos cuando vimos aquí y allá un ligero movimiento en el agua, y en medio de los círculos que el movimiento producía, observamos unas cositas negras que parecían cabezas de culebras; por tales las tomamos al principio; pero Congo conocía mejor lo que eran habiéndolas visto en sus, pesquerías en Virginia.

-¡Viva l amo! -gritó entusiasmado, -aquí tá la totuga, echaíta.

-¡Tortugas! -exclamó Simón.

-Si l amito -replicó Congo, -la mema totuga, como que negrí tá bibo. E lo mejó cane pa el niño Congo; mejó que pecao y que toa otra cane. No hay naíta como la totuga.

Al tiempo que Congo hablaba, una de las tortugas saltó debajo del punto en que estábamos sentados y por su cabeza, larga y chata y las flexibles aletas que tiene a los lados, que mueve arriba y abajo al nadar conocí que era de las *trioni ,* o tortuga de concha blanda; en verdad era la llamada *trioni feroz* el más apetitoso plato que se puede poner en una mesa epicúrea.

Aquí, teníamos pues, otra golosina.

Me volví a Congo para preguntarle cómo la cogeríamos, cuando sentí que la caña que tenía se bajaba y conocí que tiraban del anzuelo; creí que era un pescado y empecé a cobrar, pero al salir a la superficie percibí que había pinchado una de las tortugas, indudablemente la misma que habíamos visto surgir poco antes. Era pequeña y con facilidad la sacamos a tierra donde la aseguramos poniéndola Congo boca arriba. Este nos dijo que dichos animales tienen la costumbre de morder cualquier cuerpo extraño que perciben en el agua, y pronto tuvimos prueba de la verdad de este hecho.

En poco tiempo cada uno de nosotros había cogido una buena porción bastante grande. Entretenidos estábamos con esta operación cuando el movimiento de un animal en la barranca opuesta, y como a cien varas distantes del punto en que estábamos sentados nos llamó la atención. Era muy conocido de todos nosotros y en cuanto Simón lo vi6, gritó:

-¡Mira, papá! ¡mamá, un coatí!

Efectivamente, era aquel animal. No cabía equivocación, el lomo ancho y negro, la cabeza y hocico aguzados y el rabo largo con fajas negras y amarillentas. Las piernas cortas y gruesas, las orejas paradas y las manchas blancas y negras de la cara, nos eran familiares, porque el coatí es uno de los animales más conocidos de América y lo teníamos entre nuestras fieras.

A su vista los ojos de Congo centellearon, porque no hay animal que entusiasme más a los negros de los Estados

Unidos que el coatí, que es para ellos lo que la zorra para los cazadores de Inglaterra. La caza de coatíes es una de las principales diversiones para el pobre esclavo de los Estados del Sur, en las noches de luna después que ha concluido sus rudas tareas del día.

Comen la carne de este animal aunque no es muy delicada. La zorra es muy estimada; así los ojos de Congo brillaban a la vista de su antigua víctima.

El coatí no nos había visto; que si no, hubiera aumentado la distancia que lo separaba de nosotros. Se arrastraba cuidadosamente por el barranco ya saltando sobre algún palo, ya parándose de cuando en cuando y mirando el agua atentamente.

-El viejo quiee pecá.

-¿Pescar? -dijo Simón.

-Sí l amo, pecá totuga.

-¿Y cómo las coge? -preguntó Simón.

-Tese quieto F amito y sumecé verá.

Nos quedarnos quietos observando sus maniobras, con la curiosidad de ver cómo haría para atrapar las tortugas, que todos, menos Congo, ignorábamos. Sabíamos que no se tiraba al agua porque aquellos animales nadan corno cualquier pez y que, además, muerden muy duro, tanto que podían muy bien arrancarle un pedazo de, cuero al atacarlas en su elemento; pero esta no era su intención, como nos convencimos luego. En la punta de uno de, los palos que estaban metidos en el agua vimos las cabezas de una multitud de tortugas que se movían en la superficie. El coatí

las vio también porque se fue acercando poco a poco, con los ojos fijos en los anfibios, y al llegar se subió sobre él con precaución. Metió la cabeza entre las piernas y poniéndola hacia el barranco empezó a resbalarse a lo largo del palo, con el rabo abajo.

Siguió poco a poco lentamente, hasta que metió el rabo en el agua y lo empezó a menear de, uno a otro lado, teniendo el cuerpo enrollado de tal modo, que nadie hubiera podido decir qué especie de bicho era.

No hacía mucho que estaba en esta posición, cuando una de las tortugas, viendo el rabo, nadó hacia él, y parte por curiosidad, parte por hambre, lo cogió entre sus córneas mandíbulas; pero apenas lo había agarrado, el coatí dio tan fuerte sacudida que la echó fuera del agua y la arrojó a la orilla del barranco. En tres brincos se puso al lado de su víctima y metiéndole el hocico por debajo la puso boca arriba, teniendo siempre el cuidado de mantener el cuerpo retirado de la boca de la tortuga, que quedó enteramente a merced de su enemigo; pero Congo no pudo aguantar más y se lanzó con los perros sobre su presa, él gritando y ellos ladrando.

La caza no duró mucho tiempo; en pocos minutos el ladrido de los perros nos anunció que el pobre estaba cogido, pues por su desgracia acertó a subirse en un árbol muy bajo donde Congo le podía alcanzar con su lanza, y cuando todos nosotros llegamos al lugar de la batalla, Congo, la había concluido y traía su trofeo arrastrándolo por el rabo, ya muerto. Volvimos a nuestra pesquería y aunque no

cogimos más tortugas, sí cuantos pescados quisimos; al volver a casa, María los preparó y nos los comimos con gran apetito.

CAPITULO XXXIII
Mariquita y la abe a.

Durante el invierno vimos poco nuestros, castores. En la estación fría permanecen encerrados en sus casas, no amodorrados, porque no pertenecen a la especie de animales que pasan en ese estado toda aquella época del año; pero sí encerrados empleando la mayor parte del tiempo en comer y dormir, aunque salen de cuando en cuando a lavarse; porque han de saber ustedes, que el castor es un animal de costumbres muy arregladas. No necesita, sin embargo, salir en busca de alimento, porque como hemos visto, hace su provisión de invierno.

La represa se conservó helada por muchas semanas en la mitad del invierno, y tan duro el hielo que podíamos andar por él sin que se rompiese.

Visitamos las casas de los castores, que eran tan fuertes y estaban tan bien aseguradas, que pudimos subir sobre ellas sin peligro alguno, siendo cosa difícil abrir una de ellas por

encima; ningún animal, incluso el lobo, a pesar de sus temibles encorvadas garras, lo hubiera hecho. Observamos que todas las puertas estaban debajo el hielo, dejando siempre franca la entrada, y cuando pisábamos con fuerza sobre el techo, era cosa de ver a través del hielo cómo los castores se revolvían asustados y se arrojaban al agua. Algunas veces nos poníamos a esperar que volviesen, pero nunca lo hacían. Esta circunstancia nos sorprendía, pues sabíamos que no podían vivir dentro del hielo sin aire. Pronto comprendimos que ellos sabían lo que hacían, y que habían puesto los medios de escapar del peligro de sofocarse. A un lado de la represa había un banco largo que salía por encima del agua y en el cual habían hecho varios agujeros, de tal modo practicados, que nunca se helaban; tan luego como los castores sienten ruido o de alguna manera se les inquieta, se lanzan a estos agujeros por donde se deslizan hasta la superficie del agua y toman aliento.

Era la época a propósito para coger castores, porque su piel es más valiosa en invierno que en otra estación; pero como he dicho antes, no era nuestra intención molestarlos hasta que no hubiera bastantes.

Lo plano y liso del hielo, nos sugirió la idea de correr patines, y tanto Simón como Leopoldo, eran muy aficionados a esta diversión que hasta a mí me gustaba.

La cuestión eran los patines; pero con un pedazo de madera blanda y liviana, en un momento se hizo la planta bien delgada; el hierro que teníamos eran las lañas del carro y no queríamos gastarlas en cosas inútiles, porque las

podíamos necesitar; sin embargo, comprendimos que no se perderían en los patines y que en cualquier momento que nos fueran precisas las podíamos quitar para emplearlas en otra cosa más útil. En poco tiempo teníamos hecho tres pares, los que nos atamos en los pies con correas de cuero de ve nado y nos pusimos a deslizar sobre el hielo con gran sorpresa de los castores, que asomaban la cabeza para vernos. María, Congo y las niñas se quedaron en la orilla viéndonos y palmoteando d alegría.

Con éstas y otras diversiones inocentes, pasamos agradablemente el invierno, y a la entrada de la primavera, Congo, con su arado de madera rompió la tierra y sembramos nuestro maíz. El plantío ocupaba casi un acre y teníamos la esperanza de que dentro de seis semanas cosecharíamos cerca de cincuenta almudes.

Por supuesto, que no olvidamos nuestros cien granos de trigo, que sembramos en uno de los ángulos, que, corno es de suponer, no ocupaban mucho espacio. María, tenía en su jardín hortalizas, papas silvestres y otras raíces que había descubierto en el valle, entre ellas, una especie de nabo llamado papa blanca o nabo indio. También tenía cebollas silvestres con las que hacía una sopa exquisita. Otras muchas raíces tenía en el jardín todas a cual mejores y que constituyen el alimento de millares de indios que habitan el *Desierto Americano.* Las tribus errantes llamadas Cavadores, les viene el nombre de que cavan la tierra para sacarlas y viven de estas raíces.

Por donde quiera brotaban flores y era cosa de ver la parte alta del valle cubierta de una alfombra de variados colores. Crecían en gran abundancia malvas, cleomes, ascleptas y amarantos. Con frecuencia hacíamos excursiones y paseos de campo a los lugares más bellos de nuestros dominios. La catarata de donde salía el arroyo, la fuente salada y otros semejantes eran puntos muy interesantes, y rara vez dejábamos de aprender algo nuevo en aquellas expediciones. Tanto María como yo, la emprendimos para instruir a nuestros hijos en los secretos de aquellas ciencias que nosotros conocíamos. No teníamos libros, pero hacíamos demostraciones prácticas con los objetos que nos rodeaban.

Un día nos metimos como de costumbre en una de las ensenadas. Era al principio de la primavera y precisamente cuando empezaban a aparecer las flores. Nos habíamos sentado a descansar en una cañada rodeada de magnolias; cerca había una cepa tupida de flores azules y Leopoldo, tomando a Mariquita de la mano, se dirigió a aquel punto a hacer un ramillete para su madre. Apenas habían llegado, cuando la niña dio un grito y empezó a llorar desesperada. ¿La habría picado alguna culebra? Alarmados con esta idea nos levantamos todos y corrimos hacia el punto donde estaban. La criaturita seguía llorando y con la mano nos hizo comprender que era allí que sentía el dolor. La causa era evidente, la había picado una abeja. Seguramente puso la mano sobre una flor en que alguna estaba extrayendo miel y

el insecto la había castigado por haberle querido interrumpir su placer.

Luego que con alguna aplicación calmante se le alivió el dolor, nos ocurrió a todos una reflexión. Había abejas en aquel lugar, y lo ignorábamos. En el otoño estuvimos muy ocupados con otras cosas, y en el invierno no las podíamos ver. La primavera y las flores las habían hecho salir.

Natural era inferir que donde hay abejas hay miel, y esta palabra tenía un sonido mágico a los oídos de nuestra comunidad infantil. La miel y las abejas eran el tema de conversación, y en mucho tiempo nada se habló que no contuviese alguna alusión a las colmenas, abejas o miel.

Registramos las flores para cerciorarnos de que había sido en realidad una abeja y no alguna pícara avispa la que había picado a nuestra Mariquita. Si era una abeja debíamos encontrar alguna compañera revoloteando entre las flores del amaranto.

No había pasado mucho tiempo, cuando oímos a Simón gritar: -¡Una abeja! ¡una abeja! -y al mismo tiempo a Leopoldo -¡Otra! ¡otra! -¡Girá! ¡quá! -exclamó Congo -quí tá l otra tá cuajaita é cera.

Encontramos tres o cuatro más, lo que probaba que había por lo menos una colmena en el valle.

La cuestión era encontrarla. Sin duda que en algún árbol hueco; pero, ¿en dónde se hallaría este árbol entre centenares que no difieren de él en apariencia? Este era el punto que teníamos que resolver y que más nos embarazaba, aunque no a todos, porque había entre nosotros un excelente cazador de

colmenas, el famoso Congo, que según él mismo decía había cogido muchas en la Vieja Virginia, tumbando los árboles y después bebiéndose la miel de que era más amigo que un oso; pues sí señor, Congo sabía castrar colmenas y así lo puso en práctica.

Tuvimos que regresar a casa a fin de que él pudiera arreglar sus instrumentos, y como ya era tarde resolvimos dejar la expedición para el día siguiente.

CAPITULO XXXIV
En busca de colmenas

El día siguiente se presentó templado y claro, a propósito para la operación. Después de almorzar salimos alegres con la esperanza de tener buena cacería. El más entusiasmado era Simón. Había oído hablar mucho de los colmeneros y deseaba saber cómo hacían la cacería. Comprendía que hallado un árbol con colmena, se derribaba con una hacha y luego que estuviera en tierra se le sacaría la miel que contuviera. Todo esto era muy fácil; pero ¿cómo se encuentra el árbol? Esta era la dificultad; porque como antes dijo, estos árboles no se diferencian en nada de los otros y el agujero por donde entran las abejas está casi siempre tan alto que no se pueden percibir estos pequeños desde el suelo. Se pueden conocer algunos porque a semejanza de los en que, viven ardillas, la corteza está descolorida cerca de la entrada porque las abejas se paran en él con las patas llenas de miel; pero hay que andar mucho en el bosque antes de reparar

esto. Los árboles de colmenas se encuentran por casualidad, pero un buen colmenero no se funda en esto, si quiere pasar portal.

Su procedimiento es sencillo. Busca la colmena y está seguro de encontrarla; sólo necesita Campo abierto para ejecutar sus maniobras. Debo advertir que las abejas hacen sus casas en lugares abiertos cerca de árboles que tengan flores, porque en los bosques muy espesos el tupido follaje no las deja nacer y, por lo tanto, no tienen los insectos de qué alimentarse.

Estos animales prefieren las cañadas claras y ensenadas que se encuentran en el Oeste.

Pues, como he dicho, todos estábamos ansiosos de ver cómo encontraría Congo el árbol con colmena, porque él se había guardado el secreto, a despecho de la curiosidad de Simón, que había llegado a su colmo. Los instrumentos que había traído consigo o como él los llamaba, los *aperos* eran sumamente sencillos. Consistían en un vaso de beber que afortunadamente se había salvado entre la cesta, una taza de meladura de arce y algunas motas de lana blanca arrancadas del rabo de un conejo. Cómo iría a usar aquellas cosas, pensó Simón lo mismo que todos nosotros, porque todos estábamos ignorantes y Congo parecía guardar su secreto hasta que nos lo hubiera enseñado prácticamente.

Por fin llegamos a las cañadas y entramos en una de ellas donde hicimos alto. Se despegó el carro, atamos a Pombo en la hierba y todos seguimos a Congo observando, sus movimientos. Los ojos de Simón estaban constantemente

sobre él como los de un lince, porque temía que hiciese alguna cosa sin que él la viese y la entendiese, Lo observaba como si Congo fuera algún encantador en el momento de hacer sus tretas. El negro seguía callado, indudablemente sin mostrarse orgulloso de su ciencia ni con el interés que había despertado con ella.

A un lado de la cañada había un palo seco, al cual se dirigió el cazador, y sacando su navaja raspó un pedazo de la corteza con el objeto de alisarle un espacio de pocas pulgadas, lo cual era suficiente para su empresa; puso un poco de meladura que ocuparía la superficie de un centavo, con la falda de la levita limpió bien el vaso hasta ponerlo como un diamante, y salió en busca de una abeja entre las flores.

Pronto encontró una chupando la miel de un amaranto. Congo se le acercó con gran cuidado y, volteando con destreza el vaso, la dejó encerrada con flor y todo poniéndole la mano que tenía cubierta con un guante de piel en la boca del vaso a fin de que la abeja no se le escapase; cortó el tallo y se vino con vaso, abeja y flor, a donde estábamos.

Al llegar al palo sacó con cuidado la flor. La abeja se quedó revoloteando en el fondo, que no era fondo porque Congo había vuelto el vaso boca abajo. Entonces lo arrimó al palo y lo puso sobre el pedazo raspado, cubriendo la meladura; lo dejó quieto y nos pusimos en observación.

La abeja asustada con la prisión, no cesaba de revolotear buscando una salida, corno era natural por la parte de arriba, hasta que, habiendo tropezado sus alas con la pared superior

del vaso, cayó sobre la meladura. Esta no era suficiente para dejarla pegada; pero probó el dulce y resolvió quedarse allí; parecía olvidada de su cautiverio, y metiendo su trompa dentro del líquido empezó a chupar con avidez.

Congo la dejó tranquila hasta que, se sació, y cogiendo el vaso lo separó del palo, se quitó los guantes Y la tomó con cuidado entre el pulgar y el índice; la abeja estaba como atolondrada. Enseguida la quitó del palo, la puso patas arriba y le enrolló en las patas una motita de lana de conejo que la sustancia glutinosa hacía más suave, arreglándola de tal modo, que no le tocase las alas y le impidiese volar. Toda esta operación la hizo Congo con tal destreza que nos sorprendió, como le hubiera sucedido a cualquiera que no supiese colmenear. Con tanta finura procedía, que no maltrató absolutamente el insecto, porque aunque sus dedos no eran muy pequeños, eran tan suaves como los de una mujer fina.

Acabada esta operación colocó con delicadeza la abeja sobre el palo.

El animalito parecía admirado con tan extraño tratamiento y permaneció inmóvil por algunos segundos, pero el calor de un rayo de sol la hizo volver en sí y viéndose libre extendió las alas y emprendió vuelo ascendiendo en línea recta a una altura de treinta o cuarenta pies; en este punto empezó a dar vueltas, lo que podíamos nosotros conocer por la mota de lana que llevaba atada en las patas.

Congo se volvía todo ojos, las pupilas se le dilataban el doble de su tamaño natural y el globo parecía salirse de la

cuenca. Movía la cabeza como si tuviese en el pescuezo un eje de rotación.

Después de describir varios círculos en el aire, el insecto se lanzó dentro del bosque. Todos lo seguimos con los ojos abiertos; pero la mota blanca desapareció a lo lejos y no pudimos verla más. Repararnos que había volado en línea recta como hacen siempre que se dirigen cargadas al colmenar, de donde viene la frase tan conocida en el Oeste, «la línea de la abeja» que tiene su equivalente en Inglaterra, «como vuelo de mosca» Congo sabía que conservaría esta línea hasta llegar al colmenar; tenía, pues, un eslabón de la cadena; es decir, la dirección del árbol en que estaba la colmena a contar del punto en que nos encontrábamos.

Pero evidentemente esto no era suficiente. La abeja podía pararse a la orilla del bosque o internarse veinte o cincuenta varas, quizás un cuarto de milla sin ir a su árbol. Era evidente, pues, que la línea en que estaba el árbol no era bastante por sí sola para darnos a conocer el lugar donde estaba la colmena y que podíamos pasar una semana sin encontrarla. Como Congo sabía todo esto de memoria, no se paró a reflexionar. Había observado cuidadosamente la dirección que había tomado el insecto y la marcó en el tronco de un árbol que estaba en la línea del vuelo de la abeja. Fue preciso hacer otra marca que correspondiese con la primera y, a este efecto, cortó con la navaja un oblongo en el palo, cuyo largo estaba en la dirección que había seguido la abeja. Esta operación la ejecutó con gran cuidado y, dirigiéndose al árbol que le había servido de marca, le hizo uno con el hacha.

¿Qué hará ahora? -pensamos. -Pronto nos lo vimos. Escogió otro palo distante unas doscientas vara del primero, le pulió un pedazo de la corteza y le hechó meladuras en la parte lisa. Cogió otra abeja y le hizo lo mismo que a la primera; todos vimos con sorpresa que había volado en dirección enteramente opuesta a la de aquélla.

-Eso naá -dijo Congo, -si tá mejó, dos comenas mejó que una -y marcó la dirección como habla hecho con la anterior.

Enseguida cogió otra abeja, le hizo lo mismo que a las anteriores y, soltándola, siguió otro camino distinto del que tomaron sus predecesoras.

-¡Biba! l amo. Boque tá yeno é mier. Tres comenas toas juntas.

Volvió a preparar el palo y cogió la cuarta abeja, que sufrió la misma operación. Esta, indudablemente, pertenecía a la misma colmena que la primera, porque siguió la misma dirección, que tuvo cuidado de marcar.

Teníamos el ovillo para saber el lugar donde estaba una colmena, y era bastante por el momento. Ayudados con las marcas que hizo Congo, nos sería fácil encontrarlas otro día, y prosiguió en busca de los números 1 y 4 .

Ya todos habíamos comprendido algo de lo que Congo se proponía y lo pudimos ayudar en sus maniobras. Ya se había determinado el lugar preciso en que estaba la colmena, que no era otro que el punto en que se cortaron las dos líneas trazadas por el vuelo de las dos abejas 1 y 4 , es decir, en el ángulo que formasen donde quiera que fuese. Esta era, pues,

la gran dificultad, hallar el punto. Si el terreno hubiera estado despejado, de modo que pudiésemos ver a una gran distancia, no habría ningún trabajo, porque podía hacerse lo siguiente: dos de nosotros se colocarían cada uno en uno de los palos que servían de punto de partida, y otro marcharía en la dirección de una de las líneas trazadas por las abejas; en el punto en que se encontraran al mismo tiempo en su proyección las dos líneas, ese sería el que se solicita. Esto se explica mejor con el siguiente plano:



Supongamos que A y C son los palos de donde partieron, respectivamente, las abejas 1 y 4 y que A B y C B es la dirección seguida por cada una; si como es de creerse se dirigían a su casa, ésta se encontrará situada en el punto B. No Podíamos precisar este punto porque perdimos de vista las abejas a pocas varas, de los palos A y C; pero sin necesidad de esto, si el terreno hubiera estado descuajado, lo hubiéramos encontrado con facilidad del modo siguiente. Yo me hubiera colocado en el palo A y Congo en el C, enseguida hubiera mandado a uno de los muchachos, a Simón, por ejemplo, a que siguiera la línea A D. Esta línea era fija porque

era conocido el punto D. Al llegar a D, Simón hubiera seguido conservándola misma dirección y en el momento en que llegase bajo la visual de Congo, quo constantemente la dirigiría en dirección C E, también línea fija, estaría a un mismo tiempo en las dos líneas y, por consiguiente, en el punto de intersección. Este, según las leyes de la caza de abejas, es el lugar donde se encuentra la colmena y, como antes he dicho, nos hubiera sido fácil encontrarla, a no ser por los árboles; pero éstos nos interceptaban la visita y cuando Simón hubiera pasado del punto D, en que empezaba el bosque, lo hubiéramos dejado de ver y no podríamos determinar el B.

Yo no sabía cómo vencer la dificultad, porque el bosque al lado de la línea D E era muy espeso; pero Congo estaba tranquilo. El sabía cómo encontrar el punto B y la colmena tan bien corno yo lo he explicado.

Colocando uno de los muchachos en la estación, de modo que pudiese verlo por sobre la hierba, tomó el hacha, se la echó al hombro y marchó en el sentido de la línea A D; en este último punto empezaba el bosque; siguió en la dirección indicada hasta encontrar otro árbol que estuviese en línea recta con los otros dos y lo marcó. Siguió adelante, hasta otro que correspondiese con los dos últimos, y así, prosiguió formando prolongación de la línea A D por un buen espacio en el bosque. Regresó después al punto E, mandó que uno de nosotros se colocase por un momento en C y empezó a marchar hacia atrás en la Prolongación C E.

Entonces no siendo necesaria nuestra presencia en los palos, nos unimos a él.

A cien varas, más o menos, de la orilla de la cañada, las líneas marcadas se acercaban una a otra. En este sitio había algunos árboles muy grandes, y el instinto dijo a Congo que en uno de ellos estaba la colmena. Bajó el hacha y alzó los ojos; todos hicimos lo mismo tratando de descubrir los insectos que, indudablemente, debían estar revoloteando entre las ramas altas.

Al instante, una exclamación de Congo nos hizo entender que la caza había concluido; *habíamos hallado la colmena.*

Ciertamente: en la parte alta de un gran sicomoro se descubría la entrada. Observamos la corteza descolorida por el tráfico de las abejas y a ellas mismas revoloteando, entrando y saliendo. Era un árbol muy grande, con un agujero capaz de contener un hombre; indudablemente perforado hacia arriba, hasta el punto donde las abejas habían construido su nido.

Como habíamos pasado mucho tiempo buscando, se nos hizo tarde y resolvimos dejar la operación de castrar la colmena para el día siguiente, procurándonos deliciosa miel. Con esta determinación y satisfechos de nuestra obra, volvimos a casa.

CAPITULO XXXV
Otro ladrón de miel.

Teníamos que tomar en consideración algunas circunstancias antes de proseguir con la cuestión de las abejas. ¿Cómo sacaríamos la miel? Por supuesto, que tumbando el árbol y abriendo el tronco, se contestará. Está bien, así se haría; pero hay algo más. Es muy fácil tumbar y hender un árbol cuando se tiene una buena hacha; pero es muy diferente coger los panales de ocho o diez mil abejas que cada una tiene un aguijón muy afilado. No teníamos azufre, y si lo hubiéramos tenido nos hubiera sido útil mientras el árbol estuviese en pie, pero una vez en el suelo no nos podríamos acercar. Los insectos se pondrían furiosos.

Pero Congo sabía algo más que encontrar el colmenar. Conocía el modo de entretener las abejas y robarlos la miel con tanta habilidad como la que desplegó para lo primero. De acuerdo con sus instrucciones, se hicieron dos pares de guantes de piel de gamo. Uno estaba ya hecho y María

concluyó el otro en un momento, como los que se usan para recoger cardos, con sólo un dedo, el pulgar, y todos los otros juntos. Un par era para Congo y otro para mí. Los demás no debían tomar parte en el robo, manteniéndose a una distancia respetable.

Además de los guantes, se hicieron dos máscaras de piel de alce, con cuerdas, para atárnoslas en la cara. Esto, con nuestros sobretodos de cuero de venado, nos protegía contra las picadas de todas las abejas del mundo.

Armados con todos estos instrumentos nos dirigimos al árbol de la colmena. La marcha se hizo como de costumbre; cargamos con el hacha para tumbar el árbol y varias vasijas para recoger la miel.

Al llegar a la cañada desenganchamos el carro amarramos a Pombo como habíamos hecho la víspera. No quisimos llevarlo más lejos, no fuera que las abejas tratasen de tomar su revancha picándolo. Sacamos los utensilios del carro y nos dirigimos, hacia el árbol donde llegamos en poco tiempo.

Alzamos la vista y observamos que había una conmoción inusitada entre las abejas. Una multitud revoloteaba en la puerta y otras entraban y salían. Como todo estaba quieto, podíamos percibir el zumbido. ¿Qué significará esto? Habría salido algún enjambre. Congo creía que no; aún no era tiempo; pero era tan extraño lo que pasaba, que no entendía palabra.

-Mirá l amo -dijo después de ¡in momento de observación, -negrí cré que bicho tá moletando bejita.

Efectivamente, pero no se veía ningún animal cerca del agujero, y ninguno, por grueso que tuviera el enero, se atrevería a acercárseles. El orificio no tenía más de tres pulgadas de diámetro, y ni una ardilla, marta o comadreja se hubieran resuelto a poner allí las narices. ¿Cuál sería, pues, la causa de la alarma?

El día era el más caluroso que habíamos tenido hasta entonces, y era probable que el calor las hubiese hecho salir. A falta de mejor explicación, nos dimos por satisfechos con ésta y nos preparamos para derribar el árbol.

No parecía cosa difícil. Como he dicho antes, estaba hueco y cerca del suelo apenas tenía la corteza que nos era fácil cortar. Así, pues, Congo puso manos a la obra y empezaron a saltar las astillas del sicomoro en varias direcciones.

Habría dado como una docena de hachazos, cuando un ruido singular, una mezcla de gruñido y bufido, nos llamó la atención.

Congo se paró y empezamos a vernos sorprendidos y aterrorizados. Digo aterrorizados, porque había algo de terrible en el ruido y porque sabíamos que era producido por algún animal grande y feroz. ¿En dónde estaría? ¿en el bosque? paseamos la vista de uno a otro lado, pero nada encontramos. El bosque no era muy tupido en aquel punto, y si hubiera algo cerca lo podríamos ver con facilidad.

Otra vez el mismo ruido resonó en nuestros oídos; parecía salir de las entrañas de la tierra. *o, salía del árbol.*

-¡Viva! l amo é un joso, ya te conoco.

-¡Un oso! exclamé -¡un oso en el colmenar! ¡Corre, María! ¡váyanse a la cañada! -e hice que mi esposa e hijos abandonaran el puesto. Simón y Leopoldo querían quedarse con sus rifles y me costó trabajo hacer que se marchasen; al fin lo logré diciéndoles que ellos debían estar al lado de su madre y de las niñitas para defenderlas en caso de que el animal las atacase. Esto pasó en pocos segundos y quedamos solos. Evidentemente, el oso se había introducido entre el tronco hueco y de aquí la confusión de las abejas. El hacha de Congo lo había alertado y bajaba.

¿Qué haríamos? ¿tapar el agujero? No había con qué ni nos daría tiempo.

Yo tomé mi rifle y Congo el hacha, lo amartilló en disposición de disparar en cuanto el oso asomase la cabeza. Con gran sorpresa vimos que, en vez de la cabeza, salía una masa de pelo áspero y negro que comprendimos eran el anca y cuartos traseros del animal. Bajaba con el rabo hacia abajo aunque no lo asomaba; la razón es clara, no tenía.

No nos detuvimos a examinar esta circunstancia. En cuanto asomó la cadera le disparé y enseguida Congo le dio tan fuerte hachazo que creímos era bastante para acabar con él; pero de repente desapareció. Había vuelto a subir por dentro del tronco.

¿Qué sucedería? ¿ Iría a voltearse y a ponerse con la cabeza hacia abajo? Si esto era así mi rifle estaba vacío y Congo podía errar el golpe y dejarlo salir.

Volví la vista y encontré los dos sobretodos de cuero de venado. Eran suficientes para tapar la boca de la cueva; puse

el rifle a un lado y les echó mano. Hicimos un rollo con ellos y tapamos enteramente el agujero.

Cuando estábamos en esta operación observamos que salía sangre del tronco; el oso estaba herido y no era probable que nos molestase por un rato, mientras uno sujetaba la tapa el otro traía grandes piedras que íbamos apilando hasta que la dejamos completamente segurada.

Examinamos el tronco para averiguar si había alguna abertura por donde pudiera salir y caernos encima. No había más que la boca de la colmena y no era suficiente ni para sus narices, por agudas que las tuviese. Maese Bruno había caído en la trampa.

Suponiendo que María y los niños estaríamos intranquilos corrí a la cañada a darlos cuenta de lo sucedido. Los muchachos dieron gritos de alegría y nos fuimos todos juntos al lugar de la escena, puesto que el peligro había pasado, tanto como si no hubiera otros osos más cerca que los del Polo Norte.

Lo teníamos tan seguro, que no había temor de que se escapara; pero ¿qué haríamos para cogerlo y matarlo corno habíamos resuelto? No podíamos consentir que semejante fiera saliese, porque indudablemente hubiera atacado a cualquiera de nosotros. Al principio creí que era un oso pardo y esto me dio más miedo porque es casi imposible matar' uno de esta especie de un balazo; sin embargo, reflexionando me convencí de que no era, porque este animal, a diferencia de su primo el negro, no trepa a los

árboles. Era, pues, un oso negro el que, habíamos encontrado.

¿Pero cómo acercársele? ¿lo dejaríamos allí has, ta que muriese de hambre? No podía ser, porque se Comería toda la miel, si ya no lo había hecho. El podía, ayudado de sus grandes uñas, ensanchar la boca de la colmena. Teníamos, pues, que adoptar otro plan.

Nos ocurrió que debía estar en el fondo de la cavidad empujando los sobretodos con la cabeza.

Esto no lo podíamos asegurar porque no lo sentíamos gruñir y, o estaba demasiado bravo, o muy mal herido para hacerlo. ¿Cuál de las dos cosas sería? De todos modos era lo cierto que no hacía el menor ruido. Debía estar bien cerca de nosotros, y así adoptamos el plan de abrir un pequeño agujero en el árbol encima del otro, y, por allí dispararle un tiro con el rifle. Congo se puso a la obra en el acto y empezó a hacer el agujero.

En pocos momentos quedó horadada la cáscara y pudimos ver por dentro de la cavidad; pero Maese Bruno no estaba visible; estaba más arriba, la primera prueba le salió mal y le quitó las ganas de exponerse otra vez.

-Vamos jumalo pa que caiga -exclamó Congo.

Exactamente, ¿pero cómo? metiendo hojas y hierba secas en el agujero que Congo acababa de hacer y dándoles fuego; pero se quemaban los sobretodos. Los quitaríamos y pondríamos en su lugar piedras; esto resolvimos y nos pusimos a la obra; llenamos el agujero con hojas y hierba

seca, arreglamos algunos achos, dimos fuego y tapamos la boca con hierba verde para que el humo no se escapase.

Al momento nos convencimos de que todo iba bien. De la boca de la colmena salía una columna de humo azul y las abejas espantadas abandonaban el nido en confusión. Si hubiéramos pensado en esto desde el principio, no hubiéramos necesitado de los guantes y las máscaras.

Maese Bruno sintió pronto el efecto y empezó a gruñir que daba miedo. De cuando en cuando daba un bufido que remedaba la tos de un asmático. Poco después los gruñidos se convirtieron en lamentos, más tarde en quejidos, hasta que por fin todo quedó en silencio. Oímos como que había caído un cuerpo pesado sobre la tierra. Era el oso que se había desprendido desde arriba.

Esperamos un rato, no se oía nada, destapamos el agujero de arriba y nos envolvió una nube de humo. El oso debía estar muerto. Ninguna criatura podía vivir en semejante atmósfera. Introduje mi rifle por el agujero y sentí el cuerpo blando del animal, flexible y sin movimiento. Estaba, muerto. Convencidos de esto quitamos las piedras y lo echamos fuera. Ciertamente, el oso estaba muerto o al menos, casi; pero para estar más seguros Congo le asentó un hachazo en la cabeza. Su largo y áspero pelo estaba materialmente lleno de abejas muertas y, atolondradas que, como él, habían sido sofocadas con el humo y habían salido de los panales.

Apenas habíamos acabado con el oso, cuando otra circunstancia nos llamó la atención; el árbol estaba ardiendo.

La fibra seca del interior de la cueva se había incendiado, con las hojas y hierbas y chisporroteaba que daba horror. Nuestra miel se iba a perder.

Final bien triste, por cierto, cuando nos prometíamos tener postres en la comida.

¿Qué haríamos para salvarla? Lo único era cortar el árbol, cuanto antes, entre la colmena y el fuego.

¿Tendríamos tiempo? El fuego había subido ya muy arriba con la abertura del agujero se había formado una especie de chimenea que tiraba admirablemente bien.

Al ver esto tapamos de nuevo el agujero; Congo empezó a hachear con tal empeño que era cosa de ver saltar las astillas.

Al fin el árbol comenzó a estallar y todos nos retiramos, excepto Congo, que sabía de qué lado iba a caer, y por lo tanto no temía que lo despachurrase. Era hombre que sabía lo que tenía entre manos.

Cr-r-rac-cr-r-rac -dijo el gran sicomoro y vino abajo rompiendo sus ramas en mil pedazos.

Apenas estuvo en tierra cuando vimos a Congo golpeando con el hacha como que tratase de cortar la cabeza a un gran monstruo.

En pocos minutos abrió la cavidad y vimos con satisfacción que el fuego no había llegado a la colmena. Los panales estaban bien ahumados y enteramente sin abejas, así no usamos ni las máscaras ni los guantes para extraer la miel.

Bruno se nos había anticipado; pero no se saboreó por mucho tiempo; sólo perdimos uno o dos panales.

Teníamos bastante. Era, indudablemente, una colmena muy vieja porque nos dio miel para llenar todas las vasijas.

Pusimos el oso en el carro porque tanto sus perniles como la piel vallan la pena, y dejando arder el viejo sicomoro dimos frente la casa.

CAPITULO XXXVI
Combate de gamos

Nuestro objeto principal no estaba cumplido aún. Con excepción de los pavos, ninguno de los otros animales que habíamos cogido, nos servía para alimentarnos. Deseábamos proporcionarnos algunos venados y para lograrlo formamos varios planes.

Habíamos visto con frecuencia que los cervatillos seguían a sus madres; pero no habíamos podido coger ninguno, aunque hicimos varias excursiones con ese objeto. Sin embargo, algún tiempo, después logramos capturar, no un cervatillo, sino un par de gamos viejos, de la familia de los venados colorados. Las circunstancias que acompañaron este hecho fueron muy singulares y voy a referirlas.

Salimos un día Simón y yo en busca de un venado, con la esperanza de hallar algún cervatillo y cogerlo vivo, con ayuda de Cástor y Pólux, a quienes con anticipación habíamos puesto un bozal a fin de que no lo maltrataran al

encontrarlo, como se hace en mi país en semejantes casos. Nos dirigimos a la parte más alta del valle, donde había más probabilidades de hallar lo que buscábamos; pero como no sabíamos cuándo saldrían los venados del bosque nos pusimos a vagar, aquí y allá, poco a poco, observando todos los movimientos y ruidos; por fin llegamos a la orilla de una pequeña cañada, que podíamos ver por estar clara la selva, y en la cual solíamos hallar los venados; nos metimos en ella con cuidado, teniendo cada uno un perro agarrado por el collar que previamente les habíamos hecho. De repente, un ruido que venía del interior de la cañada nos alertó. Parecían las pisadas de animales muy grandes, en tierra firme, al mismo tiempo que se apercibía un sonido como el que hacen dos hombres jugando al garrote. De cuando en cuando se oía como el resoplido de un caballo. Por supuesto que Simón y yo detuvimos nuestra marcha. Los perros paraban las orejas y querían saltar, pero nosotros los sujetábamos mientras escuchábamos. Por vida mía, que ni yo ni mi compañero podíamos figurarnos lo que pasaba en la cañada.

-¿Qué será, papá? -preguntó Simón.

-No tengo la menor idea -repliqué.

-Deben ser animales -añadió, -y bastantes, para hacer tal ruido. Ese me parece que es el bufido del venado; yo creo que ellos bufan así.

-Puede ser, o tal vez sean alces; pero ¿qué estarán haciendo?

-¡Quién sabe! estarán peleando con algún otro animal; quizás alguna pantera o algún oso.

-Si es así, lo mejor es tomar cuanto antes el camino que trajimos. Pero yo creo que no es eso. Ellos no se exponen a pelear con esos animales: tanto los alces como los venados confían más el sus patas que en sus cuernos para librarse de las panteras y osos. No, no es eso; pero en fin, adelantémonos y salgamos de la duda. Sujeta el perro y ven. -Nos acercarnos con gran cautela procurando que no se sintiera el ruido de nuestras pisadas en las hojas secas. Delante teníamos un matorral espeso de lechosos y nos dirigimos a él contando con que sus anchas hojas nos cubrían; al llegar nos hallamos en un punto donde teníamos a la vista toda la cañada. Allí encontramos la causa de todos los ruidos, que eran cada vez mayores.

En todo el medio de la cañada habían seis venados colorados. Eran todos gamos a juzgar por sus grandes mogotes. Estaban peleando dos a dos y a veces tres o cuatro de ellos se avanzaban juntos en batalla general. Enseguida se separaban y poniéndose a alguna distancia, se avanzaban de nuevo con ligereza dando furiosos resoplidos. Otras veces se encogían y, poniendo juntas las cuatro patas, saltaban sobre su adversario y se enterraban los afilados cuernos, que retiraban cubiertos de sangre y pelo. Los ojos les brillaban como ascuas, y todo su aspecto respiraba ira.

Al momento conocí lo que aquello significaba. Era la primavera, y los caballerescos gamos estaban combatiendo por alguna hermosa, como tienen de costumbre todos los años.

Estaban fuera del alcance de nuestros rifles y nos quedamos en observación esperando que se acercasen. La pelea seguía con furia. A veces se avanzaban con tal violencia que del choque salían rodando por el suelo; pero se separaban de repente y volvían a la carga con mayor empeño.

Nuestra atención se fijó principalmente sobre los dos más grandes y que parecían los más viejos a juzgar por el número de ramales. Ninguno de los otros se mezclaba con éstos y desde el principio los dejaron pelear separados -, como los más importantes. Se daban algunas cornadas y se separaban enseguida como de mutuo acuerdo, poniéndose a distancia de unas veinte varas uno del otro. Erguían el cuello y recogiéndose de nuevo, volvían a la carga, chocando sus cabezas como dos carneros. Al encontrarse sus cuernos crujían de un modo horrible, y a cada momento Simón y yo esperábamos ver caérseles un par; pero no había tal cosa. Permanecían quietos por un momento, cabeza con cabeza, como tomando aliento y luego empezaban de nuevo la pelea. En uno de estos choques se quedaron por largo rato con las cabezas unidas y con las narices abiertas husmeando el uno al otro. Indudablemente peleaban de un modo distinto a los demás. Volvimos la vista hacia los otros que se nos iban acercando y nos dispusimos a disparar. Al fin se pusieron a tiro o hicimos fuego casi simultáneamente. Uno de ellos cayó al doble disparo y los otros tres, al apercibirse del peligro, dejaron la pelea y desaparecieron como un relámpago. Simón y yo nos lanzamos hacia donde habíamos dirigido el tiro, y creyendo que otro de ellos, al que Simón había apuntado,

estaba herido, soltamos los perros en su persecución; por supuesto que nos habíamos agachado para hacer esta operación, y cuál fue nuestra sorpresa al ver que los dos viejos gamos seguían más empeñados que nunca en su contienda, cabeza con cabeza.

Nuestra primera intención, fue volver a cargarlos rifles; pero los perros, en vez de seguir los fugitivos, corrieron sobre los dos combatientes, y en un brinco se pusieron a su lado. Simón y yo corrimos también hacia ellos, y nuestra sorpresa llegó al colmo al ver que los dos gamos se quedaban tranquilos como si el odio que se tenían fuese superior al miedo de cualquier otro peligro. Cuando llegamos, ya los perros los habían puesto de rodillas, y entonces comprendimos la causa de aquel combate singular; no podían separarse; los *mogotes del uno estaban trabados con los del otro* y tan bien asegurados como si estuviesen atados con sogas de su propio cuero, llegando a tal punto que, después de haberles quitado los perros de encima y asegurádolos bien, encontramos que tenían los cuernos tan entrelazados, que nos era imposible separarlos.

Les habíamos hecho la injuria de creerlos tan tenaces: Sus sentimientos hostiles habían cesado hacía tiempo sin duda, desde el momento en que se vieron en esta situación embarazosa. Ahora estaban nariz con nariz, asustados y con la cabeza gacha como avergonzados del estado en que los había puesto su mal proceder.

Después de trabajar mucho, Simón y yo convinimos en la imposibilidad de convertirlos en dos. La cornamenta, que

como se sabe, es elástica, se habla encorvado con los esfuerzos que habíamos presenciado y nos era imposible enderezársela de nuevo. Hubiera sido preciso una máquina de algunos caballos de fuerza para lograrlo. Mandé a mi compañero en busca de Congo con su serrucho y carro para llevar el que habíamos muerto, y unas cuerdas para atar los prisioneros. Entretanto yo me ocupé de desollar aquél, dejando quietos a los otros. No había miedo de que se escapasen. Ni había motivo para estar bravos o acobardados, porque no intentábamos matarlos; nuestra idea era otra. Los lobos u otros de sus numerosos enemigos, los habrían tratado peor y si no los hubiéramos encontrado, habrían perecido. Hubieran sufrido sed y hambre por algunos días antes de morir. Tal es el destino de muchos de estos animales.

Pronto llegó Congo con todos los instrumentos, les aserramos un cuerno y los separamos y acomodando los tres en el carro nos fuimos a casa triunfantes.

CAPITULO XXXVII
La trampa de hoyo.

Congo había terminado el parque para los ciervos que constaba de varios acres con arbolado en parte y en parte sobre el raso inmediato a la casa. Hallábase rodeado por todos lados con cerca a pique, de estaca y vara, de manera que los animales no pudieran salvarla; uno de los costados miraba al lago del cual se sacó una sangría para formar un pozo dentro del cercado. Echarnos dentro de él nuestros animales, dejándolos en absoluta libertad de hacer lo que quisieran.

El más vivo deseo que a Simón y a mí nos ocurrió fue conseguir una o dos hembras que les hicieran compañía. No parecía probable que pudiésemos conseguirlas como lo hicimos con los machos, porque la hembra de esta especie carece de mogotes. ¿Cómo, pues, atraparlas? En resolver el problema nos devanábamos los sesos.

Sentados alrededor del fuego por las noches hablamos una y otra vez sobre esté particular. Ocurríanos a ocasiones matar una que tuviese hijuelos para quitárselos pues es sabido que estas afectuosas criaturas no se apartan de la madre aun después de caída al disparo del cazador; pero eso era muy cruel y la mamá que nos oía discutir el plan, presentó inmediatamente su protesta en contrario. Lo mismo hizo Leopoldo, cuyo buen natural no permitía ver matar ni una mosca, excepto en casos de absoluta necesidad. Sin embargo, el mismo Leopoldo y su mamá a fuer de entomologistas, ornitologistas y botánicos habían matado más de un insecto, como se podía ver en el gran cuadro colgado a la pared, donde tenían empaladas moscas, cigarrones y grandes y brillantes mariposas. Creo que mis dos filántropos habrían defendido el punto muy mal ante tan elocuente argumento corno el que a la vista teníamos. Pero, sin embargo, ni Simón ni yo pensábamos en adoptar el expediente, porque harto sabíamos que los cervatillos tardan mucho en crecer y nosotros necesitábamos una o dos madres inmediatamente.

-Si las cogiéramos en una trampa -insinuó Simón -¿ Por qué no cogerlas como Leopoldo cogió sus pavos?

-Creo que no las cogerías en una trampa como la que sirvió para los pavos.

-Pero, papá -volvió a decir Simón, -yo he leído que hay muchos géneros de trampa. De una me acuerdo que se hace con una cerca como la de nuestro parque, con una sola entrada y dos líneas que se abren como las piernas de un compás y entran en el bosque. Por esta especie de embudo,

se mete el venado y los cazadores lo siguen por detrás hasta llegar a la puerta que cierran tras él. Yo creo que la puerta se puede hacer con facilidad. Vamos a probarlo.

-Creo que no conviene, porque en primer lugar nos llevaría mucho tiempo el labrar las estacas para hacer una cerca tan grande como la que se necesita, y en segundo lugar no tenemos ni hombres, ni perros, ni caballos para correr el venado en la dirección conveniente. Es cierto que a fuerza de trabajo podríamos conseguir el objeto; pero me parece que podemos usar otra trampa con muchas menos dificultades.

-¡Bravo, papá! ¿Cuál es, cuál es?

-¿Te acuerdas de aquella multitud de huellas que vimos entre dos grandes árboles?

-Por supuesto, allá junto al manantial de la sal. Como que usted nos dijo que era la vereda por donde los venados y otros animales iban a lamer las rocas salinas.

-Corriente; pues cavemos un hoyo entre los dos árboles, lo cubrimos con ramas, hierba, y hojas y veremos en qué para.

-¿Qué dices tú a eso?

-¡Oh! ¡una trampa de hoyo! ¡buenísima!

A la mañana siguiente, armados con el hacha, la pala y el carro salimos acompañados de Congo, que llevaba el caballo. Empezamos por delinear el tamaño del hoyo que debía medir ocho pies de largo y de ancho el espacio entre los dos árboles hasta rayar con sus principales raíces. Congo tomó la pala y fue cavando, al paso que yo con el hacha iba cortando las raíces según iban quedando al descubierto. Entretanto,

cortaba Simón con la hachuela cañas y arbustos para formar el piso falso. La tierra la cargamos a alguna distancia en medio del bosque, procurando que en el lugar quedase la menos posible. La tierra estaba por fortuna muy floja y fácil de cavar, de manera que en poco menos de cinco horas habíamos hecho un hoyo de unos siete pies de profundidad, lo bastante, estábamos seguros, para que ningún venado pudiera escapar de él.

Atravesamos los durmientes y encima un enrejado de cañas, sobre las cuales tendimos la hierba y las hojas procurando remedar, en cuanto era posible, la apariencia del bosque en contorno. Recogimos con mucho cuidado la tierra sobrante, borramos todas las señales del trabajo, pusimos nuestras herramientas en el carro y partimos otra vez para la casa. Nada más podíamos ya hacer sino aguardar a que alguna mal avisada res cayera en el garlito.

Con el alba del siguiente día hicimos una visita a la trampa y mucho fue nuestro regocijo al ver, conforme nos acercábamos, que la cubierta había caído.

-Presa, hemos hecho -dijo Simón, mientras todos apretábamos el paso; -pero ¡cuál fue nuestro asombro al ver dentro del hoyo el esqueleto de un animal que inmediatamente reconocimos que era de un venado! De venado eran los cuernos y los pedazos de pellejo que había por todas partes. Dentro de la trampa sobraban pruebas de que en ella se había sostenido fiera lucha y tanto las varas como la hierba que el animal había hundido al caer, se

hallaban manchadas de sangre y pisoteadas en el fondo del hoyo.

-¡Qué es esto! -exclamó Simón, cuando contemplábamos el inesperado cuadro - Mira, papá, te digo que han sido los lobos.

-Sin duda, hijo, ellos han debido ser. El venado cayó por la noche y los lobos le brincaron encima y no han hecho con él mala cena.

-Pero no ha de ver usted, papá -dijo Simón con mal humor, -que hayamos nosotros hecho una trampa tan buena para regalar a estos bribones es una lástima.

-Ten un poquito de paciencia y ya veremos cómo se ha de castigar a tales brutos. Vete a casa y tráete a Congo con el carro y las herramientas Dile que no olvide la canasta grande.

A poco se presentó Congo con su pala y el carro y volvimos al trabajo del hoyo, ahondándolo a punto de que necesitábamos la canasta que Congo había hecho, para sacar la tierra. Le atamos una soga de cuero de venado y la hacíamos bajar al fondo del hoyo para llenarla de tierra, luego la vaciábamos en el carro. Como el trabajo era fuerte, alternábamos Congo y yo con la pala y la canasta. Dos horas después habíamos aumentado en cuatro pies la profundidad del hoyo que contaba ya doce. Cortamos los costados tan perpendicularmente como podíamos y hasta les hicimos chaflán. Cubrimos de nuevo la entrada y le pusimos hojas frescas y hierba encima.

-Ahora -nos dijimos, -veremos si hay algún lobo tan mentecato que caiga en la trampa. Podrá matar el venado, pero a su vez caerá en nuestras manos.

La mañana siguiente salirnos a ver el resultado.

Ninguno se quedó en casa. Congo llevaba su lanza y Simón y yo nuestros rifles. Leopoldo llevaba un arco. De seguro que el lobo no se escaparía.

Ya cerca de la trampa, Simón, que se nos había adelantado algunos pasos, se volvió corriendo a avisarnos que la trampa estaba caída y que había un animal dentro. Gran noticia era y nos apresuramos a ver lo sucedido. Pronto estábamos al borde del hoyo y dirigíamos nuestras miradas al fondo.

Como el hoyo no era muy ancho, estaba obscuro por dentro y era difícil ver claro; sin embargo, se veían brillar como ascuas varios ojos de animales -¿Qué podría ser? -nos preguntábamos -¿Serían lobos? Por supuesto que lobos debían de ser.

Hice retirar a los demás y me arrodillé a orillas de la trampa para mirar mejor. Conté hasta seis pares de ojos de varias formas y colores. La trampa parecía llena de animales de todas clases.

De repente me ocurrió que debía haber entre ellos alguna pantera y como yo sabía que estos animales pueden saltar, me alarmó, me puse de pie y dije a María, que se fuese al carro con las niñas y nosotros nos pusimos a alguna distancia a averiguar qué especie de fieras había encerradas. Volvimos a la trampa, apartamos la hierba y examinamos de

nuevo. ¡Qué dicha! el primer animal que vimos era una cierva colorada y lo que era mejor, junto a ella un par de animalitos de su mismo color y con manchas blancas que al punto reconocimos por sus hijuelos. Buscamos luego con la vista los dueños de los otros ojos que había visto y descubrimos en los rincones más obscuros tres cuerpos de color rojo pardusco que parecían de otros tantos zorros. Pero no eran zorros, sino lobos, lobos ladradores de las sabanas, que, por lo visto, no ladrarían más, aunque sí gruñían cuando Congo los pinchaba con la lanza hasta que acabó con ellos.

Ya se nos había reunido María, Congo bajó al fondo de la trampa y aseguró la cierva y cervatillos que muy luego acomodamos en el carro. También sacamos los lobos y los botamos lejos, armando de nuevo la trampa para seguir nuestras cacerías. Fuímonos luego a casa, contentos con el ingreso obtenido en nuestra colección.

No menor ventaja era la de haber quitado del medio los tres lobos, que así se disminuía el gran número de estos animales que habitaban el valle y que nos habían hecho bastante daño. No podíamos dejar fuera un pedazo de carne sin que se lo llevaran, y hasta se habían atrevido a introducirse en el parque y perseguir los gamos; pero afortunadamente los oímos y los espantamos, ayudados por los perros.

Es curioso que estos animales hubieran dejado quietos a la cierva y sus hijuelos que hubieran podido matar y devorar en un momento, y, sin embargo, ni un pelo les tocaron. No hallábamos a qué atribuir tan extraña conducta; pero luego

que estudiamos las costumbres de aquellos animales, nos explicamos el misterio. Ninguna fiera de las que habitan este valle, es tan sagaz como el lobo sabanero. El mismo renard tan famoso es un tonto, comparado con su primo el lobo ladrador. De esto nos convencimos una vez que tratamos de atrapar algunos. Primero nos valimos de una trampa de suelo como la en que cogió Leopoldo los pavos. Le pusimos de cebo un magnífico pedazo de tasajo; pero aunque encontramos huellas cerca de la trampa y particularmente del lado donde estaba la carne, ninguno se había atrevido a entrar en la trampa. Otra vez pusimos el cebo entre lazos de cuero de venado y encontrarnos que se habían llevado el tasajo y destrozado las sogas como lo hubieran hecho las ratas. Luego probamos con la trampa llamada de número cuatro, que armamos con una plancha hecha con cañas, a la cual le pusimos bastante peso y todo lo arreglamos del modo más tentador y disimulado. Fuimos a verla luego y la encontramos caída. Creímos que habíamos cogido un lobo; pero buen chasco nos llevamos: no había lobo alguno y lo que es peor, se habían llevado el cebo. La explicación era fácil: habían perforado la tierra y hecho un pasaje subterráneo con salida a algunas varas de distancia, y la circunstancia de que se conocía que habían hecho la perforación antes de que la trampa hubiera caído, como se podía probar por la forma del agujero de entrada. Por supuesto que al morder el cebo cayó la trampa; pero, tenían la retirada franca por debajo de la tierra y por allí se escaparon llevándose la presa.

Ensayamos de nuevo con el hoyo y aunque siempre conservamos la trampa que hicimos cerca del manantial de la sal, en la que cogimos toda clase de animales menos lobos, hicimos cerca de unas cuevas donde se albergan aquéllos. Para atraerlos pusimos sobre la tapa un pedazo de tasajo y metimos uno de los gamos vivos dentro del hoyo; pero nada conseguimos, aunque era evidente que los bichos habían andado por allí cerca.

Muy mortificados nos tenían estos chascos, porque queríamos acabar con aquellos enemigos. Con nuestros rifles logramos matar dos o tres; pero casi siempre errábamos el tiro y no queríamos gastar de valde la poca pólvora que nos quedaba. Al fin Congo venció la dificultad é hizo una trampa corno las que usaba él en Virginia para atrapar coatís, por el estilo de las de alambre para ratones, con un pedazo de madera pesada que al caer despachurraba cualquier animal que se colocase debajo. Con esta invención matamos en pocas noches más de una docena y se acobardaron tanto, que no se atrevían a acercarse; después no atrapamos más.

Entonces nos convencimos de que la gran sagacidad de estos animales fue lo que les hizo no atacar a la cierva y los cervatillos. Era indudable que aquellos mismos fueron los que se comieron el venado la noche anterior. Lo encontraron en un punto de donde podían escaparse y se regalaron con una famosa cena. La siguiente noche se fueron al mismo punto a esperar la cierva, y pensando que todo estaba en el mismo estado, se tiraron al hoyo detrás de su víctima; pero no contaron con la huéspeda y se hallaron ellos atrapados

cuando menos lo esperaban. Esto los asustó naturalmente y dejaron en paz a la cierva y sus hijuelos. En aquel estado los encontramos más temblorosos que los mismos cervatillos, tratando de ocultarse en los rincones. Tal vez ustedes duden de la veracidad de este hecho; pero les contaré que algún tiempo después, atrapó Leopoldo en su trampa un pavo y un zorro, y a pesar de estar juntos muchas horas, el segundo no se atrevió a tocarle una pluma al primero.

He oído contar que cierta pantera, a consecuencia de las inundaciones, se encontró en una islita con un venado, y aunque en cualquiera, otra circunstancia, su primer impulso hubiera sido devorar a su compañero, en aquella situación dejaba vagar libremente por la isla al pobre animal. Comprendía que corrían el mismo peligro, que es lo que hace amigos a los más encarnizados enemigos.

CAPITULO XXXVIII
La orra mochilera y sus hi uelos.

La siguiente aventura estuvo a punto de terminar desagradablemente. Esta vez mi compañero era Leopoldo, quedándose Simón en compañía de su madre. Salimos en busca del musgo español, conocido bajo el nombre de barba de palo, que abundaba en la parte más baja del valle. Este musgo, después de limpio y hervido, es excelente para hacer colchones y almohadas, tan bueno como la cerda.

No llevamos el carro, porque Congo tenía el caballo arando el campo para la segunda cosecha de maíz y sólo sí teníamos un par de sogas con que es que traer a casa atar dos buenos haces que traer a casa.

Andábamos buscando con la vista algún árbol que tuviese musgo y que nos fuera fácil alcanzar, y ya muy cerca del peñasco encontramos un hermoso roble con las ramas bajas, de las que colgaban grandes copos de musgo remedando rabos de caballo. Pronto recogimos todo el que

había en las ramas bajas y luego trepamos más arriba para aumentar la provisión.

En esto estábamos cuando el chillido de varios pájaros entre las hojas de unos lechosos que cerca de allí había' nos llamó la atención. Miramos de aquel lado y nos encontramos que los pájaros eran un par de orioles o pájaros de Baltimore, Según se les llama comúnmente, porque su color es una mezcla de negro y anaranjado, corno el escudo de armas de lord Baltimore. Supimos que tendría su nido entre las ramas de los lechosos.- ¿Por qué chillarán ahora? -nos preguntábamos en el momento en que los gritos eran más penetrantes y la excitació4 mayor. Dejarnos nuestro trabajo y por un momento nos pusimos en observación.

Descubrirnos un objeto que se movía por el suelo a orillas del arbolado. No sabíamos qué hacer. ¿Sería un animal? No podía ser, no tenía figura de ninguno de los que nosotros conocíamos; sin embargo, veíamos piernas, rabos, orejas, ojos y cabezas. Cabezas, sí, señor; parecía que de cada punto del cuerpo le salía una, contándoselo hasta media docena. Sus movimientos eran lentos y cuando estuvo frente a nosotros, se paró como dando tiempo a que le observásemos detenidamente. De repente, las cabezas se separaron del cuerpo convirtiéndose en otros tantos animales con largos rabos y remedando una manada de ratones blancos. El gran Cuerpo a que estaban adheridos, era una zorra mochilera y, evidentemente, la madre dé los chicuelos.

Tenía el tamaño de un gato; cubierta de pelo flojo y de color gris claro. La trompa igual a la del marrano; pero más

aguzada y rodeada de bigotes como los del gato. Las orejas pequeñas y paradas, la boca grande y armada de dientes muy afilados. Las piernas cortas y gruesas y las patas con buenas garras, más parecían manos que pies. El rabo era muy particular, tan largo como el resto del cuerpo, de figura cónica como el de las ratas y enteramente pelado. Esto no era lo que tenía de curioso el animal, sino una bolsa en la barriga, y fue lo que nos hizo conocer que pertenecía a la familia de los marsupiales o animales de bolsa. Los chicuelos eran retrato vivo de su madre, con la misma trompa y largos rabos pelados. Contamos hasta trece que jugaban y saltaban entre las hojas.

Desembarazada ya de su carea, la zorra se movía con más facilidad e iba de uno a otro lado examinando la copa de los lechosos, debajo de los cuales había hecho alto y donde estaban los orioles chillando y revoloteando hasta el punto de tocarle el hocico con las alas. La zorra, al parecer, hacía poco caso a aquellos tontos que trataban de asustarla y seguía impasible su observación. Alzamos la vista y dimos con el objeto de sus pesquisas, el nido de los orioles que colgaba como una gran bolsa, o mejor dicho como una media, de una de las ramas del árbol.

Algunos minutos después tomó su resolución: llegándose adonde estaban los hijuelos dio un resoplido como para llamarlos y al punto se le reunieron todos. Varios se le metieron dentro de la bolsa que ella había abierto con este objeto, dos se le enrollaron en el tronco del rabo y otros se le subieron en el pescuezo y el lomo. Era gracioso ver

aquellos animalitos agarrados con el rabo, los dientes y las uñas al cuerpo de la madre, mientras los demás sacaban la cabeza, haciendo gestos, por la abertura de la bolsa.

Creímos que se marchaba; pero lejos de eso, se dirigió a los lechosos y empezó a trepar por uno de ellos. Al llegar a una de las ramas más bajas; y que crecía horizontalmente, se detuvo y fue cogiendo uno por uno los chicuelos con la boca, y haciéndolos colgar por el rabo, cabeza abajo, en la rama. Luego bajó y recogió seis que se habían quedado en el suelo, y subiendo de nuevo, los acomodó, según habla hecho con la primera partida, dejándolos a todos trece colgados, como se hace con las velas de sebo.

No podíamos contener la risa al ver aquellos monitos suspendidos por el rabo y haciendo gestos. Procuramos no hacer ruido alguno para que no se alarmara la zorra y poder observar todos sus movimientos ulteriores.

Luego que tuvo su cría en lugar seguro, subió a las ramas más altas del árbol, siendo de observar que se agarraba con las uñas lo mismo que hubiera hecho una persona con las manos. Por fin llegó a la rama en que colgaba el nido y se detuvo a examinar. Indudablemente pensaba en que podía romperse con el peso, y así lo creímos nosotros también. Entonces, buena caída llevaba, a juzgar por la altura del árbol, y atendida la circunstancia de no tener ramas más abajo, donde detenerse, si aquélla se rompía.

El nido estaba lleno de huevos, la zorra no pudo resistir la tentación, y comenzó a andar por sobre la rama. A mitad del camino empezó a crujir y a doblarse, con síntomas de

romperse, lo cual, unido a los chillidos de los pájaros, la acobardó y emprendió retirada por donde habla venido. Al llegar a la horqueta se paró y vio a todos lados, con aspecto contrariado. De repente, fijó la vista en una rama de roble que pasaba por encima de los lechosos, más arriba de donde estaba el nido de los orioles. Se puso a contemplarla y a calcular la altura, Y adoptó una resolución. Se tiró al suelo y comenzó a trepar por el tronco del roble, se escondió entre el follaje y al fin apareció en la rama de que he hablado.

Cuando llegó al punto que correspondía exactamente con el nido, se tiró de repente y quedó colgada por el rabo. En esta posición se mecía de un lado a otro, tratando de coger el nido con los dientes o las uñas; pero inútilmente; no podía atraparlo; así estuvo oscilando por varios minutos del nido las ramas del lechoso, sufriendo el tormento de Tántalo, a la vista de aquellos sabrosos huevos que casi tocaba, y que, sin embargo, no podía alcanzar. Apenas tenía dada una vuelta con el rabo, por lo que a cada momento esperábamos verla caer en tierra. Convencióse, al fin, de la inutilidad de sus esfuerzos, y lanzando un gruñido feroz, volvió de nuevo a la rama.

Parecía que, despechada, abandonaba la empresa, porque subió precipitadamente al lechoso y empezó a arrojar al suelo a sus hijuelos. Luego bajó, los acomodó en la bolsa y en el lomo, y emprendió retirada. Los orioles dejaron de chillar y entonaron cantos de victoria.

Leopoldo y yo creímos llegado el momento de intervenir, cortando la retirada a la zorra; salimos de nuestro

escondite, y pronto pusimos mano a toda la familia. Al vernos acercar, la vieja se echó en tierra y se volvió una pelota, sin que se le pudiera ver la cabeza ni las patas; parecía muerta. Algunos de los chicuelos, que estaban fuera, imitaron a su madre, de modo que parecían una gran bola de lana, rodeada de otras más pequeñas.

Convencida, al fin, por los pinchazos que le dábamos con una flecha, resolvió desenrollarse y empezó a tirar mordiscos a diestro y siniestro y a gruñir.

Poco caso hicimos de sus amenazas, la amarramos bien, y formando un buen lío con toda la familia, resolvimos cargar con ella para la casa.

CAPITULO XXXIX
El moccasón y los orioles.

Volvimos al roble y continuamos recogiendo el musgo, riendo y charlando sobre la graciosa aventura de la zorra. Leopoldo estaba muy contento por haber encontrado el nido de orioles, que le faltaban en su pajarera, y se proponía coger los pichones tan luego como hubieran salido de la cáscara. Los pájaros, que habían permanecido quieto después de la retirada de la zorra, empezaron nuevamente a chillar y a revolotear.

-¡Otra zorra! -exclamó Leopoldo, -debe ser el padre que viene por la familia.

Pusímonos en observación y descubrimos la causa de la, alarma. Arrastrándose por el suelo venía un objeto largo y de monstruosa figura. Era una serpiente de las más venenosas, el terrible moccasón, y una de las más grandes de su especie. La

[12] En Venezuela se conoce con el nombre de *mapanare*.

cabeza chata, los pómulos Balidos y los ojos, brillantes como ascuas, la hacían más repugnante. Al andar, dejaba ver su lengua abierta en forma de horqueta, húmeda con la venenosa saliva.

Se dirigía al árbol en que estaba el nido. Nosotros nos quedamos quietos donde estábamos para observarla, lo mismo que habíamos hecho con la zorra. Al llegar a las raíces del lechoso se detuvo, como a reflexionar.

-¿Crees que va a subir? -preguntó Leopoldo.

-No -contesté, -esa culebra no es trepadora, que a serlo, pobres pájaros y ardillas, estaban perdidos sin remedio. Obsérvala, sólo trata de asustar a los orioles y algo más si pudiera.

Cuando acabé de decir estas palabras, la culebra había llegado al tronco del árbol que parecía lamer.

Los orioles, sin duda, creyendo que iba a subir, se colocaron en las ramas más bajas, brincando de una a otra, y dando chillidos aterrorizados.

La culebra, que los veía acercarse, se armó y se preparó para el ataque. Brillábanle los ojos como brasas, y parecía que trataba de fascinar a los pájaros, pues éstos, en vez de retirarse, se iban acercando más y más hasta que al fin llegaron al suelo, como atraídos por las miradas del horrible monstruo. Estaban casi inmóviles y apenas chillaban y sacudían las alas. Uno de ellos cayó por fin al alcance de la culebra, exhausto y con el pico abierto. Por momentos esperábamos ver a la serpiente lanzarse sobre su presa; pero de repente se estiró y emprendió retirada del árbol. Los

pájaros, libres de la fascinación que los tenía atontados, saltaron al árbol y dejaron de gritar y chillar.

Admirados estábamos mi compañero y yo con el extraño desenlace de la escena.

-¿Porqué se retira? -preguntó Leopoldo con curiosidad.

Antes de que yo hubiera tenido tiempo de contestar, se presentó a orillas del bosque un objeto que nos llamó la atención. Era un animal del tamaño de un lobo y de color pardo obscuro. Grueso de cuerpo y cubierto no de pelo sino de ásperas cerdas, que las del lomo medían casi seis pulgadas y más parecían crin que otra cosa. Tenía las orejas pequeñas, por rabo una especie de botón o tubérculo y en vez de uñas o garras en las patas, la pezuña hendida, con lo que bien probaba que no era animal de presa. Pero de presa o no de presa, su inmensa boca, armada de colmillos tan grandes que le salían por sobre las quijadas, le daba un aspecto terrible. La cabeza y el hocico se parecían a los del puerco. En fin era una *vá uira o cochino salvaje* de Méjico. Seguíanlo dos más pequeños de la misma especie: indudablemente madre e hijos.

Pronto llegaron a los lechosos, y los pájaros, al verlos, empezaron de nuevo su desagradable concierto. Pero la *vá uira* no les hizo caso. Le importaban poco y pasó por debajo del árbol oliendo el suelo y cogiendo de cuando en cuando alguna fruta o semilla que encontraba a su paso.

En su marcha atravesó el rastro que había dejado la culebra al retirarse y viéndolo se detuvo y se puso a olfatear. Había sentido el fétido olor de la serpiente y se alarmó.

Corría de uno a otro lado con las narices pegadas al suelo y buscando el rastro como un sabueso. De camino hacia el árbol encontró dos rastros, el que hizo la culebra al venir y el que dejó al retirarse. Esto la desorientó. Tomó el primero; pero pronto conoció su error, volvió atrás y siguió por el otro.

Mientras la *vá uira* hacía estas maniobras, la culebra se alejaba tan aprisa como podía, que no era mucho, porque el *moccasón* es lento en sus movimientos y trataba de deslizarse por entre la hierba y las hojas secas, volviendo la cabeza de cuando en cuando. Procuraba ganar las rocas que distaban pocas varas.

No había andado medio camino cuando la *vá uira,* que había seguido el rastro, la alcanzó a ver y se paró, erizó el pelo y dio un gruñido salvaje. Viéndose alcanzada la culebra se enrolló y se preparó al combate, mientras que su contender, que parecía más un gran puercoespín que un marrano, volvió atrás como a tomar impulso para lanzarse sobre el enemigo. Contempláronse por un momento, la *vá uira* midiendo la distancia y la culebra asustada e inquieta. ¡Cuán diferente estaba de como la vimos cuando trataba de engullirse los pobres pajaritos! No le brillaban los ojos y se habla puesto cenicienta.

Poco duró la expectativa; la *vá uira* dio un salto repentino y cayó sobre el rollo que formaba la culebra, pisoteándola con las hendidas pezuñas. Hízose otra vez atrás y saltó de nuevo sobre su víctima, que empezó a desenvolverse y a estirarse en tierra. Dió otro salto la *vá uira* y

le enterró las pezuñas en el pescuezo. La culebra se sacudió dos o tres veces y luego quedó tendida de largo a largo sin movimiento. El vencedor dio un gruñido fuerte, como para llamar a los hijos, los cuales salieron de tropel a unirse con su madre.

CAPITULO XL
Combate de la puma con las v quiras

Muy contentos quedamos Leopoldo y yo con el resultado del encuentro, aunque a decir verdad no sé por qué nos poníamos de parte de la *vá uira* que si hubiese podido coger los pájaros, se los hubiera comido también, caso de haberlos alcanzado; ni tampoco sé por qué sentíamos simpatía por los pájaros que habrían devorado multitud de mariposas tan bonitas como ellos. Pero así es el mundo. Desde tiempo inmemorial, la pobre culebra, que es, relativamente, un animal inofensivo y cuya maldad se ha exagerado tanto, ha sido víctima del odio y la persecución del hombre, cumpliéndose de este modo la profecía de los Libros Santos.

Meditamos sobre el mejor plan para coger el animal y, sobre todo, los hijuelos, que eran una valiosa adquisición para nuestro vivero, supliendo al cerdo doméstico; pues

[13] León chivero o gateado

aunque la carne no tiene el mismo sabor, se parece mucho; mas para poderla comer deben tomarse antes ciertas precauciones indispensables. Este animal tiene por rabo una glándula que, al abrirse, exhala el más fuerte, olor de almizcle, y si no se cuida de cortarla inmediatamente después de muerta la res, se impregna de este olor y es imposible comerla. Hecha con tiempo dicha operación, la carne de *vá uira* sustituye a la de puerco, aunque no contiene manteca alguna.

Poco nos ocupábamos en esto, y sólo pensábamos en coger los animalitos.

Terminantemente imposible era mientras estuviesen al pie de la madre. No nos atrevíamos a medirnos con ella, ni aun cuando tuviésemos los perros, pues hubieran perecido entre los afilados colmillos de la *vá uira.* El perro más valiente huye rabo entre las piernas al primer encuentro con este animal y si por ventura le hace frente, sacará una pierna rota o las tripas de fuera.

Así, mientras la madre, estuviera presente, libres se hallaban de nosotros. ¿Qué hacer entonces? ¿Dispararle, con el rifle? Leopoldo se opuso: pero como yo sabía que andaban de sobra por el valle y cuán peligroso es encontrarse con ellas, no hice caso a las observaciones de mi hijo y descolgándome del árbol tomó mi rifle que estaba recostado al tronco; y me preparé a disparar.

Mientras tanto, la *vá uira,* se entretenía con el carapacho de la culebra que había despellejado con tanta habilidad como un pescador con una anguila. Acababa esta operación

cuando yo eché mano al rifle, y ella se ocupaba en arrancarle la carne a pedacitos que daba a sus hijuelos, gruñendo de contento.

Iba a tomar puntería cuando divisé un objeto que me hizo bajar el rifle, aterrorizado. La *vá uira* estaba a cincuenta varas del árbol y como a veinte más allá se apareció otro animal de aspecto muy distinto, saliendo de entre unos juncos. Era del tamaño de un becerro; pero de piernas más cortas y tenía el cuerpo más largo. De color rojo obscuro, y el pescuezo y pecho blancos. Las orejas paradas, pequeñas y negras. La cabeza parecida a la del gato, al cual se asemejaba mucho ' excepto en el lomo que, en vez de estar arqueado hacia arriba, se hundía hacia abajo; es decir, que era pando.

Aun sin saber qué especie de animal era aquél, le habría metido miedo al más pintado. Nada tiene, pues, de extraño que a su vista nos quedásemos aterrorizados, ya que sabíamos que teníamos que vérnoslas con una puma.

Confieso que nos infundió mucho miedo. La *vá uira,* aunque muy feroz, no puede trepar a los árboles, en donde estábamos a salvo; pero desde que se presentó la puma, la escena variaba de especie. El animal ese sube a un árbol con la agilidad de la ardilla y tan bien anda por sobre las ramas como en el suelo. Volvíme a mi compañero y le encargué que se mantuviese quieto.

La puma, entretanto, avanzaba poco a poco con la vista fija en la desprevenida *vá uira,* las piernas estiradas y casi arrastrándose por tierra. El rabo alzado y moviéndose de uno a otro lado, como un gato que acecha una perdiz.

La *vá uira,* devoraba la culebra y maldito si reparaba en el peligro que corría. El terreno estaba limpio y desmontado, y a algunos pasos había un gran árbol cuyas ramas se extendían horizontalmente dando sombra al lugar.

A la orilla del arbolado la puma se detuvo, como a reflexionar. Sabía perfectamente que sólo cayendo de repente sobre su víctima podría vencerla, pues de otro modo llevaba en su contra el riesgo de encontrarse con sus afilados colmillos, cuyo efecto se podía ver patentemente en el carapacho de la serpiente. Entre las dos mediaba mucha distancia, para poder caerle encima de un solo brinco, y eso era en lo que pensaba, sin duda, al tratar de acercarse a hurtadillas.

Clavó la vista en las ramas y cambió de flanco entrando de nuevo en el bosque, indudablemente para colocarse en el extremo opuesto. Luego se acercó al tronco y subió por él como un relámpago. Oíase el crujido de las uñas sobre la corteza del tronco; lo cual alarmó a la *vá uira,* que dio un gruñido y se puso a escuchar.

Tal vez se figuraba que era una ardilla, porque de luego a luego siguió en su trabajo no concluido.

La puma se dejó venir poco a poco por una rama y al llegar a la horqueta se acuchilló, ni más ni menos que un gato, y dando un grito terrible se lanzó sobre el lomo de su víctima, enterrándole las garras en el pescuezo y cubriéndole el cuerpo con el suyo. La *vá uira* dio un chillido agudo y empezó a batallar para libertarse de su enemigo. Juntos

rodaron por el suelo, la váquira tirando dentelladas y dando gritos que repetían los ecos del bosque.

Sólo la puma permanecía en silencio; pero no aflojaba la presa y le destrozaba con los dientes el pescuezo.

Pocos momentos duró el combate. La *vá uira* hubo de rendirse y cayó a un lado muerta, mientras que su adversario se saboreaba lamiéndole la sangre que le corría de las heridas.

A pesar de la repugnancia nos inspiraba el cobarde animal, no nos atrevimos a intervenir en su festín, por temor de correr la misma suerte que la *vá uira,* si acaso echaba de ver nuestra presencia. Preferimos quedarnos quietos sin mover ni un solo dedo. Apenas distaría de nosotros algunas treinta varas, porque en la lucha se habían aproximado al árbol en que estábamos montados. Pude haberle disparado, mientras ella estaba entretenida en devorar su presa; pero me detuvo la consideración de que es muy difícil matar de un balazo a un animal tan bien musculado como la puma; por eso resolví quedarme inmóvil y esperar a que regresara por donde se había venido, luego que hubiese acabado su comida.

No duró mucho tiempo aquella expectativa, porque oímos a poco ruidos extraños que salían del interior del bosque. La puma también los, oyó; de repente se alarma, y parándose con resolución se pone a escuchar con aire asustado. Pronto se decide, y agarrando con los dientes el cuerpo de la *vá uira,* se le echa a cuestas y se encamina al bosque.

Pocos pasos había dado cuando los ruidos, que habían ido acercándose más y más, se dejaron oír a la misma orilla del arbolado, y al propio tiempo se presentaron cosa de veinte o treinta *vá uiras* que, indudablemente, venían en auxilio de su compañera asesinada. Salían de todas partes, dando gruñidos salvajes.

Antes que la puma hubiese llegado a los árboles, le habían interceptado el paso y la tenían rodeada como el párpado rodea el ojo, amenazándola con sus gruñidos, erizando el pelo y enseñando los afilados colmillos.

Viéndose así cortada, la fiera se desembarazó de la carga que llevaba y se lanzó sobre los enemigos que tenía de frente; pero los que estaban a retaguardia le cayeron encima y le repartían sendas dentelladas. Por un momento puso la puma a raya a sus adversarios; mas poco a poco la fueron acorralando y pronto empezó a brotar la sangre su cuerpo. Peleaba en retirada; pero las *vá uiras* la acosaban y la tenían encerrada en un círculo tan estrecho que era imposible la fuga. Dos o tres veces la puma saltó hacia arriba, como tratando de salvar la valla de colmillos; otras tantas se vio, sin embargo, obligada a caer entre un nuevo círculo que formaban las de la línea exterior. Al fin logró escapar y aquí fue nuestro miedo viéndola dirigirse al árbol en que estábamos a horcajadas.

Amartillé el rifle; pero antes de que tuviera tiempo de usarlo, ya la fiera había trepado y la teníamos corno a veinte pies sobre nuestras cabezas. Tan cerca pasó de mí que me rasguñó el brazo con las uñas y sentí su aliento caliente que

me daba en la cara. Las *vá uiras* la siguieron hasta el tronco del árbol, donde se detuvieron. Algunas daban carreras alrededor del tronco, otras roían la corteza y todas gruñían de ira al verse chasqueadas.

Aterrorizados estábamos Leopoldo y yo sin saber qué hacer. Encima teníamos a le, terrible puma cuyos ojos brillaban como ascuas. De un momento a otro podía caer sobre nosotros. Debajo otro enemigo no menos temible nos aguardaba, porque si caíamos entre las *vá uiras,* no alcanzaríamos ni a bocado. ¿Quién no se habría asustado con semejante dilema?

Largo rato pasó sin que adoptásemos resolución alguna, hasta que, persuadido por último de que entre los dos enemigos, la puma era el peor, puesto que no estábamos al alcance de las *vá uiras,* resolví acabar con la puma, que durante todo este tiempo había permanecido en, el mismo punto. A no ser por el miedo que le inspiraban las *vá uiras,* nos hubiera atacado; temía que al saltar sobre nosotros pudiera caer entre sus enemigos. Mas yo sabía que en cuanto éstos se marchasen, nuestra posición se pondría cada vez más comprometida.

Mi compañero tenía por toda arma el arco y las flechas; pero las había dejado al pie del árbol y las *vá uiras* las habían hecho añicos; púselo, pues, a mi espalda para que en caso de que el animal nos acometiese, se encontrase conmigo y no con el pobre muchacho. Todo esto se hizo en silencio y con la mayor precaución para no alarmar ala puma.

Tomadas todas mis precauciones, acomodé el rifle y apoyándome bien en la rama del árbol, dirigí la puntería a toda la cabeza de la puma, única parte visible de su cuerpo. Disparé. El humo me cegó por un instante, de modo que no podía ver el efecto del tiro; pero sí oí un ruido como el que hace un cuerpo pesado al caer por entre el follaje hasta dar en tierra, y al mismo tiempo los gruñidos de las *vá uiras*. Bajó la vista y encontró el cuerpo de la puma que se lo disputaban a dentelladas sus rabiosos enemigos.

CAPITULO XLI
Sitiados en un rbol.

Considerándonos ya a salvo, Leopoldo y yo ex. perimentalu0s el placer del que escapa de las garras de la muerte. -Las *vá uiras* se dispersarán -nos dijimos, -y podremos marchamos. -Pronto nos convencimos de nuestro error. Los enemigos, lejos de retirarse cuando acabaron con la puma, se acercaron más al árbol y empezaron a morder el tronco, a dar gruñidos salvajes y a lanzarnos miradas aterradoras. Había resuelto seguramente destrozarnos, correspondiendo de este modo al favor que les habíamos hecho.

Como estábamos en una de las ramas más bajas, nos podían ver claramente. Podíamos subir más alto, pero no tenía objeto, porque ellas no podían trepar. El único modo posible de rendirnos era sitiarnos y hacernos morir de hambre y sed -opinión ésta muy probable, atendidas las costumbres y la naturaleza de dichos animales.

Yo había resuelto no dispararles, esperando que se dispersasen al ver que no las hostilizábamos. Leopoldo y yo subimos, a otra rama más alta y nos ocultamos lo mejor entre el follaje y el musgo.

Permanecimos así por más de dos horas; mas pronto nos convencimos de que aquello era inútil, porque las *vá uiras,* lejos de apaciguarse, rodeaban más de cerca el árbol con intención evidente de estrechar más el sitio. Algunas se habían echado para mayor comodidad, y ninguna se había marchado.

Mi impaciencia crecía. La familia estaría alarmada con nuestra ausencia. Temía que Congo y Simón saliesen a buscarnos y se encontrasen con las *vá uiras,* sin poder escapar de su furia. Resolví probar el efecto que les liaría un tiro y bajá a una de las ramas inferiores, donde después de apuntar bien empecé a disparar. Cinco tiros hice de seguida y con cada uno de ellos puse fuera de combate a un enemigo; pero lejos de arredrarse los otros con el estrago, se ponían cada vez más furiosos y avanzaban sobre el tronco con más empeño, tratando de subir por él.

Por sexta vez fui a cargar el rifle, y aquí fue mi apuro: no me quedaba más que una bala; dejéla correr por el cañón y disparé enseguida. De nada sirvió esta carnicería; los animales veían la muerte con indiferencia.

No sabíamos qué hacer; fui a reunirme con mi compañero, sentándonos en la rama a esperar el resultado. La noche tal vez les haría abandonar el campo y aunque oíamos el ruido que hacían, no les prestábamos la más mínima

atención, esperando que la mano de la Providencia viniese a sacarnos del gran peligro en que nos encontrábamos.

Así pasamos algún tiempo, cuando reparamos que subía del suelo un humo denso. Al principio creímos que fue6e el de la pólvora que se había quemado entre el follaje; pero luego comprendimos que no podía ser, pues lejos de desvanecerse, se ponía más espeso y, además, no se sentía el olor la pólvora quemada. Sin embargo, exhalaba uno acre que nos hacia toser, y salir las lágrimas. Trató de examinar de dónde provenía; me fue imposible descubrirlo; hasta las *vá uiras* estaban ocultas por el humo; pero nos constaba que no se habían marchado, porque oíamos los gruñidos y gritos salvajes si bien muy diferentes de los que daban antes. Ocurrióme, por fin, que el musgo se habría incendiado con los tacos, y muy luego me convencí de que era cierta mi suposición, porque el fuego que producía el humo, salía del lado en que habíamos dejado nuestros haces.

Fuímonos retirando poco a poco hacia el lado opuesto del árbol para evitar la acción del humo. Un temor nos asaltó y fue que podía muy fácilmente incendiarse el musgo que colgaba de las ramas y que tal circunstancia nos obligase a descender y a caer en poder de nuestros enemigos. Afortunadamente habíamos recogido todo el que había cerca del fuego, que no podía llegar al otro extremo.

Fuera ya de la acción del humo, pudimos ver a las *vá uiras* apiñadas a alguna distancia, evidentemente asustadas con el fuego. Era regular que se retirasen lo bastante para dejarnos escapar, y empecé a reconocer el terreno en la

dirección en que salía el humo más espeso. Ninguna había tomado aquel camino, de manera que si lográbamos bajar sin ser vistos, estaríamos salvos. Ibamos a intentarlo, cuando oírnos a lo lejos ladridos de perros. Consideren ustedes cuál sería nuestra situación; debían ser Cástor y Pólux y con ellos Congo o Simón, o tal vez ambos. ¡Las *vá uiras* darían pronto cuenta de los perros, y entonces, pobre, Simón! ¡lo harían pedazos! Con el corazón palpitante, pusímonos a escuchar. No había duda, eran nuestros perros. Los ladridos se oían cada vez más claramente y se iban acercando más y más. Luego oímos voces humanas, mezcladas con la de los perros; no podían ser sino de Congo y Simón que nos buscaban. Yo no sabía qué hacer. ¿Dejaría que se acercasen y mientras las *vá uiras* se entretenían con los perros, alertaríamos a los muchachos para que se encaramasen en algún árbol? Por fin resolví dejar a Leopoldo y bajar con presteza al encuentro de Congo y Simón, a fin de advertirles el peligro que corrían. Afortunadamente las voces venían del lado libre, de suerte que podía encontrarlos sin ser perseguido.

Ni un momento me detuve después que tomó esta resolución; entregué mi rifle a Leopoldo, desenvainé el cuchillo y me dejó rodar por el tronco hasta caer sobre la hierba chamuscada. Al tocar el suelo eché a correr y a cosa de cien varas alcance, a ver á. Congo y a Simón con los perros; pero al mismo tiempo volví la vista hacia atrás y me encontré perseguido por la manada de *vá uiras,* que corrían detrás de mí dando gritos y gruñidos salvajes. Apenas tuve tiempo de gritar a Simón y a Congo y subirme a un árbol cuando me vi

rodeado. Los muchachos al verme trepar, comprendieron la causa de mi movimiento o hicieron otro tanto. Los perros, por el contrario, avanzaron sobre el enemigo corno resueltos a pelear; pero la lucha no duró mucho tiempo, porque tan luego como se encontraron con los dientes de las *vá uiras,* huyeron hacia el punto en que estaban Simón y Congo.

Afortunadamente para los perros, el árbol tenía ramas bajas, en donde podrían montarse, con ayuda de Congo, de otro modo sufrirían la misma suerte que cupo a la puma. Las váquiras los siguieron y entonces los sitiados fueron Congo y Simón.

Del punto en que me encontraba me era difícil ver a los otros, pero sí a la manada y oír cuanto pasaba, los ladridos de los perros, las voces de Simón y Congo y los gritos de las váquiras. Oí un tiro y vi caer un animal; al mismo tiempo la lanza de Congo repartiendo golpes aquí y allá y haciendo revolcarse en su propia sangre a muchos de los sitiadores. Otro tiro y nuevas exclamaciones de Congo. A los pocos minutos la tierra estaba esterada de cadáveres. Muy pocos enemigos quedaban en pie y alarmados con la carnicería, dieron frente a retaguardia y desaparecieron entre el bosque. Estaban derrotadas y nosotros libres. Bajamos de los árboles y nos dirigimos a casa tan aprisa como pudimos para tranquilizará mi mujer.

Aunque en nuestras cacerías habíamos encontrado váquiras y aun habíamos cogido algunas, nunca nos habían atacado. Indudablemente no había en el valle más que

aquella manada, porque desde entonces disminuyeron de tal modo, que era raro ver alguna vagando por las sabanas.

El día siguiente salimos bien armados a buscar la zorra y sus chicuelos; pero había roto la soga y escapado a los bosques.

CAPITULO XLII
Aventura con unos lobos negros

Dos cosechas de maíz recogimos aquel año. En los meses habían madurado ambas. Almacenada la del otoño, juntamos como veinte carretadas, que eran bastantes para doce meses.

El segundo año lo pasamos como el primero. En la primavera fabricamos azúcar y sembramos maíz. Aumentamos el vivero con antílopes y venados, y entre otros animales, atrapamos una loba con varios hijuelos. Por supuesto, que tuvimos que matar la madre; pero a los chicuelos los criamos y domesticamos tanto como nuestros perros, con quienes fraternizaron como si fueran de la misma especie.

En el verano é invierno, tuvimos varias aventuras con animales salvajes, siendo una de ellas, sobre todo, muy peligrosa é interesante.

Era en lo más recio del invierno, y cuando el suelo estaba por todas partes cubierto de nieve. La estación se presentó lo más inclemente, y fue, sin duda, la más cruda que habíamos tenido desde nuestra llegada al valle.

El lago, helado y pulido como un espejo, nos proporcionaba, la gran diversión de correr patines, tanto, que el mismo Congo se había apasionado locamente de tan saludable ejercicio, y aunque tenía mucha habilidad como

patinador, no aventajaba, sin embargo, a Leopoldo, que sobresalía entre todos.

Un día que Congo y yo nos quedamos en casa, ocupados en no sé qué trabajo de carpintería, Leopoldo y Sim6n salieron a patinar. Oíamos las risotadas de los muchachos y el crujido de los patines. De repente escuchamos un grito, que se conocía era producido por un gran susto.

-¡Roberto! -exclamó mi mujer, -¡se les ha roto el hielo!

Dejé caer cuanto tenía en las manos, y me dirigí a la puerta. Tomé una cuerda y Congo su lanza. En un momento nos hallamos fuera de la casa. Sorprendidos nos quedarnos al ver a los dos muchachos en el extremo opuesto del lago y que al divisarnos se dejaron deslizar hacia nosotros con toda la velocidad que les era dada. Cerca de ellos descubrimos -¡qué horror! -una partida de lobos corría al escape, y no de los pequeños de las sabanas, que cualquiera de los muchachos habría espantado con un palo, sino de los grandes, de los conocidos con el nombre del gran lobo negro de los Montes Roqueños. Eran seis por junto; cada uno dos veces mayor que un lobo sabanero; con el cuerpo largo y negro, el pelo áspero y erizado, que les daba una apariencia terrible. Corrían con las orejas, tendidas, la boca abierta Y la lengua de fuera, enseñando los blancos y agudos colmillos.

Sin detenernos, nos lanzamos al lago, dejé a un lado la cuerda y cogí una estaca; Congo no soltó su lanza. María, sin acobardarse, corrió a buscar mi rifle.

Simón venía delante, y, por lo tanto, el perseguido más de cerca era Leopoldo, cosa rara, cuando el segundo patinaba mucho mejor. Todos les dimos gritos para animarlo, porque era el que estaba más en peligro. Los lobos le pisaban los talones. -¡Dios mío! ¡van a devorarlo! -exclamé, esperando por momentos mirarle caer hecho pedazos. Sorprendido me quedé, sin embargo, al observar que, dando media vuelta, siguió otra dirección, vitoreando su triunfo. Los lobos lo dejaron para seguir a Simón, a quien al instante alcanzaron; el chico, aleccionado por su hermano, hizo la misma evolución; mientras que las fieras, arrebatadas por el ímpetu de la carrera, se adelantaron gran trecho antes de poder volverse; pronto lo hicieron, sin embargo, y cargaron de nuevo a Simón, a quien tenían más cerca. Entretanto, Leopoldo, que había virado de nuevo, y los seguía dando gritos como para distraerlos de la persecución contra su hermano, cambió de dirección, y cuando parecía que se iba a meter entre ellos, cobró nuevo impulso y pasó casi rozándolos, en el momento en que Simón daba otra vuelta y se les escapaba por su lado.

Leopoldo dijo a Simón que tratara de ganar la orilla, mientras que él, en lugar de retirarse, tomó nuevo arranque y se colocó en posición de ser perseguido por los lobos; dando luego media vuelta, se dirigió hacia nosotros; en el camino había un gran agujero formado en el hielo, muy cerca de la playa, y a menos que diese un corte para salvarlo, caería en él sin remedio. Creímos que con el miedo no lo habría observado, y le gritamos para advertírselo. No había tal; él sabía mejor que nosotros lo que pasaba. A pocos pies del

agujero, dio un sesgo rápido sobre la izquierda y se deslizó hacia donde estábamos esperándolo. Los lobos, acalorados con la persecución, siguieron en línea recta y cayeron en tropel en el agujero. Congo y yo corrimos al lugar, y con la estaca y la lanza repartimos golpes a diestro y siniestro, acabando con ellos. El lance fue corto, pero bravo. A cinco hicimos ahogar, y el sexto, que logró escapar, cayó más adelante atravesado de un balazo que le disparó Simón, con el rifle que había traído María. No murió del tiro; pero Congo no lo dejó sufrir largo tiempo, despachándole con la temible lanza.

Ese día fue de gran excitación, y aunque Leopoldo había sido el héroe de la jornada, no se mostraba orgulloso de haber salvado a su hermano, que a no ser por él, habría perecido víctima de aquellas fieras.

CAPITULO XLIII
El gran alce domesticado.

La abundancia de castores que para el tercer año teníamos, llegó al extremo de que resolviéramos empezar a matarlos y a almacenar las pieles. Se habían domesticado tanto, que comían en nuestras manos; así podíamos coger fácilmente los que quisiéramos matar sin alarmar a los otros. Construimos con este objeto una especie de dique seco con su compuerta hacia el campo, donde les echábamos de comer raíces y frutas, y cuando queríamos coger algunos, no había más que dejar caer la compuerta, que los dejaba encerrados, sin que los otros lo notasen; y como teníamos especial cuidado en no dejar escapar ninguno de los atrapados, nunca tenían quien les llevase el chisme; después abríamos de nuevo la trampa, y por muy sagaces que fuesen los castores, no sabrían jamás la suerte de sus compañeros: ni siquiera sospechaban el engaño.

La primera cosecha de pieles nos produjo por valor de dos mil doscientos cincuenta pesos, fuera de doscientos cincuenta más o menos, en que estimábamos el castoreo. La segunda cosecha fue mejor, y nos dejó aproximadamente un valor de cinco mil pesos. Llenos los primeros almacenes, tuvimos que construir un caney nuevo, que es éste en que ahora vivimos, y la antigua casa la convertimos en depósito.

Los tres años siguientes fueron tan productivos como el anterior, dándonos, por término medio, un valor de cinco mil pesos en pieles y castoreo; de manera que teníamos en depósito veintidós mil quinientos pesos, poco más o menos. Además, podíamos sacar de los castores que quedaban en la represa sobre doce mil quinientos pesos; así es, que hoy podemos contar con un capital de treinta y cinco mil pesos. Ahora bien, amigos míos, ¿no creen ustedes que se ha realizado aquella profecía de mi mujer de que *haríamos una fortuna en el desierto ?*

Una dificultad casi invencible se nos presentó. ¿Cómo y cuándo podríamos llevar nuestros frutos al mercado? Nada valían todas nuestras riquezas sin un mercado en donde realizarlas. Aunque teníamos con qué satisfacer nuestras necesidades, nos encontrábamos, sin embargo, presos en el valle. Nuestra posición equivalía a la del náufrago que no puede salir dé una isla desierta. Ninguno de nuestros animales, excepto Pombo, servía para bestia de carga, y el pobre caballo estaba ya viejo, y dentro de poco quedaría imposibilitado para salir del desierto.

Por muy felices que fuésemos, no dejábamos de pensar en el modo de salir y en los inconvenientes que ofrecía nuestra permanencia aquí.

María y yo deseábamos enterrar nuestros huesos en donde estábamos; ¿pero y nuestros hijos? Teníamos el deber imperioso de educarlos. Hubiera sido un crimen dejarlos entregados al salvajismo.

Un día propuse a mi mujer que me dejase tomar a Pombo, para ir a las colonias de Nuevo Méjico, donde me proveería de mulas, caballos y bueyes que traería después al valle, para esperar el momento oportuno de nuestra salida. María se negó a oír mi proposición. No consentía en que nos separásemos -No nos volveremos a ver más -me dijo, -y tuve que abandonar la idea.

Bien meditado, era una imprudencia mi pretensión, y tal vez no hubiera producido buen éxito; pues aun en el caso de que lograra atravesar el desierto, ¿en dónde estaba el dinero para comprar los animales? No tenía ni para hacerme de un buey o de un burro. En Nuevo Méjico, se reirían de mí.

-Tengamos paciencia -decía mi mujer. -Aquí somos felices. Cuando llegue el tiempo, la misma Mano que nos trajo y nos ha cuidado aquí, nos guiará para salir. Con estas consoladoras palabras, ponía mi pobre María punto final a la conversación.

Siempre oí sus palabras como profecías, constantemente realizadas tanto en ésta como en otras ocasiones.

Un día, al cuarto año de nuestra entrada en el valle, discurríamos sobre nuestro tema favorito, y María acababa de

manifestar su resolución de entregarse en manos de la Providencia, para que nos sacase de nuestro cautiverio, cuando nos interrumpió Simón, que, corriendo, sin aliento, venía dando gritos de triunfo.

-¡Papá! ¡mamá! ¡dos alces, dos alces pequeños! ¡cogidos en la trampa! ¡Congo los trae en el carro, lindísimos! Son como un becerro de un año.

Nada de nuevo ni de extraño había en la noticia; otros alces habíamos cogido antes, y teníamos varios en el parque; pero eran viejos; así es que Simón se alegraba mucho por la edad de los nuevos animales.

Nada me ocurrió por el momento, y salimos todos a ver los huéspedes.

Mientras Congo y los muchachos estaban ocupados en encerrarlos en el parque, recordé haber leído que el alce puede amansarse y servir de bestia de carga y de tiro.

No necesito decir a ustedes que el asunto me hizo reflexionar seriamente. ¿Llegarían a amansarse los recién cogidos y servirnos para salir del desierto?

Comuniqué mi pensamiento a mi esposa, quien se acordó de haber visto en Londres un alce domesticado, y con arneses. Luego la cosa era hacedera.

No los fastidiará a ustedes con pormenores. Pusímonos a la obra, y como Congo es lo que se llama todo un maestro para eso de uncir al yugo una yunta de bueyes, en cuanto los alces crecieron lo bastante, los enyugó y empezó a arar con ellos. En el invierno nos cargaron toda la leña que

necesitábamos, y al poco tiempo, tiraban del carro como la mejor yunta de bueyes.

CAPITULO XLIV
Caballos salva es.

Habíamos logrado un gran triunfo, y sólo nos faltaba poseer un número suficiente para nuestro objeto. Cogimos algunos cervatos más Y poco a poco fue Congo amansándolos.

Un nuevo acontecimiento vino, entretanto, a confirmar las predicciones de mi esposa, y claramente podía verse que Dios velaba por nosotros.

Empezaba a amanecer, poco antes de levantarnos, cuando nos despertó sobresaltados un ruido proveniente del exterior. Producíanlo cascos, muchos cascos, y sin dificultad se conocía que la casa estaba rodeada de caballos.

-¡Los indios !-pensé, -y nos dimos por perdidos.

Echamos mano a las armas: Simón, Leopoldo y yo a los rifles, y Congo a su temible lanza. Abrí con mucho sigilo una ventana, y vi que eran, efectivamente, caballos, pero sin jinetes. Serían unos doce, más o. menos, blancos, castaños,

negros y manchados. Corrían, piafaban y relinchaban, con la cabeza erguida y el rabo levantado. Libres, sin freno ni silla, era fácil conocer que nunca los había tocado la mano del hombre. Aquellos eran los *moste os* o caballos salvajes del desierto.

No nos detuvimos mucho en adoptar un partido. Claro estaba que se habían venido río arriba, de las sabanas del Oriente, y, tentados por la lozanía del valle, se entraron por él. El trabajo consistía en impedir que se escapasen.

Empresa muy fácil: sólo necesitábamos cerrar la salida; pero, ¿cómo hacerlo sin alarmarlos? Pues retozaban frente a la casa, nadie podía salir de ella sin que ellos lo viesen. Emprenderían la fuga, y no los volveríamos a ver más nunca. Tampoco nos dejarían acercar; porque otras piaras que encontramos antes en las sabanas, huían despavoridas al divisarnos. Hecho bien curioso es que el caballo, ese compañero natural del hombre, cuando logra escapar y recobra su libertad primitiva, se vuelve más salvaje y huye más del hombre que ningún otro animal. Parece como que sabe lo que le espera, y rehusa volver a la esclavitud. Supuse que entre la partida debía haber algún prófugo que los alertaría para que se pusieran en salvamento. El animal más salvaje es el caballo salvaje.

¿Qué hacer entonces para encerrarlos? Pronto se resolvió la dificultad. Ordené a Congo que cogiese el hacha y me, siguiese; subí por la ventana que daba al fondo de la casa, y con ésta entre nosotros y los caballos nos deslizamos por las paredes del almacén, y nos entramos en el bosque hasta el

punto en que se abría el camino del valle. Congo puso mano a la obra y en media hora habíamos cerrado el camino con un árbol, que derribamos, al efecto. Para asegurarlo más, clavamos algunas estacas, de suerte, que sólo volando se podían salir.

Hecho lo cual, poco nos importaba ser vistos; hechándonos al hombro los instrumentos de hierro, regresamos a casa. Por supuesto, que al vernos los *moste os*, se dirigieron a todo escape hacia el bosque. No los hicimos caso, como que sabíamos cuán pronto daríamos con ellos. Efectivamente, ensillamos a Pombo, hicimos un lazo de cuero crudo, y en menos de tres días, tuvimos toda la caballada, once por junto, encerrada en el parque.

Temo, amigos míos, que ustedes estén cansados ya con la relación de nuestras aventuras. Muchas más podría contarles; y quizá lo haga otra vez, refiriéndoles cómo amansamos carneros, antílopes y búfalos, y cómo hicimos queso y mantequilla, como domesticamos los cachorros del puma y del oso negro con mil y más cosas bien curiosas. También les he de contar la expedición que hicimos Congo y yo al «Campamento de las Angustias», según llamábamos al lugar donde fueron sacrificados nuestros compañeros, y donde recogimos dos de los mejores carros que habían quedado, así como la pólvora de unas granadas y otra porción de enseres útiles que trajimos al valle.

Hace ya cosa de diez años que estamos aquí. Hemos vivido contentos y felices, y Dios ha protegido y coronado nuestros esfuerzos; pero nuestros hijos son casi salvajes, sin

más educación que la poca que hemos podido darles, y ésta es la razón que tenemos para querer salir del desierto y volver a la vida civilizada. Pensamos marcharnos en la primavera entrante con dirección a San Luis. Todo está listo, carros, caballos y pieles, menos las que saquemos en el invierno. No sé si volveremos a este lugar que nos es tan querido; eso depende de circunstancias futuras que no podemos prever. Nuestra intención, al abandonar el valle, es abrir las puertas al parque y dejar a los cautivos en libertad para que recobren su salvaje independencia.

Una sola cosa me queda que pedir a ustedes. La estación está muy avanzada, ustedes han perdido el camino, y es muy peligroso viajar en invierno por estos lugares. Quédense con nosotros hasta la primavera, y nos iremos todos juntos. El invierno será corto y yo trataré de que lo pasen agradablemente; tendremos partidas de caza, y en su oportunidad, batidas de castores. ¡Vamos, señores, quedarse! Es cosa resuelta.

EPILOGO

Inútil es añadir, amigo y joven lector, que desde luego nos dimos todos a partido. Nuestro buen Gordon se quedó por amor a su Luisita, y los demás ya sabíamos los trabajos que nos esperaban al atravesar las grandes llanuras durante el invierno; pero como éste, según dijo Rolfe, fue corto, nada perdíamos en aguardar hasta la primavera. Aquella vida extraña y salvaje, tenía para nosotros sus encantos, y con gusto seguimos en ella.

Muchas aventuras de montería nos ocuparon el tiempo, y no fue poca diversión la gran batida de castores, en que cogimos unas dos mil pieles.

Con el regreso de la primavera, nos preparamos a marchar. Alistamos tres carros, dos de los cuales iban cargados de pieles y de castoreo; el tercero llevaba las mujeres, al paso que Rolfe y sus hijos seguían a caballo. Rompióse la cerca del parque para venados y las puertas del vivero quedaron abiertas de par en par. Dándolos muchísimo

que comer a nuestros queridos animales, los dejamos de su cuenta y dijimos adiós al valle, tirando hacia el Norte en demanda del «camino viejo» el cual, entrado ya el mes de mayo, nos llevó a San Luis, donde Rolfe vendió sus pieles de castor por gran suma de dinero.

Muchos años han pasado, y yo -el autor de este libro para los jóvenes, -jamás había oído hablar de Rolfe y su familia en este país lejano donde habito. Sin embargo, hace pocos días recibí una carta de puño y letra de Rolfe, en la cual me da la buena nueva de que a todos les va perfectamente y que son verdaderamente felices. Leopoldo y Simón acababan de salir del colegio y eran unos hombres hechos y derechos. María y Luisa (ésta siempre se quedó en la familia) habían regresado de la escuela. Además, la carta de Rolfe contenía otra noticia *muy* interesante: cuatro matrimonios nada menos en la familia. Simón se casaba con su ex-hermana la «negrita» Leopoldo con una chica muy buena moza, hija de un hacendado de Misouri, y la rubita, ojiazul, picante Mariquita, le había echado el lazo a un joven «comerciante de las praderas» que había pasado el invierno con nosotros, y mostrádose más que galante con la Maruja en todo el viaje. Van tres; pero ¿y el cuarto? ¡Oh! eso que lo digan Congo y su amartelada Bonifacia, por quien se le hacia agua la boca.

Y, además, decía la carta: que tan luego como se verificasen los enlaces, pensaba Rolfe volverse al oasis del valle con Gordon y los cuatro matrimonios. Llevarían muchos carros, con caballos, ganado y aperos de labranza,

para establecerse allí de fijo y pasarse una vida patriarcal en la pequeña colonia de los llanos.

Gusto daba leer la carta; releyéndola una y otra vez se me vinieron a la memoria las muchas horas felices que había pasado con aquella buena gente, y no pude dejar de agradecer a mi buena suerte el haberme conducido, tan sin pensarlo, *a la casa del desierto.*

FIN